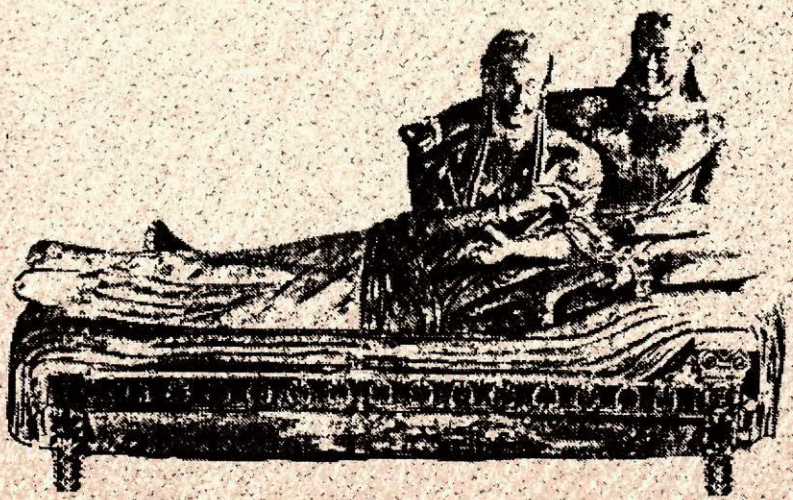
Etnografía

Pascal Dibie

# ETNOLOGIA DE LA ALCOBA

*El dormitorio y la gran aventura del reposo de los hombres*



gedisa editorial

# ETNOLOGIA DE LA ALCOBA

*El dormitorio y la gran aventura del reposo de los hombres*

por

Pascal Dibie

gedisa
editorial

Editorial Gedisa ofrece
los siguientes títulos sobre

# ANTROPOLOGIA Y ETNOGRAFIA

pertenecientes a sus diferentes
colecciones y series
(Grupo "Ciencias Naturales y del Hombre")

| | |
|---|---|
| PASCAL DIBIE | *Etnología de la alcoba* |
| CLIFFORD GEERTZ | *La interpretación de las culturas* |
| MARSHALL SAHLINS | *Islas de historia* |
| MARSHALL SAHLINS | *Cultura y razón práctica* |
| PIERRE CLASTRES | *Investigaciones en antropología política* |
| FRANÇOIS LAPLANTINE | *La etnopsiquiatría* |
| FRANÇOIS LAPLANTINE | *Las tres voces de la imaginación colectiva* |

Pascal Dibie

# ETNOLOGIA DE LA ALCOBA

GRUPO: CIENCIAS NATURALES Y DEL HOMBRE
SUBGRUPO: ANTROPOLOGÍA Y ETNOGRAFÍA

Título del original francés:
*Ethnologie de la chambre à coucher*
© 1987, *by* Editions Grasset & Fasquelle

*Traducción:* María Renata Segura
*Diseño de cubierta:* Gustavo Macri
*Composición tipográfica:* Estudio Acuatro

Primera edición, Barcelona, 1989

Derechos para todas las ediciones en castellano

© *by* Editorial Gedisa S. A.
Muntaner, 460, entlo., 1ª
Tel. 201 6000
*08006 - Barcelona, España*

ISBN: 84-7432-369-X
Depósito legal: B. 41.004 - 1989

Impreso en Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Impreso en España
*Printed in Spain*

*Si observáis correctamente cualquier objeto,*
*toda la sociedad llega con él.*

André-Georges Haudricourt

*Esclavos cardíacos de las estrellas,*
*conquistamos todo el mundo antes de levantarnos*
*de la cama;*
*pero lo miramos y es opaco,*
*nos levantamos y es ajeno,*
*salimos de casa y es la tierra entera*
*más el sistema solar y la Vía Láctea y lo Indefinido.*

Fernando Pessõa,
*Tabaquería*

# Indice

## I
## VERTICAL

**1. Nuestros primeros lechos** ..... 13

La caverna es sólo un doble techo (13); Casas de mamut (14); Los cazadores de Pincevent (15); Calefacción e iluminación magdalenienses (15); La sexualidad de nuestros antepasados (16); El despertar de la ternura (17); El lecho de muerte (17); Un nuevo mobiliario (18); Una urbanización espontánea en Mesopotamia (19); Un mobiliario austero (20); La casa egipcia tipo (20); La cama de Heteferes (21); Los primeros mosquiteros (22); Cuartos de baño (23); Efusiones reales (23); Por Horus, permanece... (24); La casa de la eternidad (25); La alcoba de Salomón (25); El mobiliario del Nuevo Testamento (27); El eterno despierto (27).

**2. Las civilizaciones del lecho** ..... 29

En la intimidad de Aristófanes (29); Antes del casamiento (31); Cómo "se las arreglan" los hombres (31); La disputa por la educación (32); El dios Sueño (33); Las camas de Ulises (34); El último lecho (35); *Urbs* (35); La cultura del lecho (36); Dormitorios en penumbra (38); Lucubrar (38); Dormir en cuartos separados (38); Los dioses domésticos (39); El lecho conyugal (40); Promiscuidad (41); Una reproducción reducida (42); Contra la molicie (43); Ser viril (44); Victoria del lánguido enérgico (45); La nada (45).

**3. A la sombra de los torreones** ..... 46

Oficial mayor y chambelanes (46); Vivan los reyes holgazanes (47); Lechos colectivos (49); Pociones mágicas (49); El nuevo orden del dormitorio (50); La igualdad de los sexos (51); La irrupción de lo privado (51); Derecho de pernada (52); Fuera del alcance de la camisa (53); ¿Sala o dormitorio? (54); La escalera (54); El vocabulario de la cama (55); En la sesión de las Cortes (57); Dormir desnudo (57); Reservas y audacia (58); Una vida onírica (59); La mujer (60); Gestos íntimos (61); Miradas (62).

**4. La época de los sentimientos** ..... 64

La burguesía se divide (64); Las casas se abren (64); Lo superfluo entra en el dormitorio (65); El cuarto de los secretos (66); El lujo llega (67); La persecución de las corrientes de aire (68); Estar "en casa" (69); La connivencia amorosa (70); Acerca de la contracepción (71); Los *prostibula publica* (71); El "burdel", garante de la familia (72); Mujeres frescas (72); El arte de morir (73); Sentimientos muy privados (74); La querella de las mujeres (76); Los matrimonios desordenados (77); Pudores nuevos (77).

**5. En torno de la alcoba** ..... 79

La sociedad cortesana (79); La estrategia de la antecámara (80); La "casa" antes que la familia (80); Dormitorio de gala (81); Los delitos del lecho (82); Camisa y gorro de dormir (84); Una juventud de la etiqueta (86); Historia de una silla (87); Orinales y "*bourdaloues*" (88); El teatro de la alcoba (89); El despertar del rey (90); El privilegio del dormitorio (91); El cambio es tabú (92); Los últimos despertares (93); El cuarto del tedio (93); La deuda sexual (95); Sobre el placer de la mujer (96); Sobre la impotencia (97); Sobre la "molicie" (100); Las niñas de Port Royal (101); El descanso de los niños (102); El defecto de dormir demasiado (103); Los libertinos dejan el dormitorio (103); La voluptuosidad a la luz del día (104).

**6. El culto de la alcoba** ..... 107

La intolerable convivencia (107); Dormitorio burgués (109); De la bodega al sexto piso (112); Lechos de romanza, lechos de dolor (113); Lechos muy cristianos (117); Los parásitos del lecho (118); Dormir en el campo (121); La religión del lino (125); La domesticación de las sábanas (126); Marcas rojas (127); Casas con estufa (129); Camas bretonas (130); La chimenea (132); Odiosos despertares (133).

II

HORIZONTAL

**7. Alcobas de hoy** ..... 139

Dormir es una técnica (140); Normalización (141); Colchones navegantes (142); Las ocupaciones en la cama (144); ¿Por qué dormir? (145); Noches que varían (147); Descanso africano (148); Sueños de banquisa (150).

**8. La alcoba aldea** ..... 153

Hamaca (153); Boda y muerte (154); La covada (155); Repudio (159); La hamaca en el cosmos (160); El pecho del yaguar (161); Cada uno en su sitio (162); Etnocidio (163).

**9. Ruido en el vientre del elefante** ..... 166

El descanso del brahmán (166); "Dormir sobre cuatro patas" (168); La casa de los niños (169); Evitar la escena primitiva (169); El *ghotul* (170); Fracaso en el divorcio (171); Amor para todos (172); Ruido en el vientre del elefante (172); Los escalofríos del peine (173); Juegos de seducción (173); La atracción de las jovencitas (174); Cómo se inicia el amor (175); Un deber para el hombre y un derecho para la mujer (175); Vagina dentada contra pene (176); Alcobas comunes en todo el mundo (177).

**10. El arte de la alcoba** ..... 179

El sitio ideal (180); Un techo (181); Armazones "irracionales" (182); Casas protegidas (182); En torno del pozo del cielo (183); El *K'ang* (184); La familia (184); Ceremonia matrimonial (185); La alcoba nupcial (186); La cama: una habitación por sí sola (187); De la estera a la silla (188); El goce supremo (189); La señora del gineceo (190); La cuestión del dormitorio (191); Las "treinta posiciones" (192); Los pies vendados (192); Del nacimiento a la muerte (194); Tres metros cuadrados (195); Contra el lujo burgués (196); La sexualidad, nervio de la guerra (197); Mao y las mujeres (198); Una para mujer para cada uno (200); Aprender a abstenerse (200); Limitar los nacimientos a toda costa (201); El beso, no; el sexo, sí (202); El buen matrimonio (203).

**11. La disciplina del *tatami*** ..... 204

El *tatami* (205); La batalla de la estandarización (205); Inconvenientes de los *tatami* (207); Cuartos fríos (208); Tomar un baño (209); El baño del ombligo (209); La disciplina del *tatami* (209); La casa es una guía (211); El aislamiento imposible (211); El cuarto escamotable (212); El piso de los ruiseñores (213); Estampas japonesas (214).

EPÍLOGO ..... 215

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS ..... 219

# I

# VERTICAL

# 1

# Nuestros primeros lechos

*Lo principal es reunir los elementos que permitan interrogar al hombre con una pertinencia acrecentada de un modo progresivo y saber dejar agujeros, al menos transitoriamente, en el tejido de las hipótesis.*

André Leroi-Gourhan,
*Le fil du temps.*

No, el primer dormitorio no era una gruta ni "un agujero cavado en la arena dura, en la ladera de una montaña, con un techo de ramaje trenzado", tal como lo describía "Kaar-oh-line-au-rouge-nez" (Cuento tradicional: *Carolina, la de la nariz roja*), "suegra del padre de la madre del Barbudo, inmortal cazador de Hothobús [*sic*]", según creí hasta los nueve años de edad. Aunque esta verdad estuviese más cercana que la que descubría yo, siendo adolescente, en la noche de los tiempos —siempre terrible y belicosa— de las novelas prehistóricas de J.H. Rosny Aîné, en que los ulanos esperaban con angustia las salidas del sol, "encogidos en la sombra de una caverna o el desplomo de una roca, con las armas siempre listas para el oso o el lobo de regreso, con el cuerpo cubierto de cicatrices de combates nocturnos".

## La caverna es sólo un doble techo

¿Cómo dormían Agustina, la neandertalense de Arcy-sur-Cure, su esposo cazador y sus hijos, hace una glaciación y media? André Leroi-Gourhan nos pone en guardia contra las ideas estereotipadas referentes a los hombres prehistóricos, en especial las que nosotros nos hemos hecho sobre su vida diaria. Los mejores emplazamientos fueron descubiertos en grutas; pero en realidad, las viviendas al aire libre fueron mucho más abundantes que las instalaciones

en grutas. Desde hace unos años se ha advertido que la caverna o el desplomo rocoso desempeñaban el papel de doble techo en viviendas al aire libre, construidas sobre el atrio o bajo el desplomo rocoso de gruta, cuando ésta estaba bien expuesta o aseguraba una buena protección contra las fieras y los elementos.

Estos vestigios de viviendas están precisamente mejor protegidos y, por lo tanto, mejor conservados que los que están al aire libre, que han proporcionado a los historiadores precisiones sobre la técnica de los constructores. De los arcántropos (*Homo erectus*), de los cuales tenemos pocos vestigios (pitecántropo de Java, sinántropo de los alrededores de Pekín, atlántropo de Argelia, por citar sólo a los "antiquísimos miembros de la familia de los hombres", de ciento cincuenta mil años y algo más), sabemos que conocían el uso del fuego y que fabricaban herramientas, pero no cómo y dónde dormían. El hombre de Neandertal hallado acostado en un lecho de flores en Shanidar, Irak, es el primero en brindarnos un testimonio conmovedor sobre lo que fue, seguramente, su lecho de muerte, y en proporcionarnos las pruebas de la solicitud que estos hombres tenían por el descanso, aun cuando fuese eterno.

## Casas de mamut

La vivienda llamada "del hombre de Lazaret", excavada por Henry de Lumley, aparece "como una gran construcción ya claramente diferenciada"; data del paleolítico inferior, o sea, de cerca de ciento treinta mil años. De once metros de largo y tres metros cincuenta de ancho, se compone de una armazón de madera hecha con postes verticales y traviesas horizontales apeadas en las paredes de la caverna. Quizá sobre esta estructura se disponían pieles que caían hasta el suelo y se bloqueaban con grandes piedras. Adentro, las áreas de actividad estaban delimitadas. Una de éstas contenía restos que se han identificado como material de cama: varec desecado y cama de paja recubierta con pieles de animales, en la que descansaban y dormían los hombres de Lazaret.

En Arcy-sur-Cure, en Yonne, a cubierto del desplomo de la gruta de Renne, los châtelperronianos edificaron y reconstruyeron, al menos durante cinco mil años, chozas de unos tres metros de diámetro en el suelo, revestidas con planchas de piedra ajustadas de manera superficial. Unas defensas de mamut, clavadas en agujeros, participaban de la armazón de estas construcciones cubiertas de pieles, de láminas de corteza o de montículos de tierra. Estas viviendas son muy distintas de las de Rusia o de Ucrania, cuya edificación exigía partes del esqueleto de casi ciento cincuenta mamuts. Las mandíbulas, apiladas en círculos, servían de cimientos a cráneos erguidos, desprovistos de sus defensas, que sí se empleaban para mantener la techumbre, que también incluía omóplatos y pelvis. A decir verdad, aún estamos lejos de conocer todos los tipos de construcción que se sucedieron durante los treinta mil años, aproximadamente, que duró el paleolítico superior.

## Los cazadores de Pincevent

En lo que se refiere al paleolítico reciente tardío en Occidente, sólo se dispone, como testimonio de la vivienda al aire libre, del emplazamiento de Pincevent, en Seine-et-Marne, al cual se aplicaron los métodos de la topografía "exhaustiva". En Pincevent ya se han estudiado más de media docena de viviendas bien conservadas; las condiciones ecológicas favorables han hecho de él un punto de residencia prolongada para una comunidad de cazadores de renos de varias decenas de familias que se sucedieron durante siglos.

Estas unidades habitacionales cuya superficie cubierta es de siete a nueve metros cuadrados, parecen corresponder individualmente a unidades familiares restringidas: la pareja y su descendencia inmediata, es decir, de dos a cinco o seis individuos para cada una de las tiendas. Estas tiendas eran cónicas, levemente ovaladas, con un hogar cerca de la entrada y, hacia atrás, en semicírculo, detrás de un espacio de actividades con el suelo sembrado de herramientas, la zona de descanso en que se han descubierto, luego de la desaparición, "huellas vacías" de pieles de dormir.

Los sílices tallados del paleolítico indican que el hombre sabía trabajar las pieles de los animales que cazaba. Las largas láminas de caras paralelas que se pueden ver en el Museo Prehistórico de Grand-Pressigny (Indre-et-Loire) curiosamente se parecen a las herramientas usadas todavía en las fábricas de deslanado para separar el vellón del cuero de las pieles de carneros muertos. La propensión natural de las fibras de lana a enlazarse muy pronto produjo, en efecto, y sin buscarlo, al fieltro, primera tela no tejida de la que se sabe que los pastores nómadas de Mesopotamia y de Asia Central empleaban en abundancia desde el neolítico.

## Calefacción e iluminación magdalenienses

Los magdalenienses de Pincevent, cuya vida material y parte de su vida social podemos imaginar, nueve mil años aproximadamente antes de nuestra era, le parecen a André Leroi-Gourhan como adaptados de un modo notable a su territorio mediante un calendario de rotación. La mejor parte del año, verano y otoño, transcurría sobre la margen izquierda del Sena. Pero se ignora dónde residían durante el invierno y la primavera. Tal vez muy lejos de allí, en una gruta acondicionada en la que, para evitar la humedad, extendían una capa de piedras y llegaban, a veces, a edificar una especie de embaldosado. La vida se concentraba en la entrada de la gruta, y la parte habitada raras veces superaba la entrada en más de treinta metros. En esta zona se instalaban los hogares, alimentados con huesos de reno quebrados y vaciados de la médula, hogares abiertos que, las más de las veces, no excedían la superficie de una servilleta; los arqueólogos están en condiciones de decir que además de la cocina y de la iluminación se ocupaban también de una calefacción central, con ayuda de un

dispositivo ingenioso: cuando las brasas aún ardían se tecubría el hogar con un montón de canto rodado o de guijas que almacenaban el calor y constituían un verdadero calorífero, sistema que recuerda las estufas de las regiones frías de Europa y los saunas finlandeses. En cuanto a la iluminación hay que citar, además del fuego del hogar, las lámparas magdalenienses muy conocidas, semejantes a las de algunos esquimales: piedras más o menos huecas, rellenas de grasa en la que arde una mecha. En las grutas también se valían de antorchas de enebro, cuyos rastros se encontraron en los sitios en que fueron frotadas contra la muralla para ser despabiladas o apagadas. Este material de iluminación era el que servía para las caminatas hacia el fondo de las cavernas y los escondrijos donde los artistas prehistóricos ejecutaron sus magníficos frescos, que hoy nos sirven de documentos para intentar comprender cuál fue su diario.

## La sexualidad de nuestros antepasados

Pasaremos por las representaciones animales para tratar de comprender la mentalidad de estos cazadores a partir de sus obsesiones o de su religión, si es que tuvieron. Respecto de la cama, a falta de dormitorio o de lecho bien definidos, examinando lo que creemos que era la representación de la sexualidad podemos afirmar que estos hombres de la Edad del Reno no eran "hombres bestiales y despreocupados", "salvajes", lo contrario a nosotros mismos que nos bautizamos un tanto aprisa *Homo sapiens sapiens*, "hombres totalmente sabios" (?). Las preocupaciones de los que fueron *habilis, erectus, sapiens neandertalensis*, supera con creces el estricto mínimo material. Reflejo de la imagen que el hombre se hacía de las relaciones entre los actores de su universo, el arte rupestre aparece como testimonio de un marco sagrado dentro del cual se inscribían prácticas, aun cuando fuera difícil de definir lo que se encontraba expresado mediante esas figuras. Las paredes decoradas no sólo evocan animales sino también figuras masculinas y femeninas, ya sus símbolos realistas, ya "signos" de variadas formas cuyo origen hay que buscarlo en las representaciones sexuales masculinas y femeninas. La abrumadora mayoría de las siluetas femeninas van de la expresión muy simplificada de las vulvas triangulares, escutiformes, ovales y claviformes a evocaciones más notables, tales como las estatuillas polimorfas de Montpazier, la llamada Venus de Willendorf o la Venus de Laussel, mujeres de nalgas carnosas —la anchura de la pelvis es de alrededor de la mitad de la altura de un cuerpo robusto— convertidas en Venus no por su belleza sino por su feminidad y su desnudez ostentada...

Las figuraciones viriles: falos, signos en forma de rama, de bastoncillo, en doble fila, en línea de puntos, a menudo se hallan asociados con figuraciones animales, pero en todo el arte parietal occidental las representaciones de cuerpo entero (cuerpo y sexo) son bastante escasas. Las más conocidas son el "Brujo" de Saint-Cirq, personaje de rostro más o menos zoomorfo, la que figura en la arandela ósea del Mas-d'Azil, en Ariège, y una silueta grabada en

una placa calcárea, con el torso muy combado, también claramente sexuada. En total, la lista de los personajes parietales sexuados o de muebles no supera la cantidad de quince, o sea, el 0,8% de las figuras inventariadas. Esto significa que la sexualidad, en el arte parietal occidental, está presente de un modo reducido.

## El despertar de la ternura

Lo que desde el punto de vista del dormitorio nos interesa más directamente son los primeros despertares de la ternura, esos "encuentros a solas", por retomar una expresión de Louis-René Nougier, discípulo del abate Breuil, que se imaginaba el encuentro de Adán y Eva, de Rouffignac, idilio respecto del cual Leroi-Gourhan se mantiene más bien reservado. Pero nos sorprende en especial la aparición casi simultánea de la representación de la ternura animal y la de los primeros acoplamientos humanos. El bisonte de la gruta de la Magdalena que se lame, los renos enfrentados de Font-de-Gaume, donde el macho, de pie, vela sosegadamente sobre su hembra acostada, y los pájaros enamorados del Mas-d'Azil son prueba de ello. El ayuntamiento de Enlène, los de Péri-Nas en la Carelia soviética y de Bardal, en Escandinavia, están todos de la misma manera: el hombre, detrás de la mujer echada hacia adelante. Pero las pinturas del Tassili-N-Adjer, de una cronología levemente más antigua (mediados del cuarto milenio) son las que nos proporcionan los ejemplos más notables de acoplamiento humano con evidentes manifestaciones de ternura. A mediados del milenio IV, las escenas más intimistas, que van desde las caricias —que aparecían al mismo tiempo que el preacoplamiento en el mundo animal— al ayuntamiento extendido y cara a cara, hasta el erotismo de las escenas señaladas por Henri Lhote en que el hombre de Tassili se divierte con su compañera, sentada de rodillas, mientras estrecha su cintura, dan paso a la actitud natural de la posición llamada "de galga", documentada desde el milenio XI (ayuntamiento de Enlène)... También de esta época data la representación de una pareja que hace el amor en la intimidad; sugerida por una ancha curva por encima de la pareja, la cabaña familiar les permite ocultarse púdicamente ante las miradas. La posición en la que se encuentran —la mujer extendida de espaldas y el hombre encima— desde entonces se considerará como la única "natural", por lo menos hasta el siglo XVIII.

## El lecho de muerte

¿En qué pensaban Agustina de Arcy-sur-Cure y su esposo, la tierna tempestad pasada? La existencia de un pensamiento religioso, o al menos, de una conducta positiva respecto de lo que para nosotros es lo "sobrenatural", según los prehistoriadores no ofrece ninguna duda en lo que se refiere a los últimos

cincuenta mil años de la historia humana, certeza que no niega en absoluto la existencia de un pensamiento religioso en el paleolítico antiguo (de 1.000.000 a 200.000 años) ni en el paleolítico medio (alrededor de 200.000 hacia 50.000 años), momento en que aparecen los primeros *Homo sapiens*, para los cuales el hombre de Neandertal de alguna manera sirve de símbolo. Los documentos que se refieren a las atenciones con los muertos proporcionan un espacio más notorio que los testimonios estéticos. El hecho de tratar de un modo especial el cuerpo de los miembros del grupo, después de su muerte, puede constituir, dice Leroi-Gourhan, si no una prueba de sentimiento religioso, al menos de afectividad de los deudos. Más que por la posición del cuerpo, que a menudo es la más compatible con la economía de la cavadura de la fosa, los prehistoriadores, desde hace mucho tiempo, se sorprendieron por el descubrimiento frecuente de almagre en las sepulturas del paleolítico superior. La sustancia colorante se presenta ya como un lecho sobre el que descansa el esqueleto, ya como una mancha en la región de la cabeza, ya difusa, en el sedimento que envuelve a los vestigios. El valor simbólico del ocre es en este caso cierto, y su testimonio implica la existencia de un sistema de imágenes en el cual se puede insertar un pensamiento religioso. Las prácticas funerarias, aparecidas al menos desde el hombre de Neandertal, testifican los basamentos de una conducta religiosa y suponen el desarrollo, muy lento, de una metafísica de la preocupación que no aparece inconciliable con estadios de la evolución humana anteriores al nuestro. La elección del lugar de estas prácticas, los refugios construidos en que se encuentran los indicios, con seguridad depende de las reacciones afectivas muy profundas en las relaciones entre vivos y muertos, en que el valor de los sueños se expresa sin confusión.

## Un nuevo mobiliario

Resulta paradójico comprobar que el arte paleolítico, tanto parietal como mobiliario, desaparece de un modo bastante violento, entre el 9.000 y el 8.000 antes de nuestra era, debido a la mejora de las condiciones climáticas. Luego de un último arrebato de frío, hacia el 8.300, finaliza la gran glaciación del Würm. El frente de hielo retrocede ante la subida, hacia el norte, de un clima suave y húmedo; la tundra y la estepa lo siguen, cuando, subiendo desde el sur, se incrementa el bosque e invade las planicies y los valles liberados de los hielos. Esta conmoción del medio natural tiene repercusiones indirectas, pero fundamentales, sobre el porvenir de la alcoba... y su comodidad. La fauna (reno, mamut, rinoceronte lanudo) sigue, en su retroceso, las estepas nutritivas; las grandes manadas de herbívoros, uros y bisontes, hacen otro tanto o se refugian en las alturas, pronto reemplazadas por los huéspedes del bosque, cérvidos y jabalíes. Esta revolución climática es fundamental puesto que hace pasar al hombre de la "Edad del Reno" a la "Edad del Ciervo": cazar conejos y roedores, y recoger caracoles o moluscos del litoral ya no tiene nada que ver con la caza del rinoceronte cuya mística inspiró al gran arte rupestre.

Era inevitable que estas conmociones, dice Jean Abélanet, acarrearan un hundimiento de las bases de referencia de la mentalidad y de las concepciones religiosas y artísticas de los hombres de la prehistoria. Ante animales más pequeños, las herramientas y el mobiliario se miniaturizan; en las chozas de madera, las pieles de cierva y de conejo sirvieron de camas y, cosidas entre sí, de vestimenta y de mantas: el arte de la comodidad irrumpía en la cadena prodigiosamente larga de los seres que han poblado las nueve décimas partes del tiempo humano que conocemos.

## Una urbanización espontánea en Mesopotamia

Una civilización como la de Mesopotamia, cuyos anales se remontan más lejos que ninguna otra, debería constituir un terreno perfecto para estudiar si no el hábitat, al menos el fenómeno de urbanización, merced a la gran cantidad de textos cuneiformes de los que se dispone. No obstante no se puede explicar por qué el centro de urbanización se sitúa en la baja Mesopotamia, aun cuando los especialistas afirman, sin poder proporcionar prueba convencional alguna, que allí y sólo allí, en todo el Cercano Oriente antiguo, fue donde se produjo una urbanización espontánea.

La actitud elemental de la civilización mesopotámica —cuya situación de "entre dos" (ríos), que es la suya, parece ser una de las peculiaridades principales— es la aceptación incondicional de la ciudad como único organismo comunal, sin que haya vestigios o incluso recuerdos de una organización tribal, tal como la que dejó su marca indudable en las ciudades musulmanas. En los documentos cuneiformes no se encuentran señales de este antagonismo entre habitantes de las ciudades y de zonas rurales, que tan a menudo caracteriza a las civilizaciones urbanas. Sólo los invasores nómadas y los habitantes considerados como "retrasados", de los montes Zagros, a veces son objeto de desprecio. Lo son porque estaban desprovistos de lo que los babilonios consideran como cualidades esenciales de un pueblo civilizado: la conducta individual, las atenciones con los muertos y la voluntad de someterse a un gobierno organizado.

Aun cuando el objeto de nuestro estudio no sea el de las instituciones sociales y políticas, no obstante tenemos que señalar que, del mismo modo que la *polis* griega, el *uru* mesopotámico representa un caso único en la variedad de los tipos de ciudades creadas por la urbanización.

La ciudad sumeria comprendía tres partes: en primer lugar, la urbe propiamente dicha, con frecuencia llamada, en acadio, *libbi ali* o *gabalti ali*: rodeada de murallas, encerraba el o los templos, el palacio, las residencias de los oficiales reales y las casas de los ciudadanos; luego, las "puertas", donde se reunía la asamblea de ciudadanos y el alcalde ejercía sus funciones (a cada puerta correspondía un barrio), y, finalmente, las "afueras" —en sumerio, *uru-barra*, "ciudad exterior"—, en la cual se encontraban aglomeraciones de ca-

sas, cercados para ganado y jardines que proveían a la ciudad de su alimento. No sabemos hasta dónde se extendían estos suburbios ni cómo estaban protegidos con exactitud (¿murallas secundarias o puestos avanzados?), pero en el milenio III a.C. Lagash, capital de un estado de 3.000 km², agrupaba en una especie de conurbano a diecisiete ciudades y ocho cabezas de partido que totalizaban una población evaluada en cien mil habitantes. Valga la comparación de que Ur, metrópoli de un vasto imperio, a comienzos del milenio II alcanzaba el doble, e incluso el triple: ¡de doscientos a trescientos mil habitantes!

## Un mobiliario austero

En realidad, estas ciudades sólo gozaban de una escasa prosperidad, salvo cuando resguardaban el palacio de un rey victorioso, y esto en períodos cortos. Entonces los botines de guerra, los tributos de ciudades subyugadas y las dádivas de vecinos intimidados realzaban el nivel de vida de la comunidad toda.

De esta época, en el emplazamiento de Eshnunna, en el extremo del edificio real, se encontró el sitio que ocupaban los servicios. Pero donde se sacaron a luz casas provistas de servicios y cuartos de baño con equipo sanitario de ladrillo cocido fue en el emplazamiento de Tello. Por su parte, el mobiliario de la alcoba, aun en los interiores más sencillos, era poco importante: baúles, canastas de tallo de rosal y una cama de bastidor bastante bajo, adornado con cestería, que constituía el somier. Sólo queda muy poco del mobiliario real: en Babilonia, los asientos tenían forma de escabel y estaban cubiertos de almohadones; en Asiria, las sillas eran de respaldo alto, pero el lecho más famoso de la Antigüedad es, sin duda, el de Asurbanipal, revelado por un bajorrelieve proveniente de Nínive, conservado en el Museo Británico. En él se ve al rey extendido en una cama, semejante a la tumbona de los egipcios o de los romanos, bebiendo de una copa delante de la reina, sentada en un sillón.

De la característica abundancia de las ciudades de la Mesopotamia, éstas muy pronto volvían a una existencia apagada y miserable: la gente vivía en ruinas, los santuarios eran dilapidados, las murallas se derrumbaban y los habitantes constituían una presa fácil para los invasores ... Sin embargo, aun después de la destrucción de una ciudad o ante una desolación total, lo que quedaba de la población acudía a las ruinas, esforzándose por mantener, al menos, el nombre de su ciudad. Tal el caso de Babilonia, que mil años después de su destrucción aún no había sido abandonada.

## La casa egipcia tipo

Desde el imperio medio, la disposición de las casas egipcias particulares comienza a resultarnos conocida de manera precisa. Muy poco ha subsistido de las ciudades de la época más antigua, con motivo de las generaciones su-

cesivas establecidas durante siglos e incluso milenios, en los mismos lugares. Estos problemas de identificación siguen siendo actuales: ciudades y aldeas de hoy, en su mayor parte se edifican sobre sitios habitados desde muy antiguo, y las excavaciones, si no son imposibles de hacer, al menos son difíciles. No obstante podemos tener una idea aproximada del aspecto que podían presentar las casas particulares más antiguas: cabañas con encañado de palmas y juncos entrelazados, reemplazados desde tiempos prehistóricos por casas rectangulares de limo del Nilo, moldeado en forma de ladrillos que se ligaban con argamasa de barro, y con la techumbre sostenida por vigas de madera de palmera.

Con estas construcciones livianas, rápidamente levantadas y adaptadas a la perfección al clima de Egipto, hacían juego unas muy escasas viviendas de piedra, erigidas por lo general por ricos propietarios, sobre planos que imitaban o recordaban los templos y los palacios.

Volviendo al imperio medio (aproximadamente entre el 2052 y el 1570), gracias a cierta cantidad de modelos de arcilla de casas modestas halladas en las tumbas, podemos hacernos una idea bastante precisa de lo que fue una vivienda tipo y urbana en Egipto. Las más de las veces, la parte inferior de la casa se compone de una sala de columnas que tiene, al fondo, algunos ambientes pequeños. Una estrecha escalera, rígida y y sin baranda, conduce a un piso que desemboca ya en una segunda serie de habitaciones precedidas por una galería de columnas, ya en un ambiente único, al que la presencia de una cama o de una estera y de una cabecera denominan alcoba. Aunque no se haya encontrado casi nada del amoblamiento interior de las casas del emplazamiento de Amarna o del de Kahún, las tumbas del imperio nuevo (1570-715) nos brindan información sobre el mobiliario.

## La cama de Heteferes

La cama constituye, sin duda alguna, uno de los muebles más importantes de la casa. En el inventario de una vivienda privada de la dinastía VI se menciona como pieza única una "cama de la mejor madera de pino". De esta época, si bien sólo subsiste muy poco de los valiosos lechos de marfil hallados en las tumbas reales de la dinastía I, los enchapados de plata y oro con formas elegantes nos dan una idea de lo que fueron los lechos reales. En la tumba de la reina Heteferes (dinastía IV), madre de Keops, entre otras cosas se han encontrado un baldaquino de madera dorada que debía proteger una cama inclinada en extremo sencilla, el sillón y una cabecera, todo lo cual se puede admirar en el riquísimo Museo de El Cairo. La cama estaba hecha con sólidas fajas de tela entrecruzadas, extendidas en un bastidor de madera sostenido por patas, las más de las veces esculpidas en forma de patas de toro, de león, o modeladas partiendo de una de las divinidades protectoras de los que dormían: Bes barbado, con piernas deformes, y Tueris, representada con forma de hipo-

pótamo. La abundancia del relleno de las camas de este tipo las hacía a veces tan altas que había que valerse de una tarima de varias gradas para subir. Tal vez sea ésta la razón por la cual se encontraron cerca de ellos pequeños escabeles.

En estas camas tan muellemente rellenas (claro está, privilegio de los reyes y las reinas), había que sostener bajo la cabeza un *wal* (que se traduce por cabecera, reposacabezas en forma de semicírculo, descanso o, con más precisión, posacuello), sobre el cual el durmiente o la durmiente colocaba su cuello con el fin de no aplastar o enmarañar un peinado, a menudo muy complicado. La cabecera es el objeto más corriente del mobiliario funerario, según se puede juzgar en casi todos los museos que contienen colecciones de la Antigüedad clásica. Sobre la base, con frecuencia se halla grabada una de las divinidades nocturnas, ya presente en las patas de la cama, Sekab, dios que reside en lo profundo.de los pozos de los condenados, encargado de torturar, o Set, dios de las tinieblas. Este antepasado de la almohada, cuya dureza a menudo se corregía con la interposición —entre el hemiciclo y el cuello— de un almohadón, obligaba a quien lo usaba a dormir de espaldas. El de los más ricos era tallado en alabastro, con incrustaciones de marfil; el de las clases medias era de sicomoro, madera muy común en Egipto, por entonces, y desprovisto de ornamentos. La alcoba incluso contenía roperos de madera ornada con incrustaciones, en los que se acomodaban la ropa interior, la ropa, así como los utensilios de tocador: espejos, peines, horquillas, ungüentos y perfumes, que se colocaban en pequeños estuches más o menos valiosos, acomodados con el indispensable escabel debajo de la cama.

## Los primeros mosquiteros

En la alta sociedad, los esposos dormían en habitaciones separadas durante la noche. En el emplazamiento de Amarna, la casa del "director de las manadas de bueyes del templo de Atón", que recuerda por completo la de los modelos de arcilla ya descritos, nos da una idea de la disposición de las habitaciones. Esta residencia señorial es un conjunto cuadrado, de ladrillo, de unos setenta metros de lado. Luego de una puerta monumental se atraviesan un espacioso patio y una segunda puerta para llegar a una ancha escalinata adosada a la pared norte de la casa. Por una antecámara se accede al salón de recepción, donde cuatro columnas de madera, pintadas de rojo, que descansan sobre cimientos de piedra, soportan el techo. Atrás se encuentra el comedor y, desde allí, al lado de las dos habitaciones más chicas, sale una escalera que conduce al piso superior. Al sur se agrupan los departamentos reservados y, al oeste, el dormitorio del señor, reconocible en la trasalcoba construida para colocar el lecho, a menudo cerrado por una cortina cuyo papel, más que el de ocultar a quien dormía, era el de un mosquitero. Herodoto demuestra que cuidarse de los mosquitos era una preocupación común a cualquier egipcio: "En los

alrededores de los pantanos, los habitantes pasan la noche en lo alto de torres lo suficientemente altas como para que las moscas pequeñas no puedan acceder o el viento se lo impida. En la región de los pantanos, donde no hay torres, cada hombre posee su propia red. Durante el día le sirve para atrapar peces, y por la noche la extiende sobre la cama, donde descansa y duerme, protegido, debajo de ella. Si él se envuelve en sus propias ropas o en un pedazo de muselina, los mosquitos están seguros de picarlo a través de este tipo de manta, y no a través de la red".

## Cuartos de baño

Al este, adosado a dos habitaciones pequeñas, un salón cuadrado era quizás el lugar de permanencia habitual del *harîm* (harén), donde permanecían las mujeres y niños. Entre ambas, y dando a un corredor, se encuentra una doble instalación de cuartos de baño y de retretes. Esta precisión es una prueba interesante de los cambios operados entre las dinastías XII y XVIII (1991-1786 hasta 1570-715); en el emplazamiento más antiguo de Kahún, en El Fayum, no es posible establecer la existencia de cuartos de baño, aun en la clase aristocrática, cuando en Amarna, un simple inspector o jefe de cuadrilla parece no haberse privado de este lujo. No obstante hay que precisar que el uso que damos a nuestras bañeras era desconocido para los egipcios, uso que ellos habrían considerado indecoroso, por juzgar ajena a las elementales reglas de higiene —del mismo modo que los fellahs de hoy— la costumbre de lavarse en un agua estancada. El baño consistía en afusiones que efectuaban los servidores, a las cuales sucedían fricciones o masajes. Mientras se procedía a su aseo, el hombre llevaba su vestimenta de la mañana: cabeza descubierta y taparrabo corto, que solía conservar para salir.

## Efusiones reales

Sobre los pedazos de barro cocido, tal como el de Deir-el-Medineh, a menudo se hallan representadas escenas de gineceo. Se ven mujeres y niños: una mujer está tendida en una cama, y lleva un vestido transparente; otra, sentada, ocupada en su aseo con ayuda de una sierva, y una tercera amamanta a su bebé. Raras veces a hombres y mujeres se los representa juntos, si no es para los retratos de familia, de los cuales los artistas egipcios nos han dejado imágenes armoniosas que datan del reino de Akenatón. Aquí se pueden ver las efusiones de la pareja real y, evidentemente más castas, las pinturas funerarias. Si bien en los relatos el hombre y la mujer se reúnen por la noche para "concebir", en los cuentos son abundantes las historias de amor en que se sugieren los "olfateos" del "hermano" y de la "hermana" —entiéndase "el" y "la amante"—, lo cual existe aún en muchas civilizaciones tradicionales. Los egipcios

daban un beso con la nariz, y lo harán con la boca a imitación de los griegos, a partir del período decadente (715-332), pero parece muy esporádico el casamiento: el traslado de la muchacha de la casa paterna a la casa del novio, con su dote, para lo cual el cortejo no debía carecer de pintoresquismo, al constituir lo fundamental de la ceremonia.

## Por Horus, permanece...

Con la noche venían los sueños y sus presagios, lo cual se sabe que preocupaba mucho a los egipcios, ya a un faraón, ya a un simple fellah. La diferencia es inmensa, y plantea una pregunta que supera la fisiología: ¿tiene el hombre una real igualdad en el sueño? En un caso, el de los reyes y los poderosos, los intérpretes identifican sueños como éste: durante la noche, el rey ve dos serpientes; una, a su derecha, y la otra, a su izquierda. Al despertar, por supuesto, las serpientes han desaparecido puesto que no era más que un sueño. Pero un sueño del rey está marcado por el sello del destino, y los intérpretes disciernen que un brillante porvenir le está reservado al soñador, que poseyendo ya el Alto Egipto, pronto va a conquistar el norte de Egipto y hacer aparecer sobre su cabeza el buitre, símbolo del sur, y la cobra, símbolo del norte.

Los individuos doctos que no tenían intérprete titular, en la época ramesídica podían consultar una obra semejante a la que cubre el papiro *Chester Beatty III*. Dividido en dos partes, este documento, hoy visible en el Museo Metropolitano (Nueva York), en su primera parte contiene los sueños y su interpretación, lo que en psicoanálisis llamaríamos escuelas. La de lo más selecto de la sociedad egipcia, los "seguidores de Horus", durante los gobiernos de los Ramsés se oponen a la "nueva escuela de los setianos", proveniente de la familia real y descendiente en línea recta del dios Set. La tercera escuela es la de los "fieles de Amón", cuyo colegio sacerdotal resistió continuamente las tendencias monoteístas del imperio nuevo; y salió victoriosa de la guerra de las tendencias...

La imagen de Horus adorna de manera invariable los santuarios egipcios, con la forma de un disco solar alado, con el fin de alejar del edificio sagrado a los enemigos impuros. Dejemos a los setianos, que, una vez muertos, "no se convertirán en habitantes del oeste sino que permanecerán en el desierto como presas para las rapaces", sus interpretaciones (incompletas) de los sueños en la segunda sección del *Chester Beatty*, para tratar de descubrir en qué pensaban los egipcios y cómo la escuela de los "seguidores de Horus" interpretaba sus sueños. La lista es larga y la enunciación, lacónica; los procedimientos analógicos predominan sobre el resto: "[...] no es bueno soñar que uno bebe cerveza caliente: los bienes son arrebatados; si uno se pincha con una espina, eso es señal de mentira. Si uno tiene desgarradas las uñas, quedará frustrado por el trabajo de sus brazos; los dientes que se caen significan la muerte de al-

gún allegado; subirse a un poste, que el dios hace que uno se eleve; bañarse en el Nilo, que uno se ha lavado de sus pecados", etcétera.

Ni Freud ni Lacan han innovado en el campo de la interpretación de los sueños. Los egipcios ya conocían las asociaciones y los juegos de palabras, y para el que soñaba que comía carne de asno, siendo "asno" y "grande" homónimos, el intérprete se dejaba llevar por estas explicaciones. En cambio, si el soñador recibía una "hierba", que se decía *buané*, esto era anunciador de malos augurios ("malo" se decía *Bin* en egipcio). Por su parte, a los sueños obscenos, al parecer muy frecuentes, los sacerdotes no los veían como de buen augurio...

## La casa de la eternidad

No podemos dejar el dormitorio y sus sueños sin hacer referencia a lo que, con mucho orgullo, pero a menudo sin alegría, preocupaba a los egipcios afortunados: la casa de la eternidad. Los reyes siempre lo hicieron, desde muy temprano, pues la construcción de semejante edificio, aun mediano, no era cosa fácil. Para los particulares, convencidos, como el faraón, de que después de la muerte el hombre continúa viviendo, se trataba de preservar su *ka*, ser inmaterial que puede asemejarse a lo que nosotros llamamos "alma", y que tiene su propia personalidad. Hay que conservar el cuerpo para que el *ka* pueda volver a tomar posesión de él tantas veces como le convenga, y para esto hay que conservar en un sitio seguro una estatua, una imagen o una representación del muerto que encarne los rasgos individuales que el cadáver ha perdido. Por esta razón hay que darle al muerto mobiliario y alimento, para que pueda continuar en la tumba la vida que ha llevado en la Tierra.

La riqueza y la variedad del mobiliario dependían, claro está, de los medios de cada uno. El de Tutankamón es hoy, quizás, el más rico que se haya descubierto: camas pomposas, decoradas con los dioses domésticos, con incrustaciones de marfil, ébano, oro; otras, doradas, con los costados trabajados en forma de león, hipopótamo o cocodrilo; tumbonas plegables de madera liviana, con bisagras de bronce; reposacabezas de loza con incrustaciones de lapislázuli; de marfil, de vidrio azul; roperos, sillas, taburetes, estuches, bastones, objetos de adorno, armas, juegos, vajilla, objetos litúrgicos, etcétera.

## La alcoba de Salomón

Antes de dejar a los egipcios debemos hablar de quienes fueron sus vecinos, sus "primos" por medio de José y, finalmente, sus víctimas: los hebreos. Tomaron prestadas de Egipto, durante su larga estada, muchas técnicas, entre ellas la de la cama. El Antiguo Testamento, cuando consiente en dejar de lado los temas favoritos referidos a nuestros antepasados cercanos: indolencia,

adulterio, incesto y asesinato, suelta algunas breves informaciones, como en el rápido encuentro de Judit y Holofernes, en que nos enteramos de que el cuerpo de éste descansa en una cama y, su cabeza, hasta la llegada de Judit, en una almohada...

El primer Libro de los Reyes, en los capítulos 6 y 7, da una descripción del templo edificado por Salomón, que es una verdadera clase de arquitectura; el plano recuerda mucho las maquetas egipcias de terracota ya descritas, con lujo de detalles: "Todo era de cedro. Nada de piedra se veía", y la cama, que tanto necesitó puesto que amó a "setecientas princesas y trescientas concubinas extranjeras" era, tal como está dicho en el Cantar de los Cantares (3: 8-9), "un trono se ha hecho el rey Salomón / de madera de Líbano. / Ha puesto de plata sus columnas, / de oro su dosel, / de púrpura el asiento, / todo por dentro recamado con amor / por las hijas de Jerusalén". Esta hija de Jerusalén, la Iglesia, en busca de la unión mística con Cristo, "en mi lecho, por la noche, busqué / al amado de mi corazón"/ y sueña que "su izquierda está bajo mi cabeza, / y su diestra me estrecha en abrazo".

El Libro de Ester no va a la zaga en las descripciones de los lugares reales. Así, en el palacio del rey de Susa, en ocasión de un festín que duró siete días, "colgaduras de lino blanco y celeste, sostenidas por cordones de seda y púrpura roja, pendían de anillas de plata, fijadas en columnas de mármol; se habían colocado divanes de oro y plata a lo largo del pavimento de piedras raras, de mármol blanco, de madreperla y de mosaico". Sabemos que este banquete tomó mal sesgo, que el rey Asuero no soportó el rechazo de la reina Vasti ante sus insinuaciones. Siendo la primera gran protesta femenina en la historia, perturbó tanto a los hombres que, por consejos del sabio Memucan, declararon: "Porque el hecho de la reina se divulgará entre todas las mujeres y, por su culpa, despreciarán a sus maridos [...]". Se envió un decreto por todo el reino para que "fuesen los maridos los señores de su casa", y ocurrió el invento oficial del *harén* (2: 2-4)...

La "ofrenda de celos", verdadera ordalía, en el capítulo 5 de Números, el cuarto libro hebreo, esta vez es en detrimento de la mujer judía. La absorción del "agua de maldición", compuesta de "un décimo de efá de harina de cebada" y de un poco de tierra del suelo del Tabernáculo, cuyo augusto legislador recibió la receta del Eterno, en caso de que las sospechas del marido celoso se confirmen debe hacer "marchitar la fecundidad" e "hinchar el vientre" de la mujer inicua.

Volviendo al mobiliario bíblico, el único lecho del que tengamos una descripción precisa es el de Og, rey de Basán, "el último sobreviviente de los Refaím / gigantes" /, vencido por los hebreos. En el Deuteronomio (3: 11) se nos dan incluso las medidas de ese lecho de hierro: "[...] de nueve codos de largo por cuatro de ancho, codos ordinarios" (1 codo = 50 cm), es decir, 4,50 m por 2 m, lo cual es totalmente plausible para un "lecho real", lecho que los vencedores transportaron y exhibieron como trofeo.

## El mobiliario del Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento es menos rico en detalles que el Antiguo, pero nos da algunas ideas sobre objetos de la vida diaria o, antes bien, los del pueblo. Jesús no nació en un dormitorio real sino en el comedero de un establo, cuna cuya evidente comodidad, en cuanto a la estación, debemos reconocer; hay que dar gracias al ingenio de José por haber instalado a María bajo una calefacción nasal... El Evangelio según San Marcos (2: 3-12) relata el ejemplo del paralítico llevado por cuatro hombres que, al no poder acceder a la casa donde estaba Jesús, "levantaron la techumbre donde él estaba, hicieron un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico". El milagro que siguió desde entonces se convirtió en una de las parábolas más célebres, fórmula por la que Jesús mismo vaciló, puesto que se preguntó: "¿Qué es más fácil decir al paralítico: Perdonados son tus pecados, o decirle: Levántate, carga con tu camilla y anda? Pues [...] digo al paralítico: ¡Tú, levántate, carga con tu camilla y vete a tu casa!". La historia sólo memorizó el milagro y su expresión lapidaria: "Levántate y anda", que debió dar varias decenas de títulos de libros, pero a nosotros, tecnólogos, nos interesa más especialmente la continuación: "El paralítico se levantó y, al punto, cargando con la camilla, salió a la vista de todos [...]". Se presentan varias hipótesis: ¿la camilla era plegable, desmontable o sólo lo suficientemente liviana como para que un solo hombre, ex paralítico, pudiera llevarla? Conociendo los romanos la camilla (en latín vulgar *cibaria*), podríamos pensar que el ex paralítico la había arrastrado y llevado al hombro; pero si la camilla era plegable no había razón alguna para desmontar el techo y hacerla penetrar en la casa; podemos imaginar, pues, que se trataba más bien de un catre de tijera, de cuatro patas y armazón atada con lazos que, en efecto, un hombre podía llevar solo, apoyándolo en su espalda.

## El eterno despierto

El otro milagro de las Sagradas Escrituras se refiere a que el héroe sólo se adormila una o dos veces en toda su existencia. Jesús, Eterno Despierto, vela por que se cumpla su sueño: una humanidad ideal. No dormir no es sólo vencer el cansancio físico; es, sobre todo, demostrar fuerza espiritual: permanecer despierto, estar plenamente consciente, significa, en el fondo, "estar presente en el mundo del espíritu", y Jesús no deja de prescribir a sus discípulos que velen, como en ocasión de la famosa noche de Getsemaní, que se pone trágica debido a su incapacidad de velar con él (Mateo 26: 36-46). Ahora bien, sabemos, desde la aventura del Gilgamés, que vencer al sueño, permanecer "despierto", constituye la más dura prueba iniciática, la que está encaminada a la transmutación de la condición profana, a la conquista de la inmortalidad, y este fracaso de los discípulos, haber sucumbido a la tentación de dormir, "el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil" (Mateo 26: 41), se convertirá en

modelo ejemplar para la mayoría de los cristianos... La tradición gnóstica opondrá al sueño, que así como la ignorancia se expresa en términos de "ebriedad", la "vigilia", que implica *anamnesis*, el redescubrimiento de la verdadera identidad del alma y su origen celeste. En la tradición mandeana, el mensajero celeste, después de salir de su sueño profundo, se dirige a Adán: "No descanses más ni duermas: no olvides lo que el Señor te ha encargado".

# 2

# Las civilizaciones del lecho

*Contestus totus virilis est: non sunt circa flosculos occupati.**

Séneca,
Carta 33

## En la intimidad de Aristófanes

El término genérico de cámara (*kámara*), dormitorio, y que designa a todo ambiente destinado al descanso, se debe al griego, pasando por el latín y el italiano. Dicho cuarto se encontraba con frecuencia en el fondo de la casa, a veces en la planta, al cual se ingresaba por una escalera exterior, de madera; poseía algunas veces una pequeña abertura que con frecuencia se obstruía para prevenirse del calor del sol o de la escarcha del invierno. Los muros, cuando no eran de roca como las pobres viviendas excavadas bajo las murallas de la antigua Atenas, eran de madera, de adobe o de ladrillo crudo, cuya fragilidad, al parecer, inspiraba a los ladrones. Estos, más que tomarse el trabajo de forzar la puerta, preferían hacer un boquete en el muro para penetrar en la casa; de ahí el nombre de *toichorychoí*, que literalmente significa "taladraparedes".

Pero antes que seguir paso a paso los descubrimientos arqueológicos, tomemos como guía a Aristófanes. Nacido en Atenas hace aproximadamente veinticuatro siglos, su afición a los detalles y las expresiones vulgares usadas por el pueblo, hace penetrar, mejor que Homero, Hesíodo o Herodoto, en la intimidad del *thálamos* (dormitorio conyugal o gineceo) del *oíkos*, esa pequeña célula social y religiosa que constituye el hogar. En *Las avispas*, sátira de las costumbres judiciales de la época (la obra se representó en el 422 a.C.), nos enteramos de algunos detalles técnicos sobre las casas: Bdelycleón, que tenía encerrado a su padre, Filcleón, teme que éste se escape, en primer lugar, por "el

respiradero del cuarto de baño (cosa poco probable puesto que se trata de una manga de ventilación relativamente estrecha, pero que nos prueba que había cuartos de baño calentados, en el siglo V, en Atenas), y luego por la chimenea; Filocleón, tratando de escaparse, se hace pasar por "El humo", a lo cual Bdelycleón replica:

> — *¡El humo! ¿De qué leña?*
> — *De higuera.*
> — *Ya se conoce, ¡por Júpiter!, pues es la que despide humo más acre. Ea, adentro pronto. ¿Dónde está la tapa de la chimenea? Adentro he dicho. Para mayor seguridad, pondré encima esta vigueta. Busca ahora otra salida. Soy el más desdichado de los hombres; mañana podrán llamarme el hijo del ahumado.*

Se ha descubierto, en efecto, en las ruinas de Olinto, una teja del techo, con un orificio de 47 cm por 23 cm, por donde un hombre hubiera podido deslizarse por el techo con facilidad, cosa que tal vez no era tan excepcional, a juzgar por lo que dice Demóstenes en su *Contra Conón*, en el que un deudor insolvente se fuga discretamente por el techo para escapar de sus acreedores.

Antes de volver a la vida del *oíkos*, detengámonos en el mobiliario; por ejemplo, en el que nombra Plutarco en *Alcibíades*; parece haber pertenecido a un hombre cuyo lujo privado está a la altura del modo de vivir modesto de los atenienses del siglo V; es un mobiliario minuciosamente detallado; el ambiente más rico era un "juego de comedor" de cuatro mesas y doce lechos, de un valor total de casi ciento veinte dracmas. Aristófanes nos describe estos lechos en *Lisístrata*, donde Cinesias, marido de Mirrina, que, tal como las demás mujeres de la urbe, se declara en huelga de amor, retrasa el instante crucial trayendo los elementos uno por uno: un bastidor de madera con correas, una estera de junco, una almohada y una manta... Al paso tenemos la posibilidad de saber, respecto de los hombres, que durante la noche se sacan el abrigo y el cinturón de la túnica, y el sostén en el caso de las mujeres, pero que salvo cuando el amor "levantando hasta el piso las persianas" o "posando como leona sobre un rallador de queso" (*Lisístrata*, hacia 230), es usual conservar esta túnica, que sirve de camisón o, tal vez, ponérsela cuando, tal como dice una de las rebeldes, las mujeres llevan sus "túnicas azafranadas a la espalda, bien emperifolladas con cimbéricas [vestidos largos sin cinturón] de caída recta, y peribaridas [calzados elegantes para mujer]". *Lisístrata* nos da otros detalles sobre los trajes femeninos, el arte de la seducción y sus astucias, en esta guerra entablada contra los hombres: "Si nos quedáramos en nuestras casas, maquilladas, y si en nuestras delicadas túnicas de Amorgos [camisas transparentes] pasáramos desnudas el delta depilado delante de nuestros maridos ardientes de deseo, y en lugar de satisfacerlos nos negáramos, muy pronto harían las paces; estoy segura" (hacia 150).

Habituados a este juego, atenienses y espartanos se reconciliaron y se reunieron con toda urgencia con sus femeninos vencedores...

Lamentablemente, las mujeres libres de Aristófanes expresan un deseo más que una realidad; las atenienses del siglo V, del mismo modo que los esclavos, no tenían derecho político ni jurídico alguno y eran confinadas a su casa, aun cuando la gobernasen con autoridad manteniendo a sus hijas, según la costumbre, apartadas de la mirada de los hombres en el gineceo, siempre muy separado del andrón.

## Antes del casamiento

Esta es una educación de jovencita muy distinta de la de Esparta, que Eurípides denuncia en *Andrómaca*: "fuera de las casas, con los jóvenes, van con las piernas descubiertas y el vestido con vuelo" (hacia 597-598). Jenofonte elogia mediante uno de sus personajes, Iscómaco, en el *Económico*, la costumbre del *kyrios* en la joven: el padre, o en su defecto el hermano, o un abuelo, o su tutor legal, elige y decide por ella el marido que necesita: "¿Has comprendido por qué te he desposado y por qué tus padres te han entregado a mí? Sin dificultad habríamos encontrado a otra persona para compartir mi lecho; estoy seguro de que lo entiendes a la perfección. Pero sólo después de haber reflexionado, yo por cuenta propia y tus padres por la suya, sobre el mejor de los socios que pudiéramos tomar para ocuparse de nuestra casa y de nuestros niños, te he elegido a ti como tus padres me han elegido a mí, probablemente entre otros posibles partidos".

El principio de la endogamia (casamiento dentro de un mismo grupo social) hace que la unión entre parientes fuera, si no recomendada, al menos autorizada. El incesto, en Atenas, no estaba prohibido por una ley de la ciudad sino, antes bien, por la religión, que reprobaba la unión entre hermano y hermana nacidos de la misma madre, o entre ascendiente y descendiente, pero no era raro que un medio hermano se casara con la hermana, nacida de su mismo padre.

En Esparta, el traslado de la novia a su nueva casa tomaba la apariencia de un rapto. La joven arrebatada era puesta en manos de una mujer especializada en las ceremonias nupciales, llamada *nympheútria*, que le cortaba el cabello al ras, le ponía un traje ridículo, zapatos de hombre y la acostaba en un colchón de paja, sola y a oscuras. El novio, luego de comer con sus compañeros, entraba en la habitación, "le desataba el cinturón", la tomaba entre sus brazos y la llevaba a su cama. Después de pasar un breve momento con ella, volvía a dormir junto a sus amigos.

## Cómo "se las arreglan" los hombres

De todos los ritos nupciales que conocemos, ninguno parece destinado a consagrar de un modo notorio la reunión de los cónyuges; todo tiende a la pros-

peridad del *oíkos* y a la procreación. En Atenas se recomienda que un hombre se case hacia los treinta años y despose a una joven de dieciséis. Un ciudadano se casaba ante todo para tener un hijo varón que pudiera perpetuar la descendencia de su familia y asegurar el culto a los antepasados, que él mismo celebraba, indispensable para la felicidad de los difuntos.

Parece que a partir del siglo IV muchos atenienses han tenido una concubina, sin que por eso expulsaran a su legítima esposa. Las palabras de un litigante ante el tribunal nos dan la posibilidad de enterarnos de cómo "se las arreglaban" los hombres: "Tenemos las cortesanas para el placer, las concubinas para proporcionarnos los cuidados diarios, y las esposas, para que nos den hijos legítimos y sean las guardianas fieles de nuestro hogar".

Al estar los hombres muy a menudo alejados de sus mujeres y de sus hogares, la tradición filosófica favorable al amor masculino era también muy fuerte y formaba parte de los "acuerdos". Los griegos apenas eran fecundos, por temor a ver disminuido el patrimonio familiar en ocasión de la herencia, si los herederos fueran demasiados. "¡Ojalá tengas un hijo único, escribe Hesíodo en *Los trabajos y los días* (hacia 376-377), para alimentar el patrimonio! Así es como se acrecienta la riqueza en nuestras casas". "Un varón y una niña", escribe Platón en *Las leyes*.

Temiendo el eugenismo, para evitar una familia demasiado numerosa, se practica el aborto y, en caso de que éste no haya ido bien, el abandono de los recién nacidos —sobre todo de las niñas—, pues si no se lo o la puede matar una vez nacido(a), nada impide que el niño muera... Por el contrario, en Esparta, la legislación referida a la familia llegaba a permitir a un marido demasiado anciano para cumplir con sus deberes conyugales que introdujera, en la cama de su mujer, a un hombre joven para que ella tuviera hijos sanos y vigorosos.

## La disputa por la educación

La oposición más radical entre los "modos de vida" practicados en Atenas y en Lacedemonia se manifiesta en el campo de la educación de los hijos. La joven, futura madre de familia, debe ser robusta, vigorosa, dotada de cualidades viriles y, para esto, "apartada de la blandura de una educación hogareña y demasiado suave" (se sobreentiende: "como la de la joven ateniense"). El varón, por su parte, sólo permanece con su familia hasta los siete años de edad y desde su más tierna infancia se lo somete a nodrizas laconias, cuidadosas y expertas, de las cuales Plutarco nos habla en *Licurgo*: "En lugar de fajar a los niños que criaban, les dejaban los miembros y el cuerpo totalmente libres; los acostumbraban a no ponerse difíciles ni delicados en la comida, a no asustarse de la oscuridad, a no temer la soledad, a abstenerse de los caprichos vulgares, de las lágrimas y los gritos". Era un sistema educativo que no parecía dis-

gustar a las familias aristocráticas de Atenas que tenían la costumbre de contratar en Esparta a las "nurses" para su progenitura.

A los siete años cumplidos, del joven espartano se hace cargo directamente el Estado, al cual no dejará de pertenecer hasta la muerte. En primer lugar, bajo la supervisión de un *paidonómos*, es alistado hasta los once años de edad en casa de los "muchachitos", y después en lo de los "varones", de donde a los dieciseis años sale *eirén*, efebo, y toma entonces la responsabilidad de ocuparse de uno más joven que él con el cual compartirá totalmente su vida. Se acuestan todos en dormitorios comunes, sobre jergones de caña y, desde los doce años, entre los niños y los adultos están autorizadas las relaciones amorosas, si no sensuales. El mayor servía, a la vez, al más joven, de tutor y modelo; los lazos creados entre los dos jóvenes servían para desarrollar el valor guerrero durante los frecuentísimos ejercicios de "preparación militar".

El pequeño ateniense, en su primera edad, es mucho menos libre de sus miembros que su *alter ego* de Esparta. La costumbre de envolver a los niños de pecho en una tira de tela, enrollada en forma de espiral y estrechamente ceñida, y de mantenerlos en una cuna, no por fuerza es mejor que dejarlos desnudos y libres. Las cunas, tal como se las ve representadas en jarrones pintados, en la mayoría de los casos son canastos de mimbre o una especie de artesas de madera. La costumbre de los "mimadores" y de acunar a los niños es constante en Atenas. Para tenerlos ocupados se les daba un juguete, un sonajero o fruslerías, para que no rompieran nada en la casa, dado que los niños no pueden estarse quietos un momento; por último, para hacerlos dormir, madre o nodriza les cantaban una cantilena o una nana.

## El dios Sueño

Algo singular: no había en Grecia un culto a Hipnos, a excepción del que señala Pausanias en la ciudad de Trezena, donde se veneraba al dios del sueño en compañía de sus amigas, las Musas. Esta ausencia de culto en honor de Hipnos se debe, tal vez, al hecho de que antes de la comida nocturna, los homenajes se dirigían más bien a Hermes, considerado como dispensador del sueño y de los sueños. En los textos homéricos, Hipnos, el sueño, es mostrado en un doble aspecto: es, ante todo, el descanso periódico de los órganos de los sentidos y del movimiento durante el cual el cuerpo repara energías. Pero también aparece junto a su hermano Tánatos, la muerte, con los rasgos de un sepulturero que desempeña esa tarea fúnebre.

El respeto a los ancianos, especialmente afirmado en Esparta, es general en toda la antigua Grecia; los deberes del hijo o de los hijos, so pena de prisión —medida muy grave para un hombre libre— eran velar por los últimos días de sus padres y enterrarlos según los ritos.

## Las camas de Ulises

*La Odisea* está llena de lechos y delitos: el lecho en que Telémaco piensa toda la noche en el viaje que Atenea le inspira; el lecho de Circe, del que Ulises no puede escapar; los blandísimos lechos de Calipso y de Nausícaa; el lecho transportable, de cara al cielo, de la nave que lo lleva; el lecho silvestre del náufrago y, en especial, el que brilla en lo profundo de su memoria, el lecho del buen sueño: el lecho del olivo: "[...] fuese en busca de las florestas, que se aparecían en un altozano, a par de la costa, y metióse debajo de dos arbustos entrelazados, que eran un acebuche y un olivo. Ni el húmedo soplo de los vientos pasaba a través de ambos, ni el resplandeciente sol los hería con sus rayos, ni la lluvia los penetraba del todo: tan espesos y entrecruzados se elevaban; debajo de ellos se introdujo Odiseo y al instante dispuso con sus manos ancha cama, pues había tal abundancia de hojas secas que bastaban para abrigar a dos o tres hombres durante el más riguroso invierno. Mucho holgó de verlas el paciente y divino Odiseo, que se acostó en medio y se cubrió con aquel abrigo. Así como el que vive en remoto campo y no tiene vecinos esconde un tizón en la negra ceniza para conservar el fuego y no tener que ir a encenderlo a otra parte, de esta suerte se cubrió Odiseo con la hojarasca. Atenea derramó sobre sus ojos el dulce sueño y le cerró los párpados para que descansara al punto de sus abrumadoras penas".

Ulises, hombre del maravilloso lecho, lo ejecutó con sus propias manos, con amor y sueños. De todas las camas de la mitología, la de Ulises es la más simbólica: arraigado al suelo de su patria, mueble inmóvil, intransportable, el lecho de la última artimaña, más singular aún que su arco, salvará a Ulises. Este lecho es también la expresión más completa de una intimidad compartida, no sólo la del amor sino la del dormitorio; donde Ulises recobra su legitimidad es en los hechos de la vida diaria, última prueba de Penélope para reconocer a su esposo. Al ordenar delante de él que preparen el lecho conyugal y al dar a sabiendas una falsa descripción, Penélope encendió la furia de Ulises: "¡Oh mujer! En verdad me produce gran pena lo que has dicho. ¿Quién me habrá trasladado el lecho? Difícil le fuera hasta al más hábil, si no viniese un dios a cambiarlo fácilmente de sitio; mas ninguno de los mortales que hoy viven, ni aun de los más jóvenes, lo movería con facilidad, pues hay una gran señal en el labrado lecho que hice yo mismo y no otro alguno. Creció dentro del patio un olivo de alargadas hojas, robusto y floreciente, que tenía el grosor de una columna. En torno de él labré las paredes de mi cámara, empleando multitud de piedras; la cubrí con excelente techo, y la cerré con puertas sólidas, firmemente ajustadas. Después corté el ramaje de aquel olivo de alargadas hojas; pulí con el bronce su tronco desde la raíz, haciéndolo diestra y hábilmente; lo enredé por medio de un nivel para convertirlo en pie de la cama, y lo taladré todo con un barreno. Comenzando por este pie, fui haciendo y pulimentando la cama hasta terminarla; la adorné con oro, plata y marfil; y extendí en su parte interior unas vistosas correas de piel de buey, teñidas de púrpura. Esta es la

señal de que te hablaba; pero ignoro si mi lecho sigue incólume o ya se trasladó alguno, habiendo cortado el olivo por el pie". Y el poema acaba así: "Mientras tanto, Eurínome y el ama aparejaban el lecho con blandas ropas, alumbrándose con antorchas encendidas. En acabando de hacer la cama diligentemente, la vieja tornó al palacio para acostarse y Eurínome, la camarera, fue delante de ellos con un antorcha en la mano, hasta que los condujo a la cámara nupcial, retirándose en seguida. Y entrambos consortes llegaron muy alegres al sitio donde se hallaba su antiguo lecho".

## El último lecho

Luego del aseo fúnebre, el muerto, vestido con ropas blancas, es rodeado de bandas y envuelto en una mortaja de la que sólo emerge su rostro. Expuesto en un lecho de gala, con los pies vueltos hacia la puerta de la casa durante un día o dos, el difunto es velado por las mujeres de la familia, con los cabellos desatados y espolvoreados con ceniza, que se lastimaban las mejillas, se golpeaban el pecho en señal de lamento y lanzaban vociferaciones rituales (que la ley trata de reprimir). El muerto recibe ofrendas, las más de las veces jarrones pintados que se colocan bajo la cama. En Atenas, el entierro se hace en plena noche, pues los griegos temen manchar, con la muerte, los mismísimos rayos del sol. El muerto es llevado en la cama misma en que estaba expuesto en su casa, llevado por parientes y esclavos o transportado en un carro tirado por caballos o mulas. En el cementerio, el cuerpo es inhumado o quemado en una hoguera; sus cenizas son recogidas y colocadas en una urna. Se destinan libaciones al difunto, después de lo cual la familia se purifica lavándose cada uno todo el cuerpo y lavando, asimismo, la casa del muerto, con agua de mar e hisopo. A continuación se efectúan banquetes y sacrificios que se renuevan al tercer día, al noveno y al trigésimo, luego de los funerales, así como en los aniversarios: éste es el comienzo del culto a los muertos.

## *Urbs*

Intentar descubrir, del mismo modo que respecto de Egipto y Grecia, las costumbres domésticas y la intimidad de los romanos sólo tiene sentido si uno se decide a escoger uno o más períodos bien precisos. Si bien la diferencia entre la rústica república y el lujo refinado de la época imperial resulta un lugar común, las diferencias entre la moral cívica y la moral de la pareja, en cambio, se operaron en un principio y constituyeron un hito en la historia de la intimidad, al modificar levemente los "habitus" de la alcoba (la filosofía se oculta siempre bajo la almohada).

La omnipresencia de restos de *urbes* y de *villae* restauradas, en lo que fue el Imperio romano, nos exime de la descripción, dado que los estilos, de norte a sur y de este a oeste, eran tan variados como lo fueron, hasta el siglo XIX, los estilos regionales que conocemos. Menos conocido resulta el vocabulario, que sin advertirlo demasiado hemos tomado prestado del latín, "relativo al dormitorio" (*cubiculum*), en el cual (*cubile*) se encuentra la idea de nicho, cubil, madriguera.

De un modo general, las viviendas de la ciudad imperial —que se extendían en más de dos mil hectáreas de las cuales hay que restar los espacios ocupados por los edificios públicos, los santuarios y los de los abundantes parques y jardines privados, — tenían dificultades en contener y ofrecer todas las comodidades al millón doscientos mil habitantes que en ella se comprimían.

Las *insulae*, construcciones verticales divididas en viviendas separadas y distintas, tal como están reproducidas casi fielmente en *El poder de los dioses*, donde se desarrolla un episodio de las aventuras de Asterix, quizás hayan nacido durante el siglo IV a.C. ante la necesidad de albergar a una población en continua evolución. Estos "bloques" más o menos parecidos dirigían a la calle sus fachadas simétricas de anchos vanos, y nos dan hoy una real impresión de modernidad. Pero en esa época, vivir en un piso no dejaba de tener sus riesgos, tal como lo demuestran los temores, aun cuando sean satíricos, de Juvenal, listo para abandonar a Roma: "¡Ay! ¡Cuándo podré vivir en un lugar donde no haya fuego y donde las noches no tengan zozobra!". La casi ausencia de muebles en la mayoría de estas viviendas permitían a los habitantes, "por si acaso", que se largaran con rapidez.

## La cultura del lecho

El mobiliario consistía, en especial, en camas en que los romanos dormían, leían, escribían, comían y recibían; camas de toda clase, las más corrientes de las cuales eran sólo camastros de mampostería, adheridos a los muros y recubiertos con colchones de paja. Sobre todo en la *domus* de tipo pompeyano se encuentra expuesta y dispuesta, según un orden muy preciso, una extraordinaria variedad de camas. En su mayoría son *lectuli*, pequeñas camas de una plaza, y, en especial para las comidas, camas de tres plazas (*triclinium*), a veces de seis, en casa de los que intentaban ostentar su fortuna, lechos de los cuales era responsable un doméstico especializado, junto con las mesas contiguas: el *lectisterniacor*.

Antes de pasar al dormitorio, los romanos, que habían heredado la costumbre griega de tenderse para comer, tenemos que decir unas palabras de ese *triclinium*, habitación especial adaptada a la presencia de tres lechos dispuestos en forma de U, cada uno de los cuales recibía a tres comensales que apoyaban el codo (*cubitum*) izquierdo en un almohadón destinado para tal fin (*cubital*),

y se colocaban según se categoría. Las prelaciones de mesa eran rigurosamente observadas en la distribución de los lechos alrededor de los veladores de la mesa que llevaban las bandejas de comida; el sitio de honor era el lecho del centro. Señalemos que aun en casa de los romanos más pobres no se podía imaginar un festín sin lecho: la posición sentada (¿en un lecho?) sólo se adoptaba para las comidas muy habituales. En verano, los pompeyanos cenaban al aire libre, *in propatulo*, y se extendían lechos bajo el peristilo o en el jardín, si es que no se encontraban allí lechos ya construidos.

Cerca del *triclinium*, un altarcito servía para hacer las libaciones necesarias para cada plato, ritos domésticos de los que ya volveremos a hablar.

A estos lechos hay que agregar las tumbonas y los lechos para conversar, y otros para la lectura, en las bibliotecas. Todos estos lechos estaban, así como en el *triclinium*, junto a mesas de mármol, de bronce, de metal o de madera. Lo necesario consistía en un colchón de pluma (*culcita plumae*), de trama gruesa o paño recubierto con una funda o con los famosos almohadones llamados *cubitalis*, hechos para sostener el codo, para permitir al *cubator*, literalmente "el que descansa", que estuviera bien. La célebre réplica de Corneille: "Tome asiento, Cinna", no resulta falsa respecto de Roma, puesto que el autor se inspiró en el relato de Séneca y alude a un mueble totalmente excepcional en el marco de la vida privada.

Se enumeran también bancos o pequeños escabeles, candelabros, braseros, arcas y vajilla.

Esta cultura del lecho, por no decir este culto, atravesará los muros de la *domus* y de la *insula* el día en que los ricos enfermos, que se hacían transportar por sus esclavos en sus camas, sean imitados por los romanos "con buena salud", y lo suficientemente ricos como para tener una *lectica* llevada por seis u ocho esclavos sirios.

Hay que imaginar las calles de la Roma imperial superpobladas y esas inmensas literas tabicadas con "piedras especulares", delgadas láminas de *lapis specularis*, trozos de cristal más o menos gruesos y opacos, que también obturaban, a veces, la trasalcoba del dormitorio. En el fondo de estas literas, que se abrían paso entre la multitud, descansaba cómodamente un hombre entretenido o desengañado por el espectáculo callejero. Las matronas o sus maridos acostumbraban emplear, para hacer visitas, la silla de mano, *sella*, en la que estaban bien arrellanados y podían leer o escribir mientras se desplazaban. Esta clase de transporte evolucionó, o más bien, sus "motores animados" fueron reemplazados gracias al invento de la albarda; la litera sobre angarillas pudo ser enganchada, sostenida por los bastos, y, el vehículo, llevado por dos animales —caballos o mulas—, uno adelante y el otro atrás.

Esta evolución tecnológica es fundamental, puesto que de ella deriva la *sellette* (pequeña albarda), que permite sostener las angarillas de los carruajes, que hicieron su aparición en Europa, a comienzos de la Edad Media.

## Dormitorios en penumbra

Las habitaciones situadas alrededor del peristilo, en la *domus* pompeyana, tienen un destino preciso; estos dormitorios, menos altos que los demás, pertenecen al dueño de casa, que con arreglo a su exposición, dispone de un dormitorio de invierno y uno de verano. El sitio de la cama a menudo está indicado por un ligero desnivel del piso y por una bóveda por encima de esta superficie, a menos que la trasalcoba estuviera señalada en un piso de mosaico por cubos blancos de mármol o piedra. La iluminación, o más bien las aberturas que necesita la iluminación, son reducidas al mínimo; la protección contra el frío en invierno y el calor en verano, y hasta contra la tramontana, son una preocupación mayor en un país relativamente templado. Los habitantes, si no tenían lonas, pieles aceitadas, cristales gruesos y opacos, en el caso de los más ricos, postigos o batientes de madera, no vacilaban en vivir entre paredes totalmente a oscuras, tal el caso frecuente en Roma, en los tugurios. La penumbra era, pues, el ambiente en el cual estaba bañada una villa romana, y que contrastaba con la actividad y el ruido que cada mañana la invadían.

## Lucubrar

El momento de levantarse era rápido; entre saltar de la cama y salir de la casa transcurría muy poco tiempo. Hay que reconocer que el dormitorio, *cubiculum*, con sus dimensiones reducidas, de costumbre, y su oscuridad permanente no tenía gran cosa que pudiese retener a sus huéspedes, dado que el riesgo de pasar por un ocioso, e incluso por un "blandengue", raras veces lo corría un *pater familias*.

"Era un hábito tan arraigado, dice Jérôme Carcopino, el de levantarse al alba, que aun cuando alguien siguiera acostado hasta más tarde continuaba despertándose antes que aquél y encontrando en su cama el hilo de sus ocupaciones, a la luz relativa y vacilante del pabilo de estopa de cera que se llamaba *lucubrum*, de donde provienen las palabras *lucubratio* y *lucubrare*, de las que se formaron "lucubración" y "lucubrar". De Cicerón a Horacio y de Plinio a Marco Aurelio, los romanos, en invierno, no dejaron de "lucubrar" del modo más normal del mundo.

## Dormir en cuartos separados

En la alta sociedad daba más categoría dormir en habitaciones separadas; el *lectus genialis* se dejaba, salvo alguna excepción, para la gente humilde y los burgueses (que casi no tienen lugar como para hacerlo de otro modo). La matrona, haya dormido en el cuarto matrimonial o en uno individual, mientras

esperaba la hora del baño procedía a un aseo tan expeditivo como el del marido; de la misma manera que él, había conservado, para dormir, la ropa interior: el taparrabo, el sostén, la túnica o las túnicas, y a veces hasta el abrigo; al levantarse no tenía más que calzarse las sandalias y arrebujarse en el *amictus* de su elección.

*Tonsor*, en el caso del marido, y *ornatrix*, en el de la mujer —cuyas descripciones satíricas no faltaban—, intervenían después y se ocupaban, entonces, del "parecer" de sus amos...

## Los dioses domésticos

Para comprender la vida diaria de los romanos hay que explicar las relaciones que mantenían en la vida privada con sus divinidades; siendo estas relaciones análogas a las que podían tener con hombres poderosos y con amos, el primer deber era saludar a los dioses con la mano cuando pasaban delante de su imagen. La familia latina, arraigada a la tierra, al menos desde la ocupación etrusca (siglo V a.C.) protegía su hogar, su puerta, su umbral y los montantes de su casa mediante hechizos o precauciones mágicas; su *religión* doméstica sólo se dirigía a los lares, a los genios y a los penates, y tenía como lugar de culto sólo el hogar de la casa y el límite en que la propiedad familiar va a dar con la del vecino.

Penates, lares y genios son profundamente latinos y están tan integrados a la vida hogareña que aun en el 392 d.C. un edicto de Teodosio debió proscribir su culto clandestino. Si a los penates —que vigilaban las vituallas (*penus*)— con cada comida el jefe de familia celebrante sacrifica algunos bocados, los lares, en Pompeya, enmarcan con frecuencia el *genius*. Con figura de un hombre togado, se evoca el "demonio personal" del dueño de casa, que nace y muere con él y representa, por decirlo así, la conciencia divina que tiene un ser viviente de sí mismo.

La gran fiesta del *genius* se efectúa en ocasión del cumpleaños del *pater familias*. Pero en su origen, el *genius* es algo muy distinto; principio de fecundidad genética como su nombre lo indica, asegura, por medio del individuo al que está ligado, la perpetuación de las generaciones. No habrá de sorprendernos que a un genio se le consagre un lecho nupcial, *lectus genialis*, y que más tarde, y análoga a la que el *genius* aseguraba al hombre, se asegurará una protección a la mujer, *Juno Lucina*, diosa del matrimonio y de los partos. Un nacimiento inaugura un período de impureza y de peligro tales que inmediatamente después de un parto, tres hombres armados con un hacha, un mazo y una escoba prohíben la entrada al demonio de los bosques silvestres, *Silvanus*, gesticulando en el umbral de la casa e invocando "espíritus" familiares tales como *Picumnus* y *Pilumnus*, para los cuales se colocaba un lecho (¿de mesa?) en el atrio; se los llamaba a la vigilancia durante esa temible semana ("espíritus" que oficialmente fueron reemplazados por Juno y Hércules, en la época clási-

ca, pareja heterogénea de una diosa conyugal y de un héroe que alejaba el mal); también se evocaba a *Intercidona* y *Deverra*, la Asesina y la Barrendera.

Cada progreso del niño se hacía, por fuerza, con la ayuda de fuerzas sobrehumanas: *Vaticanus* y *Fabulinus* ayudaban al bebé primero a dar vagidos y después a hablar; *Cuba*, a acostarse; *Educa* y *Potina*, a hacerlo comer y beber; *Abcona*, *Adeona*, *Iterduca* y *Domiduca* le enseñaban a caminar, a alejarse y a volver a la casa. Por último, en caso de que toda asistencia no bastase, el niño era protegido contra las pérfidas influencias por el ribete rojo de su ropa y la "sopladura" de oro o cuero que llevaba al cuello. Esta indumentaria infantil ribeteada con rojo será abandonada por la jovencita en su noviazgo; entonces se acostará con una *túnica recta* o *regilla*, con el pelo envuelto en una redecilla o un gorro amarillo, que será rojo para su casamiento (*flammeun*), y sobre su túnica se añadirá un cinturón anudado de un modo especial, el *nodus Herculeus*.

## El lecho conyugal

La ceremonia religosa comprendía la toma de auspicios al alba, la reunión de las manos de los esposos hecha por un sacerdote, la invocación de las divinidades del suelo de la casa, unas libaciones y sacrificios y la partición de una torta de espelta. Por la noche, el marido luego de echar unas nueces, alzaba a su esposa para atravesar el umbral y, después de ungir y llenar con lana los montantes de la puerta, él le comunicaba el fuego y el agua en el atrio; luego ella oraba delante del futuro *lectis genialis*, al que subiría después de sentarse sobre la imagen de un miembro viril que entrañaba la fuerza fecundante de *Mutunus Tutum* y "comprar" el favor de los dioses domésticos presentando una moneda a su marido (¿en este caso sería la viva imagen del *genius*?), en el *lare familiaris*, en el hogar, y en el del límite vecino.

No hay que imaginarse que esta piedad dependía de una fe particular; la multiplicación de estas prácticas, por no hablar de estas "supersticiones" que los romanos tenían en cuenta por temor a los dioses, *deisidaimonia*, tal vez era más un signo de una idea de contrato que se filtraba con ellos. El sentimiento de estar en continua relación con los dioses les traía tranquilidad. En estas condiciones, cada pequeño acto de la vida diaria era una ocasión conveniente para acordarse de ellos y probarles que el equilibrio de mano a mano se mantenía ... hasta que se rompiera. El genio o el dios también rompía el contrato, y los romanos recurrían a otro, práctica que recuerdan los cultos populares de los santos en la Edad Media, y la de "poner cirios" en algunas iglesias de nuestros días.

La noche de bodas se desarrollaba como una violación legal, y la esposa salía "ofendida contra su marido", fórmula que merece una aclaración: mandaba la costumbre que, la primera noche, el recién casado se abstuviera en consideración a la desfloración de su mujer y se conformara con sodomizarla, de-

rivativo que Marcial y Séneca el Retórico usan de manera proverbial y que confirma la *Casina*. No obstante, los juguetes conyugales eran legítimos y los invitados, el día de la boda, no vacilaban en hacer alusión a ellos y en jactarse alegremente de sus aventuras personales. Incluso un poeta llega a prometer a unos recién casados, una tarde de amor, insolencia perdonable al día siguiente de las bodas; eran estas palabras atrevidas, dado que hacer el amor en otro momento que no fuera la noche se consideraba como un libertinaje descarado.

El matrimonio, deber de hombre libre y acto de civismo, no era la "fundación de un hogar" sino uno de los actos de una vida, y, la esposa, un elemento de la familia, que también comprende a los hijos, a los libertos, a los clientes y a los esclavos. Una mujer es un hijo adulto al que se está obligado a tratar con consideración, en razón de su dote y de su noble padre, del cual hay que ocuparse; pero nada más extraño para los romanos que el sentido bíblico de la apropiación de un cuerpo. En las mujeres, si bien el hecho de haber conocido a un solo hombre pasaba como algo meritorio, esto no se convertiría en deber sino para los primeros cristianos, que intentarán prohibir que las viudas volvieran a casarse.

El amor conyugal no era ni el fundamento del matrimonio ni la condición de la pareja, y los moralistas (masculinos) decían que a fuerza de aprender a soportar los defectos y los humores de una esposa, uno se preparaba para afrontar las dificultades de este mundo. Por lo tanto, al no ser obligatorio, el mérito de lo cual era sólo mayor al tratar bien a la mujer y ser "buen vecino, huésped amable, dulce con su esposa y clemente con su esclavo", escribe Horacio.

Estamos aquí en un hito de la historia del pensamiento; ésta es la moral que debemos comprender. Se exalta la armonía donde se la comprueba, pero no se la enuncia como una norma cuya realización está presupuesta por la institución. Tal será el caso de la nueva moral, emparentada con el estoicismo, en que el ideal de la pareja se convierte en deber, con su consecuencia teórica: el sitio dado a la esposa ya no es el mismo; es educada en un mismo pie de igualdad que los amantes, cuya importancia en la vida social grecorromana conocemos. Si es un resultado de las consecuencias prácticas, es otra historia, que consideraremos dentro de algunos siglos...

## Promiscuidad

Podemos imaginar que, raras veces, durante la noche de bodas, el dormitorio conyugal estaba vacío de esclavos y sirvientas que suelen dormir al costado de la cama, y que iban a reunirse con los que dormían delante de la puerta para montar guardia.

Respecto de la promiscuidad que reinaba en las moradas romanas, se cuenta que un día, un amante sorprendido en el cuarto conyugal explicó al marido, que llegó de repente, que en realidad estaba allí por la humilde sirviente que

dormía al costado de la cama. La cosa pareció totalmente plausible. También se decía que "cuando Andrómaca montaba a Héctor, los esclavos, con el oído pegado a la puerta, se masturbaban".

Plinio el Joven, en su villa laurentina, para evitar ese tipo de indiscreciones y, en especial, el "ruido constante de su gente", tomó la precaución de interponer el silencio con un corredor de separación entre su dormitorio y las demás habitaciones.

Es cierto que la omnipresencia de los esclavos equivalía a una vigilancia constante de la vida y milagros de sus amos, aun cuando apenas contasen con mobiliario. Por lo tanto, cuando se deseaba pasar una noche sin testigos, se les hacía transportar sus jergones lejos del dormitorio, a menos que los amantes pidiesen prestada una casa a algún amigo complaciente, que corría el riesgo de ser acusado de complicidad de adulterio, o alquilasen el cuartito de un sacristán, a quien su carácter sagrado obligaba a un leal silencio.

## Una reproducción reducida

"Según lo que hoy sabemos del poder multiplicador de la especie humana, escribe Alfred Sauvy, especialista en demografía, la población del Imperio romano debió haberse multiplicado mucho más y rebasar los límites".

Es cierto que la reproducción natural de los romanos del Imperio, de mentalidad muy poco naturalista, se compensaba con las adopciones y la ascensión social de ciertos esclavos libertos. Pero siguió siendo reducida, relativamente, dado que el recurrir a métodos anticonceptivos, que no se pueden separar de los abortos, se practicaba en todas las clases sociales.

Los moralistas tales como San Agustín son los que, aunque condenando estas prácticas, nos dan una idea sobre ellas, puesto que éste habla, como de algo que no era desacostumbrado, de "encuentros íntimos en que se evita la concepción", y distingue anticoncepción, esterilización por medio de drogas y aborto. Plauto, Cicerón y Ovidio nos proporcionan en sus escritos detalles suplementarios que aluden a la costumbre pagana del lavado después del amor, práctica que parece haber sido ritual, así como lo muestra un jarrón en relieve, hallado y expuesto en el Museo de la Civilización Galorromana, de Lyon: el portador de un jarro acude hacia una pareja encaramada en un lecho, aún muy ocupada... Poco importaba a Roma el momento biológico en que una madre se desembarazaba de un futuro hijo que no deseaba tener; y la condena de San Jerónimo (carta XXII) de esas jovencitas "que saborean por anticipado su esterilidad y matan al ser humano aun antes que sea sembrado" alude a una droga espermicida; el esperma, una vez despedido, ya era considerado por los polemistas cristianos como un hijo...

Mientras tanto, todos estos procedimientos corren por cuenta de la mujer y no se hace alusión alguna al *coitus interruptus*.

Si bien la ley concedía un privilegio a las madres de tres hijos, número canónico, si lo es, había dos medios para tener hijos: engendrarlos exactamente en las nupcias o adoptarlos. La frecuencia de las adopciones es otro ejemplo del poco naturalismo de la "familia" romana, y, por lo visto, se daba a un niño en adopción como a la propia hija en matrimonio. La adopción podía ser un medio para impedir la extinción de un linaje y, también, el de adquirir calidad de "padre de familia" que la ley exigía de los canditatos a los honores públicos y a los gobiernos provinciales. Así como un testador hacía su continuador de quien él constituía en heredero, al adoptar a un muchacho bien seleccionado, se elegía a un sucesor digno de sí.

## Contra la molicie

De la educación del niño, fuere varón o hembra, recordaremos que durante el Imperio, desde su nacimiento es confiado a una nodriza que hace mucho más que darle de mamar. El muchachito, hasta la pubertad, es confiado a un "pedagogo", también llamado "putativo" (*nutridor*) que se encarga de evitarle la "molicie" de una educación familiar y de inculcarle la *industria*, la actividad, que fortifica y templa el carácter. Sin embargo, pese a la moralidad ambiente de las "buenas familias", que consiste en amar la virtud o en acostumbrarse a ella, en esa Roma decadente, para tener fuerzas para resistir al vicio; desde la pubertad, apenas puesta la ropa de hombre, el primer esmero de un adolescente es comprar los favores de una sirvienta o precipitarse a Subura, el barrio bajo de Roma, a menos que una dama de la alta sociedad se encapriche con despabilarlo.

Por lo menos, esto es lo que solía ocurrir, hasta que en el siglo II de nuestra era irrumpió una nueva moralidad que se preparaba en las "condenas" ya enunciadas; una moral, fortalecida por leyendas médicas, que intenta esconder al amor dentro del matrimonio, aun en los varones, e incita a los padres a conservarlos vírgenes hasta el día de su boda. El amor aún no se considera como pecado; por ahora sigue siendo un placer, pero así como el alcohol, los placeres son un peligro. Por la salud, pues, hay que limitar su uso, y lo más prudente aun es abstenerse. No es puritanismo: ¡es higiene! Se trata de desarrollar la nueva piedra angular del individuo: la fuerza de voluntad; un joven que abusó de la indulgencia que se tiene para con los propios placeres habrá perdido la oportunidad, que ya no se recuperará, de templarse el carácter, y casarse joven es un certificado de juventud no desvergonzada. "En adelante, hasta el matrimonio, hay que guardarse de los placeres del amor, no hacer demasiado temprano actos de virilidad, aconseja Marco Aurelio, no haber tocado ni a su esclava ni a su sirvienta y evitar la masturbación, no precisamente porque agote las fuerzas sino porque hace madurar demasiado precozmente una pubertad que corre peligro de ser un fruto imperfecto".

Se reconoce como un verdadero libertino el que viola tres entredichos: hace el amor antes que caiga la noche, sin que haya oscuridad; hace el amor con una compañera desnuda por completo —sólo las "mujeres perdidas" amaban sin sostén y, en las pinturas de los burdeles de Pompeya, las prostitutas han conservado este último velo—; se permite caricias con la mano derecha, cuando los contactos sólo debían hacerse con la mano izquierda, ignorada por la derecha.

Para un discreto, la única posibilidad de percibir un poco de desnudez de su mujer era que la luna pasara delante de una ventana abierta en el momento oportuno. Este puritanismo es también un esclavismo, que encubre un ligero sadismo y, en especial, nudo central de la sexualidad grecorromana, un evidente virilismo: ser activo, sea cual fuere el sexo del compañero pasivo, es ser macho ... Había, pues, tres infamias supremas: la práctica del cunnilingus, en que el varón extremaba la molicie servil hasta poner su boca para el placer de una mujer; la de la fellatio, colmo del rebajamiento, que consiste en complacerse pasivamente en darle placer al otro, y en el que se niega servilmente al otro la posesión de alguna parte del cuerpo, que Tertuliano asocia con la antropofagia (para él, la esperma ya es un hijo); por último, el hombre libre que extrema la pasividad (*impudicitia*) hasta dejarse castigar.

## Ser viril

Esta sociedad no se pasaba el tiempo preguntándose si la gente era homosexual o no; las herramientas sexuales, mujeres o varones, hasta tal punto eran considerados como herramientas pasivas que se proponía resueltamente dinero, y una honesta matrona o un buen joven, si se le ofrecía un pago por sus favores, no debía deducir de esto que se lo tenía por venal; cortejar, en Roma, consistía sobre todo en ofrecer una suma. La pederastia no era más que una debilidad, hasta tal punto que era la relación activa entre un hombre libre y un esclavo o un hombre de baja condición.

En cambio, se prestaba una atención desmesurada a ínfimos detalles de aseo, de pronunciación, de movimientos, de modos de andar, para perseguir con desprecio a los que revelaban una falta de virilidad, sean cuales fueren sus aficiones sexuales.

Complacerse virilmente o dar placer servilmente, ése es el problema. Tal como lo ha mostrado tan bien Paul Veyne, Roma, como tantas otras, es una sociedad "machista"; la mujer está al servicio del hombre, aguarda su deseo y se complace en él si puede, lo cual es moralmente sospechoso. Este virilismo se relaciona con la parte oculta del iceberg político de las sociedades antiguas, el odio por la "molicie" en los grupos militaristas o en las sociedades de colonizadores que se olfatean en medio de un entorno peligroso. (Por analogía, en los EE.UU., patria de colonizadores sectarios y de hombres "duros", ¿acaso un estado no ha prohibido recientemente también cunnilingus y fellatio?

Roma es también una sociedad esclavista en que el amo ejerce el derecho de pernada, con su consecuencia lógica, la necesidad carece de ley: "No hay vergüenza en hacer lo que manda el amo".

## Victoria del lánguido enérgico

Esclavismo virilista y rechazo de la esclavitud pasional son las fronteras del amor romano. Si bien hay mucho que decir de los desenfrenos de Heliogábalo, de Nerón, de Tiberio o de Mesalina, apenas tenemos bonitas historias de alcoba que contar, al haber negado Roma la tradición de amor cortés de las pasiones efébicas griegas, viendo en ellas una exaltación de la pura pasión; un romano enamorado es un hombre perdido, moralmente esclavizado. Para concluir este capítulo, agreguemos que los romanos sólo conocían una variedad de individualismo, que confirmó la regla cuando pareció negarla: la paradoja del "lánguido enérgico", secreto deleite que une una detestable molicie en lo privado con la mayor energía en la vida pública, y que califica a grandes hombres tales como Escipión, Sila, César, Petronio, Catilina, por citar unos pocos.

## La nada

En cuanto al más allá, la inmortalidad del alma estaba ausente. La secta epicúrea no creía en eso; el estoicismo no tanto más y la religión, por así decirlo, no se preocupaba. La opinión más generalizada, incluso en el pueblo, era que la muerte era una nada, un sueño eterno, y la idea de la supervivencia de las almas, aparte de pequeñas sectas, una fábula. Ninguna doctrina, por lo general recibida, enseñaba que hubiese en la muerte algo más que el cadáver, el "demonio personal", que ya fue bastante duro de sorportar durante la vida.

En cambio, los ritos funerarios y el arte de las tumbas servían para reducir la angustia, tan humana, que anticipa el momento de morir y, sin creer de veras en ello, pero esto tranquilizaba, se apreciaba la impresión de consuelo que producía.

Nacido en la cama, viviendo en la cama, desplazándose en la cama, muerto en la cama, nada sorprendente en que la inmortal imagen que nos queda del romano sea la del difunto extendido en una cama, arrellanado sobre el codo izquierdo, descansando de una vida muy extendida...

# 3

# A la sombra de los torreones

*Amada, si quisieras*
*dormiríamos juntos*
*en un gran lecho cuadrado*
*cubierto de telas blancas.*
*En las cuatro esquinas de la cama,*
*un ramo de hierba doncella.*
*En la mitad del lecho*
*el río es profundo.*
*Todos los caballos del rey*
*llegan allí a beber juntos.*
*Y allí dormiríamos*
*hasta el fin del mundo.*

Aux marches du palais.
*(En los escalones del palacio).*

**Oficial mayor y chambelanes**

La época merovingia (de Meroveo, merovingios, nombre de una tribu de francos salios), situada entre dos acontecimientos perfectamente fechados —el advenimiento de Clodoveo, en 482, y el de Pipino el Breve, en 751— no es la "noche bárbara" atacada sin razón por los historiadores, sino un período de transición que debía preparar a la Edad Media.

La fusión del civilizado y del bárbaro, aunque no haya que exagerar su antinomia, en realidad ha producido una civilización profundamente original. Entre las innovaciones más importantes, la del *Rex Fracorum* afirma que por encima de los diferentes patrimonios territoriales y de los mayordomos de palacio existe una unidad. El rey, un tanto nómada, se rodea de un palacio que reúne a los servicios y a los oficiales mayores de la Corona, con los cuales se desplaza.

Entre el *senescal*, que se ocupa de la mesa, y el *copero mayor*, que se ocupa de la bodega, sólo recordaremos al *oficial mayor de la casa real*, asistido por chambelanes (del fráncico *kamerling*), en un comienzo simple doméstico encargado del dormitorio del rey. Este oficial, que vivía cerca del soberano, fue cobrando mayor importancia y hasta delegó los cargos del lecho para ocuparse del archivo y del tesoro real, de modo que el cargo de oficial mayor habría de ser buscado por las más ilustres familias. Esta función se volverá honorífica a partir del siglo XVIII.

En Mons, a principios del siglo XIII, el "oficial menor", subordinado del *camerarius*, a su vez subordinado del oficial mayor del Henao, debía vigilar el dormitorio y los objetos valiosos que se encontraban allí guardados; por consiguiente, encargado de los "trajes", de lo textil, también debía armar las camas "para toda la corte", que en su mayor parte se desplegaban cada noche en el salón; proporcionaba el agua que su superior presentaba al conde y a la condesa, mientras que él mismo ofrecía lo necesario para lavarse antes de comer a los clérigos y a los caballeros; por último, bajo la autoridad del oficial titular, que tal vez se reservaba el manejo de los fondos, el oficial menor fabricaba las velas y las repartía, sobre todo las que, clavadas en un pan, alumbraban al conde, a la condesa y al senescal, sólo a ellos, cuando estaban a la mesa.

En el siglo XIV el primer chambelán, que tomaba el título de "chambelán mayor", llevaba como insignia de su dignidad dos llaves de oro, y tenía el privilegio, al despertar, de presentarle al rey la camisa, el de inspeccionar el dormitorio, el guardarropa, y tenía derecho al abrigo de vasallo que llegaba para rendir homenaje a su amo: "derecho de chambelaje".

La función de oficial mayor se suprimió en 1545, luego de la muerte del último oficial, Carlos de Francia, duque de Orleáns, y fue reemplazada por "los cuatro gentileshombres de cámara"; la de chambelán desapareció con la Revolución y se restableció durante el Primer Imperio —Napoleón había dado a Talleyrand el título de chambelán mayor—, el Segundo y durante la Restauración.

## Vivan los reyes holgazanes

Volviendo a los merovingios, habré de compartir con usted el dolor del desmoronamiento de un mito que llevábamos todos, al escuchar las descripciones que nos hicieron en la escuela primaria, de un defecto nacional: me refiero a los "reyes holgazanes".

Siendo para mí la pereza si no un modelo para imitar, al menos una filosofía, siempre he admirado secretamente a estos "malos ejemplos" de la historia de Francia y hoy, gracias a los trabajos de Henri Pirenne, puedo rehabilitarlos a la vista de decenas y decenas de generaciones... Descubrimos de dónde proviene el epíteto malsonante de "reyes holgazanes" por una nota en

un pasaje de Eginardo, biógrafo y autor de una *Vida de Carlomagno*, que Pirenne tituló "El carro de bueyes de los últimos merovingios". Los historiadores modernos aplicaron injustamente este calificativo a los últimos reyes merovingios, con motivo del capítulo I de la obra de Eginardo, en el que los describe.

En efecto, allí aparecen como despojados de todo poder por los mayordomos de palacio y, además, reducidos a la miseria y degradados hasta el punto de llevar la existencia rústica de los modestos propietarios agrícolas.

Fustel de Coulanges, en su *Historia de las instituciones políticas de la antigua Francia* ("Las transformaciones de la monarquía") ha señalado la inexactitud y las exageraciones de este pasaje, pero sin observar que son buscadas e introducidas por su carácter claramente satírico. Es evidente que Eginardo se burla de los pobres soberanos desposeídos por la gloriosa dinastía de Carlomagno, y los describe como grotescos. En realidad hace una caricatura bastante lograda. Se divierte a expensas de ellos y con ingenio, cuando nos los muestra inertes en el trono, respondiendo a los embajadores lo que les sopla el mayordomo de palacio, ridículos por su pobreza, más ridículos todavía con su barba enmarañada y su largo pelo mal peinado y tan olvidadizos de toda majestad que no temen hacerse transportar a las asambleas populares en esos toscos carros de bueyes conducidos por un mozo de cuadra... Por otra parte, estos carros de bueyes eran de uso corriente, aun entre la gente de condición más elevada, a fines de la época merovingia. Hacia el 700, una dama llamada Ermintruda lega a una iglesia la *carruca in qua sedere consueri, cum boves et betaria, cum omni stratura sua* y otra *carruca cum boves et omni stratura sua* a una segunda iglesia (Tardif, *Monuments historiques*, 40, pág. 33).

Por no haber comprendido el tono de este trozo, ilustres eruditos, al interpretarlo en sentido contrario bajo el efecto de un preconcepto, se dejaron engañar a sabiendas por las chanzas de Eginardo. "No podemos dejar de sonreír, escribe Pirenne, al verlos alegar nuestro texto como una prueba de carácter germánico de la monarquía merovingia."

La equivocación se remonta a Jacobo Grimm (en *Deustsche Rechtsalterthümer* [*Leyes alemanas antiguas*], que tenía una enfadosa inclinación a descubrir supervivencias de la mitología germánica en textos que nada tienen que ver con ella (véase Marc Bloch, *Les rois thaumaturges* [*Los reyes taumaturgos*]). Para él, el carro de bueyes en el que Eginardo encarama a sus reyes títeres proviene directamente de la antigüedad germánica más remota.

Pero la autoridad del autor del contrasentido a éste lo consagró, y los historiadores alemanes tales como Waitz o Brunner han hecho de esta historia de bueyes y de reyes una conjetura en el primero y una certeza en el segundo.

No es dudoso que el espíritu manifiestamente malintencionado y satírico que inspiró al biógrafo de Carlomagno quite todo valor a su descripción de los últimos merovingios. Al mostrarlos en sus carros de bueyes, quería nada menos que hacer notar la rusticidad de sus costumbres.

## Lechos colectivos

Respecto de esta última observación de Eginardo, parece que casi no hay diferencia entre los galorromanos y los francos, lo cual puede traducirse con más refinamiento que el que da a entender de manera solapada el biógrafo de la nueva dinastía carolingia, cuyos orígenes germánicos y restos de costumbres "bárbaras" apenas debían estar alejadas de los de los merovingios. Los lechos decorados de un modo magnífico y los tejidos preciosos del arte suntuario propio de éstos se inscribían en una comodidad heredada del período galorromano, al que se añadían algunos refinamientos llegados del Norte. Esta comodidad estaba reservada a los reyes y a los grandes, pues la gran casa mercado cubierta de bálago, en la que el lecho es común a los padres, los tíos, las tías, los primos, las primas, los niños, los esclavos y los servidores, con frecuencia más de diez personas, donde todos duermen en desorden y desnudos, sigue siendo en esa época, con grave riesgo de la Iglesia, la realidad de la mayor parte de la población. Y la Iglesia no soporta todos estos "desnudos" en una misma cama. Desde la promulgación de la regla de San Benito, ésta recomendaba a sus monjes que se acostaran totalmente vestidos en una cama individual. En momentos en que se renueva a Cristo, la desnudez ya no es la expresión de la verdad; en adelante es mirada como una manifestación sexual y genital que amenaza con quitar de la cabeza la *honesta copulatio*, el amor que se quiere conyugal y fecundo.

Eginardo, por otra parte, es el típico representante de esta nueva mentalidad en que se exalta el sentimiento amoroso y reservado que habita en cuerpo y alma. En una carta al abate de Ferrières, que escribe luego de la muerte de su mujer, en 836, revela con un acento de dilección excepcional en esa época que dolor, pesadumbre y melancolía lo asaltaban, con la muerte de la que, a la vez, fue su mujer, su hermana y compañera. El caso de Eginardo es curioso, por cierto, pero esta excepción pronto será confirmada por la regla: la cama será común al hombre y a la mujer que se quieren bien, y en esa cama no se hará otra cosa que procrear castamente.

## Pociones mágicas

En esta evolución sigue habiendo un enemigo al que los hombres de la época no van a dejar de acosar, de refrenar y de cercar: la mujer. No obstante, gran adelanto, este ser ya no forma parte del mobiliario; convertida en ser humano, demasiado humano, se vuelve peligrosa y hasta tabú. Para combatir contra ella o sacar provecho de su encanto, estos ex paganos, aún sometidos al peso de la violencia y recientemente culpabilizados por el temor al sexo y a la muerte, se inventaron pociones mágicas. Estas recetas son para el dormitorio, o más bien para una antecámara, si podemos decir; la más frecuente era "atar el cordón". Además de las palabras y de una cinta atada con malicia a

cada vestido de ambos amantes, la mujer que quería provocar sobre seguro una incapacidad, se desnudaba, se embardunaba con miel y revolcaba en un montón de trigo. Una vez hecho esto, recogía con cuidado los granos así cosechados, y después los pasaba por un molino de sangre, que hacía girar en sentido contrario al normal, de izquierda a derecha, y con esta harina amasaba un pan que daba de comer al que, literalmente, ella deseaba castrar. La fabricación "normal" de este mismo pan, pero amasado en las nalgas de la mujer, provoca el efecto contrario. Otro procedimiento afrodisíaco: introducirse en la vagina un pez, hasta que muera, cocinarlo, sazonarlo y darlo a comer al marido (esta receta sirve para impedir que el hombre de una se encariñe con otra mujer).

Del filtro de amor que unió, a su pesar, a Tristán e Iseo no tenemos el secreto, y dejo al lector la inquietud de encontrarlo, sabiendo que "no era vino: era la pasión, era el desapacible gozo y la angustia interminable y la muerte".

## El nuevo orden del dormitorio

¿Cómo cristianizar a esas multitudes que practicaban, además de la magia, un convite festivo? ¿Cómo hacer surgir en este contexto una mentalidad cristiana? Modificando las conductas de la vida privada y haciendo penetrar un nuevo orden en el dormitorio. Si bien el paganismo acusa a la mujer de ser el único autor del deseo pasional, el cristianismo lo atribuye por igual al hombre y a la mujer. Ahora bien, para hacer colar este mensaje existen dos grandes obstáculos: la nobleza y la lengua.

Por más que los concilios proclamaran "una sola ley para los hombres y para las mujeres", faltaban las palabras para convencer. Refiere Michel Rouche que en el sínodo de Mâcon, en 585, un obispo "se levantó para decir que una mujer no podía ser llamada 'hombre' (*homo*)", a lo cual los demás le respondieron que en el Antiguo Testamento se dice que Dios creó lo Masculino y lo Femenino: "les dio por nombre Adán, que significa 'hombre', *homo*, hecho de tierra". Así, esto designa al mismo tiempo a la mujer, Euva (Eva, la que vive). "Dijo que los dos eran hombres."

Este texto, origen de la leyenda del concilio que habría negado la existencia del alma en las mujeres, revela en realidad una mutación lingüística profunda. El obispo que formuló la pregunta, en realidad, entendía el término *homo* en el sentido de *vir*, es decir, del hombre como ser masculino y no como término genérico. Su pregunta, pues, era perfectamente lógica, pero su latín era casi francés: *vir* había desaparecido y falta hoy en el francés, al contrario del inglés y del alemán, que tienen una palabra para designar al hombre en el sentido masculino. Por eso, el doble sentido del hombre sólo puede perpetuar la convicción de su superioridad sobre la mujer; el significante oculta el significado del texto bíblico.

## La igualdad de los sexos

El resultado de esta igualdad de los sexos, difícil de volver a encontrar, sólo se hizo notar en las sociedades merovingia y carolingia mediante la negativa, es decir, en la igualdad de los pecados; la lucha contra los vicios daba ejemplos localizables, jerarquizables y cuantificables para formar laicos en su interior y poder penetrar hasta la mitad del lecho, en adelante supervisada por la confesión auricular. Se le dice con ingenuidad al sacerdote lo que entonces era poco o nada, reprobado por el paganismo: "bestialidad", a menudo asimilada a la sodomía, relaciones orales, incesto en sentido amplio, separación de una esposa estéril, homosexualidad femenina, masturbación y posición distinta de la frente a frente. Muy paulatinamente, la Iglesia respondió primero a esto con consejos de abstinencia sexual que desembocaron, en el siglo VI, en más de ciento cincuenta días de castidad, por lo que dejaron a los esposos, y sólo a ellos, doscientos días en que les era "lícito unirse", exceptuadas, por supuesto, las prácticas eróticas y las relaciones orales, consideradas envilecedoras, no ya como en Roma, a causa del placer rebuscado, sino porque "lo que la mujer hace a su marido, ella lo hace para que la ame por sus artimañas diabólicas".

En descargo de la Iglesia, debemos reconocer que a partir del siglo IX, el hombre va a dar con la mujer en ... la infamia del adulterio. La penitencia, de tan grande que era para la mujer adúltera, se hace igual para el cónyuge que la engaña. El objeto de esta "devaluación" obedece a la voluntad del clero de imponer la institución básica de su Iglesia: el matrimonio por amor, cuya única clave, la procreación, es necesaria para la supervivencia de la especie, y este matrimonio sólo se puede lograr con la condición de una total y recíproca pureza de los esposos.

## La irrupción de lo privado

Georges Duby, en su reciente *Histoire de la vie privée* [*Historia de la vida privada*], muestra que la Edad Media, que conocemos mejor hoy por lo que se refiere a las formas de esta vida privada, es una época de "continuo renacimiento", debida a determinada cantidad de factores. La apertura progresiva hacia otras culturas lejanas u olvidadas —Bizancio, el Islam, la antigua Roma— y el empleo generalizado de la moneda modifican los modos de conducirse y la concepción del haber personal. La nueva representación de lo que está en uno y nada más que en uno y los modales exóticos incitan, a la vez, a alejarse de la gregariedad ambiente para descubrir el individualismo, y a buscar, si no la introspección, la interiorización, que dentro del espacio doméstico requiere un espacio más privado, más apartado. Hay que agregar a esto el alza constante del nivel de vida, la distribución desigual de los frutos de la expansión dentro del estilo de producción señorial y la diferenciación

de los papeles sociales, que aviva los contrastes entre ciudades y campos, entre familias ricas y familias pobres, entre lo masculino y lo femenino, mientras que, en cambio, al acelerarse la propagación de las ideas y de las modas, los particularismos regionales se difuminan y se propagan modelos uniformes de conducta, de un extremo al otro de Occidente.

Lo privado, *privatus*, se opone a lo festivo, y hasta llega a designar a lo que se halla retirado, desplazamiento que casi no tendrá dificultad en operarse hacia lo íntimo, lo secreto. Entonces las murallas se hacen necesarias para circunscribir el refugio en el que se retiran los hombres para dormir y contener lo que tienen de más preciosos *res privatae* y *res familiares*, es decir, bienes muebles, reservas de alimentos, adornos, ganado y todos los seres humanos que forman parte de ellas: varones jóvenes, mujeres y personas no libres forman la "mesnada", en breve, el doméstico. De modo inevitable, lo privado invade al público, y si bien el palacio tendía a reunir a una casa de particular, la casa de los condes o de cualquier hombre que ostentara una parcela de poder real va tomando aspecto de palacio. En los decenios que preceden al año mil, el proceso de feudalización se acelera y por una serie de rupturas a lo largo de la cadena de poderes, tal vez también debido a la semisedentarización del rey, los palacios locales van adquiriendo autonomía, y la acentuada imagen mental de lo "privado" acaba por asimilar la idea de Estado con un organismo familiar, y las delegaciones que el rey recibe, con una historia de familia propia del parentesco que reina *in situ*. El castillo, bien protegido por un doble cerco que rodea al antiguo montículo de tierra, a veces situado sobre antiguos *oppida* galorromanos y sobre los vestigios del *castra*, abandona la madera por la piedra y domina su aldea y su gente. Todos los seres humanos que, en el área en que se extiende el poder del señor del lugar, son sus cosas, también están obligados a "confiarse" a él.

## Derecho de pernada

Los derechos de "morada", de "albergue", de "refugio" y de recepción hacían una obligación de la hospitalidad de los pobres respecto de los poderosos. Para el campesino, nada de vida privada: cuando la familia de su señor venía a acampar en su cortijo, debía ofrecerle la mesa y la cama, como en familia. Los campesinos llamados "libres" también debían tomar de su bodega vino, de su hucha pan, de su arca dinero y, según un derecho de "colchón de apuro", "traer también colchones cuando el señor y su séquito llegaban a la aldea para dormir; algunas veces se les permitía conservar el suyo".

El "derecho de pernada", que en ciertas regiones se llamaba "derecho de marcación" ("marcación" alude a la sangre de la desfloración), era el que se

arrogaba el señor de meter una pierna, simbólicamente, en el lecho de la novia en la noche de bodas y, a veces, de pasar esa primera noche con ella.

Así, paradójicamente, a medida que se iba feudalizando la sociedad había cada vez menos vida privada, porque todo poder se había vuelto cada vez más privado.

## Fuera del alcance de la camisa

En el castillo, bien a cubierto de la "camisa", cerco dispuesto en semicírculo que separaba el cuerpo noble del resto del castillo, instalado en el *dominium* o torreón, símbolo del poder troncal, vivía el señor con sus caballeros. Si era suficientemente rico, poseía una vivienda distinta, un *aula*. Pero entre *aula* y torreón casi no hay distinción. El agregado de contrafuertes y el tabicamiento de la puerta en la parte inferior de un *aula* dan ya un torreón; por el contrario, la abertura de ventanas en la planta, la instalación de escaleras y la moderada bajada de la altura hacen del torreón un *aula*. A fines del siglo XII, la tendencia es más bien la de "entorreonar" el *aula* carolingia y "residencializar" torreones militarmente perimidos.

En el piso superior, lugar de "privanza", por sobre la gran sala de etiqueta, por una escalera excavada en el muro se llega al dormitorio o a los dormitorios del señor y de su esposa, antes de acceder a las de los niños y de los huéspedes. Es lamentable que la arqueología no nos dé suficiente información sobre los espacios privados hoy desaparecidos, y para describir el mobiliario, las funciones y los gestos nos vemos obligados a examinar los escritos. El testimonio que refiere Georges Duby en *Histoire des comtes de Guines* [*Historia de los condes de Guines*] describe punto por punto lo que nos interesa.

De una residencia de madera reconstruida hacia 1120 por el señor de Arares, del cual hoy sólo subsiste el montículo de tierra, uno de los diez mil montículos inventariados por el arqueólogo Camille Enlart, sabemos que en el primer piso, el de la "vivienda", la sala estaba flanqueada de cuartos pequeños para uso del panetero y del copero; después, arriba (?) "venía el dormitorio mayor, donde dormían el señor y su mujer; era contigua a una habitación que servía de dormitorio común para las sirvientas y los niños; en una parte del dormitorio mayor se hallaba un espacio aislado donde se encendía fuego a la madrugada, o bien a la noche, para los enfermos o las sangrías, o para dar calefacción a las sirvientas y los niños". Estando inclinado el dormitorio del amo, "se habían habilitado dormitorios superiores; en uno dormían los hijos del señor, cuando querían; en el otro, por fuerza sus hijas"; al lado, el camarote de los centinelas.

## ¿Sala o dormitorio?

En los textos, sala y dormitorio a menudo parecen confundidos: ¿cómo se pasaba la *herilis camera* a la simple *camera*? El estudio de los grandes salones palaciegos permite vislumbrar la posibilidad de separaciones internas, ya mediante tabiques de madera, ya mediante colgaduras. En Troyes, por ejemplo, señala Dominique Barthélemy, esta disposición se atestigua en 1177 en el palacio de los condes de Champaña; por un lado se adosa al muro de separación un estrado, desde donde el príncipe dirige el banquete; del otro lado, el *thalamus comitis*, "lecho" o "dormitorio" conyugal. En cada piso del torreón se puede adoptar este tipo de división del espacio.

Por Guillermo de Saint Pathus, confesor de la reina Margarita, conocemos muchas cosas sobre la vida privada de San Luis y los distintos lugares de recepción, que correspondían a una jerarquización de las relaciones: "bastante privado", por ejemplo, era Joinville, pero "muy privado" eran sus chambelanes, que tenían acceso a su dormitorio. Parece que un solo servidor tenía acceso al "guardarropa" del rey, lugar aislado dentro del dormitorio donde dormía, pero también donde se retiraba a orar y donde lavó los pies de tres pobres, secreto acto de piedad que ocultó de las miradas de los allegados presentes en la cámara. También allí se vestía y se desvestía, si es cierto que un chambelán, "en veinte años de servicio [no le ha] visto la pierna más arriba de la gordura de la nalga". En cambio, en el dormitorio, Luis IX recibió a dieciséis pobres, tocaba escrófulas y recibía a sus caballeros frente a un gran hogar.

De este modo, la diferencia entre el dormitorio y la sala, además de las dimensiones, parece estar expresada en el grado del contenido "privado" de las recepciones; este espacio jerarquizado de la residencia real, realidad sociológica, se desplazaba, por supuesto, con el rey y aun si el palacio cambiaba —según estuviera en Vincennes, en Noyon o en Compiègne— la estructura no variaba.

## La escalera

Por el confesor de la reina Margarita sabemos que los comienzos de su vida en común con Luis IX fueron bastante peculiares. El rey, entonces de diecinueve años de edad, y aunque seducido por completo por su mujer, de doce, quiso que la consumación del matrimonio estuviese precedida por unas vigilias de oración de tres noches. Nos dice Joinville que el joven enseguida se mostró muy enamorado de su esposa (famosa por su belleza, así como las otras hijas del conde de Provenza, Ramón Berenguer), a tal punto que la reina madre se sintió celosa. Se ingenió para limitar los momentos de intimidad de la pareja, de modo que con la complicidad de los domésticos, ésta, a su vez, se empeñaba en multiplicarlos. La minúscula escena que narra el cronis-

ta de la vida de San Luis, en lo referente a la disposición de los dormitorios, está llena de enseñanzas: en el castillo de Pontoise, sus dormitorios estaban situados uno encima del otro y vinculados por una escalera habilitada dentro de la muralla, que les permitía reunirse sin que Blanca de Castilla lo supiese. Y si alguna vez ella llegaba de repente durante el día, los ujieres, cómplices de los enamorados, golpeaban los palos contra la puerta del dormitorio del rey o del de la joven reina, y la escalera, pues, les permitía escaparse.

## El vocabulario de la cama

Fundamentalmente en el siglo XII aparece el vocabulario referente a la cama: vocabulario técnico y tipos de camas en las que repetidas veces habremos de tendernos, pero en distintas épocas.

El amoblamiento de los dormitorios continúa siendo más bien austero hasta el siglo XIV; los paramentos desplegados sobre los cuerpos, los muros y las mesas para las fiestas, la mayoría de las veces eran guardados como tesoro señorial en arcones, a menudo contenidos en el estupendo guardarropa, donde excepto un reclinatorio dentro del cual a veces se acomodaban algunos libros de oraciones, se encontraba el lecho.

Una "cama completa" e ideal, tal como se la representa en una gran cantidad de pinturas de la Edad Media, ante todo se compone de una armadura o *cuja*, con frecuencia de roble o de haya, relleno con un tablado de listones que, a comienzos del siglo XIV y en especial en el XV, conocerá el inicio de una aventura estética de la cual volveremos a hablar.

Junto a esta armadura "cercada", existía, pero considerada más sencilla, la armadura "encordelada", cuya técnica aún existe en la India; estereros o cordeleros cruzaban y estiraban las cuerdas, pasadas por el bastidor de la cama, de acuerdo con la comodidad deseada. Estas armaduras eran, por regla general, bastante elevadas como para que se pudieran poner abajo diversos objetos, urinal y estuches, cuando no era un *sobrelecho*, una *chariolle*, una litera *roullonée*, una litera *rouleresse* o un *charliz roulerez*, es decir, una litera baja, con ruedecillas de madera que se echaba bajo la cama y que también se podía desplazar hacia otra habitación durante el día; cama baja y rodante, sacada de debajo de la cama del amo, en la cual dormía una *mezquina* o un criado. El término de *cama nido* sólo aparecerá en 1659 y recuerda a Doña Cigüeña, personaje teatral creado en 1602, mujer de amplísimas faldas de la que salía una multitud de niños.

Una buena cama se componía, en esa época (hacia 1250), de un jergón a veces llamado *chutrin*, gran bolsa llena de paja o de hojas secas. Al jergón, colocado en el fondo del lecho, a veces se agregaba el *materas*, palabra aparecida en el siglo XIII proveniente del árabe *matrah*, "cosa echada al suelo", colchón relleno con lana y algodón sobre el cual se disponía la cama con colchón de plumas llamado *couste*, *coute*, *coite*, *couette* —del latín *culcita plu-*

*mae*, "colchón de pluma", cojín que fabricaba y vendía el *culcitarius*. Sobre esta cama se colocaba una sábana que, según Bloch y Wartbuch, hasta el siglo XII se llamó *lincel, linceul* [*lienzo*], del latín *linteolum*, diminutivo de *linteum*, "tela de lino", indicios del cual hallamos hasta el siglo XIX, entre otros lugares en el Macizo Central, el Jura y los Alpes Septentrionales, en la forma de *leso, len swol, la soe, lasé* (en italiano: *lenzuolo*). *Drap*, aparecido en el siglo XII, deriva del latín *drappus*, "trozo de tela", quizá palabra gala, y según el *Dictionnaire de l'ancien français* [*Diccionario del francés antiguo*], empleado para significar una ropa, un vestido. La sábana o el par de sábanas era de calidad variable: de lino o de cáñamo, los más finos, y hasta de estopa o de tela basta, la sábana de *brin* y de *réparon*.

Para apoyar la cabeza estaba el *chevecel* o *chevecier* [cabezal], diminutivo de *chevece*, del latín *capicia, caput*, "cabeza", que dio *chevez* en el siglo XIII y *chevet* en el XIV, que Furetière definió como "todo lo que levanta la cabeza dondequiera que uno se acueste". Trévise precisa: "Parte de la cama donde se apoya la cabeza; cabecera de la cama". *Chevet* se empleará hasta Montaigne, mal que pese a Pascal, que al citarlo reemplazó esa palabra por *oreiller* [almohada]: "el [Montaigne] muestra [...] que la ignorancia y la falta de interés son dos almohadas para una cabeza bien hecha ..." (*Ensayos*, III, 13).

J. Boisson señala, en cuanto a *tête d'oreiller*, que se trata de un belguicismo por "taie d'oreiller". *Taie*, del latín *theca*, del griego *théke*, estuche, funda, apareció en los siglos XII y XIII en la forma de *teie* o *toie*, al mismo tiempo que *coutil* o *keutié* [cutí, terliz] (derivado de *coute*), tela tupida destinada a recubrir un *traverslit, traversier* o *traversain* (siglo XII), término técnico aparecido en 1368, más bien empleado en la construcción naval o en la tonelería, largo almohadón de cabecera que abarca todo el ancho de la cama, y que se ve representado en casi todas las pinturas de la Edad Media en que aparece una cama.

Los orígenes de los almohadones que se colocan bajo la cabeza o los hombros provienen de más abajo ... Resulta bastante curioso comprobar que esta palabra francesa, *coussin* [almohadón], deriva de *coxa* ("*cuisse*" = muslo), y antes de alcanzar la cama, "el almohadón se destina primero a la silla y a los bancos" (Bloch Warturg), para comodidad de nuestro trasero. La misma etimología se encuentra en alemán, en *Kissen*, que también quiere decir "cadera", es decir, muslo.

Por último, puesta sobre la cama y aparentemente desbordando de cada lado y cubriendo a veces la "sábana encimera" cuando era necesario, había una manta de paño que se podía forrar con pieles, y un *lodier* o *courtepointe*, del latín *culcita puncta*, colcha guateada y pespunteada (*courte*, antigua forma alterada de *coute*, "colchón de pluma" [*couette*]; *pointe*, participio pasado de *poindre*, en el sentido de "punzar, pinchar" [*piquer*]).

Este es el último refinamiento para esta ropa de cama ejemplar, del siglo XII, y que Furetière señala en su diccionario: "También se hacen almohadas

o almohadillas perfumadas, que se colocan sobre la colcha guateada para servir de adorno de la cama o para conservar en ella un buen perfume". Estos *coissines* o *coussines* [cojines], que las mujeres también colocaban en medio de la ropa blanca, soltaban aromas de almizcle, ámbar y azafrán; sólo a partir del siglo XV se buscaron y apreciaron la lavanda y la violeta.

Al lado de las literas relativamente estrechas, las camas eran de gran tamaño y podían medir 12 pies por 11, es decir, casi 4 m por 3,50 m; estaban "subidas a uno o dos peldaños que las rebasaban en alrededor de dos pies en cualquier dirección". (Un pie = 0,324; antigua medida de longitud aparecida desde 1080). Como eran difíciles de hacer, las sirvientas, para tender las sábanas y la colcha, usaban un bastón especial llamado *bastón de cama.*

## En la sesión de las Cortes

El amor sincero por la justicia que animó a san Luis y, sin quererlo expresamente, le permitió fortalecer el poder real ante el Parlamento condujo a la instauración de los célebres *lits de justice,** de los cuales sólo consideraremos las apariencias. Luis de Orleáns los describió hacia fines del siglo XV indicando que "el asiento, debajo de una techumbre, pabellón o dosel, está preparado con paño dorado o de terciopelo; está formado por almohadas y ornado por otro gran paño de terciopelo calado, con doradas flores de lis diseminadas, que sirve de cabecera del trono real, y en su caída por debajo de las almohadas en que se sienta el rey, llega a descender por las gradas y sobresale bastante del entarimado y da una magnífica apariencia de asiento, a la manera de los lechos ordinarios que se componen de pabellón, cabecera y almohadas". Este asiento, "trono del tribunal real" que sesionaba en el Palacio de Justicia, estaba situado en el rincón de la "Cámara alta", también llamada "cámara de los alegatos" porque era la única donde se defendía, y que a veces se denominaba "gran bóveda" o "cámara dorada", debido a los pingantes dorados con que Luis XII había mandado adornar el techo.

## Dormir desnudo

Para acercarse a su dormitorio o su guardarropa, el señor reclamaba sus *tortis*, dos cirios torcidos en forma de espiral que llevaban los criados, así como una copa de vino caliente para favorecer el sueño. El señor, entonces, hacía que le trajeran las llaves del castillo, un pesado y ruidoso manojo, se cercioraba de que el puente levadizo estuviera bien levantado, de que el centinela estuviera en el atalaya del torreón y, precedido por sus servidores y seguido por la castellana, rodeada de sus *meschines* ["mezquinas"], subía a

* Asiento real en una sesión solemne de las Cortes; también esa sesión. [T.]

acostarse. Una vez llegado al cuarto o al guardarropa (?), el oficial mayor, más a menudo un simple criado de confianza, lo ayudaba a desvertirse y colocaba sus trajes sobre la vara sostenida no lejos del muro, según lo mandaban las exigencias de la civilidad: "Debéis extender sobre la vara vuestros trajes de paño y vuestras pieles. Vuestra camisa y vuestros calzones tendrán su sitio bajo el cabezal. Y a la mañana, al levantaros, os pondréis primero la camisa". Después se lavaba; este aseo consistía, con frecuencia, en lavarse los pies; se cubría la cabeza con un gorro o una tela fina, y se acostaba desnudo, dijera lo que dijere, o más bien deseare, la Iglesia.

Desde el siglo XII hasta el XV, la camisa fue una indumentaria de día que uno se sacaba para ir a acostarse, pues el hecho de dejársela habría significado una injuria para la mujer con la que se compartía el lecho. Era normal acostarse "desnudo con desnuda", tal como recuerda una expresión frecuente entre los troveros. Cuando uno quería demostrar a una mujer el poco afecto o respeto que ella inspiraba, se dejaba la camisa. Chrétien de Troyes, en *El caballero de la carreta*, a fines del siglo XII, en un momento dado describe a Lanzarote obligado a dormir en casa de una mujer que sólo contaba con un lecho. Esta mujer se había enamorado del huésped, pero el caballero no compartía el mismo sentimiento y, para expresarlo, se acostó con cuidado de conservar su camisa. No faltó mucho para que la hospedera comprendiese y se alejara del tálamo.

## Reservas y audacia

La castellana, detrás de las *courtines* (fines del siglo XII, del bajo latín *cortina*, "cortina, colgadura"), era ayudada por sus *meschines* (del árabe *miskin*, "pobre", pasado por el italiano meschino, aparecido en el siglo XII, designa más bien a las sirvientas jóvenes y dará *mesquin* en 1611) para quitarle la *cotte - hardie* [saya "osada"], vestidura talar ajustada en el cuello, en la cintura y en los puños, a veces recubierta por una *surcotte* ["sobresaya"], especie de amplio vestido tubular con mangas. Esta indumentaria, primero femenina, se generaliza y permite ya tener mangas amovibles, ya dejar sacar las mangas, de las que se encargaban varios pares, de color y forma distintos, y que se atara con lazos al traje. Estas mangas se regalaban como testimonio de amor o como recompensa en un torneo, y es el origen de la expresión francesa: *C'est une autre paire de manches** ["es otro par de mangas"].

Durante el desnudamiento de su dama, el esposo y tal vez los caballeros, si no visibles al menos oíbles a través de delgados tabiques o colgaduras, hacen bromas, adivinanzas, a menos que una doncella como Elisenda, tendida en algún lecho del cuarto, tomara de su perfecta educación, mezcla de reserva y audacia, una canción dirigida directamente a aquel con quien ella sueña,

*En castellano, "es harina de otro costal".[T.]

el conde Amiles, que quizás esté muy cerca de sus oídos. Esta canción, cuya letra no ruborizó ni al al autor ni a los oyentes, habituados al desparpajo o, de un modo más preciso, a la ausencia de mojigatería en las jovencitas, decía:

*El conde Amiles se acuesta de noche en la sala*
*en un gran lecho bordado y de cristal.*
*Delante del conde arde un gran candelabro*
*y la doncella, desde su cuarto, mira.*
*¡Oh, Dios, dice, Padre bondadoso!*
*¿Se ha visto alguna vez hombre de tan noble vasallaje,*
*de tal valentía y de tal baronía,*
*que no se digne amarme ni me mire?*
*Pero por Jesús, Padre bondadoso,*
*concluiré lo que por gracia quiero.*
*Alejaré de tal modo a las otras mujeres*
*que cada noche a su lecho me iré.*
*Me acostaré sobre pieles de marta.*
*No me importa que el mundo me mire*
*o que mi padre cada día me mande golpear.*
*¡Es demasiado buen mozo!*

Ejecutó su proyecto con ayuda de "Jesús, el Padre bondadoso". Estas doncellas de la época de Felipe Augusto, jóvenes de trece o catorce años, apenas eran gazmoñas con los caballeros que, cansados de un largo recorrido, llegaban al castillo. Junto con las demás señoritas, desvestían, bañaban y masajeaban al recién llegado para devolverle todo el vigor y su soberbia, sin pasarse nunca de ciertos límites y sabiendo contener muy bien las incitaciones de un caballero bastante ardiente y preservar su pureza.

## Una vida onírica

Pero una vez más volvamos a nuestro cuarto, donde algunas bromas más o menos subidas de tono aún van a brotar de la boca de unos y otros que duermen alrededor hasta que la inspiración y las energías de cada uno se agoten. La noche abre sus puertas a *las claves de los sueños* y a la vida onírica, contra la que nadie puede hacer nada.

El sueño se concibe como un mundo en sí mismo y un medio que emplean los héroes inspirados y "visitados" de las ficciones medievales. En *La canción de Rolando*, *El cuento del Grial*, *La novela de la rosa*, *El sueño del viejo peregrino* y *El sueño del vergel*, la incertidumbre de un sueño real o de un falso desvelo se desliza por las brumas de la noche en que la ilusión se puede imponer a quien duerme. Alegrías de amor o penas del corazón, señales, fantasmas, la temporalidad del sueño se superpone a la de una conciencia

ficticia pero bien despierta, que es la de los héroes durmientes. Hay que leer o escuchar el relato del sueño de Rolando, de Lanzarote, de Perceval o de Guillermo de Lorris, en *La novela de la rosa*, que reconstruye los gestos de todos para nuestra mayor dicha: "Una noche iba a acostarme, como siempre; ahora bien, mientras dormía profundamente tuve un sueño: que era muy hermoso y el más fuerte [...]. Soñé una noche que estaba en la época encantadora en que toda criatura se ve impulsada por el deseo de amar. Entonces, cuando dormía, me pareció que era la madrugada; al punto me levanté de la cama, me puse las calzas y me lavé las manos". La literatura cortesana presenta el don del sueño del amor, respecto de individuos sometidos por completo a la vigilancia social del linaje, personificada por "Mala Boca (la maledicencia), Vergüenza, Miedo o Celos", y los elevados muros alrededor del Jardín de las Rosas. El sueño ejemplar, el que se tiene estando despierto, es un medio para escaparse de las obligaciones, de la promiscuidad doméstica y de la torre que a usted lo tiene prisionero.

Por cierto, el empleo del sueño no siempre es tan racional; el de un monje que ve desfilar, durante el sueño, una serie de sexos de mujeres y que, al tender la mano para tratar de alcanzar uno, se pincha con cardos es un verdadero sueño gracioso de la Edad Media, y nada tiene de esos estados de *duermevela* perfectamente dominados.

En *Flamenca*, se da la receta para bucear en uno mismo y hacer venir a la elegida del corazón: "¡Vos, vos! A vos, señora, diré siempre mi Dueña, hasta tanto me despierte. Si se cierran mis ojos, afuera, quiero que interiormente mi corazón vele con vos; sí, con vos, mi Dueña. ¡Sí, con vos! Y agrega el autor: "No puedo decir la *s* de bodas que ya estaba dormido, y contemplaba a su dama a gusto, sin que nada perturbara. Y por lo demás, suele ocurrir que se ve en sueños lo que se desea, y uno duerme con este pensamiento".

Por la mañana, el soñador, empleando la fórmula consagrada: "Me fue advertido...", relataba y entusiasmaba con él, en un lenguaje cifrado, a sus compañeras y compañeros hacia una evasión también cifrada.

## La mujer

Ahora bien, en el profundo bosque, así como en el centro del lecho, el caballero enfrenta solo a un ser inquietante: la mujer. Estos juegos, proezas de armas, proezas de amor, se juegan según las reglas precisas en apariencia y, como siempre, lo que hace que la vida sea cierta, con las excepciones que confirman la regla. La dama, viuda y separada de su marido que partió a la guerra o a la cruzada, y que permanece en su casa, no siempre era un marimacho del tipo de Fredegunda, la mujer de Chilperico. Beatriz de Planissoles, señora de Montaillou, confesó ante el inquisidor vergonzoso: "Haber sido violada de día, en vida de su primer marido, pero en un cuarto y al abrigo del tabique; viuda y libre en su castillo, haber sido sorprendida, al caer la noche

y en su cama, por su mayordomo, que la esperaba oculto bajo la cama y, una vez apagados los hogares, se metió en su tálamo mientras ella ponía orden en la casa. Gritó, llamó a sus sirvientas que «dormían junto a ella, en otras camas, en su cuarto». Vuelta a casar, confiesa haber cedido ante un sacerdote, de día pero en la bodega, mientras una sirvienta hacía de centinela; de nuevo viuda, haber llevado a otro sacerdote a su casa, haberse entregado a él en la entrada, cerca de la puerta". De día volvió a empezar, pero esperó que sus hijas y sirvientas se hubiesen alejado.

En la biografía de Roberto el Piadoso, escrita por el monje Helgaud a comienzos del siglo XI, se encuentra una anécdota también significativa: Hugo Capeto, pasando de día de una habitación a otra, descubrió a una pareja que fornicaba entre dos puertas, y le echó encima su abrigo. El acto sexual, el acto más privado de todos, debía ser disimulado de las miradas, y se hacía escandaloso si se practicaba de día.

Sucedía lo mismo con la fornicación de esas grandes residencias superpobladas a las que la penumbra favorecía. La *Histoire du petit Jehan de Saintré* [*Historia del Pequeño de Saintré*], por su parte, es el típico relato de una castellana abandonada y melancólica que se consuela con un joven paje. En el fondo, lo importante para el señor y su descendencia, y cualesquiera que fueren las recomendaciones y el encierro de las mujeres, es que no dejen el espacio doméstico, que no hagan como Tristán e Iseo, que "locos de amor huyeron al espacio del desatino, hacia un país extranjero".

El hombre cortés, generoso y audaz pide a la mujer "un sencillo dominio de sí misma". Los moralistas van un poco más lejos. Roberto de Blois eligió velar por las doncellas y les recomienda "portarse bien en el mundo. Las damas deben saber hablar con gracia cuando están en sociedad pero no charlar demasiado tampoco, pues pasarían por pedantes e irreflexivas, mientras que las calladas se consideran tontas. Con respecto a los hombres, es necesario ser afables y reservadas: sin tanta deferencia si no quieren ser tachadas de desfachatez". Agrega a estos consejos que se cuiden, no obstante, de un excesivo pudor a riesgo de pasar por orgullosas. Parece, pues, que gustaba la mujer osada, cualidad buscada, para que al irse el señor pudiera dirigir un castillo, pero a menos que esté destinada al convento, "es conveniente que una mujer no sepa leer ni escribir". "De este modo no se le podrán comunicar muchas galanterías que uno vacilaría en decirle de frente, sin contar con que el diablo es tan malvado que a veces inspiraría en las más prudentes de ellas el deseo de responder", apunta Suzanne Comte.

## Gestos íntimos

Continúa una serie de recomendaciones negativas que, por supuesto, nos revelan algunas informaciones sobres gestos íntimos y quizá corrientes, entre marido y mujer: "No os dejéis poner la mano en el pecho sino por vuestro marido", gesto representado en la hermosísima y realista ménsula del siglo

XIV, del crucero sur de la catedral de san Esteban de Auxerre; "no dejéis que os besen en la boca [...] sino por aquel a quien pertenecéis por completo" (que no por fuerza es el esposo, dado que el moralista no lo precisa). No imitéis a las coquetas, de las cuales

*Algunas dejan al descubierto*
*el pecho para que se vea*
*cuán hermosos y firmes son sus senos.*
*Otra, por su voluntad, deja aparecer*
*a un lado su carne,*
*la pierna toda descubierta.*

Estas coqueterías no parecen disgustar a los jóvenes caballeros, pero chocan a los hombres probos y a las personas de edad, para quienes esto es señal de *puterie* ["hecho digno de una ramera"]. El consejo prodigado con más frecuencia es el de no mirar a los hombres "como el gavilán que se abalanza sobre la alondra".

Cualquiera que fuere la aparente libertad de los gestos y de las palabras de las jóvenes doncellas, la vigilancia del padre o del marido es total sobre la torre con fama de inexpugnable que es la mujer. A la dama no le queda más que emitir mudas pero elocuentes señales y expresar sus mensajes de amor mediante la mirada. Los cuerpos, expresión del habla interior desarrollada por el género novelesco, hablan en la clandestinidad, y los emisores constituyen sus pequeños gestos, el modo de arreglarse la ropa, sus aromas y, sobre todo, sus miradas. ¡Cuántos silencios graves y contenidas confesiones, corazones henchidos y rostros "melancólicos" ante un "blanco caballero" o el "caballero de la carreta", que disimulado detrás del ventalle de su yelmo conquista las "miradas" de las damas, mientras se protege de ellas.

## Miradas

La Edad Media se encuentra a gusto creando y descifrando los signos y, frente a las miradas intensas, ve la emergencia de la imagen que puede surgir de un objeto, un intermediario o ser, simplemente, un retrato, como esa "dulce imagen", esa "dulce semblanza" que Guillermo de Machaut había recibido de su dama: "Me fui a todo correr, dice, solo, sin ninguna compañía, y me encerré en mi cuarto". Colocó "la imagen agradable y pura, que estaba representada por la pintura", encima de su lecho, para contemplarla, engalanarla y tocarla...

Siendo carnal la función de la mirada, la imagen mediante el espejo paliaba tal vez la moral oficial del cuerpo, cuyo principio descansa en el respeto: un cuerpo que hay que cuidar porque es el trono del alma y querer, como dice San Pablo; querer como los maridos deben querer a sus mujeres: guardar

distancia, desconfiar, pues el cuerpo —como la mujer— es tentador, conduce a los demás al deseo y, sobre todo, conduce a desearse a sí mismo... La ideología eclesiástica emerge de la nube del amor cortés; reaparece donde puede, cuando los cuerpos están "desnudo con desnuda". A los moralistas no les gusta el agua; no les gustan los cuidados indiscretos que revelan los atractivos del cuerpo; no les gustan las estufas y los baños en que los hombres se bañan en compañía de mujeres. Lo ideal sería ocultar y renunciar al cuerpo y tapar los órganos por donde penetran el gusto por el mundo y el pecado, extremando el ascetismo hasta abandonarlos a la miseria.

Es áspera la lucha entre la sociedad eclesiástica y la sociedad laica, donde la cultura y la moda de la ciudad incitan a una mayor apertura, a un cuerpo más presente, tal como lo muestra la brusca metamorfosis del siglo XIV, en que se pasa de un extremo al otro: las largas y amplias ropas, en auge desde el reinado de Felipe Augusto, de repente son destronadas por trajes cortos, adherentes y estrechos, que exponen el cuerpo y sus atributos, tanto el masculino como el femenino. En las iglesias, los escultores exponen cuerpos ya no torturados por el mal, sino rebosantes e incitantes, como el *Eros* de Auxerre, no lejos de la consola de la pareja que se acaricia, de la cual ya hablé, mujer desnuda que cabalga en un macho cabrío. Satanás combate la *pudenda*, pudor que la Iglesia, no obstante, habría querido ver reinar...

En los umbrales del siglo XIV, escribe Enrique de Mondeville, se acababa un largo período de continua evolución durante el cual parece que el cuerpo —en el retroceso de la ideología del desprecio por lo carnal y antes que la capa de culpabilidad sexual insistiera en el cristianismo occidental— lenta e irresistiblemente se hubiera rehabilitado. La idea de la belleza se afirma dentro de lo colectivo y lo privado, en la corriente que restablece a la persona y la identidad personal.

# 4

# La época de los sentimientos

*Y cuando me siento quebrantada casi por completo*
*y agotada me meto en el lecho*
*necesito gritar mi mal toda la noche.*

Louise Labé,
*Sonetos*

## La burguesía se divide

Belleza y comodidad, por no decir lujo, aparecen en esta burguesía que, para tomar las palabras de Philippe Aries, "entra en secesión". Se retira de la vasta sociedad polimorfa de la que ya no soporta ni la presión, ni la multitud, para "organizarse aparte, en un medio homogéneo, en familias cerradas, en viviendas previstas para la intimidad, en barrios nuevos, al resguardo de toda contaminación popular".

En oposición a la antigua sociedad, cuya característica doméstica era concentrar el máximo de tipos de vida en el mínimo de espacio, y yuxtaponer y hacer rozar los extremos, la burguesía, exasperada por los ricos y avergonzada de los pobres, se cierra en sí misma. Su nueva intimidad implica una necesidad de comodidad, que acentúa aún más las desigualdades, e implica que a cada estilo de vida corresponda un espacio reservado que le es propio. Esta sociedad propone un modelo convencional ideal, cuyos miembros no pueden ser sacados so pena de excomunión: "El sentimiento de la familia, el sentimiento de clase y tal vez el sentimiento de raza aparecen, escribe Aries, como las manifestaciones de la intolerancia misma en la diversidad, de un deseo mismo de uniformidad".

## Las casas se abren

Las fuertes y almenadas desprovistas de espacio y comodidad que albergaban a la burguesía acomodada del siglo XIII dejan lugar a residencias más

abiertas, más espaciosas, construidas con ladrillo o con piedra. Las engalanan detalles en la fachada, como a los "palacios" de Toscana, donde se ven aparecer columnitas de mármol en las ventanas, cupulinos, objetos diversos de hierro forjado, y frisos en los bordes de los techos, que sugerían una evidente holgura.

En la ciudad es donde la disparidad de las viviendas, así como de las fortunas, es mayor. Para gente pobre o mal integrada a la vida social, vivir en la ciudad significa tener que conformarse con una casa muy escueta, de madera y adobe, confinada al patio, mientras que la fachada a la calle estaba reservada a los habitantes más pudientes. Tal como señala Charles de La Roncière, en el retrato que bosquejó de la vida privada de los notables toscanos, la vivienda burguesa se caracteriza por la importancia y la difusión de elementos nuevos, tanto por su amplitud como por su simultaneidad; el uso privado y no comercial de la planta baja y la desmultiplicación de las salas y de los cuartos. La expansión de la vida matrimonial a dos pisos, la atribución específica de lugares privados: cuartos de los padres, de los niños, de los domésticos, de las distintas parejas, y la valorización del patio como centro estético y festivo de la morada, pero respetando el tejido urbano, son uno de los cambios indiscutibles de la residencia del siglo XV. Los verdaderos palacios que, a partir de 1440, se erigen en las ciudades aquí y allá, sobre manzanas totalmente enrasadas y aprovechadas como magníficos jardines cercados de muros, se diferencian, en realidad, de las residencias burguesas por su magnificencia, pero en mayor escala son ese estuche fastuoso y protector del sentimiento tan nuevo y sobrevalorado de la familia conyugal y del individuo superior que va modelando en él.

En los doce, catorce, veinte o treinta ambientes que se pueden enumerar en estos palacios, las más de las veces dispuestos en viejas casas restauradas, la extensa familia de la aristocracia florentina, por citar sólo una, prosigue su lujosa carrera en un marco acorde con sus gustos y proporcional a sus medios.

## Lo superfluo entra en el dormitorio

La comodidad del mobiliario es un privilegio urbano y el símbolo de la victoria. El inventario de Antonio, pellejero florentino, profesión poco estimada, comprende, en 1393, quinientos cincuenta y tres números correspondientes a objetos catalogados en los ocho ambientes de su casa, entre ellos cuatro dormitorios. Entre otras cosas, dispone de nueve lechos, cinco de los cuales están completamente adornados. La viuda de un peletero ostenta en su dormitorio unos diez cofres, que van desde los grandes *cassapanche*, que rodean la cama y sirven de bancos, los *cassoni* —cofres tallados que contenían su ajuar—, los *forzieri*, estuches reforzados con metal, y hasta los *cassoncelli* —otra variedad de *cassone*— o el simple cajón pintado (los roperos raras veces se citan en el siglo XV).

Esta moda de los cofres tiene relación con la necesidad naciente de acomodar bienes y efectos, más abundantes desde el aumento general del nivel de vida. Este aumento es consecuencia de la gran "peste negra" que azotó a Europa entre 1348 y 1350, de la despoblación que le siguió, pero en especial de la mutación, en pocos decenios, del estilo de vida y el modo de pensar, en la totalidad del mundo occidental. Este cambio también obedece al desplazamiento, en Europa, de los polos de desarrollo, que antes estaban situados en la mitad norte de Francia y que pasaron hacia el este y el sur para establecerse en Italia, de un modo secundario en España y en el norte de Alemania.

De repente, en cuanto a los aristócratas sobrevivientes de la peste y a la clase burguesa que se va revelando, la índole de las cosas materiales ya no es algo desdeñable; el desprecio por el mundo y las apariencias de los etéreos caballeros y de los intelectuales ascetas, ya no es el modelo que se ha de seguir en esta vida tan corta que atormenta al espectro de la impetuosidad. Los bienes de este mundo son para apoderarse de ellos enseguida y para consumir in situ. Y si bien los muebles son aún bastante escasos en las salas y otras habitaciones comunes, los dormitorios de los más ricos se amueblan cada vez más (unos inventarios de los años 1380-1420, en Venecia, catalogan hasta trescientos objetos en un solo dormitorio) y se van convirtiendo en el centro de la vida en que se expresa este nuevo ardor.

La alcoba, aunque conservando el uso del ambiente reservado por excelencia al descanso y al sueño, conoce un uso diurno constante y múltiple que es nuevo: allí se trabaja, se reza, se lee y se reciben visitas, y mucho por dos razones; por un lado, porque es el único lugar de la casa, verdaderamente confortable, y por otra parte porque allí se acumula, se muestran y, en especial, se vigilan los tesoros. Joyas, vajilla, mantelería, ropa (doblada y acomodada, ya no colgada), documentación personal, libros, etc. Todo está guardado en cofres; muy pocos objetos y pocas fruslerías se exponen. En medio del dormitorio reina la cama, apacible boato, no volátil, símbolo masivo de la armonía conyugal y familiar.

## El cuarto de los secretos

Dentro del alma palpitante y cálida de la alcoba es donde se hila, se conversa, se mima a los niños, causa de las buenas costumbres que hay que darles, del patrimonio, y donde de la charla se pasa a los juegos de salón y a los juegos de palabras. A menos que uno se aísle por razones sentimentales, como Madonna Fiammetta, separada de quien ama: "Con más gusto sola que acompañada [...] al abrir un estuche [...] yo volvía a tomar sus innumerables cartas y experimentaba al leerlas un consuelo semejante al que habría sentido al hablarle". También uno se dirigía allí con una modista, para la prueba secreta de un vestido o, como buena matrona, para redactar la correspondencia y llevar la contabilidad de los gastos domésticos. La esposa, a fines del siglo

XV, es corresponsable, junto con su marido, si no dueña total, reina del interior, de la marcha de la casa; descubre también, con la penetración de las inclinaciones humanistas y del mobiliario que las acompaña, libros y pupitres, un papel y una actividad intelectual que no van a dejar de crecer hasta el siglo XVIII.

## El lujo llega

"Un dormitorio de satén azul labrado con ribete a.v. compás con las armas de la doncella de Austria, ornado con dosel, cabecera, cubrecama, cortinas de muselina, con X cojines cuadrados de la misma tela, trabajados con ribete en las armas de dicha doncella; esta misma habitación está también ornada con un cubrecama de labor de trama vertical, con III colgaduras para extender en las paredes, una manta para cama, un cerramiento, cuadros de lana, armados como dinteles y con III gradas [alfombrilla de cama] para poner en torno de la cama y una manta de paño azul guarnecida con marta cebellina." Entre la profusión de documentos de los siglos XIV y XV, ésta es la descripción de un dormitorio que, tal como apunta Philippe Contamine, no está entre las más extravagantes, y acompañó a Catalina de Borgoña en 1393 cuando entró, mediante su casamiento, en la familia de los Habsburgo. La burguesía, a imitación de los poderosos, también se permitió dormitorios de un lujo inaudito, con el innegable esmero de decorarlos "con sarga violeta, camelote amarillo, muselina bermeja, tartán verde con rayas doradas, terciopelo azul con flores diseminadas, seda bermeja, satén verde con cometas bordados, muselina celeste enriquecida", etcétera, según los describe Havard en su *Dictionnaire de l'ameublement et de la décoration* [*Diccionario del mueble y la decoración*]. Los *tapetes velludos* tanto en el cuello como en los muebles y las paredes, las telas y las cortinas de sarga en las ventanas y que sirven alrededor de la cama, con dosel y cabecera, hacen su entrada en las casas en la década de 1380.

Las grandes camas comunes de fines de la Edad Media dieron lugar (entre los ricos) a camas individuales, tan abundantes como fuera necesario en ocasión de fiestas. El inventario posterior al fallecimiento de Pierre Legendre, tesorero de Francia, enumera unas veinte camas de variada comodidad, por lo general distribuidas por pares (una cama y una litera), en los dormitorios y guardarropas de su residencia parisiense de la calle Bourbonnais. En total, en sus tres principales residencias amuebladas —agréguense a la de París, las casas solariegas de Alincourt y de Garennes—, Pierre Legendre disponía de setenta lechos, a los cuales hay que añadir algunas armaduras de cama y cunas, sin contar los catres de tijera. Estas camas de reserva puede ser que se hayan utilizado raras veces, pero podemos imaginar la aglomeración que había, en todas las habitaciones de la casa, al día siguiente de una fiesta.

La primera inversión financiera es en mobiliario: conviene disponer de

un legítimo lecho conyugal (que a menudo se recibe del padre del casado). Este objeto prestigioso, mueble fundamental, aparece tanto en los inventarios como en las pinturas, y además con la ropa de cama más completa posible, tal como la hemos descrito. Algunas camas, monumentos de interiores, alcanzan los tres metros de ancho, superficie aumentada por los cofres asiento que las rodean y que realzan las cortinas. El cubrecama, ya abigarrado, de espiguillas o escaqueado, en Italia; ya rojo y azul o hasta blanco armiño según la moda, tapiza el conjunto y transforma en pompa lo que ocultan hasta la mitad las elegantes y deslizables cortinas. Las camas, primero por comodidad y después por costumbre, de los rincones de la habitación donde estaban, cada vez más rodeados de cofres para guardar cosas, pasan al centro del dormitorio, donde se elevan e imponen, así como el nivel social. La posición se expresa a través de estos lechos mortuorios, e implica una comodidad que no se detiene en la blandura de la pluma sino que se debe al aislamiento, tanto social como material, del exterior.

## La persecución de las corrientes de aire

La persecución de las corrientes de aire, de las que los acaudalados dormilones ya se mofan refugiados tras las cortinas, se extiende a toda la habitación e incluso a la casa. La ventanilla o tronera de las habitaciones superiores del siglo XII, que se obturaban con un cuadro de papel encerado o de cuerno rebajado, a través del cual la luz pasaba de un modo parcial pero garantizaba vientos intensos que azotaban el torreón, dio paso, en las casas particulares, a aberturas más anchas. Ahora bien, esas aberturas en forma de arco no se prestaban a cierres móviles, con lo que el dintel corría el riesgo de deformarse o desajustarse. Entonces se recurrió a arcos de descarga o a dinteles de recuadro, pero hasta el siglo XIII las ventanas aún estaban desprovistas de bastidores fijos, y los entrepaños de cristal golpeaban directamente contra la piedra del edificio. Sólo en el siglo XV se hará común la práctica de los bastidores fijos.

Si bien el quite tradicional contra las inclemencias del tiempo y la luz consistía en el empleo de postigos interiores o, algo más liviano, de cortinas colgadas de varillas, seguía siendo casi ineficaz contra el frío. El cierre de las ventanas, para el cual en el norte de Francia se empleaba papel encerado (la industria papelera había llegado de China en el siglo XIII), las más de las veces se hacía mediante encañizados de mimbre o un hule transparente tendido sobre bastidores. Estos *hules* se inducían con un compuesto en el que entraban la cera blanca y resina o trementina. En Italia, las ventanas "con colgaduras" (*finestre impannate*), bastidor fijo con un lienzo tirante, impregnado con aceite para hacerlo traslúcido, permitían obturar las aberturas sin oscurecerlas. El encristalado, escaso y análogo al de las iglesias, consistía en cuarterones de vidrio rebordeados en plomo. Pero lo original en Francia es el naci-

miento del vidrio llano empleado para el encristalado o, con más exactitud, del "cristal llano", obtenido por el soplado de una esfera que se perfora y se abre, como un tulipán, como consecuencia de la fuerza centrífuga que la transforma en un círculo chato, más espeso en el centro y, tal como podemos ver aún hoy en cristales antiguos, que llevan en el medio la marca de la vara a la que estaba fijado. Este invento data de comienzos del siglo XIV y surge a partir del privilegio concedido en 1330 por Felipe VI a Felipe de Caqueray, señor de Saint-James, para construir la vidriería de La Haya, en Normandía.

Esta vidriería (*vidriero*, el que vende, corta y coloca vidrios, aparece en 1370), junto con las de las familias Brossard, Le Vaillant y Bongars, existirá hasta comienzos del siglo XIX. La técnica llamada de "vaciado en mesa", de la que volveremos a hablar, sólo aparecerá a fines del siglo XVII. Al no poder todos darse este lujo, el postigo —aunque nulo contra el frío— seguía siendo la protección más extendida contra los ladrones, la luz y el viento.

Pero la época implica refinamiento, y en esas residencias burguesas ya no basta con tapar las aberturas de manera tosca. A la burguesía, sociedad moderada, le gusta jugar con los matices; mediante una combinación de troquelado y articulación se crea en Florencia un postigo que une lo útil con lo agradable. Ocurre que hay que poner un contrafuerte a los pesados entrepaños de madera maciza, con sus bisagras horizontales, para convertirlos en postigos interiores de dos hojas, parcialmente articuladas en torno de dos ejes verticales, donde la penetración del aire y de la luz es modulable, invento que anunciaba los *portillos* y las *celosías* (sus primeras menciones se remontan a la década de 1390, en las cuentas de los hospitales florentinos). Su uso se extenderá ampliamente en la segunda mitad del siglo XV. No sólo se embellecen y refuerzan los marcos sino que también se cierran con cerrojo; barrotes en las ventanas, trancas encajadas perpendicularmente a las puertas y a los postigos, impresionantes y complicadas cerraduras, todo intenta hacer inviolables las viviendas, que ya no se quieren compartir de cualquier manera y con cualquiera.

## Estar "en casa"

Estando bien protegido es muy grato estar en casa, tal como indican las representaciones, pinturas y grabados, que más bien tímidas y contenidas en la Edad Media, van a desarrollarse en Occidente dando prueba del extraordinario poder del sentimiento de lo "privado", hasta entonces inconsistente o descuidado. Estar en la casa ya no es estar afuera; no es estar mostrándose; es estar encerrado, calafateado —*calfeutré*, palabra de la época (1382)—, vestido de entrecasa, con ropa gastada o ridícula; incluso es desnudarse a medias, ya porque hace demasiado calor, ya para calentarse delante del hogar, como esa pareja de una viñeta que ilustra *Les heures de Louis de Laval* [*Las horas de Luis de Laval*], y que está en la intimidad del dormitorio (fines del siglo

VI): la mujer, de pie, con el vestido levantado hasta la mitad de los muslos; el hombre, sentado, con el abrigo abierto, las piernas separadas y las manos extendidas hacia la chimenea. O más aun, según podemos ver en una miniatura de *Les très riches heures du duc de Berry* [*Las riquísimas horas del duque de Berry*]: una choza vista en corte representa a tres personajes, con las faldas ampliamente recogidas, que se calientan ante las altas llamas del hogar.

Para la velada, la familia se reúne para contar los acontecimientos del día o machacar sobre los proyectos y las preocupaciones, las principales de las cuales parecen haber sido, toda la vida, el régimen tributario oprimente, los hijos que llegan una vez tras otra y que hay que alimentar tanto como a los ancianos, a quienes se escucha vacilar finamente en la genealogía... Los moralistas, parece, se quejan de las bromas picarescas de las conversaciones privadas y de que, aun en las familias más santas y mejor educadas, cada uno "exhala su amargura con palabras violentas", según la expresión del biógrafo de Santa Catalina de Siena, al juzgar a su familia. En la alta sociedad y entre los humanistas, también se suele hablar por la noche, durante la velada, pero para elevar la trivialidad diaria al nivel de una conversación erudita, cuando era costumbre preferir lo "magnífico" a lo "fútil". Por último, cuando las hilanderas se cansan, los niños se caen de narices, los bostezos encubren los intentos de sermón del padre de familia y las lámparas y velas vacilan ante un fuego desfalleciente, llega el momento de acostarse y cada cual, si la familia es rica, se dirige a su cuarto o, si lo es menos, comparte el lecho con una o más personas; los padres a veces dormían con uno o dos niños en el suyo. Se puede dormir con camisa, pero es aún más corriente hacerlo desnudo, excepto con tocado.

## La connivencia amorosa

Algunas parejas, una vez echado el cerrojo a la puerta, se ponen de rodillas a los pies de la cama para hacer una breve oración, antes de subirse a la cama, grande y alta. Si las actividades de la jornada no agotaron a ninguno de los esposos, si tienen más humor para la ternura que para las quejas y los sarcasmos, luego de un cariñoso sondeo y otros contactos, los médicos italianos recomiendan que la mujer *se haga desear ardientemente* [*farsi ardentemente desiderare*] para que él se supere bien y el niño sea hermoso. Amparados tras las cortinas corridas, la pareja no es más que uno. Los moralistas y los predicadores sospechan el regocijo de la pareja, o más bien de la mujer, y lo reglamentan con bastante severidad mediante textos, para no fortalecer como hábito inclinaciones que consideran poco humanas. Pero a través de sus reticencias, se adivina que las parejas de entonces conocían y empleaban posiciones que la astucia, la malicia de las esposas y una larga connivencia amorosa ponían en movimiento, de la cual el placer no estaba excluido —muy por el contrario—, pese a todo.

## Acerca de la contracepción

Dominar procedimientos preservativos o anticonceptivos en una época en que los predicadores, si no tienen vara alta al menos sí el mando en el dormitorio, no nos parece algo evidente. Sin embargo, la situación demográfica en el siglo XV, por lo menos entre las mujeres maduras (más de treinta años) de la pequeña burguesía, cuyas maternidades se detienen mucho antes de la menopausia, revelan la existencia de tales procedimientos. La resistencia femenina a la natalidad se opone a los supuestos rendimientos sexuales de los hombres que claman los narradores, que se expresan con gusto en salmos o en el Padrenuestro, en homenaje a los clérigos y monjes, campeones de este tipo de deporte en todas las categorías. Si bien la práctica del *coitus interruptus* en ninguna parte se condena ni se afirma, por el empeño que manifiestan los moralistas al condenar otra práctica contraceptiva y advertir sobre la ingenuidad de las jóvenes esposas, podemos pensar que, por lo menos en las ciudades de Toscana, tal como demuestra La Roncière, la práctica quizá reciente de la sodomía conyugal estaba bastante extendida a comienzos del siglo XV.

El buen curso de los negocios (en la ciudad hay trabajo para todos), la intensa alegría de vivir que se expresa en todos los campos a partir de la década de 1450, y la atención puesta en la naturaleza, en el marco de la existencia, en los placeres de la buena mesa y de la carne, el placer que denuncian cada vez con mayor vigor los predicadores en el período intermedio de las dos recurrencias pestíferas, tuvieron repercusión en materia de costumbres. La sexualidad salió de la clandestinidad de lo privado para convertirse en asunto público en las agradables ciudades francesas del siglo XV.

## Los *prostibula publica*

Jacques Rossiaud, en su estudio sobre la prostitución y la sexualidad en las ciudades francesas del siglo XV, habla de los *prostibula publica*, que existían aun en aglomeraciones totalmente mediocres y pertenecían al municipio o dependían de la autoridad señorial cuando la ciudad no tenía cuerpo ni colegio. Los burdeles públicos, espacio protegido donde se ejercía de un modo oficial la fornicación —"burdel" sólo aparecerá en 1609—, a los que hay que agregar los *baños* y los *burdeles privados*, existían, tolerados por el vecindario y para nada marginados de la vida social. En Dijon, por ejemplo, donde en 1485 había ya dieciocho, trece de estos establecimientos estaban "dirigidos" por viudas o esposas de artesanos muy honorables. Lo que tenemos que recordar de la institución del *prostibulum*, a través de las relaciones judiciales de esa ciudad de los "gentiles comportamientos que fingían en los dormitorios" de parejas efímeras, es la impresión de una sexualidad calma, correspondiente al erotismo contenido en las colecciones de adivinanzas obscenas

compiladas a mediados del siglo XV en las provincias borgoñonas, que en apariencia no contraviene en nada a las normas de las relaciones conyugales.

## El "burdel", garante de la familia

La prostituta no se opone a la familia ni al casamiento; esta "victoria social" muy reciente, y en las trasposiciones literarias, a veces surge incluso como ayuda para una familia en la miseria. Las rupturas matrimoniales, consecuencia de las epidemias y de la sobremortalidad femenina, eran frecuentes, y las segundas o terceras nupcias, muy numerosas.

En el capítulo VI del *Tercer Libro*, titulado "Por qué las novias quedaban dispensadas de ir a la guerra", Rabelais pone en boca de Pantagruel algunas verdades, que aun cuando daten de 1545, confirman los indicios sobre las preocupaciones de la época, y que los documentos nos han dejado: "Según mi opinión, respondió Pantagruel, era para que el primer año gozaran de sus amores con toda tranquilidad, trabajaran para producir descendientes y se abastecieran de herederos —así, por lo menos, si el segundo año eran muertos en combate, su apellido y sus armas quedaban para sus hijos—, y también para que se dieran cuenta con certeza de si sus esposas eran estériles o fecundas (pues una prueba de un año les parecía suficiente, dado que no se casaban prematuramente) para casarse con ellas en segundas nupcias luego del deceso del primer marido: las que fueran fecundas serían para los que quisieran proliferar; las que fueran estériles, para los que no tuvieran ese deseo y quisieran tomarlas por su virtud, su cultura, sus encantos, sólo para poner alegría en el hogar y razón en la dirección de la casa".

Incluso fuera de las negociaciones económicas complejas que el matrimonio representaba, fuera del origen profesional o étnico, lo que constituía sobre todo para el hombre asentado (y buscado por las viudas jóvenes) un elemento fundamental de la unión era la frescura de la mujer. Más concretamente, el 30% de los habitantes de Dijon de treinta a treinta y nueve años de edad tenían una mujer de ocho a dieciséis años menores que ellos, y el 15% de los cuadragenarios o de los quincuagenarios, una compañera de veinte a treinta años menos.

## Mujeres frescas

En esta sociedad de hombres asentados, profundamente paternalista, con frecuencia se ve a los padres y a los maridos imponerse como los grandes responsables de la educación. La gran juventud de la mujer y su inexperiencia en el momento del casamiento, necesariamente la hacen tributaria de los conocimientos de su marido. El esposo, a quien la legislación autoriza a corregir a los suyos, único amo en su casa, forma a su esposa en su oficio de mu-

jer y, "en atención a la fragilidad de su cuerpo y de su carácter, sólo debe confiarle responsabilidades menores en el hogar". Alberti, en *I libri della famiglia* [*Los libros de la familia*], muestra cómo el venerable Giannozzo se vanagloria de haber hecho de su media naranja un ama de casa más que hecha y derecha: "Sus dones y su formación, pero más aun mis instrucciones, han hecho de mi esposa una excelente madre de familia". Un padre anciano, en la extrema pobreza, pese al amor que siente por sus hijas y a la moral, no vacilará en prostituirlas a todas. Tal vez en uno de esos *prostibula publica* de Bourg-en-Bresse o de Villefranche-sur-Saône, la "casa de chiquillas", que los regidores de Dijon transformaron en una vasta y confortable residencia.

En un momento excepcional de atrevida sensualidad, por lo común desprovista de inquietud, la sociedad urbana de mediados del siglo XV, preocupada por contener las turbulencias y la brutalidad juveniles, hace de la prostitución pública una institución pacífica; los patrones de hospedajes, así como el resto de la burguesía, estimaban que la "buena policía" es antes que nada la "buena casa".

Vivir juntos en la vida cotidiana de tiempos del "nadir" demográfico, en que los precios cerealeros alcanzaban mínimos, en que los salarios urbanos y rurales conocían un relativo equilibrio, en que la competencia por los puestos de contratación era casi inexistente; vivir en la exaltación jubilosa de la "Señora Naturaleza" y de los "reyes del amor", en ciudades en que los tiempos festivos hacían que pronto los hombres de la ciudad volvieran al campo, a sus animales, a sus plantas, a sus olores y a sus ruidos, todo, caricaturizándolo un poco, era la expresión aparente del Renacimiento, del cual cada uno tenía conciencia, hecho raro en la Historia.

## El arte de morir

Esas razones "afectivas" que los poetas celebran y a los cuales Rabelais no va a la zaga, se sienten con todos los matices de una sensibilidad que podríamos calificar de "femenina" y que no va a dejar de acrisolarse en el dormitorio, célula privada en que puede uno desahogarse. Pues si uno canta y jaranea, es para ocultar mejor los sufrimientos personales y familiares, tanto físicos como morales (la peste sigue merodeando, las malas jugadas a veces son mortales y los tratos, a menudo inhumanos), y si bien los pobres van al hospital, "depósitos de la muerte", los burgueses y los ricos permanecen en sus casas.

En el siglo XVI aparece el término *macabro*, pero fue en el siglo XV cuando se multiplicaron en los tímpanos de las iglesias lo que en primer lugar se llamó "danzas de muerte", luego "danzas de la muerte" y, por último, "danzas macabras". Estas danzas no sólo evocan lo repentino del óbito sino también la igualdad ante la muerte (actualmente hay catalogadas cincuenta y dos representaciones de estas danzas en Europa occidental, durante los siglos

XV y XVI; ninguna es anterior a 1400). Pero si bien el humor negro se mofa de la Gran Segadora, es en la propia casa donde uno ve a los parientes guardar cama, sufrir, agonizar y morir. No todos mueren tan "alegre y placenteramente" como la hermosa Limeuil, la mayor de las hijas de la reina Catalina, tal como relata Brantôme en su *Quinto discurso*. Al acercarse la muerte, hace llegar a la cabecera de la cama a su músico favorito y le dice: "Julián, tome el violín y toque para mí en todo momento, hasta que me vea muerta, pues ya me voy, *La deffaite des Suisses* [*La derrota de los suizos*], y lo mejor que pueda; y cuando llegue a *Tout est perdu* [*Todo está perdido*], tóquelo cuatro o cinco veces, lo más piadosamente que pueda [...], lo cual hizo, y ella misma lo ayudaba con la voz; y cuando llegó a *Tout est perdu*, lo recitó dos veces, y dándose vuelta hacia el otro lado del lecho, falleció".

La popularidad de *El arte de morir*, obra alemana de fines del siglo XV, refleja la importancia de esta muerte pestífera, casi un siglo después de la aparición de las primeras epidemias. El grabado en madera que ilustra una de estas obras es totalmente revelador de esa angustia que no todos domesticaban tan bien como una hija de reina de Francia. Tal grabado representa a un hombre acostado en un sencillo lecho de madera, de patas cuadradas, con una cabecera, una almohada, una sábana y un colchón de pluma que cuelga a cada lado de la cama, como es costumbre en Alemania, sin remeter. Por debajo de esta pesada manta, el hombre de rostro pasmado, en un gesto de impotencia, saca su pierna con el pie hacia adelante para echar al demonio que viene a buscarlo...

## Sentimientos muy privados

Codearse con la enfermedad doméstica, ver morir a niños de pecho, a una madre en el parto, a un niño, a un adolescente —muertes tanto más conmovedoras cuanto que en esos tiempos de epidemias que se desencadenan en Europa azotan con violencia a los más jóvenes, a los más "inocentes"— no es algo excepcional. Estas muertes son las que exacerban a las sensibilidades de los que descubren, al mismo tiempo, el aislamiento y la paz del mundo privado. La alcoba, o más bien la cama, lugar de expresión privilegiado y con frecuencia único, de los sentimientos femeninos, en el abandono del cuerpo libera el alma. Nadie como Luisa Labé ha expresado mejor en sus sonetos esta nueva sensibilidad, la de la falta y la de la ausencia, ni reveló el deseo profundo de purificar el amor, de depurarlo, lejos de las realidades terrestres, no obstante tan penosas:

*Tan pronto como empiezo el reposo deseado*
*en el muelle lecho a hallar,*
*mi triste alma fuera de mí alejada*
*hacia ti, incontinente, se va a entregar.*

*Cuando me ha parecido que dentro de mi tierno seno*
*tengo el bien, del que tanto he aspirado,*
*y por el cual tan alto he suspirado*
*que a menudo creí prorrumpir en sollozos,*

*¡oh, dulce sueño, noche feliz para mí!,*
*grato descanso, lleno de inquietud,*
*cada noche continuad mi sueño:*

*si alguna vez mi pobre alma enamorada*
*no hubiera de tener bien en realidad,*
*haced, al menos, que lo tenga en la ficción.*

La voluptuosidad, el desahogo afectivo, las conversaciones familiares, los hijos y hasta la desesperación y las lágrimas, todo concurre a desarrollar esa sensibilidad que la familia, y sobre todo la pareja, genera y cimienta. Pero el pudor impide que se hable demasiado de su felicidad o de su miseria. Ana de Bretaña, al enterarse a las 11 de la noche de la muerte en Amboise de Carlos VIII, se retira a su cuarto sin compañía y permanece allí enclaustrada por veinticuatro horas. Giovanni di Pagolo Morelli relata las consecuencias de la muerte de su hijo Alberto: "Pasaron meses desde el momento de su muerte, pero ni yo ni su madre podemos olvidarlo [...]; durante más de un año no he podido entrar en ese cuarto, sin otro motivo que el de mi extremo dolor". Estas son dos actitudes que manifiestan una preocupación por el aplomo, que sólo se remite a uno mismo.

En las pinturas, los rostros cobran vida, los gestos y las expresiones toman sentido; los amantes se estrechan, los esposos se reúnen, las madres lloran a sus hijos, la Virgen María igual a cualquier otra... La iconografía sagrada, en su dominio técnico y psicológico creciente, contribuye también al afinamiento de esos sentimientos muy privados. La gente entra en el "cuarto de los pensamientos", como Montaigne, para recluirse en sí misma; Montaigne, que se ha "ordenado osar decir todo lo que oso hacer, y me hallo a disgusto incluso con pensamientos impublicables", tales como estas confesiones: "El sueño ha ocupado gran parte de mi vida y aun a esta edad sigo durmiendo ocho o nueve horas de un tirón [...] Tengo dificultad en ponerme en movimiento y soy lento en todo; en levantarme, en acostarme, y en las comidas; para mí las siete es la mañana, y donde yo gobierno, no como ni antes de las once ni ceno sino después de las seis. Antes he atribuido la causa de las fiebres y enfermedades a las que estuve sometido a la pesadez y al amodorramiento que el largo sueño me había traído, y siempre me he arrepentido de volver a dormirme a la mañana [...]. Me gusta dormir mucho y solo, incluso sin mujer, a la manera real, bastante tapado; nunca calientan mi cama; pero desde la vejez, cuando lo necesito, me dan paños para calentarme los pies y el estómago" (*Ensayos*, III, 113).

Montaigne no hace más que divulgar sus propios secretos de alcoba; también va a tomar posturas filosóficas que van a permitirnos elevar las conversaciones del dormitorio...

## La querella de las mujeres

"Las mujeres no se equivocan del todo cuando rechazan las normas de vida que se han introducido en el mundo, dado que fueron los hombres quienes las hicieron sin ellas", asegura el autor de los *Ensayos* (libro III, cap. 5). La "querella de las mujeres", que enardece los ánimos desde 1542 hasta 1550, se ha entablado. Inmediatamente después de las guerras de Italia, se va preparando una sociedad menos ruda, más galante, más artista, más cortés, de actitudes refinadas, accesible al sentimiento de la belleza física e incluso de ese modo a las complicaciones sentimentales y a la pasión casi legítima. La Francia de los escritores se apasiona y, puesto que hay querella, se divide; dos tradiciones contrarias que no han dejado de coexistir y desarrollarse en Francia, en lo que se refiere al amor y a las mujeres, se oponen: la "tradición picaresca", de orden satírico, a veces incluso francamente denigrante, y la "tradición idealista", tendiente a la exaltación y al panegírico del sexo femenino y de los sentimientos amorosos. La primera, tal como señala Abel Lefranc, no ha modificado mucho su táctica, a través del tiempo, ni sus intenciones de crítica sistemática; la segunda, por el contrario, se ha ido modificando según las épocas y transformando de un modo decisivo a partir del Renacimiento, "fusionando de alguna manera todas las tendencias místicas, cortesanas, sentimentales y filosóficas, y reforzándose gracias al complemento de las concepciones antiguas, de elementos infinitamente valiosos que le transmiten un carácter de grandeza y elevación que aún no había conocido". Ante el acceso de idealismo de los defensores del bello sexo (Clemente Marot, Mellin de Saint-Gelais, Margarita de Navarra, Luisa Labé), los enemigos del sexo débil, menos conocidos pero más populares, como Martín Lefranc, autor de *El paladín de las damas*, o Graciano Dupont, llamado Gracián, con sus *Controversias de los sexos masculino y femenino*, se desahogan con invectivas y groserías frente a ese "temible peligro".

Pero la disputa se va a desarrollar con *La parfaicte amye* [*La perfecta amiga*] de Antonio Héroët, de La Maisonneuve, que pone en escena a una amante que cuenta cómo y por qué ama y es amada, y se preocupa por contar los accidentes metafísicos de su historia. Desde 1542 hasta 1568, *La perfecta amiga* se habrá de reimprimir al menos diecisiete veces, éxito sin precedentes en esa época. Héroët ocupaba un lugar de privilegio en el círculo literario de Margarita de Navarra, junto a Mellin de Saint-Gelais y a Claudio Chappuis, con el cual colaboró, y también junto a promotores del renacimiento del platonismo en Francia: Buenaventura Des Périers, Pedro du Val, Juan de La Haye y Carlos de Sainte-Marthe. "Esta obrita, que con su peque-

ñez supera a las grandes obras de algunos", brindaba una verdadera codificación del amor espiritual, llamado entonces "honesta amistad", y fue lo que hoy llamaríamos un detonante en la historia de las ideas. La principal consecuencia fue la de arrojar a las sombras, y por cierto tiempo, a los enemigos de la mujer.

## Los matrimonios desordenados

"Llegado el momento en que las soberbias leyes de los hombres dejan de impedir que las mujeres se apliquen a las ciencias y disciplinas": esto escribe la Belle Cordière en una carta del 24 de julio de 1555. El matrimonio es revelador de esta transformación, o más bien de este desplazamiento imperceptible para los contemporáneos, a favor de la mujer y en ligero detrimento del hombre de entonces; las diferencias de edad disminuyen y los "matrimonios desordenados" se hacen más frecuentes. Estas alianzas se traman pese a los padres y sobre todo aparte del consejo de los hermanos o de la madre. En Lyon, hasta parece que en los años 1520-1530 la eventualidad de la libre elección del esposo, hecha por una muchacha, haya sido considerada normal en los estratos sociales medios. Los encuentros, que ya no se producen tanto dentro de la casa, se hacen individuales, en la fraternidad jubilosa de las fiestas e incluso de las manifestaciones abaciales en que la moral da más valor a los placeres compartidos que a los retozos comprados a las "chiquillas". En resumen, algo inconcebible cincuenta años antes, este tipo de alianza "desordenada", "cosa maravillosamente escandalosa e injuriosa para toda la causa pública", acarreaba por cierto una sanción paterna —puesto que la dote disminuía a la mitad— pero, factor novedoso, no el desheredamiento de la muchacha. Esta acción, tal como señala Jacques Rossiaud, parecía tanto más escandalosa cuanto que las corrientes reformadoras del catolicismo, exactamente lo mismo que los propagandistas protestantes, desconfiaban de las fiestas y de las reuniones de jóvenes: la familia debía seguir siendo el lugar privilegiado de la educación de los hijos.

## Pudores nuevos

La Iglesia, los reformados, las autoridades —y hay que agregar a ciertos grupos femeninos—, cada uno de ellos, con sus propios motivos, denunciaba la impudicia de las costumbres. La franqueza de un Rabelais o de un Montaigne —pondrá más de un siglo en desaparecer de la lengua francesa, prueba de la lentitud de su evolución— va a soportar los ataques de la nueva pudibundez, una de cuyas poderosas olas habrá de llegar del exterior, más precisamente de Rotterdam, con Erasmo. En *La urbanidad pueril*, publicada en 1530, el filósofo ya pretende imponer a los niños, en primer lugar, un lengua-

je pulido antes de combatir con los adultos: "Los nombres de las cosas que mancillan la mirada, también mancillan la boca". "Si es absolutamente necesario designar alguna de las partes vergonzantes, que se emplee una perífrasis decente." Montaigne se burla de los que temen más a las palabras que a los actos: "Mandan su conciencia al burdel y mantienen en regla su continencia", y se pregunta "qué ha hecho el acto genital a los hombres, tan natural, tan necesario y tan justo, como para no atreverse a hablar sin vergüenza y excluirlo de las conversaciones serias y de las reglas. Pronunciamos con atrevimiento: matar, robar, traicionar; ¿osaríamos decir esto entre dientes?". Esto no impide que Montaigne, en su concepción moderna de la mujer seductora, piense que la desnudez del cuerpo "aplaca el ardor sexual" y que si ella quiere seducir es preferible que oculte más que muestre. Respecto del placer femenino en otro tiempo necesario para la concepción, "espanta y asquea" e incluso, dice Montaigne, "impide la fecundación".

La revolución de la imprenta, si bien permite difundir los escritos, también permite el desarrollo, en el siglo XVI, de la literatura obscena, lo contrario de la gazmoñería que se quiere imponer (al menos el 75% de la producción tipográfica entre 1445 y 1520 lo es de obras religiosas: seis mil seiscientos ejemplares de la Biblia en alemán y trece mil quinientos en otras lenguas, en 1520, más de ciento veinte mil salterios y cien mil volúmenes del Nuevo Testamento).

Brantôme, más de una vez, describe las posiciones amorosas, como hace Aretino con su verdadero nombre, Pietro Aretino, que representa a las grandes damas de la Corte en las posturas más atrevidas (tenía casi la misma reputación que Sade en el siglo XIX). Pero la imprenta va a traer consigo un nuevo aparato represivo: censura, indicador inquisitorial y autos de fe de libros comienzan en 1501, con la bula de Alejandro VI Borgia, que obliga a los impresores a someter cada libro a una autorización del arzobispo. Las palabras obscenas, arrojadas de repente de las conversaciones, son reemplazadas por perífrasis, para evitar las palabras "sospechosas de cochinadas"; se opera una verdadera revolución lingüística de lo precioso. El "ultraje a las buenas costumbres" y la herejía, en el amplio sentido del término, van a cambiar a la sociedad de un modo radical.

# 5

# En torno de la alcoba

*Un lecho nos ve nacer y nos ve morir. Es el teatro variable en que el género humano a ratos representa dramas interesantes, farsas risibles y tragedias tremendas. Es una cuna ornada de flores; es el trono del Amor; es un sepulcro.*

Xavier de Maistre
*Viaje alrededor de mi cuarto*

## La sociedad cortesana

La sociedad cortesana y sus engranajes, última gran formación no burguesa de Occidente, cuyo sello no hay que ocultarse que aún hoy nos sigue marcando fuertemente, es un escalón histórico importante para comprender la evolución de nuestra mentalidad y de nuestra alcoba.

La "Corte" del Antiguo Régimen, vasta "familia" de los reyes, tal como la define Max Weber, es una derivación muy especializada de una forma de gobierno patriarcal, "cuyo germen se sitúa en la autoridad de un amo dentro de una comunidad doméstica".

Las reminiscencias campesinas de las "residencias" de la nobleza de Corte equivalen a un síntoma: si bien los hombres de la Corte son ciudadanos porque tienen una vida urbana, sus vínculos con la ciudad son mucho menos sólidos que los de la burguesía, que ejerce una actividad profesional. La mayor parte de los cortesanos son propietarios de una o varias residencias campesinas de donde toman su apellido, una buena parte de sus rentas y adonde a veces se retiran. Al pertenecer al tejido urbano sólo en calidad de consumidores de "lujo", de no haber sido por la necesidad de un ejército de criados y el deseo de reunir todas las funciones en un solo complejo, su verdadera pertenencia es la Corte, estructura inconmovible e indispensable para su sobrevida.

## La estrategia de la antecámara

Los recintos destinados a las actividades de servicio y las viviendas del personal estaban estrictamente separados de los departamentos privados y de los salones de recepción. Los dormitorios del dueño y de la dueña de casa estaban precedidos por antecámaras (1529, del latín *anti-*, en composición por *ante*, adelante, en italiano *anticamera*: "cámara de adelante"), lo mismo que el "cuarto de gala" y la "sala de compañía". Era en la antecámara, símbolo arquitectónico de la "alta sociedad", donde permanecían los lacayos, detalle estratégico importante en la lucha contra las corrientes de aire, enemigos número uno según veremos: "La primera antecámara casi siempre se destina a la librea, así como explica el artículo de la *Enciclopedia*; raras veces hay chimeneas. Se conforman con estufas que se colocan delante de la puerta, para proteger las partes del departamento del aire frío que la abertura de las puertas que conducen a los cuartos de los amos hace penetrar".

Si bien en las residencias quienes esperan en la puerta de sus amos una orden o un llamado son los sirvientes, hay que saber que en el palacio los nobles mismos son los que permanecen en la "antecámara" esperando una señal de su amo, el rey. Las residencias de la nobleza se edifican sobre planos relativamente similares y totalmente reveladores de las costumbres íntimas de la época. Las dos alas principales, que ciñen la construcción central que alberga a los salones y a las salas de recepción, se enfrentan y abrigan a los dos "departamentos privados". Dichos departamentos son casi idénticos; los dormitorios del dueño y de la dueña de casa están frente a frente pero separados por todo el ancho del patio, donde pueden vigilar todo su mundo.

## La "casa" antes que la familia

Lo que cuenta ante todo en la alta nobleza del Antiguo Régimen no es, como en la sociedad burguesa, la adecuación y el concepto de "familia", sino la noción de "casa". Así como existe la casa de Francia, que caracteriza a la unidad de la dinastía real a través de las generaciones, cada gran señor debe preocuparse por el prestigio y el honor de su casa, que él funda casándose y mantiene contribuyendo con prestigio y relaciones acordes con su rango, y de la cual es representante junto con su mujer. El plano del departamento señorial respeta antes que nada la casa: la separación absoluta de los respectivos departamentos de los cónyuges, donde cada uno dispone de su dormitorio, de un gabinete donde puede recibir a las visitas, luego del aseo, de una antecámara y de un guardarropa, crea un peculiar modo de vida conyugal.

El duque de Lauzun refiere la conversación de un ayuda de cámara nuevo con la camarera de la señora: "¿Cómo vive con su marido?, dice él. —Por el momento, muy bien, le responde [...]; ella tiene muchos amigos; no frecuentan las mismas sociedades; se ven muy pocas veces, pero llevan una vida en común muy honesta". Esta conversación es reveladora de la sociedad

cortesana, donde lo fundamental es representar a la casa delante de los demás. Para todo lo demás, señala Norbert Elias, los esposos son libres de amarse o de no amarse, de ser fieles o infieles y de limitar sus contactos al mínimo compatible con su deber de representación. El plano del departamento señorial no tiene, pues, nada de extraordinario; a menudo es una eventual solución para problemas de convivencia; por el contrario, no impide en nada la armonía de la pareja, si es deseada, pero en uno u otro caso no es en absoluto la expresión de un tipo de vivienda familiar y de una moral burguesa.

## Dormitorio de gala

El campo doméstico de la alta nobleza en realidad es reducido respecto de la importancia del aspecto social del domicilio. El "dormitorio de gala", reservado a la visita de iguales o de personajes de un rango superior, es paradójicamente un lugar reservado con mayor frecuencia a las relaciones íntimas de la dueña de casa antes que a las de su marido, que representaba en la Corte lo que otros en su casa.

Mientras el lecho del Renacimiento, como el del duque de Antoine que se puede ver en Nancy, era a veces una obra maestra de la escultura, el papel de la madera se vuelve desdeñable en la época posterior. El inventario de Gabriela d'Estrées, en el capítulo "Los ricos lechos", menciona incluso columnas "torneadas", de las cuales ya no se volverá a hablar pues se habrán hecho invisibles. Ya pasó la moda de los lechos de madera esculpida; los hombres de la época, menos sensibles a las obras de arte para buscar todo lo que llevaba la marca del lujo y de la exoticidad, abandonan las columnas cinceladas, las cabeceras de tarjeta, ampliamente trabajadas y compuestas por Ducerceau y Sambin. Todo esto se reemplaza con *declives* de terciopelo ribeteado con oro y penachos de plumas que coronan los canalones. Los lechos del reinado de Luis XIV en realidad se vuelven menos asfixiantes y más holgados que los anteriores.

La cama del mariscal de Effiat (alrededor de 1630), en el Museo de Cluny, es de terciopelo labrado y bordados en fajas. Este aderezo de tela es en extremo complicado, por lo variados que son los tejidos que lo componen: "Terciopelo, satenes, telas de plata, brocados, damasco de todos los colores, negro (para el luto), gris, azul, violeta, blanco, todo ornado con bordados de pasamanería". El lecho, representado en las estampas de Abraham Bosse, cuando las cortinas han disminuido de altura, yergue su silueta cúbica de tela con cuatro peras o pechinas en las cuatro puntas, que sólo las levantan. Cuando las cortinas se levantan, ya casi no se ve la cama propiamente dicha, oculta por los *subasamentos*, ni las columnas disimuladas tras las *guardamalletas* o por envolturas de pilares, ni el *dosel* o *baldaquino* (palabra originalmente árabe que significa "tela de seda de Bagdad"), de iguales dimensiones a las de la cama, oculta por los *declives*.

De William Shakespeare (1564-1616), una de las pocas cosas que se saben es que legó a su viuda "el segundo de sus lechos en orden de preferencia". La cama de columnas, símbolo del logro social, mueble suntuoso, era una especie de mausoleo por anticipado, y cuando Macbeth dice del sueño que es la muerte de la vida de cada día, no hace más que expresar la tendencia del gentilhombre isabelino a enterrarse en lo profundo de su lecho y a descansar en él...

Durante el reinado de Luis XV, el lecho, mueble de gala, caracterizado por la ausencia casi total de madera, obedece más al arte del tapicero que al del carpintero. El lecho de cuatro pilares o *husadas* está rematado por un dosel de tablado llano o en forma de cúpula en el *lecho a la imperial*, suspendido y sin el auxilio de columnitas angulares en el *lecho a la duquesa* o *de pabellón*, construido en falso y más corto en el *lecho de ángel*, que aparece en la casa de Mazarino. Todos estos lechos tienen las cortinas levantadas de un modo elegante y son realzados indiferentemente por penachos de plumas, vasos o peras de tela; el aderezo de la cama, que hace juego con el amoblamiento del dormitorio, daba muestras de un lujo acorde con el rango, la fortuna y la extravagancia de su propietario. Estos distintos tipos de camas, a los cuales se pueden agregar el *lecho a la turca*, el *lecho a la romana*, el *lecho a la delfina*, el *lecho en declive* y el *lecho tumbal* y aquellos cuyos nombres están tomados de las tapicerías que las decoran: *lecho de los sátiros, lecho del Rapto de Helena, lecho de la Historia de Proserpina* y hasta el *lecho del Ciervo Frágil*, variante humorística del *Ciervo Agil*, subsistirán más o menos de manera íntegra hasta el primer cuarto de siglo XVIII, en que el abandono definitivo del "dormitorio del lecho" en calidad de sitio de recepción, al quitarle su principal razón de ser, adelantará su desaparición en beneficio de la relativa simplicidad de los *lechos a la duquesa* y de los *lechos de ángel*.

## Los delitos del lecho

Se estableció que en su "lecho mortuorio", en calidad de "representante de la casa", la mujer recibiera a los visitantes oficiales que fueran a saludarla. El lecho, verdadero santuario de urbanidad clásica, con la cabecera adosada a las murallas, domina en medio de la habitación. Colocado a veces sobre una tarima y protegido por una balaustrada o un biombo, que delimita el espacio entre la cama y la pared, donde hay banquetas y sillas de tijera para los invitados, también incita a las "azotacalles" a sentarse allí, a tenderse y a veces hasta revolcarse. Gedeón Tallemant des Réaux, en sus *Historietas*, cuenta cómo el abate de Romilly eran tan íntimo en lo de la señora de Gondran que llegó, delante de todos, a echarse en la cama y deslizar la mano (cap. IV). También explica cómo los "guasones", tomándose demasiadas libertades, corrían el riesgo de ser arrojados fuera "con un puntapie en el culo" por cuatro jóvenes "despiertos" que se apoderaban del cubrecama...

Antonio de Courtin, en el *Nuevo tratado de la cortesía que se practica en Francia entre la gente honrada* (1672), explica las leyes de la decencia "en el cuarto de gran calidad, donde el lecho está cerrado": en el de la reina está prohibido sentarse en la balaustrada; en el de los demás "resulta una muy gran indecencia sentarse en el lecho, especialmente si hay una mujer: incluso en cualquier momento es muy indecoroso, y es propio de la familiaridad de la gente de baja categoría, cuando uno está en compañía de personas sobre las que no se tiene superioridad o con las cuales no se tiene demasiada confianza, echarse en una cama y quedarse así para conversar".

Está tan extendida la costumbre de recibir en la cama, que al día siguiente de la noche de bodas, "los deberes de la vida civil" (y la curiosidad) atraen a una multitud de amigos en torno de la cama para tener noticias de "la prueba"; otro ejemplo referido por Saint-Simon: la señora Du Maine, durante su embarazo, mandaba que se hicieran bailes de máscaras en su cuarto, a los que asistía —nos dice el duque— desde su cama, con riesgo de que la nieta del Gran Condé tuviera un hijo que naciese con una máscara de carnaval ...

Esta "confianza de cama" abunda en la historia de Francia; era la que se tomaba Enrique IV con el futuro Luis XIII, "acostados desvestidos mientras le llevaba los pies al pecho y bajo la garganta; el rey sólo le hacía cosquillas", que es conocida. Menos conocida tal vez es esa menuda historia de alcoba de Luis XIII, convertido en el "rey casto", y Richelieu, que refiere Ernest Lavisse en el tomo VI de su *Histoire de France illustrée* [*Historia ilustrada de Francia*]:

"El Rey en su juventud había estado enfermo de lo que se llamaban 'irritaciones rebeldes' y más tarde del abuso de los remedios destinados, como él mismo decía, a 'limpiar el taller'. Cincuenta sangrías, más de doscientas 'medicinas' y otras tantas lavativas infligidas en un solo año apenas debían sentarle bien...

En 1630 estuvo a punto de morir en Lyon de un 'absceso interno', que por fortuna se había abierto; en diciembre de 1641 sufrió una pleuresía que, aparte de impedirle comer y dormir, le causaba sufrimientos tan atroces que había llegado a no soportar más las trepidaciones de la carroza. En ocasión del caso Saint-Mars (13 de junio de 1642), al venir de Narbona, desde donde volvía a Fontainebleau, no pudo pasar cerca de Tarascón sin ir a ver al Cardenal y mandó que lo llevaran. Colocaron su cama junto a la de Richelieu, casi agonizante, con el cuerpo minado de úlceras, que mandaba que lo trajeran en una cama de sábana violeta, al no poder penetrar en las casas sino por las puertas y ventanas abiertas. Hacía varios meses que el Cardenal y Luis XIII no se veían; el primero, por haber pasado por todas las angustias de una temida desgracia; el otro, por estar turbado por su actitud de debilidad respecto de un traidor. Su emoción fue tan intensa que cada uno desde su cama, con la cabeza sostenida por almohadas, se llenó de lágrimas y el Ministro sólo habló de su reconocimiento a la bondad del Rey, que resistía a todas las calumnias. Richelieu murió en París el 4 de diciembre de 1642, su rey sólo le sobre-

vivió siete meses ya que también él se apagó en su lecho el 14 de mayo de 1643".

Menos patético pero muy revelador de la época que se inicia es el reparto de ese dormitorio "de Corbeil, donde el Rey quiso que el señor cardenal durmiese en su cuarto, que era tan pequeño que sólo había paso para una persona. Por la mañana, cuando se despertaron, el Rey, sin pensar, escupió en la cama del Cardenal, que al punto escupió adrede en la cama del Rey, que un tanto encolerizado le escupió en las narices. El Cardenal saltó a la cama del rey y meó encima; el Rey hizo otro tanto en la cama del Cardenal; como ya no había ni qué escupir ni qué mear, se pusieron a sacarse las sábanas el uno al otro, y poco después se tomaron para pelearse".

Esta escena, que Pedro de La Porte, ayuda de cámara del rey, cuenta en las *Memorias*, a decir verdad no tiene nada de extraordinario; los grandes, que pese a todo llevaban una vida bastante ruda, mezclaban urbanidad con crudeza y escupían por doquier, pero se saludaban con presunción. Hay que saber que el rey y el cardenal, tal como relata la duquesa de Orleáns en sus *Cartas y memorias*, "estaban habituados, desde la infancia, a la suciedad del interior de las casas, de modo que no creían que tenía que ser de otra manera; no obstante, en su persona eran muy limpios". La princesa Palatina también nos hace penetrar en los secretos de la alcoba o de campo de esa sociedad que aún sólo tenía antecámaras: "Vi a la primera camarista (de la reina madre), Beauvais, criatura tuerta que le enseñó al Rey a acostarse con las mujeres. Es un arte que ella conocía bien..." A Luis XIV, de joven, le gustaban las mujeres, "pero con frecuencia llevaba la galantería hasta el desenfreno; todo le resultaba bueno con tal que fuesen mujeres: las campesinas, las hijas de jardineros, las camaristas, las damas de calidad; no tenían más que fingir estar enamoradas de él..."

## Camisa y gorro de dormir

Se debe a La Porte, a quien apenas parecía gustarle Mazarino, que conozcamos el ajuar real: "Se acostumbraba darle al Rey, todos los años, 12 pares de sábanas y 2 batas [...]; sin embargo lo he visto aprovechar 6 pares de sábanas durante tres años enteros, y usar invierno y verano una bata de terciopelo verde forrada con petigrís, durante el mismo tiempo, de manera que el año pasado sólo le llegaba hasta la mitad de la pierna; y respecto de las sábanas, estaban tan gastadas que varias veces lo encontré con las piernas puestas a través [...]; no terminaría más si quisiera referir todas las tacañerías que se cometían en lo que concernía a su servicio".

La ropa interior, de la cual no se habla en la descripción de las tacañerías cometidas con el rey, por tener que estar normalmente provisto, aparece en el siglo XIV en oposición a las "mantillas". Su uso mejoró la higiene y, así sabemos, hizo que se alejara la lepra. Una vez gastada, proporcionaba también, y

a bajo precio la materia prima de la industria papelera, traída de China en el siglo XIII a través de los prisioneros de Samarkanda y de los árabes de la época de las Cruzadas. A fines del siglo XVI, la ropa blanca, en adelante cambiada con regularidad en los ambientes cortesanos, ya no tuvo la misma jerarquía.

Un joven capitán de cacería del rey, llegado por poco tiempo a Ollainville en agosto de 1606 para una entrevista con Enrique IV, se excusaba de no poder pasar allí la noche porque no tenía "ni ropa para cambiarse ni camisa de dormir", lo cual es un buen testimonio de ello. Montaigne evoca también esa sensibilidad hecha costumbre: "No puedo [...] ni mostrar el sudor [...], y me privaría con gran dificultad tanto de mis guantes como de mi camisa, y de lavarme al terminar de comer y al levantarme, y de un dosel con cortina en mi cama, como de cosas muy necesarias".

La camisa de dormir, que hay que combinar con el gorro de dormir, se ha olvidado esta vez en casi todas las descripciones porque dormir con la cabeza cubierta parecía algo evidente desde hacía siglos, como atestiguan las pinturas y los grabados de la Edad Media, en que los que duermen están tocados con telas enrolladas. En Francia habrá que esperar a 1505 para encontrar estatutos de gremios de tejedores o, más precisamente, "boneteros", en el verdadero sentido de la palabra. En Troyes (que en la era mecánica será una de las capitales mundiales del tejido de punto), asiento de corporaciones de boneteros sumamente prósperas desde el siglo XVI, puesto que sus estatutos fueron corregidos y aumentados en 1554, se fabricaron primeros esos gorros, y casi siempre de lana.

Cambiar de camisa, apunta Georges Vigarello en su reflexión sobre la higiene corporal desde la Edad Media, es "limpiarse". Una obra de 1669, de M. de Bicais, sobre *La manière de régler la santé par ce qui nous environne* [*El modo de cuidar la salud por lo que nos rodea*], afirma que "se sabe por qué la ropa blanca aleja la transpiración de nuestros cuerpos, pues el sudor es oleaginoso o salado; empapa tanto las plantas secas (el *linge*, "lienzo", de *lina*) como los fertilizantes, que se componen de las mismas sustancias".

Con Luis XIV, la etiqueta implantada por los Valois señala cuán importante se había hecho la ropa blanca en esa sociedad cortesana, que calca todos sus movimientos de los de la persona real: "A las ocho, el primer ayuda de cámara de guardia, que había dormido en la habitación del Rey y se había vestido, lo despertaba. El primer médico, el primer cirujano y la nodriza, de tanto que vivió, entraban al mismo tiempo. Ella iba a besarlo; los demás le hacían fricciones y solían cambiarle la camisa, porque era propenso a sudar", nos informa Saint-Simon. Así, la camisa del rey se cambiaba aun antes de recibir la de día.

La camisa cobró importancia por influencia de los *pasamanos* (1545) de Italia y de Flandes, y la moda de las *cuchilladas*, amplios cortes practicados en las mangas, los jubones y las calzas para realzar la fineza de la ropa interior. A la vez aparecieron las *gorgueras*, cuellos tableados y almidonados

con varios dobleces, que durante el reinado de Enrique III fueron tan grandes que hubo que inventar cucharas de mango alargado para permitirles a los elegantes y a las elegantes saborear las comidas... Las gorgueras se estrecharon durante el reinado de Enrique IV y, con Richelieu, se reemplazaron por *cuellos* y *puños*, solapas independientes de la camisa, así como las *cañas*, que dejaban flotar la ropa por sobre la parte superior de las botas. Pero el gran período de creación, con Luis XIV (1661-1680), cuando era amante de la señorita de La Vallière y luego de la señora de Montespan, fue la expresión "de una mezcla de aspecto desaliñado, de búsqueda de elegancia y de riqueza", en que la camisa ya no aparece sólo bajo el jubón sino que sale a la superficie; simbólicamente, la parte inferior se exhibe sobre el traje. Para Vigarello, es la época en que "la ropa blanca multiplicó los niveles, puesto que, al exhibirse, la ropa abarca también la sábana. Proveniente de la piel, o suponiéndolo así, este tejido retrocede ante los otros tejidos [...]. La superficie de lo íntimo es, por cierto, esta señal totalmente externa. Inicia una apariencia nueva, cuyo vínculo con la piel es aun más simbólico.

## Una juventud de la etiqueta

La vida del joven rey, pautada por la etiqueta, no tiene más intimidad que la compartida por los grandes de su casa y, por fortuna, por algunos tales como ese gentilhombre sirviente, Dubois, cuya ingenuidad evita los preciosos rodeos y nos da un testimonio de lo que era un día del rey a los trece años, en 1651, durante el gobierno de Mazarino: "En cuanto se despertaba, rezaba el oficio del Espíritu Santo y el rosario; una vez hecho esto, su preceptor entraba y lo hacía estudiar [...] las Sagradas Escrituras o la historia de Francia [...]. Al salir de la cama se sentaba en la silla retrete [...], se lavaba las manos, la boca y la cara [...], oraba a Dios junto a su cama, con sus capellanes, todos de rodillas [...]; pasaba a un gran despacho, donde hacía ejercicios: revoloteaba con una agilidad admirable, hacía poner al caballo lo más alto posible y se ponía arriba como un pájaro, y ya hacía tan poco ruido al caer en la silla como si sólo se apoyase en él una almohada. Después practicaba esgrima y pica [...]. Después [...] subía adonde estaba el señor cardenal Mazarino [...], que vivía sobre su cuarto [...], donde todos los días entraba un secretario de Estado que preparaba informes, y con éstos y otros asuntos más secretos el Rey se ponía al corriente [...], durante un lapso de hora u hora y media [...].

"Luego de la misa (a la que asistía con la Reina), la acompañaba hasta sus aposentos, con mucha deferencia y respeto. El Rey volvía a subir a su cuarto y cambiaba de traje, para ir de caza o quedarse en su casa [...]; era muy fácil de engalanar y se engalanaba él mismo: tan maravillosamente hecha era su persona [...]. Después del Consejo o del teatro llega la cena, al final de la cual el Rey baila, los violines se presentan, y también las hijas de la Reina y algunos otros. Hecho esto, juegan como en las novelas: hay que sentarse en

círculo; uno inicia un tema de novela y sigue hasta hallarse en aprietos; entonces, el vecino toma la palabra y sigue de la misma manera; así pasa de uno a otro, y las aventuras se juntan, y a veces las hay muy divertidas. Cerca de la medianoche, el Rey da las buenas noches a la Reina y entra en su cuarto y ruega a Dios y se desviste delante de todos los que allí se encuentran y conversa con ellos de un modo agradable; después da las buenas noches y se retira a su recámara de la alcoba, donde duerme. Se sienta, al entrar, en su silla retrete, donde los más próximos lo sostienen..."

## Historia de una silla

Estar sentado en la silla retrete y lavarse las manos por la mañana, en un agua mezclada con espíritu de vino echado con un aguamanil lujoso en un platillo de plata, es uno de los gestos del Rey Sol descrito cientos de veces, y seguramente el más humano de todos. Esta posición es el testimonio, pese a Versalles y a la megalomanía del Rey, de que no es astro ni dios puesto que no puede contenerse...

El siglo XVII ha visto extenderse a todas las clases dominantes ese mueble de hermosa factura, que es la silla retrete. Revestidas con terciopelo, bordadas con franjas, estas obras de ebanistería contienen un lebrillo de loza o de plata, y a veces hasta cuentan con un velador, que permite leer y escribir. Algunas sillas son banquetas, tal como se puede ver en el *Havard*; se presentan como una serie de libros grandes puestos sobre un pedestal, uno de cuyos títulos, del tipo *Voyage aux Pays-Bas* [*Viaje a los Países Bajos*], es suficientemente evocador como para que no se confunda ese asiento con otro. En Versalles, parece que cada cuarto disponía de una "silla", que se colocaba en una pequeña habitación contigua: el guardarropa. No se sabe con exactitud de cuándo data el invento de esta silla como obra de ebanistería ni a qué se parecía la famosa "silla de retrete", rodeada de cortinas de Luis XI. En cambio, las cuentas revelan que se compraba estopa de lino, antepasado directo del papel higiénico, al menos en las clases superiores, tal como prueban muchos encargos de los reyes de Francia en la Edad Media. El cargo de "caballero portalgodón" se limitaba a llevar el algodón designado junto a la "silla de quehaceres" del rey. A los "portasillas", por su parte, se les encomendaba ocuparse de la evacuación del barreño, cuyo contenido solía ser inspeccionado por un médico antes de ser desechado, y limpiar a los futuros o jovencitos reyes. Al cargo de "caballero portalgodón", que ya no se justificaba durante el reinado de Luis XVI, con motivo de las mejoras técnicas, ningún noble lo quiso más y el oficio fue desempeñado (?) por dos plebeyos.

La evolución de la silla fue bastante rápida; durante el reinado de Luis XV aparecieron modelos con tapaderas adheridas, llamadas "cierres con bisagra", cuyo alrededor se aseguraba con cuero para una adherencia más perfecta; la taza, unida a la "columna de mangas", constituida por cilindros de

terracota barnizada en su interior, se fijaba junto al cuarto en un "pequeño retrete", llamado también "retrete de válvulas". Pero en especial durante el reinado de Luis XVI, los excusados concluyeron su evolución definitiva: el mueble retrete cedía lugar a los recintos higiénicos llamados "a la inglesa": con la válvula, doble entrada de agua —una para la evacuación y la otra, llamada "chorro de limpieza", que evitaba el uso de papel— y así nacían nuevas costumbres higiénicas en la aristocracia. La silla retrete por entonces se democratizó, tal como resulta de una palabra escrita en 1785 por Voltaire a su hombre de negocios, el abate Moussinot, a quien pidió que le enviara ese indispensable objeto de comodidad: "Mi culo, celoso de la belleza de mis muebles, requiere una bonita silla retrete con grandes cubos de repuesto".

## Orinales y "*bourdaloues*"

Luis XIV, para los viajes, tenía una "vasija para mear" de plata; Mazarino, también, pero se le conoce otra de vidrio... Dicho esto, cuando la necesidad apremiaba, los grandes no despreciaban ni el estaño, ni el cobre, ni la terracota. Los orinales o "bourdaloues", necesarios varias veces al día y fuera de la etiqueta, para las damas del Gran Siglo tienen una historia tan larga como la de la humanidad. Según el *Larousse del siglo XIX*, "*bourdaloue*" es el nombre dado a fines del siglo XVII y a comienzos del XVIII a los orinales de forma oval y de tamaño reducido, en el fondo de los cuales se hallaba pintado un ojo, a menudo rodeado de leyendas picarescas. Estos recipientes seguramente se llamaban así por alusión a las confidencias de toda clase que por fuerza recibía el famoso predicador jesuita Luis Bourdaloue, en su calidad de confesor de las damas de la Corte.

Nada es menos seguro, como señala Rogelio Enrique Guerrand en su *Histoire des commodités* [*Historia del excusado*]: el célebre ojo mirón sólo se atestigua en realidad en el siglo XVIII. Pedro Larousse, maestro laico y anticlerical, no quiso dejar escapar el paralelo entre el objeto y el nombre eclesiástico sobre el que se expansionaban las mujeres. Ahora bien, su sentido tal vez sea diferente: sabemos que las santurronas, muy abundantes para ir a escuchar los largos sermones de Bourdaloue a la iglesia de los jesuitas, en la calle Saint-Antoine, se proveían, por precaución, de una vasijita, algo muy trivial en la época, que las mujeres disimulaban bajo sus grandes vestidos, al no llevar bragas... Las municipalidades a veces alquilaban orinales en ocasión de festividades, como la de la inauguración de la estatua de Luis XV en Rennes, el 10 de agosto de 1754, en que se alquilaron cuarenta y ocho orinales para el baile.

Si bien el orinal siguió su curso hasta nosotros, pasando de la porcelana al metal y después al plástico, no hay que olvidar que fue un verdadero objeto artístico y un regalo muy apreciado de la época en que las diversas manufacturas reales los fabricaban. La señora De Choiseul, mujer del ministro, en-

vió una tan hermosa pieza de porcelana de uso íntimo a la señora Du Deffand que sus domésticos le recomdaron que hiciera de ella una sopera. El pequeño orinal de viaje, de porcelana de Sèvres, decorado por Binet (1758), regalado por María Antonieta, que se puede admirar en Inglaterra, en el Blenheim Palace (Oxfordshire), tampoco carece de finura. Pero no todos tienen esta gracia y, antes de ocultarlos bajo la cama, a partir de la década de 1720 se los va a disimular en un mueble de cabecera, ya indispensable en el dormitorio: la mesa de noche.

Los primeros en quitar de la mesa de noche el orinal, para ocultarlo en la pared o, por el contrario, hacerlo resaltar en muebles extravagantes, en el siglo XIX, fueron los ingleses, maestros del arte del disimulo. También ellos son los que perpetúan este arte del orinal, hoy incontinente. Los franceses, en el campo, se conformaban con el "orinal del casado", la obscenidad de cuyo motivo y empleo celebra el momento. Tal vez sea esa la razón por la cual el orinal, desde el siglo XVIII, sigue siendo el objeto predilecto en las escenas domésticas.

La preocupación por el retrete práctico no se ignoró ni en el siglo XIV, tal como atestiguan la iconografía y los tantos inventarios, ni en la Edad Media —en el siglo XII, un tratado sobre el examen de la orina precisa que "el orinal debe ser de vidrio delgado y blanco para que los colores se distingan"—, ni en la Antigüedad: en Roma, el *lasanum*, bacín, o el *scaphium*, "pistolet" [*orinal*], cuyos diversos modelos nos describe la literatura, en especial Marcial (XIV y XI), iban desde la arcilla común, *matella fictilis*, hasta la plata con piedras preciosas. En cuanto a Grecia, disponemos de testimonios de Aristófanes en *Las avispas*, donde Bdelicleón propone: "Este bacín puede colgarse a tu lado para cuando lo necesites" (versos 798-815), y se divierte, mostrando el orinal, al llamarlo "bacín" por compararlo con la clepsidra (versos 851-862). También se conoce una representación de bacín para bebé. El niño está encaramado en una bacinilla de cerámica acondicionada con agujeros para que por ellos pase las piernas y pueda mantenerse. Esta figura, llamada *La mujer del niño*, está dentro de una copa ática con fondo blanco, de mediados del siglo V a.C., visible en los Museos Reales de Arte e Historia de Bruselas.

Pero en realidad, y volviendo a Versalles —pese a las sillas y a las bacinillas—, chimeneas, escaleras, antecámaras y corredores, a veces cubiertos de paja que se saca para las grandes fiestas, suelen servir de excusado.

## El teatro de la alcoba

La vida del rey, en representación permanente, y de su Corte, en la que se exhibían los gestos más íntimos, no dependía en absoluto de cualquier menosprecio individual. Los actos ordinarios que efectuaba Luis XIV en presencia de testigos, lo eran según un ceremonial muy preciso, propio de su condición social.

En Versalles, asiento, propiamente dicho, de la Corte y de la sociedad cortesana, el ambiente del primer piso —situado en medio del edificio central— desde cuyas ventanas se abarcaban con la mirada todos los accesos, el patio de mármol, la residencia real y toda la extensión del antepatio (un solo patio hubiese sido incapaz de expresar la dignidad y el rango del rey), era el dormitorio del rey. Este, dueño de su casa en un grado que apenas nos parece creíble, asimismo se sentía "señor de la casa" en todo su reino y soberano del país hasta en los sitios más recónditos de sus apartamentos. Además de los ciento noventa y ocho servicios íntimos desempeñados por la alta nobleza y un ejército de sirvientes, en total de siete a ocho mil personas en 1687 —diez mil dice un informe de 1744—, el arreglo interior del cuarto del rey refleja esta situación.

La alcoba de Luis XIV, teatro de un ceremonial peculiar cuya solemnidad no iba a la zaga de la de una ceremonia del Estado, es revelador de la fusión íntima que había logrado establecer entre sus funciones de amo de casa y de Rey Sol. "El despertar del rey", ya descrito al referirnos a su juventud, con el paso del tiempo y de su reinado cobró una especial consistencia que ilustra directamente su modo de gobernar. "Movimiento perpetuo fantasma", intangible e inagotable, la etiqueta merece ser descrita con precisión para comprender mejor, a través de ella, las maneras de ser de los hombres y las mujeres que se sometían a ella y llevaban su marca.

## El despertar del rey

Por lo general a las ocho, o en otro momento prefijado por el rey, el primer ayuda de cámara, que dormía a los pies de su cama en un *baudet*, catre de tijera rápidamente escamotable, despertaba a Luis XIV. Se abrían las puertas para dejar entrar a los pajes del cuarto, uno de los cuales corría a avisarles al "chambelán mayor" y al "primer gentilhombre de cámara", otro a "la boca" (la cocina de la Corte), y un tercero se colocaba delante de la puerta para impedir la entrada de cualquier otra persona que no fuesen los señores que gozaban de ese privilegio.

El acceso al cuarto del rey estaba estrictamente jerarquizado. En realidad había seis entradas distintas, es decir, seis categorías de personas que pudieran penetrar allí, y una después de otra. La primera entrada se llamaba "familiar": se reconocía a los "Hijos de Francia", en el orden de hijos y nietos legítimos del rey, príncipes y princesas de sangre, el primer médico, el primer cirujano (a quien Saint-Simon, tal vez injustamente, hacía entrar antes que a todos junto con la vieja nodriza del rey), el primer ayuda de cámara y el primer paje del rey.

La "entrada mayor" estaba reservada a los "oficiales mayores de cámara y de guardarropa", así como a los nobles a los que el rey les había concedido

ese favor. La "primera entrada" (en realidad, la tercera) incluía a los lectores del rey, el intendente de placeres y festividades y, también, algunos privilegiados del momento.

La cuarta, llamada "entrada de cámara", estaba integrada por todos los demás "oficiales de cámara", el "capellán mayor", ministros y secretarios de Estado, "consejeros de Estado", oficiales de la guardia personal, mariscales de Francia, etc.

La admisión en la "quinta entrada" dependía, en cierto modo, de la buena voluntad del chambelán mayor y, claro está, del rey. La "sexta entrada", la más atildada de todas, no pasaba por la puerta principal sino por una puerta trasera. Privilegio supremo, algunas personas tenían derecho a entrar en cualquier momento en los despachos del rey, excepto cuando celebraba un consejo o trabajaba con sus ministros. Estos privilegiados, salvo el "superintendente de obras", eran sus allegados: hijos del rey, aun ilegítimos, y sus familias, que podían quedarse junto a él hasta que se trasladase a misa, o a su cabecera cuando estaba enfermo.

Se admitía a los dos primeros grupos mientras el rey estaba todavía en la cama pero tenía ya puesto el peluquín (nunca se mostraba sin peluca, incluso en la cama). Una vez levantado él y traída su ropa por el chambelán mayor, asistido por el primer ayuda de cámara, se llamaba a la "primera entrada". Después de ponerse los zapatos, el rey requería a los oficiales de cámara, y se abrían las puertas para la siguiente entrada. El jefe del guardarropa le sacaba la camisa de dormir por la manga derecha, el primer ayuda del guardarropa por la manga izquierda, y después le daban al rey una camisa limpia que se ponía. El rey se levantaba del sillón, el jefe del guardarropa le ataba los zapatos, le sujetaba la espada y lo ayudaba a ponerse el traje. Una vez vestido, el rey rezaba por unos momentos, mientras el capellán decía una oración. Entretanto, la Corte se reunía en la gran galería que ocupaba, del lado del jardín, todo el primer piso del edificio central.

## El privilegio del dormitorio

La ordenación minuciosa de este ceremonial es un tipo de organización especial en que cada gesto y hasta cada mirada tienen un valor de prestigio, o de desgracia, y simbolizan lo que —en el marco de las estructuras políticas y sociales— llamaríamos el reparto del poder. En verdad, el rey estaba obligado a sacarse la camisa de dormir y ponerse la de día, pero de ahí a conferirle a ese gesto un significado social hay un margen considerable que tenemos que comprender si queremos ver no sólo el símbolo del cuarto del rey sino también la sociedad cortesana que gira a su alrededor. El rey echaba mano de sus movimientos y de sus ocupaciones íntimas para marcar diferencias de rango, conceder distinciones y favores, o para manifestar su descontento. Presenciar su vida y compartirla era un privilegio con el que el rey honraba a

los nobles. El chambelán mayor, según el reglamento, sólo podía ceder su derecho a un príncipe, pues hacer que un noble inferior a él en la jerarquía llevara la camisa amenazaba con rebajar a toda la Corte. El orden de llegada a la habitación y la autorización para entrar servían de indicador del puesto de cada uno en el juego de equilibrio al cual estaban sometidos todos los hombres de la Corte; equilibrio inestable en extremo, que el rey regulaba a su antojo. La utilidad inmediata del acceso al cuarto real era totalmente secundaria respecto de su significado; lo que confiere seriedad a esta ceremonia del despertar es la posición —reconocida cada mañana— del propio rango y de la propia dignidad. Era tan intenso el fetichismo del prestigio, en la Corte, que nadie podía excluirse sin que corriera peligro de muerte. La etiqueta en modo alguno forma parte del formalismo puro y gratuito sino que es una emulación necesaria para la nobleza. Permite conservar los menores privilegios, posibilidades de poder. Norbert Elias hace bien en decir que la etiqueta "se reprodujo de un modo autónomo, como se reprodujo un sistema económico independientemente de la función de subsistencia que ejerció".

## El cambio es tabú

Ninguna de las personas que componían la sociedad cortesana tenía ocasión de implantar una reforma en la etiqueta en vigencia. El menor intento, la menor modificación de estructuras, por más precaria que fuese, infaliblemente habría acarreado la revisión, la disminución o incluso la abolición de los derechos y privilegios, no sólo de individuos sino también de familias y regiones enteras. Una especie de tabú prohibía al estrato superior de esta sociedad censurar cualquier cosa, de tanto miedo que se tenía al derrumbamiento de todo un sistema. Nunca se cambió nada, pues, al menos oficialmente, hasta María Antonieta.

No resulta extraño que este ceremonial diario se volviera una carga, sobre todo para los jóvenes, y fuese detestado, aun cuando uno no pudiese apartarse de él.

La condesa de Senlis, a fines del siglo XVIII, cuenta que "la gente se dirigía a la Corte a regañadientes y se quejaba en voz alta cuando la obligaban a ir" (pero iba). Las hijas de Luis XV tenían que estar presentes cada vez que se acostaba el rey, en el momento mismo en que se sacaba las botas. Medio dormidas, sobre su traje de casa se ponían un gran miriñaque ribeteado con oro, alrededor de la cintura se ataban la cola prescrita en la Corte, ocultaban el resto bajo un gran manto de tafetán y corrían hasta la habitación del rey para no llegar tarde. Junto con ellas, a través de los pasillos del castillo, se precipitaban las damas de honor, los chambelanes y los lacayos que llevaban candelabros; asistían al descalce y "se volvían al cabo de un cuarto de hora, como una cuadrilla de salvajes".

## Los últimos despertares

Si bien Luis XIV se valía de la etiqueta para determinar la porción de prestigio de cada uno y sacar provecho de los ajustes psicológicos ésta había perdido dignidad, durante el reinado de María Antonieta, aun cuando a grosso modo continuasen observándola. El "despertar de la reina", a imitación del despertar del rey, es bastante revelador del modo como la nobleza y la reina misma ya no aceptaban ese ceremonial sino de mala gana.

Según la señora Campan, camarista de María Antonieta, su despertar ocurría de este modo: "La dama de honor de turno tenía derecho a ponerle a la reina la camisa. La señora de curia le ponía el refajo y la bata. Si por casualidad llegaba una princesa de la familia real, era ésta la que se ocupaba de la ceremonia de la camisa. Ahora bien, una vez, cuando ya las doncellas habían desvestido a la reina, la camarista entregó la camisa a la dama de honor para que ésta se la pusiese a la reina. En ese momento, la duquesa de Orleáns entró en el cuarto. La dama de honor devolvió la camisa a la camarista, que se disponía a confiársela a la duquesa, mientras una señora de rango más elevado, la condesa de Provenza, llegó de improviso. Al punto, la camisa volvió a pasar a manos de la camarista, que se la dio a la condesa de Provenza; a ella le cupo el honor de vestir a la reina. Mientras las damas se pasaban y se volvían a pasar la camisa, la reina esperaba, desnuda como Eva, el final de la ceremonia". La persona, en este caso la reina, había desaparecido bajo el formalismo de un sistema fantasma de vocación perpetua.

## El cuarto del tedio

A la muerte de la reina María Teresa el 30 de julio de 1683, Luis XIV, a los cuarenta y cinco años, se casa en secreto con la señora de Maintenon, se aparta de sus extravíos juveniles y se prepara para una vejez digna y piadosa aceptando las pautas de su nueva mujer. La señora de Maintenon, reina legítima sin serlo legalmente, nieta de Agripa d'Aubigné, viuda del poeta Scarron, muerto en 1660, admitida en la Corte en 1673, sedujo por su belleza, su reserva y su inteligencia al rey sosegado. El testimonio que ella nos da de su vida íntima y conyugal ejemplar que llevó con Luis XIV nos hace sentir todo el peso de la etiqueta, el fastidio y los inconvenientes que esto podía causar. Hugonota convertida, en definitiva vivirá toda su vida en una posición falsa. Lo cierto es que por su influjo, el rey, en su vejez, expresó su voluntad de llevar y ver llevar una vida respetable en la Corte. Luis XIV incluso se declaró "abiertamente contra los vicios escandalosos a los que se volcó la primera juventud de la Corte de su propia sangre".

El cuarto de la señora de Maintenon se convirtió en el principal recinto de la Corte. Allí recibía al rey, a los príncipes, a los ministros, a obispos, a embajadores y a escasísimos amigos íntimos. Por lo general, esos días le pa-

recían muy duros, según podemos juzgar respecto de 1705: "A las 7.30 de la mañana entran en su cuarto; los médicos vienen a ver cómo está; también, algunas personas que se ocupan de obras de caridad, el arzobispo de París, un secretario de Estado, un general del Ejército y el señor Du Maine, su bastardo preferido. A continuación llega el rey al salir del Consejo e ir a misa, cuando ella aún no se ha vestido y lleva puesto el tocado de dormir. Al volver de misa, el rey vuelve a pasar y se queda un momento hasta el desayuno. Después de esto vuelve al cuarto, se queda media hora y se va de cacería, pero las doncellas que la acompañaban siguen permaneciendo por un buen rato luego de su partida, lo que la señora de Maintenon casi no parece apreciar. Al volver de caza, el rey ingresa a su cuarto por cuarta vez, pero esta vez cierran la puerta para que nadie más que el ministro, que vuelve para trabajar con él, entre. El rey y la marquesa se hallan en sillones frente a la chimenea; delante de la mesa del rey se han dispuesto dos taburetes: uno para el ministro y otro para su cartera. Mientras ambos hombres trabajan, si el rey desea que ella sea 'tercera', le pide opinión; si no lo desea, ella lee y 'hace labores de tapicería' o dice unas oraciones de la tarde". Ella cena; entretanto el tiempo corre; está cansada, bosteza, y finalmente el rey la invita a acostarse. Sin hacer caso de los dos hombres, dos mujeres la desvisten. Habiéndose ido el ministro, el rey se sienta a su cabecera y charla con ella. A las diez menos cuarto, el duque y la duquesa de Borgoña llegan para dar las buenas noches, y rápidamente el rey, a las 10, se va a cenar y la señora de Maintenon cierra las cortinas: su día ha terminado.

La marquesa, pese a su posición, se aburre; habla del "horrible vacío que desde ahora tiene por compañero". Un día en que se queja a su hermano, el conde d'Aubigné, de su vida sombría, le dice: "Sólo uno descansa cuando se ha entregado a Dios"; éste le responde: "¿Tenéis palabra de desposaros con Dios Padre?".

La vida en la Corte está llena de inconvenientes; primero, el frío: "En Marly, en el cuarto del rey, no hay puerta ni ventana que cierre; golpea un viento que hace pensar en huracanes". En Versalles, durante la sesión de la tarde, el rey y su ministro, que se quedan trabajando horas y horas, se olvidan de que ella no tiene un "cuerpo glorioso" y entonces tiene que esperar que se vayan para "tomarse el respiro que necesita". El rey, que no puede prescindir de ella, quiere llevarla a todas partes consigo, incluso cuando ella está "en situación de no hacer obedecer a una sirvienta" y, si está ocupada, "corta siempre lo que yo tenía que hacer [...]; también hay que sufrir sus penas [...], sus tristezas, sus vapores; algunas veces le sobrevienen llantos que no puede dominar, o bien se encuentra incómodo; no conversa". En resumen, le cuesta soportar los deseos del rey, animoso hasta los setenta y dos años. A su director espiritual, el obispo de Chartres, Godet-Desmarais, le habla de esas "ocasiones penosas". Este le responde que sin haber podido conservar la virginidad de las esposas de Cristo, y sin haber examinado bien las cosas, "es una gran pureza preservar a quien se le ha confiado de las impurezas y los escán-

dalos en los que podía caer" y que es "una gran gracia ser instrumento de los consejos de Dios y hacer, por pura virtud, lo que tantas mujeres hacen sin mérito o por pasión".

## La deuda sexual

En realidad, los esposos nunca estaban solos en el lecho conyugal: la sombra del confesor dirigía los jugueteos. Si bien para la señora de Maintenon era difícil oponerse a los deseos del rey, es probable que en muchas parejas, apunta Jean-Louis Flandrin en su estudio sobre *La vie sexuelle des gens mariés dans l'ancienne société* [*La vida sexual de los casados en la sociedad antigua*], el hombre debía contar con los rechazos de su mujer; y en caso de desacuerdo persistente, con el arbitrio del confesor, con riesgo de que se le negasen la absolución y la comunión. La disposición de los apartamentos separados en las residencias de la alta sociedad demuestra que las relaciones matrimoniales no implicaban por fuerza relaciones amorosas. Casi ningún teólogo hacía intervenir la noción de amor en los debates sobre la sexualidad conyugal; teólogos y canonistas discutían las intenciones que debían animar a los esposos sólo en el plano de la justicia y no de la caridad. Antes que el concepto de unión carnal, que teóricamente no tiene otro objeto más que el de procrear, está el concepto de *debitum*, lo "debido", o la "deuda", que abarcaba la sexualidad. "Acreedor" y "deudor" formaban la pareja; para que hubiera conjunción carnal, uno de los esposos debía exigir del otro el pago de su deuda y éste satisfacerla. Parece que nunca se pensaba que el hombre y la mujer casados pudieran entregarse juntos y de manera espontánea el uno al otro. Y si bien el hombre, fuera del lecho conyugal, seguía siendo dueño de su mujer, adentro, ésta, tanto como su esposo, estaba en condiciones de reclamar su deuda; cada uno de ellos, como dice San Pablo en la primera carta a los corintios, tiene autoridad sobre el cuerpo del otro.

Según Jean-Louis Flandrin, los teólogos se aferraban tanto a esta igualdad que no vacilaban en privilegiar a la mujer para compensar la "debilidad y la timidez natural de su sexo". Ella sólo estaba obligada a "devolver la deuda" si su marido se lo exigía explícitamente y argüía su derecho. En cambio, el hombre debía reciprocidad desde el momento en que su esposa, por sus miradas y su actitud, manifestaba el deseo carnal, sin osar nunca exigirlo ni decirlo.

Queda por saber en qué medida ella tenía derecho al goce, de lo cual no es evidente que los hombres hicieran mucho caso. Lo cierto es que en todos los problemas de conciencia referidos a la sexualidad conyugal se examinaban por separado el caso del esposo que reclamaba su deuda y el del que la pagaba.

Si los teólogos y los canonistas se inclinaron tanto hacia este asunto, no fue sólo porque continuaban en profundidad su obra evangelizadora de la vi-

da conyugal, sino también, a través de las preguntas íntimas que se filtraban en la confesión auricular reciente, porque se expresaba una espera de las parejas para conocer con más precisión las reglas del juego matrimonial.

Así como hemos visto respecto de los períodos anteriores y de la señora de Maintenon, la incomodidad y el pudor no eran las últimas en la cama. En el siglo XVI, actuar con la propia mujer como con una amante se consideraba escandaloso; ¿no existe acaso, como dice Montaigne, "una religiosa y devota relación como el matrimonio?". La distinción, por otra parte, era apoyada por los teólogos, que proponían dos clases de amor: "El amor humano, escribe Luiz López a fines del siglo XVI, se divide en amor de concupiscencia y amor cariñoso. Llamamos amor de concupiscencia a aquel por el cual amamos al prójimo principalmente por nuestro bien, no por el suyo propio; por el contrario, el amor cariñoso es aquel por el cual lo amamos principalmente por su bien o su placer". En la *Suma de los pecados*, Benedicti exponía aún más crudamente las cosas: "No es necesario que el hombre se valga de su mujer como de una puta ni que la mujer se comporte con su marido como con un enamorado" (libro II, cap. 5).

## Sobre el placer de la mujer

En lo concreto de las relaciones diarias, ¿cómo ocurrían las cosas? Desde la época medieval sabemos que unirse deliberadamente con el cónyuge para sentir goce era un pecado mortal. En el siglo XVII, la búsqueda del placer vinculada con una finalidad procreadora no se condena: los esposos no debían temer tener demasiados hijos; pero sí se condena, en cambio, la búsqueda del "solo placer".

El "crimen de Onán", entiéndase *coitus interruptus*, gran medio anticonceptivo cuyas menciones son escasas hasta comienzos del siglo XIV, se multiplica a partir del siglo XVII. Ahora bien, esto plantea a los confesores (siempre hombres) un problema nuevo: la complicidad de la esposa. ¿Es un modo válido de librarse de la deuda conyugal? ¿Ella tenía derecho a ello? Desde el siglo XIV, la Iglesia había considerado las dificultades de las parejas sobrecargadas de hijos, y aceptado relativamente el "encuentro reservado", pero aquello sobre lo cual tenían dificultades en ponerse de acuerdo era en el placer, que —tanto en el hombre como en la mujer— les parecía experimentado automáticamente en el momento de la eyaculación. La pregunta, pues, se desvió hacia la mujer: ¿debía emitir su semen en el momento del acoplamiento? ¿Sí o no? Pregunta previa: el semen femenino, ¿es necesario para la generación o es inútil? Después de los debates resultó que el semen femenino emitido en el momento del orgasmo no es necesario para la concepción de un hijo, sino que contribuye mucho a ello y hace más hermoso al niño. En efecto, ¿por qué Dios habría de inventar el placer femenino si no tenía utilidad para la reproducción de la especie?

A continuación hay una serie de problemas: ¿estaba obligada la mujer a tener un orgasmo durante la relación? Jean-Louis Flandrin asevera que ocho de quince teólogos de la época, y que planteaban esta pregunta (de veinticinco que había estudiado), consideraban que la esposa, al negarse de manera voluntaria al orgasmo, cometía un grave pecado; cuatro, que sólo cometía un pecado venial, y tres, que no cometía ningún pecado. Otra pregunta: ¿estaba obligado el marido a prolongar el coito hasta el orgasmo de su cónyuge? Cuatro están a favor, pero los demás pensadores estiman que no está obligado. ¿Deben los esposos tener placer al mismo tiempo? Seis autores están a favor de que se intente: eso aumentaría las posibilidades de concebir. ¿Tiene la esposa derecho a acariciarse para llegar al orgasmo, una vez alejado su marido? Tres teólogos están en contra y catorce lo autorizan ...

En cuanto a las posiciones de la unión conyugal, se recomendaba a los esposos la llamada "natural": la mujer, tendida de espaldas, y el hombre encima. Las posiciones *retro, more canino* y la de la *mulier super virum* eran contrarias a la naturaleza de los sexos y, en especial acerca de esta última, no permitían saber bien quién "actúa" y quién "sufre". Pues no olvidemos que la mujer, la verdadera mujer, según los hombres de Iglesia, debe ser pasiva; conservaban en su memoria que Dios inundó a la humanidad bajo el diluvio porque "las mujeres, arrebatadas por la locura, habían abusado así de los hombres"...

## Sobre la impotencia

Si bien se teme que el amor apasionado de los cónyuges perjudique las relaciones sociales "y lo que debemos a Dios", la convivencia fraterna de los esposos dentro del matrimonio no consumado ya no está de moda. La sociedad viril que se inclina hacia la mujer para saber si hay que asfixiarla o dejarla vivir vive con esta angustia que pende encima de su cabeza al ver flaquear de repente la espada de Damocles, hundirse su prestigio y decaer su poder. La Iglesia, prácticamente especializada para canalizar los impulsos sexuales, aparta de su seno a todo aquel que no se ajusta a la disposición divina, y no soporta que uno de sus miembros viriles, aun consagrados a la inacción, presente la menor anomalía... Pierre Darmon, en su trabajo sobre *La virilité et les défaillances conjugales dans l'ancienne France* [*La virilidad y las flaquezas conyugales en la antigua Francia*], da pruebas concretas de que la paradoja es sólo aparente: "La institución divina debe ser, a imagen de su Salvador, el símbolo de esa perfección que se encarna, en este caso, en una virilidad sin falla. En tales condiciones, la acción por justicia toma forma de sacrificio, en el sentido pagano del término a favor del cual el sacrificador se libera de su neurosis sobre la víctima".

La sexualidad, reprimida en los hechos, halla su compensación en su evocación, la "peroración", señala Michel Foucault, desde fines del siglo

XVI, "lejos de tolerar un proceso de restricción, por el contrario, fue sometida a un mecanismo de incitación creciente". Es impotente el que no tiene la facultad de cumplir con el deber conyugal; ahora bien, la incapacidad conyugal es, en derecho canónico, un impedimento que anula el matrimonio cuando ella es anterior a la celebración de las bodas. Y la ruptura del vínculo conyugal, según los testimonios casi siempre teñidos de un matiz misógino, se halla vinculada con la buena voluntad de las mujeres.

Se habla de diez mil fallos pronunciados en el siglo XVII como consecuencia de juicios por impotencia, a tal punto, dice un fiscal del Tribunal Supremo, que el recinto de los tribunales "pronto contendría a más esposos descontentos que curiosos haya atraído jamás causa alguna" y que "disgusta ver los últimos años de sesiones, escribe un médico forense, a tribunales parlamentarios ocupados en gran parte en causas obscenas". El juicio por impotencia, que pronto desborda la sala de audiencias, invade la calle, los salones e incluso la Corte, donde excita la palabra burlona de los hombres cultos. El caso Gesvres tuvo gran repercusión. Pese a un alegato, lleno de sensatez cortesana, en que el abogado explicaba que "mantener a mucha distancia a un duque e igual es más lindo que mantener cerca a una simple señorita, aunque de familia distinguida", el marqués fracasó en todos sus intentos por dar una prueba de virilidad. Este caso da una idea de la atmósfera de quermese que reinaba en torno de los juicios por impotencia. Los cancionistas se apoderaron de este famoso caso en que un grande perdía prestigio, y en París circularon canciones como ésta:

*En vano la rica Emilie*
*litiga, concierta, demanda y quiere*
*que de Jan, que no puede,*
*un pronto divorcio la desligue.*
*Los expertos, habiendo afirmado*
*que el esposo está bien conformado,*
*por más que en él natura duerma,*
*las cosas van de tal manera*
*que ganará por la forma,*
*por más que en el fondo derecho no tenga.*

y aun como la que cantaba el pueblo con el aire de las *Feuillantines*:

*Dicen que cierto marqués*
*en París*
*en el lecho no hace más que dormir.*
*Su mujer grita y echa pestes.*
*¡Ah, qué vi...!*
*¡Ah, qué monstruo tan villano!*

*A sus padres les grita*

*diciéndoles:*
*Nunca habré de tener hijos.*
*Que lo abandone es preciso*
*pues mi con...*
*pues mi confesor lo ordena.*

*Por librarme del burgués*
*eligieron*
*a este ambiguo palmito.*
*Tres años ha que el anfibio*
*no muestra señales de vi...*

*Yo quiero que en este caso*
*los magistrados*
*escuchen a los abogados,*
*aunque la gente hable*
*pues mi con...*
*pues mi confesor lo ordena.*

*Cuando toméis a un esposo*
*abstenéos*
*de un marqués de miembro fofo:*
*tengo esa prueba tan cruel:*
*que yo soy,*
*que yo soy mujer y virgen.*

Pero no todos los juicios suscitaron el mismo frenesí; a veces fueron auténticos dramas en que un hombre solo —e impotente— debió enfrentar los reproches de una joven mujer y sobre todo las presiones de la familia política y de sus aliados para disolver un matrimonio, del cual dependían su vida, sus amistades, su honor y su fortuna.

Este juicio, extraído del *Recueil de procédures civiles faites en l'officialité de Paris* [*Libro de procedimientos civiles realizados en el provisorato de París*], el 18 de mayo de 1694, pone de relieve la humillación que soporta el acusado, la gravedad y la crueldad del aparato administrativo, que se quiebra cuando un hombre es citado ante la justicia por su mujer, que lo acusa de impotencia. Invoca como defensa que es el padre legítimo de un niño bautizado con su apellido, y desde el principio, en virtud de la regla *pater est quem nuptia demontrant*, la causa se entiende en su favor. Pese a esta regla, es objeto de un requerimiento como Dios manda, al que se niega a someterse. El provisor implora entonces la intervención secular: lo meten en la cárcel, donde se procede al interrogatorio. Varios dictámenes periciales se siguen; el juez eclesiástico quiere tres informes. Unos diez médicos y cirujanos desfilan ante él, y pronto llegan las conclusiones: se han hallado "débiles" sus partes genitales; "los dos testículos están deprimidos", "nunca tuvo eyaculación", no tiene "ninguna temperatura", está "dañado en el cuello de la vejiga, donde es-

tán la próstata y la parapróstata"; se le ha "tirado una piedra grande como un huevo de paloma", "su complexión es mala" y "su rostro pálido"...

Llueven los informes, las teorías se enfrentan hasta en la cabecera del acusado, y al cabo de veintidós meses, a la pregunta de saber "si había podido conocer carnalmente a la demandante", confiesa "que no tiene eyaculación y nunca la ha tenido, aunque se esforzó muchas veces, tanto en presencia o fuera de la presencia de la susodicha EPD, sin haber conseguido despedir semen". El tribunal de la impotencia pronuncia la sentencia definitiva: "Considerándolo todo y habiendo invocado el Santo Nombre de Dios, consultados [...], hemos desestimado la demanda de la susodicha EPD con nulidad de matrimonio...". Ha triunfado el imperativo social de la regla omnipotente del *pater est quem*, defensa e ilustración de la familia y de "todos los parientes que tienen interés en su sucesión"; ¡está a salvo el honor del acusado y de los defensores!

## Sobre la "molicie"

La "molicie", que hace juego con la impotencia, se caracteriza por una pereza del alma y del cuerpo, acompañada, o no, por polución voluntaria, y hasta por homosexualidad pasiva. Benedicti, especialista en pecados y en sus remedios, discierne tres clases de "molicie": "La primera es una bajeza y desidia que se opone a la virtud de la perseverancia, como si alguien fuese tan lánguido y tan afeminado que omitiese lo que es necesario para su salvación: es una especie de pecado de pereza. La segunda es [...] la polución voluntaria, y procurada quedándose sin dormir, ya por caricias, por pensamientos y deleite, por una frase o conversación impúdicas, ya por cualquier otro medio. La tercera es ésta: saber cuándo alguien es paciente en ocasión de este pecado y hace las veces de mujer".

"Polución" y "molicie" constituyen, pues, dos enfoques complementarios de un mismo fenómeno. El primer término, que pertenece a la nomenclatura de los pecados de lujuria, designa una práctica específica: la masturbación; el segundo es "un decaimiento del alma", escribe Fenelón en el capítulo sobre los "Efectos de la molicie y del entretenimiento" de sus *Escritos espirituales*, "que lo embota y le quita toda vida para el bien [...]; es un decaimiento traidor que lo apasiona en secreto para el mal". Fuera de toda referencia a una práctica particular, la "molicie" se relaciona paradójicamente con la dinámica del pecado.

Los confesores necesitaban una palabra para hacer hablar y absolver al pecador, y el "pecado de molicie", fuese o no púber el promotor, o incluso impotente, mancillaba la virginidad de su alma "más que si estuviera unido a mujeres según los medios de su edad". Lo que, en definitiva, temen los teólogos, señala Teodoro Tarczylo, en el despertar precoz de los sentidos, que al volverse costumbre compromete el porvenir espiritual del niño, pero también

su devenir, es decir, su capacidad futura para ejercer las funciones viriles y, para los clérigos, no hay virtud espiritual sin virtud física.

## Las niñas de Port Royal

La contradicción fundamental entre el impulso y la moral, y vivida por los creyentes, les hace asimilar el encuentro amoroso con el pecado original, el placer con un pecado mortal y les indica lo que resulta de él: el niño, heredero de todos esos defectos. En esta perspectiva muy cristiana, no nos asombramos de que el estado infantil, "el estado más vil y más abyecto de la naturaleza humana después del de la muerte", dice Bérulle en sus *Opúsculos de piedad* (nº 69), inspire desconfianza. Para la educación jansenista, procedente de cristianos convencidos de que el hombre ya está corrupto en el niño, la culpabilidad de éste no da lugar a dudas: es menester aislarlo, combatir sus instintos y desconfiar de todo lo que puede provenir de su espontaneidad. Tampoco sorprende que la educación en Port-Royal-des-Champs esté inundada de oración y mantenga a los internos, varones y niñas, en el temor permanente del pecado. En ningún momento el niño debe permanecer solo en la inacción o la ensoñación; estos "medios de acceso a la concupiscencia" se vigilan estrictamente: hay un maestro para cinco o seis alumnos, a quienes nunca pierde de vista, y que comparte sus paseos, participa de sus conversaciones, de sus juegos y asimismo vela durante su sueño. Desde su cama, este "vigilante" ha de poder observar a cada uno de los niños a su cuidado.

A las ocho y cuarto, tanto en verano como en invierno, las niñas de Port Royal deben estar acostadas y "todas en camas separadas, sin que jamás se exima de ello por ningún pretexto", escribe Jacoba Pascal en el *Reglamento de los niños del monasterio de Port Royal*. "Tan pronto como se acuestan se las inspecciona [...]; cada lecho en particular para si ver si están acostadas con la modestia requerida y también para ver si están bien tapadas en invierno". La posición del cuerpo, antro del diablo, en los innumerables libros de urbanidad era objeto de prescripciones precisas cuando los niños estaban en la cama, sabiendo que no es decoroso encoger las piernas; hay que extenderlas, y es oportuno acostarse ya de un lado, ya del otro, pues no es honesto dormir acostado boca abajo" (a causa de los riesgos, no visibles, de la masturbación).

La hora de levantarse se fijaba entre las 4 y las 5; debían besar el suelo y adorar a Dios, "se debe exhortar a las niñas a que ellas mismas conozcan sus inclinaciones, sus vicios y sus pasiones, y sondeen sus defectos hasta la raíz", afirma Jacoba Pascal. Ellas se reúnen, pues, en una habitación reservada al vestido y, arrodilladas, hasta dicen en voz alta una fórmula de adoración. Después de peinarse unas a otras (las mayores peinan y visten a las pequeñas: "todos estos gestos deben llevarse a cabo en un silencio absoluto") salen de sus celdas y se dedican al estudio.

## El descanso de los niños

Las *Règles de la bienséance de la civilité chrétienne* [*Reglas de la decencia de la urbanidad cristiana*], de Juan Bautista de La Salle, publicado en 1703, inspirado en el capítulo "Sobre el descanso" del *De civilitate morum puerilicum* de Erasmo, desarrolla el ritual del descanso de los niños, tomado, claro, de las reglas monásticas. En la sociedad del Antiguo Régimen, lo que ante todo dirige las relaciones humanas es el respeto. Por lo tanto, "los niños no deben ir a acostarse sin haber saludado antes a su padre y a su madre y haberles dado las buenas noches". La Salle, obsesionado, así como tantos otros en esa época, por los peligros de la noche —favorable a Satanás, que entrega al hombre a las tentaciones del mundo y de la carne, y a los enemigos de su salvación—, recomienda que se haga la señal de la cruz antes de posar la cabeza en la almohada: "se hace para echar al espíritu maligno, león rugiente que da vueltas a nuestro alrededor para devorarnos [...]; lo horroriza y lo hace huir".

Examinar las propias acciones del día, cerciorarse de no haber hecho nada contra la ley de Dios y no haber omitido ningún deber es un ejercicio tranquilizador y bienhechor, pues la noche es peligrosa, el sueño se parece a la muerte y el lecho, al ataúd. Un devocionario para uso de los educadores no vacila en proporcionarles argumentos para lograr una obediencia más perfecta de los jóvenes internos, y que desencadenan y aumentan su angustia natural con la cercanía de la noche: "¿Acaso no sentís, cada noche, con el pensamiento de ese silencio casi sepulcral [...] un sobrecogimiento profundo? Ese lecho en forma de tumba, ese sueño que va a separaros de todo el mundo, esa noche [...] a través de la cual véis de pronto, como el ojo de Dios, que os mira [...], todo esto, ¿acaso no os impresiona?". A continuación "uno se mete con recato en la cama y duerme en paz".

¿Qué quiere decir "con recato"? La Salle responde: "Para acostarse de una manera cristiana, también hay que hacerlo [...] con toda la honestidad posible; para esto hay que conducirse de tal manera que uno no se desvista ni se acueste delante de nadie; sobre todo, a menos que uno esté comprometido por el matrimonio, no hay que acostarse delante de ninguna persona de otro sexo, pues es algo totalmente en contra del pudor y de la honestidad [...]. Quiere también el decoro que al acostarse uno mismo se tape el cuerpo y evite las menores miradas. Sucede que los padres y las madres deben inspirar en gran medida a sus hijos, para ayudarlos a conservar el tesoro de pureza que ha de serles apreciado. [...] tan pronto como se está en la cama, hay que taparse todo el cuerpo, excepto el rostro, que debe quedar destapado; tampoco, por una mayor comodidad, habrá que tomar postura indecente alguna, ni el pretexto de que así uno dormirá mejor puede más que el decoro".

## El defecto de dormir demasiado

Los manuales de *cortesía* están para reglamentar la duración del sueño y velar por que el lecho sirva sólo para dormir..., ya que "es un defecto dormir demasiado; es algo vergonzoso e insoportable [...] que el sol, al levantarse, nos encuentre en la cama. Es también cambiar e invertir el orden de la naturaleza hacer del día, la noche, y de la noche, el día, como hacen algunos; es el demonio quien empuja a obrar así; como sabe que las tinieblas dan ocasión de pecado, es muy fácil que hagamos nuestras acciones durante la noche".

La hora de acostarse se fija en "alrededor de dos horas, después de cenar, y unas siete horas de descanso bastan para el solaz del cuerpo, a menos que uno haya estado obligado a entregarse a un trabajo excesivo". Pero "es menester que uno mismo se fije como ley el levantarse muy de mañana y acostumbrar a los niños a eso desde que empiezan a crecer y no tienen dolencias que lo impidan". También es "muy indecente y poco razonable entretenerse en charlar, en chancear o en jugar en la cama, precisa La Salle; no imitéis a algunas personas que se ocupan en la lectura o en otros asuntos [...]; no os quedéis nunca en la cama cuando ya habéis dejado de dormir [...]: vuestras virtudes mejorarán mucho...; los hábitos de molicie tomados desde la primera infancia influyen en el resto de la vida". En resumen, un largo descanso es perjudicial puesto que "debilita el alma y el cuerpo".

El lecho mismo es objeto de una atención especial; lugar de lo no dicho de la sexualidad, es necesario borrar todas las mañanas huellas que se podrían relacionar con ella. A las muchachitas a las que una maestra del internado les asegura que habría "muchas cosas que decir sobre este artículo, pero la razón, las costumbres y sobre todo la piedad, que crecerá en vosotras cada vez más, os enseñarán lo que yo no puedo exponer con más detalle", no obstante explica con claridad que "el decoro requiere que uno se haga la cama antes de salir del cuarto, o si otros la hacen, que al menos se tape decentemente, y de tal manera que parezca que estuviera hecha. Pues es muy indecente ver una cama destapada y mal arreglada".

Todo lo que se vincula con la noche, el gorro y más aún el orinal, no debe ser visto. Asombrosamente, pese a tantas precauciones, los autores de manuales de cortesía para uso de los niños siguen teniendo miedo al agua y descuidan las exigencias mínimas del aseo.

## Los libertinos dejan el dormitorio

Mientras los manuales de los confesores del siglo XVII demuestran tener extrema "delicadeza" respecto de los gestos de una higiene corporal elemental, cuando no los prohíben o se limitan a evocar lo "mínimo necesario" (lavarse los dedos, la boca y el rostro), el libertinaje se acompaña por un miedo pánico al olor corporal y empuja al libertino a ocuparse con mucha atención de su cuerpo. Por influencia de la madre del Regente, que "como buena ale-

mana tenía al respecto mejores hábitos", así como de Inglaterra, la higiene va a progresar notablemente con la Regencia: el uso del cuarto de baño va a vulgarizarse en la alta sociedad parisiense. Resulta revelador que la palabra *propreté* ["aseo"] (1671), que primero tiene el sentido de "conveniente" y de "decencia", designe a comienzos del siglo XVIII lo que es específico del cuidado corporal, y después el de la calidad de lo que es propio en general para elevarse hasta "la imagen de la claridad del alma". La aparición de gestos nuevos en la vida diaria de una sociedad peculiar y rica, más capaz de aprovechar las innovaciones, va a transformar las costumbres. Aparece una generación nueva, no tan "fanfarrona del vicio" como del espíritu...

Para Crébillon hijo (1701-1777), "es libertino el hombre que se vale del amor para asegurar el triunfo de su fantasía a expensas de su compañera, que eleva a principio la inconstancia y que, buscando sólo el placer de sus sentidos y la satisfacción de su vanidad, no reconoce nada al sentimiento en la empresa de la conquista amorosa". Siendo el resultado lógico de una sociedad cortesana, ante todo sociedad de representación, el libertino extrema el juego de las reglas del decoro y de las costumbres hasta tomarlo a broma, elevando la hipocresía a línea de conducta muy explícitamente y haciendo de su imagen en público una obsesión y, de la sociedad, el testigo de la amplitud y de la calidad de sus triunfos con las mujeres. Para el libertino, nada sucede en lo secreto del corazón ni debe quedar confinado en la sombra de las alcobas; la indiscreción es una obligación absoluta para un seductor consciente de lo que vale, y si un detalle de sus aventuras llegara a escapar a sus espectadores, su deber sería revelárselo.

En definitiva, el público es el que impone las reglas al libertinaje y el que delimita el espacio en el cual puede ejercerse; es espectador activo, y él va a imponer la idea de que es vergonzoso ser fiel y de que el amor es un "prejuicio gótico". La decencia no es otra cosa que "lo que se hace"; lo que queda es estar a la altura y saber conducirse como conviene. Ahora bien, ¿cómo saber lo que conviene sino aprendiendo la ciencia del mundo, que sólo se consigue con la experiencia y cuya adquisición va a la par de un creciente dominio del lenguaje? Una educación sentimental bien templada significa iniciarse en el código en vigencia, con las contraseñas y las sutilezas de su jerga. Arte de superior estrategia fundado en un riguroso análisis de los mecanismos del amor y del deseo, el libertinaje, ateísmo reflexivo de los aristócratas, no es en absoluto la expresión de la licencia; es una afición ilimitada a la felicidad y al conocimiento.

## La voluptuosidad a la luz del día

No se podría confundir la literatura libertina con las novelas o los poemas atrevidos, licenciosos y eróticos. *Aloysiae Sygeae..., satira sotadica...* (¿1659?) de Nicolás Chorier, la *Ecole des filles* o *La philosophie des dames* [*La escuela de las niñas* o *Filosofía de las mujeres*] (1655), atribuido tanto a

Miguel Millot como a Claudio Petit, en la que se detallan sin vueltas las distintas maneras de hacer el amor, constituyeron —aunque en número limitado y para un círculo reservado— un acontecimiento de importancia.

El goce y los deseos, "lo que el alma tiene de más excepcional", por citar a La Fontaine, irrumpieron en el dormitorio, donde la igualdad entre el hombre y la mujer, que se afirmaba cada vez más, se vincula no ya en el pecado sino en el nuevo modo de abolir las fronteras de lo prohibido y de lo permitido: el arte del amor. Enumerar todas las obras eróticas publicadas en el siglo XVIII, siglo de la voluptuosidad en plenas Luces, es imposible, pero las más célebres y en orden cronológico fueron: *Venus en el claustro*, del abate Du Prat (1719); *La historia de dom B. ostiario de Chartreux* (1741), de Gervasia de Latouche; *Los laureles eclesiásticos* (1748), de La Morlière; *Teresa filosofa* (1748), del marqués de Argens; *Margot la remendona* (1750), de Fougeret de Monbron; el *Aretino moderno* (1763), de Du Laurens; *La burlomanía* (1788), de Senhac de Meilhan; o *Erotika Biblion* (1783), de Mirabeau.

En cuanto a las representaciones, los pintores, los grabadores y los ilustradores del siglo XVIII no se privan de representar la sensualidad: desde Fragonard, pasando por Saint-Aubin, Greuze o Watteau, el más atrevido es Francisco Boucher, "pintor de alcobas", nombrado pintor del rey gracias a la marquesa de Pompadour, que intercedió a favor de él ante Luis XV. Entre otras cosas tuvo como misión estimular la sensualidad, la imaginación erótica del soberano y de su entorno e instruir al delfín en los placeres del sexo.

Si bien Donato Alfonso Francisco de Sade (1740-1814) publicó *La filosofía en el camarín* en 1795, lección teórica y práctica del libertinaje más extremo y más cruel, hay que saber que fue perseguido en vida como la mismísima imagen del Mal. Los surrealistas Breton y Apollinaire lo redescubrieron y lo apreciaron por la "prodigiosa liberación de lo imaginario que se operaba en ese estallido de la escritura" y más cerca de nosotros, Roland Barthes, que al aproximarse a las ideas del siglo XVIII, mucho más puritano que lo que se lo imagina escribe: "[...] por su orden de ocultamiento, el libertino contradice el inmoralismo en curso, defiende la pornografía de los colegiales, que hace del desnudo sexual de la Mujer la suprema audacia. Sade pide un *contra strip-tease* [...]; todos los libertinos tienen esa manía en sus placeres, querer ocultar escrupulosamente el sexo de la Mujer [...]. La moral libertina consiste no en destruir sino en descarriar; desvía el objeto, la palabra, el órgano, de su uso endójico [...]. El Eros sadiano es, claro está, estéril (diatribas contra la generación)".

La evolución de las costumbres tuvo repercusiones biológicas y morales de gran importancia. Los comienzos del siglo XVIII se caracterizan por una brusca disminución de los índices de natalidad entre los "grandes"; este movimiento se propagó lentamente en el resto de la nobleza francesa, e incluso en las noblezas parlamentarias de provincia. En otros términos, el descubrimiento de la higiene y del placer, así como de las conciencias que se emancipan, permiten una limitación voluntaria de los nacimientos y, de un modo pa-

radójico, fenómeno nuevo, el extraordinario amor a los hijos, tanto legítimos como ilegítimos.

Ese "mal francés", esa "corrupción" que se ha atribuido con algo de prisa a la Regencia, obedece en realidad mucho más a un contexto histórico y a un clima peculiar. Si recordamos los grandes episodios de hambre, de viento, de frío y de lluvia de 1694, 1709 y 1710, una guerra interminable que resultó una hecatombe de jóvenes en los campos de batalla, la amenaza permanente de la peste de Provenza, temida en París, las epidemias, la enorme e inverosímil serie de muertes de los sucesores directos de Luis XIV y la revisión de la religión podemos imaginar que se reunieron muchas condiciones para apelar a un cambio y a la fragmentación de una sociedad que, aparte de la etiqueta, ya no tiene razones para vivir ensimismada.

# 6

# El culto de la alcoba

*Pese a mis ojos cargados de fronteras, de ciudades,*
*y a extrañas casas sin postigos para soñar,*
*¿he ido mucho más lejos que esta alcoba baja*
*adonde el jardín venía con zuecos de lenta madera*
*a contarme sus siembras, su hierba y sus botones*
*a lo largo de los gatos secretos arrollados en sí mismos?*

*Todo allí ya estaba ceñido por un floreado*
*insensible a las estaciones;*
*el plumón de luz de abril mucho tiempo había incubado*
*los nacimientos, las muertes y los precoces polluelos.*
*El hombre aquí había hecho sus más profundos viajes.*

André HENRY,
*Les murs originals*
*(Los muros originales)*

## La intolerable convivencia

A fines del siglo XVIII y a comienzos del XIX, las preocupaciones higienistas y las "estrategias sanitarias" defienden teorías "aireístas" para la arquitectura. El plano del edificio que ha de construirse, en adelante debe contar con la obligatoria domesticación de las corrientes de aire fresco para expulsar de la casa toda exhalación pútrida. La gran ola de "purificación" de la vivienda implica, en las ciudades superpobladas, la constitución de reservas de aire puro y el dominio de los flujos. La apertura de una calle, escribe Alain Corbin en *Le miasme et la jonquille* [*El miasma y el junquillo*], suscita más la esperanza de una reserva atmosférica de la que podrán proveerse las viviendas vecinas que la de una ventilación aumentada del espacio público.

Dentro de la vivienda burguesa, la actitud olfativa se halla concernida más estrechamente que no hace mucho por el soplo vital; desde 1844, el Dr.

Michel Lévy, uno de los mayores higienistas de la época, advierte sobre los perjuicios de los "detritos gaseosos de la familia". "Al expresarnos así, agrega, tenemos presente [...] el intercambio continuo de todas las influencias de las que se compone la atmósfera propia de varios individuos procedentes de la misma sangre, portadores de las mismas disposiciones [...]. La convivencia pone en conflicto las atmósferas personales de los que participan de ella; el equilibrio resulta de una saturación recíproca que refuerza ciertas predisposiciones mórbidas en quienes están afectados de ellas, y las incrementa en quienes hasta entonces estaban exentos."

De esta manera, la creciente repulsión por las emanaciones ajenas, elevada a principio de individuación, luego de la victoria del lecho individual, contribuyó a promover —al principio, entre los más ricos— el cuarto individual. La alcoba se vuelve a visitar, y el mefitismo de los muros, de los despachos, de los pasillos y de las escaleras es hostigado con la oscuridad y la hediondez. La lucha contra los escondrijos es tanto higiénica como moral, pues si bien conviene destruir la suciedad, conviene también vigilar el encuentro de los sexos que aquéllos autorizan; el buen "aliento de la casa" se fijaba a ese precio.

La alcoba, refugio templado de la intimidad y del placer, ha de abolirse: bastaba una simple cortina, en las viviendas modestas, para cumplir su función de "camarote primitivo". También se desconfía del olor de los muebles, de la atmósfera densa de los roperos y de las cómodas, que favorece la multiplicación de ratas y ratones. La cama con colchón de plumas, la almohada, el edredón y hasta las mantas, que activan las secreciones y favorecen la masturbación, se han de suprimir...

La cama se convierte en un objeto de especial atención: es menester poder desplazarla, ponerla en medio de la habitación fuera del contacto con el suelo y reemplazar la madera por el hierro, que no se impregna, con un fondo calado atado con cordones o una cuja. "Desamontonar" y "ventilar" son las consignas; incluso se recomienda, para los penales, la hamaca, tipo de cama que responde a las normas higiénicas de ventilación y de espacio, puesto que, una vez plegado a la mañana, deja lugar para el trabajo... En el hospital, "hay que dejar que cada enfermo siga libremente su evolución térmica [...]; es importante evitar que el amontonamiento en una misma cama cree una temperatura media; ésta se podría revelar nociva para cada uno de los individuos a los cuales se impondría semejante promiscuidad". El lecho individual, prescrito desde 1780 en el Hôtel-Dieu de París, así como la tumba, como aplicación lógica de la Declaración de los Derechos del Hombre, se impone por una decisión de la Convención el 15 de noviembre de 1793, por razones de libertad más que de higiene. A decir verdad, para el higienista todo es sospechoso: desde el perfume que más marea hasta el más anodino de los ramos de flores, parece que ya no se podía contar a las jovencitas asfixiadas en su cuarto durante el sueño. Es lo que quizás inspiró a un belga un dormitorio donde se podía dormir con la ventana cerrada, aunque teniendo los pulmones aireados

mediante una especie de embudo que tomaba aire del exterior de la casa para difundirlo sobre el rostro de quien dormía.

## Dormitorio burgués

La expresión "chambre à coucher" [literalmente, "cuarto de dormir"; luego, "dormitorio"], relativamente reciente, sólo se impone en realidad a mediados del siglo XVIII; el agregado "à coucher" marca una evolución evidente en el modo de concebir y organizar la vivienda. También define a cierta clase: la vivienda popular urbana del siglo XIX muchas veces tenía uno o más "cuartos", pero de un uso no especificado sólo para acostarse.

La burguesía transforma sus inmuebles, abandona los pisos bajos, expuestos a los disgustos de toda clase y que recordaban, quizá demasiado, sus orígenes rurales recientes, a favor del primer piso, encima del entrepiso.

Detrás de una fachada, lo más neutra posible, se superponen las clases sociales, desde las más altas —en el primero—, hasta las más bajas, en el sexto. Con la intención de instalar departamentos más "democráticos", los arquitectos eliminan del plano la importancia de la vivienda de un solo propietario, para una mayor comodidad de los locatarios, e introducen especialmente los "cuartos de dormir" en las casas de alquiler. No obstante, en los modelos de planos montados en la década de 1830, todos los ambientes de un mismo piso se comunican —sin cercado de prestigio—, incluso cuando la simetría, la amplitud de la superficie y la cantidad de los ambientes permitían una partición del piso en, por lo menos, dos apartamentos. Así, el propietario se reserva una especie de flexibilidad de arrendamiento, a la manera de las residencias en las que un cuarto siempre puede comunicarse con otro, a través de una puerta. Esta actitud fue la que permitió por mucho tiempo que el cuarto no fuera más que un ambiente entre otros, y al que sólo el mobiliario caracterizaba como tal.

La organización del apartamento burgués, tal como Carlos Garnier, el arquitecto del Opera de París, lo concibió en 1891, cristalizaba un modelo (aún de actualidad) al establecer en un apartamento "dos clases de compartimientos distintos: el primero, dedicado a los ambientes de recepción y a los dormitorios; el segundo, al comedor, a la cocina y a los ambientes accesorios". Volviendo a examinar en menor escala la hilera de residencias particulares, la parte de la "recepción" moviliza la riqueza de todas las posibilidades de la vivienda. La concepción de los ambientes principales está regulada, pues, por la preocupación de hacerle atravesar al visitante una sucesión de habitaciones según un orden y una progresión de los efectos. "Cuando se llega a la última habitación situada en el rincón del edificio, escribe D'Aviler en su *Curso de arquitectura*, se puede ver con agrado la perspectiva de las habitaciones en crujía. Incluso se pueden prolongar mediante espejos que se colocan en los extremos, frente a las puertas." Y en este último ambiente, el dor-

mitorio, consagrando el fin del recorrido, y muy destacada, aparece una cama.

El dormitorio, núcleo del apartamento, se halla enmarcado por dos elementos indispensables: la antecámara, para el arreglo, y el guardarropa, para la indumentaria o para ocultar a una persona repentinamente "de más" en el dormitorio... El arte del dormitorio consiste en disponer el lecho de tal modo que el visitante acceda a él de frente y a contraluz; el huésped queda a la luz; en los muros laterales, y enganchado por encima de una chimenea, un gran espejo frente al cual hay otro espejo, donde se refleja el cuarto en imágenes infinitas. Extraño siglo XIX, en que el burgués debía escoger, de un amplio abanico de estilos variados (y falsos), para afirmar sus gustos y su pertenencia, casi como habría expuesto sus convicciones políticas. Des Esseintes, el héroe de Huysmans en *A contrapelo*, es uno de estos indecisos:

"Según él, sólo había dos maneras de organizar un dormitorio: o bien hacer de él una excitante alcoba, un lugar de deleite nocturno, o bien disponer un lugar de soledad y de descanso, una suspensión del pensamiento, una especie de oratorio.

"En el primer caso, el estilo Luis XV se imponía a los delicados y a las personas extenuadas, en especial por los eretismos mentales; en efecto, sólo el siglo XVIII supo envolver a la mujer en una atmósfera viciosa, que rodeaba los muebles según la forma de sus encantos, e imitaba las contracciones de sus placeres; las volutas de sus espasmos, con las ondulaciones, los contoneos de la madera y del cobre, que condimentaban la languidez melosa de la rubia con su decoración viva y clara, y atenuaba el gusto picante de la morena con tapices de tonos dulzones, acuosos, casi insípidos. [...] En el otro caso, había que dar forma de celda monástica al dormitorio; pero entonces las dificultades se acumulaban, pues se negaba a aceptar, por su parte, la austera fealdad de los asilos de penitencia y oración.

"De tanto dar vueltas al asunto en todas sus caras, concluyó que el fin que se había de alcanzar podía resumirse en éste: arreglar con objetos alegres algo triste, o más bien, aunque dejándole ese carácter de fealdad, imprimirle a la totalidad de la habitación, así tratada, una especie de elegancia y de distinción [...]. Finalmente, él amuebló la habitación con una pequeña cama de hierro, un falso lecho de cenobita."

También son significativas las lamentaciones de Diderot por su vieja bata:

"¿Por qué no haberla conservado? Estaba hecha para mí; yo estaba hecho para ella. Moldeaba todos los pliegues de mi cuerpo sin molestarlo; yo quedaba pintoresco y hermoso. La otra, rígida, almidonada, me hace aparecer como modelo. No había ninguna necesidad para la que su favor no se prestase, pues la indigencia es casi siempre servicial. Si un libro estaba cubierto de polvo, una de sus caras se ofrecía para limpiarlo. Si la tinta espesa se negaba a deslizarse por mi pluma, daba pie. En ella se veían trazados con largas rayas negras los frecuentes servicios que me había prestado. Esas largas rayas

anunciaban al literato, al escritor, al hombre que trabaja. Hoy parezco un rico holgazán; no saben quién soy [...]". Estas reflexiones, anteriores a las de Huysmans, aparte del hecho de marcar una moda masculina relativamente reciente (la bata de satén de color pardo o bordada con flores se propagó en la Europa septentrional a partir de 1650), muestran el deseo "burgués" de armonizar el marco de vida con la representación que se trata de dar de sí y del propio buen gusto. El drama, para Diderot, reside en el hecho de que va a verse obligado a reacondicionar la habitación por completo, si no el apartamento, para que el amoblamiento íntegro pueda hacer juego con la nueva bata.

El mobiliario adquirido, verifica el historiador inglés Teodoro Zeldin, al fin y al cabo estaba tan decidido por el desarrollo de la industria del mueble como por ese inefable sentido del gusto. Entonces, por primera vez en la historia, el mobiliario deja de ser un símbolo de riqueza para convertirse sólo en una colección de objetos útiles, tendencia que se repite en la evolución del papel pintado, cuyos motivos van a simplificarse a medida que crece su popularidad. A mediados del siglo XIX, los papeles pintados eran enormes frescos murales que con frecuencia representaban unas treinta escenas diferentes, como el *Ferrocarril Lyon-Saint-Etienne* (1854), de Paillard, o en mayor escala, la *Caza en el bosque* (1851), de Delicourt, que incluía cuatro mil grabados. Hubo que aguardar la introducción de las máquinas de vapor en 1858 para transformar las fábricas de papel pintado en una enorme industria que, en 1899, contaba con más de doscientas plantas que inundaban el mercado de papeles a menor costo, ornados con motivos sencillos y repetitivos que sólo tenían una lejana similitud con los productos artesanales y sofisticados de principios de siglo.

Curiosamente, a partir de los ambientes más triviales del apartamento, de alguna manera lo contrario, por razones de comodidad y de higiene, se van a operar las transformaciones. Los refinamientos técnicos, como el invento de los tubos de ventilación y el perfeccionamiento del sifón en 1870, adelanto fundamental para el bienestar olfativo de los habitantes, al permitir la cercanía de los cuartos de baño al dormitorio, contribuyen a intensificar su íntima dimensión. Las estupendas habitaciones "accesorias" se polarizan, pues, alrededor de él: camarín, despacho, cuarto de baño y retrete forman una especie de nuevo apartamento privado dentro del apartamento.

Los manuales de buenos modales hacen hincapié en que "el sentido de dignidad y de conveniencia" dirijan la elección del apartamento: "Se tomará uno no demasiado dotado de escondrijos [...] ni desprovisto de antecámara. Este punto en especial es de capital importancia para quien quiere conservar la inviolabilidad de su hogar doméstico [...]; debe existir la mayor discreción en cuanto a los dormitorios: no se puede introducir en ellos sino a parientes o amigos muy íntimos". El acceso de las clases medias a la comodidad y a los apartamentos burgueses reducidos va a desarrollar una "nueva cortesía", que en razón de la falta de espacio y en nombre del nivel de vida exigirá que se acabe de una vez con el dormitorio. En el *Nouveau savoir-vivre, pour balayer*

*les vieux usages* [*Nueva mundología para barrer las viejas costumbres*] de Paul Reboux, publicado en 1930, se dice con claridad: "En el dormitorio, nada de lecho a la vista. Nada de roperos con espejo, en lo posible. Su verdadero sitio está en otra habitación, transformada en lencería o en tocador. Una vez transformado, el dormitorio se ha de convertir, en el apartamento moderno, en saloncito que se comunique directamente con la sala y forme un lugar de estar, más íntimo, adonde las señoras pueden retirarse para charlas y fumar". El apartamento burgués había perdurado, y los arquitectos —enfrentados con la crisis habitacional y la vivienda de masas— se inventaban nuevas normas en que lo funcional ganaba por la mano al decoro; el hábitat se convertía en "espacio útil ordenado según el análisis de cada metro cuadrado".

## De la bodega al sexto piso

La burguesía se conmueve poco a poco por la condición de lo que ella aún llamaba "populacho", como una categoría biológica, y al desarrollarse el higienismo se hacen proyectos para tratar de paliar "la situación de la clase trabajadora", tal como la había descrito Engels. La *Metropolitan Association for Improving the Dwelling of the Industrious Classes* (Asociación Metropolitana para el Mejoramiento de las Viviendas de las Clases Trabajadoras), reconocida mediante carta real en octubre de 1845, se dedica a la renovación de edificios existentes y a la construcción de residencias del tipo de la expuesta en Hyde Park y comentada en el *Illustrated London News* del 14 de junio de 1851: "Los dormitorios, en total tres, atienden a la separación que, en una familia, es tan fundamental para la moralidad y la decencia. Cada uno de ellos tiene un acceso propio [...]. Los dormitorios para niños tienen, cada uno, 50 pies cuadrados, y dan al cuarto de estar, lo que permite a los padres ejercer vigilancia sin el amontonamiento malsano que ocasiona el uso del cuarto de estar como dormitorio. Se ingresa al cuarto de los padres, que tiene una superficie de unos 100 pies cuadrados, por la parte trasera de la cocina, disposición, desde muchos puntos de vista, preferible a un acceso directo cuando se llega del cuarto de estar, en especial en caso de enfermedad."

La burguesía acorrala a los microbios, la tuberculosis y la sífilis, e inicia una gran cruzada por la salud y la limpieza alegando que "la limpieza es el principio de la virtud". En esta campaña se enfoca el "mundo del sexto piso", mundo peligroso interceptado por los amos y, a menudo, objeto de ilusiones ópticas sobre sus criadas en libertad, que describe Anne Martin-Fugier en *La place des bonnes* [*El sitio de las criadas*]. Para los que nunca van allí, los manuales del ama de casa, tal como el de la señora Pariset, publicado en 1821, recomiendan: "La costumbre de vigilar cada tanto [...] la presentación y la limpieza de estos cuartos es una de las mejores y más necesarias que puede usted tomar. No sólo formará parte del orden que mantendrá en su casa, sino

que mediante esta inspección inesperada quizá pueda descubrir ciertas infidelidades que, de no hacerlo, jamás llegarían a su conocimiento".

Finalmente, el Sindicato Francés de Empleados Domésticos y la Liga Francesa contra la Tuberculosis, que en 1906 denuncia "la lenta asfixia" de las criadas, señalan enfermedades del pecho, tuberculosis, clorosis y anemias, causadas por falta de sanitarios correctos y calefacción. Dicha liga expone en Ginebra dos cuartos juntos: uno es el "cuarto de doméstico de un sexto piso de los Champs-Elisées", con paredes empapeladas, una alfombrilla gastada, una cama sucia, muebles cojos y mugrientos, y una jofaina mellada. El otro es una celda de la prisión de Fresnes, construida por entonces: las paredes están limpias y pintadas; la cama y el somier, asépticos; una ancha ventana ventila la habitación y se añade a la electricidad, la cañería: cosas todas inimaginables para los cuartos de servicio, que a veces ni siquiera son "sextos pisos" sino siniestros reductos donde, en medio de cajas y otras antiguallas, se halla colocada una estrecha cama de hierro.

Parece que eran peores las condiciones de las sirvientas de Berlín. Emile Massard, en su *Proposition relative à l'hygiène et au travail des gens de maison* [*Propuesta referente a la higiene y al trabajo de los empleados domésticos*], presentada al Ayuntamiento de París el 27 de marzo de 1906, que cita el informe de Arthur Roffalovitch acerca de ellas, indica: "Estas pobres jóvenes duermen un poco en cualquier parte: en los corredores, en los cuartos de baño, en la cocina. Para las privilegiadas, por su parte, que tienen una habitación para la noche, la palabra 'desván' sería demasiado noble para designar semejantes pocilgas [...]. No son pocos los casos en que, para llegar a la cama, hay que valerse de una escalera de molinero".

## Lechos de romanza, lechos de dolor

Desde el lecho de Procusto, bandido fabuloso que forzaba a los viajeros a echarse en una de sus dos camas, para estirar a los bajos y amputar a los altos, hasta la Princesa del Guisante, que por haber dormido sobre un guisante disimulado bajo "veinte colchones de pluma de eider por encima de los colchones", se quejó una mañana de no haber podido pegar un ojo en toda la noche y de estar magullada, pasando por Siminírida el sibarita, que no podía conciliar el sueño porque una de las hojas de rosa de su lecho estaba "doblada", la gama de lechos de tortura era extensa.

En oposición a la tumbona o a la cama de convalecencia, las *camas de hospital*, con sus bastidores de hierro pintados de blanco, sus colchones de fibra vegetal "que los gusanos no atacan", y los cuartos y salas muy funcionales en los cuales se hallaban eran, para los pobres, hasta mediados del siglo XIX, sólo lechos de agonía, pero para nosotros —contemporáneos— con más frecuencia son lechos de dolor pasajero y de reflexión literaria... Escribe An-

thony Burgess respecto de la cama de hospital, en su obra *En la cama*, que está "disociada por completo de toda idea de placer sexual y, sin ninguna duda, inserta en un clima de comodidad tan trivial que en ningún caso la enfermedad puede desembocar en una noble agonía o en los terrores clásicos: sábanas y mantas excesivamente lisas y remetidas de tal manera que evocan el atávico recuerdo de las cadenas y otros medios de contención, anunciadores de la tortura" y de los sufrimientos (relativos) que en ella sobrellevó. "El único punto positivo que veo estando gravemente enfermo en el hospital, agrega, es que esto no nos incita a fallecer con tranquilidad: movido por la ira y la frustración, vuestro pulso se acelera y, acometedora, la adrenalina enciende el organismo y, en pocas palabras, ahí estáis muy decididos a sobrevivir a vuestros opresores de batas blancas". Antes de que se pudiera decir burgués y contemporáneo, el hospital jamás había gozado del mayor crédito de los ricos.

A comienzos del siglo XIX, la tisis y la tuberculosis se instalaron "preferentemente en los ricos, los jóvenes, las mujeres y los seres delicados", a quienes —se creía— que "las tristes pasiones" consumen; de ellas habla Laennec en su *Tratado de la auscultación mediata y de las enfermedades del pulmón y del corazón* (tomo II, cap. I, art. 4). Entonces todos están tan espantados como fascinados por la pasión que devora a esas jóvenes bellezas etéreas, llenas de finura, palidez y transparencia, con los ojos ardientes, reflejo del fuego del alma que quema sus días en el lujo y en la ociosidad. Entre los burgueses, esta enfermedad se vio en especial en la familia, encerrada en la intimidad del dormitorio, presentación secreta para proteger las posibilidades de alianzas ventajosas. "La mitad de Europa tiene el pulmón más o menos defectuoso", afirmaba Kafka en 1920, en una carta a Milena. Pero si bien a fines del siglo XIX y justo a comienzos del XX la enfermedad había empezado a retroceder espontáneamente, aun antes del descubrimiento del bacilo de Koch, había cambiado la mentalidad respecto de la tuberculosis: el "mal romántico" dio lugar al "azote social". El bacilo de Koch, declarado "monstruo invisible más peligroso que los lobos, los tigres y los leones" en 1897, se reveló como el microbio distinguido reservado a los ricos, los esnobs y los intelectuales, pero también como el de la clase obrera, estadísticas en mano...

La problemática de la enfermedad de los pobres y de los tugurios tomó sitio junto a la de la autodestrucción interna del burgués y del artista, la tisis, dejó las sábanas de seda para acosar los pechos de los proletarios e inmovilizarlos también a ellos en sus camastros. El bacilo dejó el cuarto lujoso para descubrir los tugurios sin aire y sin sol, el agotamiento físico, la pobreza y la subalimentación. Los "catarros sofocantes" reemplazaron a la tos ferina y a las devastadoras viruelas; las epidemias de cólera, como la de 1832 que describe Martin Nadaud, albañil del departamento de Creuse, y que se sumaban a la disentería que postraba a hombres y mujeres "a lo largo de los descansillos, que gritaban como locos los dolores que sentían", acorralaban a los ba-

rrios populares: "Un día nos enviaron a la calle de la Huchette a trabajar en distintos cuartos. ¡De qué no nos sorprendimos! El cólera hacía violentos estragos en el barrio, y pronto, en París, ya no se hablaba de otra cosa. En la casa donde trabajábamos hubo tres o cuatro fallecimientos. El pánico se adueñó del barrio [...]. Acabamos por quedar turbados".

En medio de una época en que el odio de clase está presente, la gente se vuelca contra los ricos y los burgueses, que no sólo huyen y no mueren sino que "envenenan al pueblo". Con la enfermedad y la muerte que merodean a su puerta, algunos burgueses se dignan abandonar sus batas y sus cuartos de estilo para manifestar la miseria de los obreros. En 1840, en Manchester, Inglaterra, el gran país industrial del siglo XIX, de doscientos cuarenta mil habitantes con que contaba la ciudad, quince mil vivían permanentemente en sótanos, que no tenían nada en común con los empleados por las familias burguesas como cuartos trasteros, sino que estaban por debajo de las casas. "Imaginad, escribe León Faucher en sus *Estudios sobre Inglaterra* publicados en 1845, especies de agujeros de 10 a 12 pies cuadrados de superficie, a menudo con menos de 6 pies ingleses de altura, de modo que a un hombre le resulte difícil mantenerse de pie. Estos cuchitriles no tienen ventanas; el aire y la luz sólo penetran por la puerta, cuya parte superior por lo general está al nivel de la calle. Se baja como a un pozo, mediante una escala o escalera casi recta. El agua, el polvo y el barro se acumulan en el fondo; como el suelo raras veces está entarimado y no es posible ninguna clase de ventilación, reina una espesa humedad. En algunos lugares, el sótano tiene dos compartimientos, el segundo de los cuales, que sirve de dormitorio, sólo recibe luz mediante el primero".

Tampoco era extraño que dos o tres familias especialmente sin dinero se dividieran un espacio de tres metros cuadrados y que, por añadidura, vivieran en compañía de un puerco o de unas gallinas... Por un deseo de salubridad, las ciudades industriales del norte de Inglaterra, tales como Liverpool y Manchester, decidieron eliminar lo que se llamaba "focos de enfermedades infecciosas", deshonra para la reputación de una ciudad, y promulgaron reglamentaciones acerca de las dimensiones de las viviendas, que debían llegar a prohibir el uso de los sótanos como lugares para vivir. Entre comienzos de 1840 y mediados de 1850, Liverpool se jacta de haber despejado de ella a ocho mil. Pero tal como señala Jean-Pierre Navailles en su estudio sobre *La familia obrera en la Inglaterra victoriana*, en circunstancias similares sucede que no se hace nada para volver a alojar a los expulsados. Algunos se hacinan en viviendas ya superpobladas, por debajo del techo, sotabancos que apenas valen más, en el campo sanitario, que sus antiguos tugurios; los demás aterrizan en asilos nocturnos, donde sentados en un banco incómodo, con los brazos apoyados en una larga cuerda tendida delante de sí y la cabeza apoyada en los brazos, buscan dormir. Al alba, el despertar es cruel; dando un grito de aviso, el dueño del lugar desata la cuerda y los que no se despiertan a tiempo se caen al suelo, después de cabecear...

Jean Roussel (pronúnciese como Rousille), el héroe de Henri Troyat, que descubre en torno del mercado Khitov, en Moscú, los asilos nocturnos, siguiendo a su guía Pablo Egorovich, penetra en un lazareto, de dos pisos, sube una escalera que "apestaba a las letrinas" y desemboca en una amplia habitación donde "los que dormían yacían como cadáveres en camastros. Acurrucados bajo sus andrajos, se adoban en un olor nauseabundo de carne echada a perder, de miseria y de deyecciones humanas. La mayor parte de las literas eran planos levemente inclinados, de madera, colocados sobre armazones, a un metro del suelo. Diez hombres roncaban ahí encima, uno al lado del otro, pero bastaba mover una traviesa para descubrir un segundo piso de clientes tendidos por debajo, en el mismo piso". Para algunos de estos locatarios que habían conocido el *tollard*, cama colectiva de los presidiarios de quienes Víctor Hugo decía que "en comparación, la cama del trapense es una gracia", esto apenas debía ser más incómodo. Mientras no se haya experimentado, es difícil imaginarse la hacina, infierno en el infierno al decir de los presidiarios, cama sin manta, con las manos atadas, con las esposas o la doble cadena "que sólo pesaba 2,380 kg", consideradas insuficientes por un comisario de 1854. En el presidio de Toulon, clavados en las camas por medio de una cadena, la vida parecía agradable para sus locatarios, en comparación con el *court-baril* de Cayena, que hacia 1860 era una especie de cama de campaña, a cuya pata se fijaba una armazón de veinte centímetros de espesor aserrada por la mitad del largo, para formar una mordaza por la que se pasaban las piernas del prisionero, que se cerraba y se atornillaba. "Uno podía sentarse con las piernas extendidas, pero no podía levantarse, y quedaba en esa posición durante ocho días", escribe un ex presidiario. Para Marcel Le Clère era resucitar el suplicio del *tronco*, empleado en Rochefort antes de 1832: el paciente era atado a un madero fijado en la tierra y allí pasaba varios días y varias noches, entregado a las insolaciones y a las intemperies. Se comprenderá que frente a esta "disciplina", el aumento ilegal del peso de los hierros, practicado en ciertos presidios, parecía una pequeñez. Los desafortunados enviados a Biribi corrían el riesgo de sufrir una variante de este tipo de cama: la *tumba*. Se trataba de una tienda individual, armada sobre una lona reglamentaria en dos mitades de soportes, de cincuenta centímetros de alto por setenta de ancho. El rebelde estaba obligado a penetrar en ella boca abajo para no desarmarla, y a pasar la noche en el frío, esperando las tres horas de pelotón que tenía que hacer a la mañana del día siguiente, con sólo una sopa de arroz como reconstituyente. La cama llamada *del tejuelo* se inauguró en Argelia con dos presidios militares, en 1836: el brazo izquierdo y la pierna derecha, sujetados detrás de la espalda, se entrecruzan con el brazo derecho y la pierna izquierda; adornado como un pollo, el condenado, entonces, no podía sino acostarse boca abajo y tratar de dormir.

## Lechos muy cristianos

El envite del tálamo para hacer entrar al cristianismo en la familia y en las mentes a través del cuerpo en realidad no es nuevo en el siglo XIX, ya que es herencia de una larga y muy ambigua tradición religiosa. Pero adquiere un carácter más laico, al escaparse el "sufrimiento delicioso y redentor" de los conventos especializados en la mortificación, para ganar los cuartos de lo más recóndito de Europa.

Margit Gari, en *El vinagre y la hiel*, cuenta cómo en Hungría, "para asegurar la salvación del alma de su difunto esposo muerto de frío (ebrio) al pie de la escalera [...] y fuera librado del Purgatorio lo más pronto posible", una mujer se mortificó en su sueño: "Ella se acurruca por las noches al pie de la cama de su hijo o a través de la suya, o bien en un banco tapizado con lienzo bazo [...]. Son muchas las que en Mezökövesd duermen de noche en el *ringo*, banco con respaldo móvil colocado delante de la cama y ni siquiera tapizado con un simple lienzo bazo. Conozco a quienes ponen bajo su cabeza una 'almohada de penitencia', de madera". El tálamo, protección siempre temísima, se ha de dejar desde el momento de despertar; en Hungría, "de una oración acostada se decía nada más que valía aun más blasfemar de pie". Margit cuenta cómo su madre se levantaba cuando todavía era de noche, antes que tocaran el ángelus; bajaba de la cama, se arrodillaba en el suelo helado, se vestía y antes de ir a la cocina hacía una pausa delante de la pila de agua bendita para mojarse la mano y "se hacía la señal de la cruz sobre sí y adelante [...]; se echaba por sobre nuestras camas y hacía la señal de la cruz sobre nosotros, sobre los bancos, y sobre el suelo donde dormíamos. Luego entonaba un nuevo cántico" y, por último, los despertaba. En esta misma región fue donde vivió una especie de Antiprincesa de los Guisantes: la mujer de un campesino rico que, por compasión por el gran sufrimiento de Cristo, mandó guardar en el desván su cómoda cama para sólo acostarse, en el lugar de su antigua cama, sobre la tierra apisonada, después de echar granos de maíz...

Penitencias muy suaves, a decir verdad, al lado de las mortificaciones con que se obsequiaban, durante la Edad Media, los candidatos y candidatas a la santidad, según relata el abate Boileau en su *Historia de los flagelantes*, la colección de los *Bolandistas* y Jacques Doyon en *La reclusa*. Sea Santo Domingo Encorazado (muerto en 1060), que sólo dormía de rodillas, con la cabeza en el suelo y en el límite extremo de sus fuerzas; sea el obispo de Gubbio (muerto en 1061), convertido en el Beato Rodolfo, que llevaba cilicio y dormía en un tablón sin manta, "a la manera de los monjes de Fonte Avellana", o el Beato Pedro; cardenal de Luxemburgo (1363-1387), de quien dicen que antes de recibir la extremaunción "mandó reunir a sus criados alrededor de la cama y luego de hacerles prometer que obedecerían todos a la orden que iba a impartirles, les encargó que tomaran un azote bajo la cabecera y que todos le dieran en los hombros y la espalda, uno después del otro, como castigo porque los había tratado como a sirvientes, aunque fuesen sus hermanos",

una vez superado el estado del hastío, hay que reconocer que estos ejemplos abren las puertas a una imaginería singular...

Santa Coleta (1380-1447), reformadora de las clarisas antes de convertirse en santa, vivió como reclusa una novela de amor con el Hijo de Dios, cuya carne, instrumento "mundano" de la salvación, no estuvo ausente; su vida, que Jacques Doyon describe en *La reclusa*, nos la muestra en la celda: "Un lienzo burdo —de trama floja, tejido en los talleres de Saint-Pierre— envolvía las gavillas con que se había rellenado el colchón, que se apoyaba sobre piedra [...]; [su cama], sin embargo, tenía la ventaja de estar metida entre la pared y un tablón de madera, lo que impedía que el colchón de gavillas se desparramara en el piso [...]. Las ramas de las gavillas se le metían en la espalda, en las nalgas, y ella sentía su dureza pese a la sarga del hábito. No llevaba ropa interior alguna, y el tejido áspero de su vestido le raspaba la piel [...]. Apoyó la nuca en el cepo de madera que hacía de almohada. Puso los talones en el leño que marcaba la parte inferior de la cama [...]; el vientre le tiraba de nuevo. Sus pechos, a los que por lo general no prestaba ninguna atención, estaban demasiado apretados por el cilicio y le dolían. Sus caderas resistían a la presión del cinturón metálico [...]; dejar de pensar en El estaba fuera de lugar, aun cuando sólo fuese el lapso de un adormilamiento. Pues, decía la *Regla*, incluso en vuestro sueño vivirá el recuerdo de Dios".

## Los parásitos del lecho

Desde las capas inferiores de la atmósfera hasta nuestras camas particulares, algunos insectos tienen la desagradable costumbre de interesarse por nosotros e inmiscuirse en medio de la noche. Humboldt, a quien a su regreso de la América tropical le preguntaban cuánto tiempo había pasado allí, respondió: "Pasé veinte años de mosquitos", respuesta para nada exagerada que no vacilaríamos en dar, respecto de nuestra estada en Laponia y en México, por un suplicio en realidad menos largo, pero nunca aún soportado en nuestras latitudes.

El siglo XIX, a falta de insecticidas, tenía sus recetas para alejar la infernal "triple alianza": mosquitos, piojos y pulgas. Contra los mosquitos, la de Metz proponía atraerlos con la luz de un farol cuyos vidrios se embardunaban con miel y polvos, y colgar del techo un gran ramo fresco de perejil o de matricaria (manzanilla). En caso de picadura se recomendaba frotarse con zumo de perejil, saliva —si se estaba en ayunas— o aceite de azucena.

En Occidente, moscas y mosquitos son "pequeños inconvenientes", al lado de los peligros reales de paludismo, filariosis o de la enfermedad del sueño, que hacen vagabundear al hombre en las regiones tropicales. Pulgas, chinches y otras miserias "lastiman a los que quieren dormir y no perdonan a nadie, ni a rey ni a Papa". Sospechosos hasta el siglo XVII de ser el fruto de sustancias humanas degradadas y de provocar transpiración incontrolable,

piojos y pulgas, compañeros de cama y de cabellera desde siempre, a diferencia de las chinches, hasta comienzos del siglo XX fueron considerados insectos domésticos por una gran parte de la población. Las sesiones de espulgue, ¿no eran acaso, como en Montaillou, en el siglo XIV, muestras de ternura y de deferencia tanto en el lecho como al amor de la lumbre? Tal como se puede ver hoy en tal o cual sociedad tradicional de Amazonía, Asia o América, a personas que se despiojan mutuamente, en Occidente se podían observar cuadros sosegados en que las amantes espulgaban a sus amantes, las sirvientas a sus amos, las hijas a sus madres y las suegras a sus futuros yernos. Algunas mujeres, con habilidad manual más "aguda", apunta Georges Vigarello, hicieron de esto una profesión.

El papel del piojo, demostrado con claridad por Carlos Nicolle sólo en 1909, respecto del raquitismo —forma fundamental del tifus—, durante mucho tiempo tuvo sus cartas de nobleza en Occidente; se consideraba que el piojo, al chupar las impurezas de la sangre, ocasionaba los malos humores en la superficie del cuero cabelludo, preservaba así de las enfermedades oculares y hasta fortificaba la vista. Se decía que era necesario para la salud de los niños, y durante mucho tiempo se lo consideró como un remedio para los adolescentes y los adultos, en especial contra la ictericia, a la que nada curaba mejor que una buena rebanada con mantequilla y recubierta con piojos. Con el aumento del higienismo, la amistad manifestada a los piojos se convirtió en odio, y el hombre se inventó posiciones "antipiojos" que reemplazaron al "piojorremedio". Zumo de acelga, zumo de tabaco, lociones de agua de cenizas, de raíz de helecho, ungüentos hechos con orujo mezclado con una libra de mantequilla y un puñado de salvia finamente picada, fricciones con una decocción de centáurea o una mezcla de mantequilla con un preparado de bulbos de cólquico desecados y macerados en vinagre precedieron a los remedios actuales... Para mayor garantía y eficacia, una vez efectuado uno de estos tratamientos, se pretendía que la persona que en todo momento llevaba consigo un poco de "grasa de muerto" ya nunca volvía a ser molestada por los piojos.

En relación con la pulga común del hombre, *Pule irritans*, insecto saltador hecho para picar, tenemos que dar unos saltos atrás en la Historia para apreciar sus efectos. Las pulgas, que toman el germen de la enfermedad —*Pastorella pestis*, bacteria microscópica— de la sangre de los roedores salvajes inmunizados, "caneras de virus" casi invisibles, en varias oportunidades difundieron la peste negra por Francia y resistieron por mucho tiempo a los tratamientos (ineficaces) a que se los sometía, antes del invento del DDT. "Apretar bien, en los cofres, mantas, sábanas y ropa, para que las pulgas no tengan luz ni aire; así desaparecerán y morirán al instante", se recomendaba en el siglo XIV, en época de la gran peste que azotó a Europa; poner una manta impregnada con sudor de un caballo sobre una cama o piel de lobo apenas tenía más eficacia que poner grandes puñados de hojas de nogal frescas, o de tanaceto (llamado comúnmente "barbotina", "hierba del gallo"

o "hierba de las polillas"), de helecho o de aliso, entre el jergón y el colchón de plumas.

También se podía "encantar pulgas" tomando un buen trago antes de acostarse, para que, como explica Oudin en 1640, "por medio de esto no sintamos las pulgas que nos muerden", o, tal como recomendaba el *Ménagier de Paris* [*El jornalero de París*], armarse de paciencia siguiendo un tratamiento poético de este tipo:

*Toda la naturaleza dormita.*
*Mas no: me equivoco; veo*
*que en este hermoso lecho donde velo*
*conmigo velan las pulgas.*

*La madera de este augusto lecho*
*es de antigua factura carpintera,*
*y su cabecera toda se embellece*
*con carteles de cofradía.*

La pulga, que acompaña al hombre dondequiera que vaya, hizo que se escribiera en los manuales de buenos modales que era "indecoroso y poco honrado rascarse la cabeza en la mesa, tomarse del cuello y de la espalda [...], matarla delante de la gente"; en cambio, ella le sopló a John Donne una oda en que se ve al autor admirar los "ijares de azabache" de la pulga que encerraba a la vez su sangre y la de su amante y, por lo mismo, era "un vivo testigo de la unión amorosa". Los autores del siglo XVII y del XVIII asignaban estrellas, como algo negativo, a las posadas que habían frecuentado, de acuerdo con la importancia de la población de pulgas en la cama y la calidad de las "piltras" (1611). Samuel Pepys (1633-1703), que narró al día la peste de Londres de 1665 y es el arquetipo de los cantores de la cama, hizo una especie de guía antiturística de los albergues más "pulguientos" del tipo: "En tal lugar, en la cama con Lord y Lady Tal, las pulgas les dieron buen tiempo..."

Con los mosquitos, los piojos y las pulgas, vaya y pase, y también con las ladillas, pero el *Cimex lectularius*, chinche de cama, es insoportable; este insecto nocturno de forma oval y achatada toma su nombre del latín vulgar *putinasius* (francés: *punaise*), compuesto de *putire* ("heder") y *nasus* ("nariz"), que vive como parásito del hombre. Con su manía de alimentarse de nuestra sangre y no detenerse sino cuando se ha saciado y está ahíta, después de transmitirnos —raras veces pero si se tercia— una enfermedad contagiosa, la chinche, para ser echada, requiere verdaderos azotes: desarmar las camas, limpiar todos los recovecos, los ángulos, las muescas, los machos, rellenar todas las aberturas de las murallas del techo, despegar los zócalos, levantar el papel pintado, lavar las paredes... A este precio, dicen los manuales de higiene de fines del siglo XIX, se vence la invasión. El somier se rellena con hojas de artemisa; las picaduras se calman con la aplicación de un poco de orina o

de amonfaco diluido, con una tisana de flor de amapola, de valeriana, de adormidera, de prímula, de ortiga muerta, de galio amarillo, de tanaceto o un vaso de vino blanco en el que se hace macerar espuma blanca de roble, a menos que se emplee una venda sobre la frente, impregnada de yema de huevo bien salada; por último, luego de rezar por los fieles difuntos, una vez vencidos los parásitos y el insomnio, la noche puede avanzar con su cortejo de sueños, si no fuera por los minúsculos ácaros glucófagos, pequeños artrópodos que se preparan la comida con ropa blanca, plumas y cerdas sobre las que descansan los hombres y las mujeres sosegados o las miguitas insidiosas del desayuno del día anterior...

## Dormir en el campo

Los folcloristas y los viajeros letrados son quienes hacia la década de 1820 se proponen describir la sociedad campesina que ven transformarse ante sí. "Creencias", "costumbres", "curiosidades" y "supersticiones" del mundo campesino abundan en los comentarios de los observadores, la mayor parte de los cuales es gente de ciudad, incluso notables, y reproducen la ideología burguesa de la época, llena de prejuicios respecto del campo (de donde muchos apenas "salen"). Tenemos que desconfiar, pues, tal como sugiere la etnóloga Martine Segalen, de los documentos "sin mayor sentido crítico", que de este tipo se pueden encontrar: "En la granja, el hombre y la mujer conviven en una hostilidad tranquila, un aislamiento porfiado", o peor, por generalizar: "El sexo bajobretón no tiene nada atractivo [...]; una piel ruda y seca [...], todo unido a una suciedad natural", etc., de Abel Hugo, hermano de Víctor, que observa a *La Francia pintoresca.*

El siglo XIX, considerado erróneamente como el apogeo de la civilización campesina, fue ante todo el de los folcloristas, que al mismo tiempo que los muebles y las modas cruzaron el mar de los menesterosos "que llegan" a la ciudad, mientras ellos se expatriaban al campo. Pero también aquí, si bien se transcribieron nuevamente proverbios que describen o explican vida y milagros del mundo rural, el puesto que se dio al sueño —así como en muchos relatos de étnologos contemporáneos— a menudo se redujo a puntos suspensivos. Por fortuna se conservan dormitorios y formas de camas, testimonio material de esta sociedad en vías de desaparición, y deberían permitirnos una vez más, al tensar el hilo de su historia, reconstituir mal que bien lo que fueron los dormitorios, sumidos en las noches de nuestros antepasados.

Con el contacto cada vez más frecuente con la ciudad, los campesinos, lenta y progresivamente, irán "modernizando" su hábitat. La lista se inicia con el mejoramiento del lugar para acostarse, con la separación de los hombres y de los animales. Una amplia investigación efectuada entre 1885 y 1914 revela que los campesinos "viven aún junto a sus animales, separados de ellos por un simple tabique, en miserables casuchas abiertas con una sola

ventana". Ante la imagen de que sí mismos se les devolvía, los campesinos trataron de escapar de esta "promiscuidad" edificando un piso suplementario a su casa baja, lo cual incita a escribir a uno de los investigadores: "El campesino trepa por la jerarquía social cuando pone veinte o treinta peldaños de escalera entre su cama y los muchos sinsabores de la planta baja".

Gabriel Culioli, en *La tierra de los señores* [*La terre des seigneurs*], que recuerda un siglo de la vida de su familia en Córcega, confirma la idea mostrando cómo un anciano, al reunir el consejo de familia, intenta convencerlo de la construcción de una casa nueva en forma de piso: "Yo ya no quiero esas madrigueras de zorro construidas en el mismo suelo. Por los míos, me resisto a esas viviendas exactamente dignas de cerdos [...]. Pisos, pisos en cantidad [...]. ¡Preferís vivir como gallinas! No parecéis dignos de una existencia igual a la de los *sgios* de la ciudad. No, pero miraos..." Por vanidad, muchos campesinos, en especial en Orne y Quercy, se hicieron construir casas en dos niveles, pero fueron incapaces de adaptarse al cambio y continuaron viviendo en la planta baja. De hecho, al haber concebido su casa para uso diario, haberla modelado a gusto y según sus necesidades, y adaptado a su vida, el campesino la consideraba como una criatura viviente. Desde el siglo XVIII, trajes y casas, aun cuando en Francia todos los hombres se ponen chaqueta y pantalón y se abrigan lo mejor que pueden, son la expresión de un estilo regional.

Pierre Lamaison y Elisabeth Claverie, en su trabajo sobre la violencia y el parentesco en Gévaudan, apunta, a fines del siglo XIX, la reacción del maestro de Chasseradès, horrorizado por el interior de una *ousta*: "Cuando el azar os lleva, apenas atravesáis el umbral de la puerta os enlodáis en un fango asqueroso, compuesto pestífero de excrementos, orina y fárragos descompuestos que fermentan desde hace muchos días en esas reservas de batracios [...]; si vuestros ojos penetran más allá de esas bajezas, se detienen en pajazas hechas jirones, camastros inmundos donde se encuentran en desorden los zuecos de los críos, las cintas de la señorita [...], las vacas, los puercos, las gallinas, y los otros animales hacen compañía a sus amos, que no están enfadados por eso".

Resulta muy claro que este representante de la cultura higiénica y republicana no podía entender a esta gente para la cual la vida se había vuelto por completo hacia el exterior, y no veía a sus animales, en absoluto, como "bestiales", sino como a compañeros de todos los días con los que había que contar para sobrevivir y que en invierno incluso brindaban su parte de comodidad a toda la gente de la casa. En la *ousta*, la cocina y la cuadra se prolongan una a otra y, en invierno, la puerta de separación queda abierta para sacar provecho del calor animal. Fuera de una cama bretona que se inscribe en la prolongación del aparador, del reloj y de un armario que ocupa toda una pared del dormitorio común, la cuadra también está habilitada para poder dormir, y con frecuencia posee un roperito cerrado con llave donde se acomodan distintos efectos. Se acostumbra que los padres duerman en la cama bretona con

los hijos más chicos, ya a su lado, ya pies contra cabeza; los hijos más grandes duermen en el establo, no lejos de los viejos, de los jornaleros, de los pastores y de los boyeros, en colchones de paja separados, cuando no en una verdadera cama.

En Morván, si bien los leñadores, los cortadores y los carboneros dormían en camas de helecho, en chozas de ramas llamadas "cabañas" los "vaqueros", que desde mayo dejaban la montaña con una yunta de bueyes y una carreta para ser contratados en la llanura, con frecuencia dormían siempre de un modo rudo, teniendo sólo por abrigo un capote (gran gabán de lana). En la choza, los lechos colocados en los ángulos ocupan un lugar importante. El Dr. Bogros señala en 1882, en las casas acomodadas, algunas camas "colocadas sobre una tarima como en la Edad Media y de una dimensión tal que puede caber en ellas una familia entera..." Debajo de este tipo de cama, con "cuatro grandes columnas rodeadas de gruesas cortinas amarillas o verdes, de sarga o de "poulangis"*, se encontraba el cuarto trastero de las patatas, principal fresquera de la familia, cuya altura reflejaba la fortuna de los propietarios. La cama baja se consideraba una señal de extrema pobreza, apunta Joseph Bruley en su obra *Le Morvan, cœur de la France* [*El Morván, corazón de Francia*]: "Había que ver en la aldea a quién habría ennoblecido y convenido más. Para acostarse había que subirse a un cofre o a una silla". La compra de una cama y de la ropa de cama cuesta caro. Adolphe de Bourboing, en 1844, en su *Mémoire en faveur des travailleurs et indigents de la classe agricole des communes rurales* [*Relación en pro de los trabajadores e indigentes de la clase agrícola de los municipios rurales*] señala que una armadura de cama vale 16 francos; una cama con colchón de plumas, 60 francos; un jergón, 6 francos; tres pares de sábanas, 60 francos, en total, 142 francos sobre un mobiliario indispensable de 209 francos. Ahora bien, para un maniobrero, el campesino más despojado que en promedio sólo gana 387 francos por año, esto representa más de un tercio de su jornal. La cama es la obsesión de los pobres: "Hay que tener al menos cien escudos para casarse, y tengo que trabajar cinco o seis años para juntarlos", declara la heroína de George Sand en *La charca del diablo*. Julio Renard, en su *Diario* de 1908, muestra su interés por este tipo de detalles cruciales cuando señala, respecto de la hermana de su criada, que se casa, lo siguiente: "Tiene 120 francos y cama". La condición, para las candidatas al matrimonio, es que además de la dote aporten una cama.

No obstante son más abundantes los proverbios referidos a la calidad y a las horas de sueño; el descanso que permitirá recuperar las fuerzas para el día no implica el abandono de una ética viril, dura, que se expresa en: *"A bon sommeil, il n'y a pas de lit"* (literalmente: "a buen sueño, no hay cama"), o: *"Pour trouver le lit chaud, il faut se coucher plus froid que le lit"* ("para encontrar la cama caliente hay que acostarse más frío que la cama"). El labrie-

* Gruesa tela de lana e hilo usada antiguamente en Picardía.

go, ser laborioso por excelencia, sabe que el "trabajo matutino vale oro"**, que "temprano se levanta el pan" y convirtió en ventaja esta obligación: "Siendo ya de día, deja tu cama: tendrás salud y vida". Esta sabiduría campesina sobre el despertar matinal se garantiza contra los desvelos excesivos que amenazan con alterar el ritmo de las actividades, con una graduación de los proverbios: "El que va tarde a la cama, no se levanta temprano", "El que vela de noche es loco que duerme de día", y "Quien tarde se acuesta y a la mañana se levanta, pronto verá su fin".

"Juventud que vela y vejez que duerme, muy cerca de la muerte están"; en los casos extremos, el descanso se convierte en terapia y, la cama, en instrumento necesario para la recuperación: "Un buen almohadonazo sana más que el médico". "Cuando molido se está, bien hace pasar por la cama", pues "aun cuando los ojos no duermen, en la cama los huesos descansan", y para quienes se rompieron un miembro: "La cama es el cabestrillo de la pierna". En invierno, el levantarse tarde (relativamente) tiene su excusa pues "en tiempos en que la hierba crece, bueno es el sueño a la mañana", aunque no haya que olvidar que "cuanto más se duerme, más sueño se tiene".

Los refranes, impregnados de sexualidad por la naturaleza circundante, raras veces tienen relación con la cama en los ambientes campesinos, excepto esta metáfora provenzal: "Quien se casa por amor tiene buena noche y mal día". Los niños campesinos, que aprenden desde muy chicos a través de la observación del corral, de la vaca que se le lleva el toro, de la yegua a la que se hace montar, de las pariciones, de los partos de ovejas, etcétera, y que conviven de un modo más o menos estrecho con los adultos, entienden antes que los jóvenes burgueses, encerrados en su cuarto individual, los misterios del sexo.

Martine Segalen señala que "los folcloristas, por otro lado, por eso son bastante mohínos": "Cuando la gallina busca al gallo, el amor no vale una nuez" (Lemosín). "Un gallo alcanza para diez gallinas, pero diez hombres no bastan para una mujer" (Anjeo). "Palo de pie y mujer echada hacen más fuerza que caballo en la cuesta" (Provenza). Todos estos proverbios naturalistas ponen de relieve la fuerza de la mujer y la dominación masculina que de ello resulta, como los referentes a la interpretación de los sueños, de este tipo: "Acostarse con la madre o con una libertina significa seguridad en los negocios".

En efecto, en esos casos había con qué disgustar a los hombres distinguidos, que con mucha frecuencia tomaron por dinero en efectivo lo que les parecía y fortalecía sus prejuicios.

En realidad, para los campesinos, la noche en el campo está hecha para dormir: una noche entrecortada por visitas al ganado, el apuntalamiento de un techo durante las tormentas, o por los aullidos inquietos de los perros, apenas deja tiempo para los retozos. Los sitios para el amor están en los campos,

** Este refrán y los que siguen se han traducido literalmente. [T.]

en los bosques, en las hacinas, o —durante las horas de siesta— en los graneros, donde las parejas pueden encontrarse y amarse con discreción. Respecto de los modos de los habitantes de la ciudad de pasarse el tiempo llamándose con palabras tiernas, esto parece "un tanto necio" para Emile Guillaumin, viejo aparcero para quien "en el campo, si nos habláramos así entre esposos, todos se reirían. En el fondo, tal vez nos queramos tanto como ellos, pero nunca nos prodigamos palabras cariñosas". La "amante" y "su dueño" no por eso ignoraban la suavidad de la profundidad de las camas bretonas...

## La religión del lino

Supersticiones, milagros o martirios que salpican la leyenda dorada de los santos del tejido son, según el folclorista Claude Gaignebet, "otros tantos *membra disjecta* de una religión que tomaba del ademán cotidiano de la hilandera la certeza de un vínculo con el más allá". La actitud popular respecto de los cordeleros y de los agramadores de cáñamo e incluso de los tejedores es una mezcla de temor y de respeto. Estas personas que fabrican sogas y saben hacer nudos y lazos son, por excelencia, seres cuya magia se riñe con lo religioso. El 25 de enero, integrado en el ciclo de Carnaval, día de la conversión de San Pablo en el calendario cristiano, es el Día del Cordelero. En esa época en que las almas circulan entre los mundos "pasibles" e "impasibles", en que se produce la relación entre dioses y hombres, tradicionalmente se quemaban los restos de *agramiza*, parte leñosa del cáñamo sin su hilaza. Por entonces, el trabajo del tejido debía estar terminado, y llegaba el momento de limpiar las tramas las noches en vela. Estos trabajos se hacían a menudo en casas de velada situadas en sitios apartados de la aldea, y consistían en extraer las fibras de los tallos del cáñamo o de lino y en hilarlos. Por último se vaciaba la casa de los desechos, con los que se hacía una gran fogata, en torno de la cual se bailaba dando gritos y levantando las rodillas lo más alto posible para ayudar al cáñamo y al lino a crecer y a dar largas fibras. Gracias al humo del cáñamo, en esa ocasión se batían récords de salto y agilidad insospechables...

En Valonia, las mujeres bailaban al sol el Día de la Candelaria por la misma razón, y en algunas regiones, apunta Gaignebet, se vestían de blanco y patinaban a lo largo de las laderas, ritos de magia homeopática, para que el lino fuera muy blanco y liso. Sembrar lino implicaba asimismo cierta cantidad de ritos, como en la región de Metz: el sembrador debía sentarse antes de sembrar, y sacudir y echar el delantal al aire después de la siembra. Paul Sébillot refiere un proverbio que dice: "Antes de sembrar tu lino, envía a tu mujer [a los campos] de rodillas; si las rodillas se hinchan, estate seguro de tener un excelente lino".

En la Edad Media, el apartamiento de los cordeleros en aldeas, aisladas, entre las poblaciones consideradas de origen leproso, los *santurrones*, de-

muestra la desconfianza que inspiraban estos hombres de "vínculos". El paralelo con la lepra hace referencia a la técnica de estos especialistas de la separación del alma y del cuerpo: tomar una planta viva, matarla cortándola, ponerla como a un cuerpo a pudrirse en una fosa dispuesta para permitir que las fibras se disocien del conjunto que las contiene es algo que, en efecto, se asemeja mucho a la acción de la lepra. Respecto de la religión, de *religio*, enlazar, ¿acaso no se opera mediante una inversión necesaria una conversión, de la cual San Pablo, literalmente "derribado", es el vivo ejemplo? La religión, tecnología de la torsión y filosofía del cordelero que fabrica lazos con fibras que él tuerce, resurge cuando el iniciado declara que todo lazo "sin convertir" no podría presentar la menor resistencia. Ver la torsión de la cuerda como la imagen de un vínculo helicoidal entre los hombres y Dios, como un espiral aspirante, ascensión serpenteante y a la vez convergente, impulsó a estos hombres salvajes aislados del mundo, apartados como estuvo Jesús, a hacer de San Pablo el patrono de los cordeleros y de la industria del cáñamo.

El carnaval, tiempo mágica y tecnológicamente culminante para el cáñamo, el lino, el hilado, la cuerda y todas las técnicas de transformación de las fibras vegetales y animales acerca de las cuales sería fácil hablar de martirio, también es el tiempo de los tejedores y de los cardadores. Los tejedores, protegidos por San Blas (el 3 de febrero, al día siguiente de la Purificación de la Virgen), y reunidos en cofradías, así como los cordeleros-leprosos, parecen haber desempeñado un notable papel en la transmisión de cierto saber iniciático. Ya Plinio revelaba relaciones entre las técnicas de la lana y la magia; al evocar en su *Historia natural* (XIX, 8-9) que en la familia Serranus (el raño es un peine que sirve para cardar la lana) existían entredichos referentes al hilado, al tejido y a cualquier otro contacto con lo textil, señala que "las mujeres no llevan ropas de lino", y, hecho que le parece extraño, que "en Germania, ellas son quienes trabajan el lino en fosas y subterráneos". Estos cuartos subterráneos en realidad tienen una razón técnica: sólo se trabaja bien la lana y el hilo, por lo general, en una atmósfera húmeda, lo que explica los *Spinnetube*, baños de hilado de la Alemania medieval, donde las mujeres aprovechaban los vapores ambientes para trabajar la lana.

San Blas, patrono de los pañeros borgoñones, tal como se lo representa en un vitral del siglo XV en Semur-en-Auxois, tiene en la mano una *lanzadera*, cuna donde el dios-hilo, enroscado, descansa y duerme. La lanzadera, torta ceremonial en Marsella, se hace bendecir con cirios verdes cerca del pozo de San Blas, en la cripta de la abadía de San Víctor, en la mañana del 2 de febrero, no muy lejos de La Canebière, sitio tradicional del trabajo del cáñamo: la lana se reunió con el lino y las mantas con las sábanas...

## La domesticación de las sábanas

La tela "caliente" y la tela "fresca", de acuerdo con las estaciones y los individuos, brindaban la comodidad de las noches. El empleo y la elección de

las *telas* —que llamamos *sábanas* [*draps*] desde el siglo XVII aunque no sean de paño y en algunas regiones aún se las denominaba *leso, leu swol, losé*, en otros términos *linceul*, del latín *linteum*, "tela de lino" (*véase* Roma)— datan de fines del siglo XIV, época en la cual se produjo, asimismo, la vulgarización de la camisa. Desde los abrigos de piel paleolíticos hasta las fibras industriales, el hombre nunca se ha interesado en los animales y en las plantas, fuera del aspecto alimentario, sino conforme la morfología de sus fibras, que determina la amplitud y la voluminosidad necesarias para el almacenamiento del aire. La capacidad de fijación del agua atmosférica que libera o recobra calor y, más recientemente, la composición química que permite la fijación de las materias colorantes, la débil conductibilidad térmica y la resistencia biológica, características que dependen de la estructura muy peculiar de la materia constitutiva de las fibras, le llaman la atención.

Es muy probable que el hombre haya tenido la idea de tejer tallos vegetales al observar la construcción de los nidos de pájaros o de las telarañas antes de aprender a fabricar hilos partiendo de las plantas silvestres. El lino, el cáñamo, el ramio y el yute, según las comarcas, proporcionaron tallos flexibles y resistentes para las técnicas de la cestería y del tejido en razón de sus propiedades intrínsecas. Igualmente se van aprendiendo las posibilidades de enriamiento de estos tallos vegetales, podredumbre aprovechada que permite extraer filamentos más blandos y más resistentes, por observación o por accidente, al frecuentar terrenos pantanosos o al chapotear en los charcos...

Los inventos, tal como señala André Haudricourt en *Les pieds sur terre* [*Los pies sobre la tierra*] no son sino imitaciones frustradas, imitaciones que no resultaron fieles al modelo original por razones voluntarias o involuntarias, y que abren la posibilidad de otras experiencias y de otros resultados superiores a los anteriores.

La primacía del lino como materia prima vegetal de uso textil pudo ser consecuencia de su gran blancura y del simbolismo de pureza que evoca en el hombre. La invención de la hilandería, que consiste en poner paralelas las fibras o los filamentos y en retorcerlos para aumentar la resistencia del conjunto, además de la revolución tecnológica que desató, al menos igual a la de la rueda (jarcias, redes para pescar, coyes de la época neolítica encontrados en las ciudades lacustres de las orillas del lago Lemán), engendró tradicionales religiosas y legendarias sin las cuales no podríamos dormir.

## Marcas rojas

Si bien en la Edad Media las mujeres tenían la rueca, en el siglo XIX "la labor" no les faltaba nunca; "tener ocupados los dedos", "sentada y tranquila", era lo propio de una muchacha bien educada, y prepararse el ajuar, una actividad natural. La "marquette", obra maestra bordada en "punto cruz", desde la salida del colegio de niñas, está estrechamente ligada con la elabora-

ción del ajuar: *marcar* la ropa blanca y numerar las sábanas para aparearlas como "sábana bajera" y "sábana encimera", así como para contabilizarlas, trabajo en el que se iniciababan inmediatamente después de su primera comunión, es un arte fundamental que apenas requiere dones especiales. Los manuales de costura definen la manera de hacer el inicialado indicando que las sábanas se marcan, por lo general, en medio del embozo, aproximadamente a treinta centímetros del ribete. Para una pareja, las letras serán las iniciales de los dos patronímicos; la altura puede variar según la decoración que las acompaña, de seis a doce centímetros. Estas cifras se ejecutan en "punto realce", como "punto arenoso", a veces mezclados también con rejas y calados.

El bordado, en cambio, considerado una labor difícil, exige tiempo y paciencia; como refinamiento ornamental manifiesta una condición social de "burguesa", que tiene el tiempo libre suficiente como para dedicarse a él. Hay que añadir a esto que el bordado sólo puede efectuarse en tejidos de hilo (lino) y no en telas de cáñamo, rígidas y pesadas, que constituían el ajuar de las menos ricas.

Marcar con hilo rojo las sábanas blancas matrimoniales en el orillo, y de un modo discreto, o —por el contrario— de una manera llamativa con letras grandes tomadas de un abecedario de moda, hacer una flor, un friso de hiedra, una hortensia, un naranjo en una maceta, un racimo de uvas o dos palomas que se picotean, mientras se piensa en el príncipe azul, así como poner una hoja de diente de león bajo la almohada para adivinar al futuro marido, todo, si no era hacerse la cama, al menos era preparársela liberalmente.

De ahí a imaginarse qué podía ocurrir en la cama había sólo un paso que las costureras, especialistas en hebras bonitas y en pinchazos de alfileres, no vacilaban en dar. Modos de hablar, modos de actuar: las niñas se pinchan el dedo, el día de su casamiento son coronadas con horquillas y, en su ajuar, han marcado su destino con hilo rojo, aun cuando "sea sobre un trozo de tela y no directamente sobre el cuerpo", según señala Ivonne Verdier. "La sociedad hace inscribir aquí la marca de la sangre. Estamos en una civilización 'vestida', y la 'marca' se imprime en la ropa, en tela, lo que nos obliga a pensar que lo que verdaderamente pone de manifiesto lo fundamental del papel de la costurera es el término 'traje' [...]. Los grandes acontecimientos de la vida se acompañan con distintos trajes: el del recién nacido, el del muerto, el de la novia; cada uno tiene su atributo textil: el pañal, la mortaja, la 'marquette', el distintivo o marca de nupcias".

Así como la Bella Durmiente del bosque, jovencita que se pincha el dedo el "día que cumple quince años" para quedarse adormecida por cien años, protegida por un seto de espinas convertido en flores y que se abre por sí mismo delante del Príncipe Azul, la jovencita llegará al cuarto matrimonial preparada en secreto desde hace tantos años.

## Casas con estufa

La búsqueda del calor aparece como la trama constante en todo sistema creativo de comodidad. Ante la inercia del sueño, las regiones más frías fueron las primeras en impulsar al hombre a inventarse lechos monumentales y a habilitar en sus casas habitaciones especiales destinadas al descanso.

En Noruega, los lechos, en otro tiempo, eran una especie de banquetas cortas, angostas y superpuestas en una alacena, y que obligaban a sus usuarios a dormir acurrucados para tener más calor. El espacio de la cama noruega constituía un rincón cálido tan encerrado que servía a la vez como sótano donde se procesaba el queso... En Noruega septentrional y en Islandia se emplearon primero los espesos plumones, que los hombres amontonaban por debajo y por encima de sí en una cama profunda, artísticamente decorada con herrajes en la parte externa y a la cual se subían ayudándose con una especie de escabel también labrado. El uso del edredón o *éderdon* (1700), en islandés *aedardun*, plumón de eider, muestra el inicio de una semidomesticación de esos pájaros que viven en las orillas del norte de Europa, cuya técnica aparece comúnmente representada en la imaginería popular. En ella se ve una pequeña cabaña de pescadores, una barca dada vuelta bajo la cual los patos de flojel llegaban para anidar y ser alimentados por el hombre, a cambio de lo cual les sacaba un poco de plumas para rellenar sus colchones (*duvet* [1310] es una alteración de *dumet*, del francés antiguo *dun*, a su vez del escandinavo *dunn*). "Es el espectáculo más conmovedor, escribía Michelet, ver al pájaro del edredón, el eider, arrancarse el plumón para acostar y cubrir a su cría". Señalemos, de paso, que la expresión francesa "faire l'édredon", tal vez inspirada en el espectáculo que Michelet no describe hasta el final, significa "desvalijar al cliente"...

En Suecia central, en Dalecarlia (*Dalarna*, en sueco), la civilización campesina llegó muy pronto a un extraordinario grado de refinamiento y afición a la comodidad; junto a enormes chimeneas de baldosas de piedra, la gente más acomodada instalaba gigantescas estufas de loza, de donde salían tubos que calentaban en circuito cerrado dos o tres ambientes de puertas bajas para conservar en ellos el calor benéfico. Cada cuarto tenía su cama, sobre la que se amontonaban los colchones de pluma. El papel y la eficacia de la calefacción mediante radiación en estas sociedades nórdicas, que se podrían llamar "de estufas", condicionaron y siguen condicionando la cama hasta el sur de Alemania. En Finlandia, los hombres y los niños acostumbraban dormir en anchas tablas de separación de las cuadras de la estufa de loza. En la gran Rusia, la *isba* (contracción de *itsuba*) proviene del escandinavo *stove*, "estufa", original sistema de calefacción que consiste en echar agua sobre piedras candentes que se encontraban en la *pörte* finlandesa, casa de madera herméticamente cerrada donde los habitantes vivían desnudos. La familia, en la isba, dormía en torno del horno de ladrillos, equivalente de un palio cerrado, y llenaba de cuentos populares, como la "baba Yaga de la

pierna de hueso, todos los rinconcitos de la estufa, con la nariz clavada en el techo".

Lo cierto es que la "casa de estufa", uno de los medios de calentarse sin encender el fuego en viviendas hechas totalmente de madera conoció una expansión hacia el este, a fines de la Antigüedad. El *pec* de Polonia, con las viguetas de cerámica; el *kemence* húngaro, con el ancho borde superior de tierra apisonada; el *Offenbank* alemán, todas estufas centrales, banquetas y lechos de calefacción de Europa continental, a los cuales se puede añadir el *K'ang* de China septentrional, eran sistemas de calefacción por radiación continua que permitieron y siguen permitendo a una parte de los habitantes del planeta poder dormir, durante las heladas, en un mínimo de comodidad.

## Camas bretonas

Las *camas bretonas* populares (en oposición a las camas de lujo, generalizadas en la alta sociedad europea desde fines de la Edad Media) eran comunes en la campiña francesa del siglo XIX. Pierre Deffontaines propone, en cuanto a las camas cerradas bretonas, el mismo origen que en Noruega: "casetas de los barcos de pescadores del Norte en las que se buscaba protección contra la humedad fría"; este tipo de lecho, cuyos indicios ya se encuentran desde el siglo XVII, se habrá de imponer en toda la baja Bretaña hasta casi 1900 y aun poco después, si creemos en la inimitable descripción que hizo Pierre Jakez Hélias de ese pequeño buque en tierra, al que su madre mantenía como un grumete minucioso: "No escatima la cera ni el trapo suave. El castaño claro que tira al rojo brilla con todas sus fibras. Está enriquecido con clavos de cobre hábilmente dispuestos para encender la leña sin ofuscarlo. Mi madre lustra los clavos cada sábado, sin falta. En una lata redonda guarda con cuidado una cera de su fabricación. Con el índice toma un poco de esta mezcla, que pasa en todos los clavos de cada mueble antes de pasarles el trapo de lana, y cuenta los clavos a medida que brillan, a tal punto que no se sentía desfallecer. Conoce con exactitud su cantidad."

Si bien ciertos lechos cerrados con otro nivel podrían abrigar a cuatro personas, era más corriente que se sucedieran dos o tres camas cerradas por puertas correderas; a estas camas se las decoraba de distinta manera según las regiones. "La apariencia de la cama bretona, apunta Hélias, es la viva imagen del destino del hombre. La parte central, entre las correderas de las puertas, representa el mundo inferior (*ar bed-man*), aquel en que los hombres padecen (la cama les absorbe el cansancio) y donde aseguran su descendencia detrás de las tres letras IHS y el Sagrado Corazón esculpidos en las puertas. Abajo, la parte oculta por el banco se denomina Infierno (*an Ivern*) en razón de la oscuridad reinante entre las cuatro patas de madera apenas labrada, sin el menor ornamento. Arriba, una cornisa de columnitas toma el nombre de

Paraíso (*ar Baradoz*), con santa Ana o la Virgen, en loza de Quimper erigida bajo una arcada entre dos husos. El Paraíso y el mundo inferior están tachonados con cobre, en abundancia, y bruñidos como corresponde, ¡qué tanto!".

Esta cama, obra maestra del mobiliario y ciudadela inviolable de la vida íntima de las personas, "por sí sola es un pequeño departamento privado. Cuando el que duerme ya está adentro y ha cerrado las dos puertas correderas, está en su casa. Conozco una granja cuya sala común alinea tres de estas camas bretonas. La primera es la del dueño y la dueña; en la segunda duermen la hija y la sirvienta; la tercera abriga, mal que bien, a tres varones hasta que el mayor vaya a reunirse en la cuadra con los dos criados y el hermano mayor. Hombres y mujeres, amos y domésticos, pueden convivir, pues, en la misma habitación con el mínimo de promiscuidad, lo cual no es posible con camas abiertas. Para entrar en la cama bretona, de rodillas y con la cabeza hacia adelante, hay que dejarse el vestido o el pantalón. Con las puertas cerradas, uno acaba de desvestirse adentro y, al terminar, el pantalón o el vestido se doblan sobre la cornisa del lecho. Las camisas de dormir no se conocen. Se duerme sobre un somier de reamas y jergones de cascabillo de avena. La caja no es lo suficientemente larga como para que un adulto pueda extenderse por completo, de manera que descansa entre sentado y acostado, en sábanas de cáñamo, bajo un edredón lleno de ese mismo cascabillo de los jergones y las almohadas. Pero ya hablamos de cobertores de plumas. Sin embargo se habrá de esperar un poco antes de arriesgarse a semejante cambio. Esta pluma tan liviana, ¿conserva el calor tanto como el cascabillo? Cálida o fría, la pluma vencerá puesto que los sabihondos la han adoptado.

"Yo, que comparto la cama bretona de mi abuelo, creo que nada valdrá jamás lo que este armario para dormir. Allí uno se siente protegido, lo cual no sucede con las camas abiertas, como las de los los liceos, donde desnudo me sentiría expuesto por mucho tiempo, a toda clase de peligros.

"Por eso algunas camas se pueden cerrar desde adentro gracias a un sólido gancho. Cuando está puesto, el ocupante está en condiciones de mantener un cerco.

"El inconveniente de la cama bretona es que no es fácil poner orden en ella, dado que no se puede girar a su alrededor, está colocada entre otros muebles u ocupa un rincón."

Pierre Jakez Hélias no menciona las camas de rocada con columnas torneadas, con frente y cabecera iguales, con cuja escotada, camas características de la comarca de Rennes que se instalaban en los rincones de las habitaciones y reemplazaron a las camas bretonas y semicerradas, desde que los sistemas de calefacción produjeron adelantos. El Dr. de Wesphalen, en su *Petit dictionnaire des traditions populaires messines* [*Pequeño diccionario de las tradiciones populares de Metz*], muestra con claridad el modo como se difundió el gusto por el mobiliario distinguido en la campiña: "Sobreviene la Revolución; el campesino lorenés compra con asignados desvalorizados los predios de los conventos y de los nobles. Los muebles de éstos se esparcen, y

al mismo tiempo que dan a los aldeanos las ideas de la comodidad, proporcionan modelos de estilo a los artesanos [...]. Con mucha imaginación y fantasía propagan decoraciones variadas [...] tomadas de la flora y de la fauna, incluso de los papeles oficiales..."Al crear las camas, los carpinteros las hacían a medida, según el dinero de los clientes y según las modas ya implantadas en los lugares enriquecidos con las influencias vecinas. Entre estas modas, más vinculadas con la cama que con el estilo, el empleo del jergón, de un colchón de lana, de una sábana y de un edredón, "que no cuesta nada cuando se toman [las plumas] de las ocas", data, junto con las almohadas individuales (a las que el engrudo, que servía para almidonar la tela e impedir que el flojel la atravesara, volvía amarillas), y las mantas de lana de algodón, de los años 1840-1848. Los colchones, para los que la lana y la fibra vegetal (producida sobre todo por la industria norafricana), así como la cerda animal, son caros, y sólo se habrán de desarrollar en el mundo campesino después de la Primera Guerra Mundial.

Junto con los médicos, Julio Renard se conmueve por el "sueño estofado de los campesinos": "Duermen en una cama de plumas como en dos nidos separados; respiran y sudan [...] y duermen 40 años en el mismo colchón de plumas sin cambiarlo, incluso sin moverle la pluma". "Durante ocho meses del año, pondera Labit en su *Topographie médicale du département de la Nièvre* [*Topografía médica del departamento de Nièvre*], los hombres se levantan a las tres de la mañana, bañados en sudor, dejando una cama con colchón de plumas, sobrecargada de plumones y mantas, rodeada de gruesas cortinas cuidadosamente calafateadas, y concurren [...] a inspeccionar el ganado a los prados inundados de niebla..." Tal vez traumados por la cacería tan urbana del aire viciado y de los vapores mefíticos, ambos autores aparentan ignorar que las cortinas de "poulangis", que consideran asfixiantes, desaparecieron entre 1850 y 1870, y que a los colchones de plumas se los desencalla regularmente: a las ocas y a las patas se las despoja del flojee dos o tres veces al año, cuando la pluma está madura y se desprende sola. También parecen olvidar que los campesinos, tanto como ellos, están atentos a la comodidad del dormitorio, y que si bien los hornillos móviles del tipo de los *braseros* y de la *chimenea sarracena*, o chimenea calórica radiante, durante mucho tiempo fueron objeto de las descripciones miserabilistas de las casuchas campesinas, el siglo XIX, respecto de esto, hizo muchos adelantos.

## La chimenea

La "casa con hogar en la pared", en la Edad Media, conoció una expansión hacia el oeste, inversa a la del tipo de la "casa con estufa". La *kuta* o *kota* finlandesa, simple choza de ramas y musgo, sin ventanas ni chimenea, tal vez sea el origen del medio alto alemán *Hütte*, primitivamente una fragua, que entre los franceses dio —además de la *hutte* [choza]—, la *hotte* [campa-

na] de las chimeneas, lo que quizás explicaría el uso de la plancha de hierro colado entre el hogar y la pared, señala A. G. Haudricourt, que no parece anterior a la aparición de los altos hornos (siglo XIII). La plancha de chimenea, también llamada *taca*, parece remontarse al siglo XV. Se pensó que la taca se hallaba primitivamente en el centro del hogar, para impedir la calcinación de la pared más expuesta a las llamas de la chimenea. Ahora bien, en las viviendas antiguas, la chimenea se hallaba sólo contra el aguilón, ocupaba todo el ancho de la cocina, y la taca se alzaba no en medio de la chimenea detrás de los llares, sino contra una de las paredes laterales. En realidad rellenaba una abertura practicada en el tabique que separaba la cocina de lo que se llamaba el *buen cuarto*. La taca, cuyo lado llano estaba vuelto hacia el hogar de la chimenea de la cocina, y la parte decorada hacia el dormitorio, a la manera de la puerta de un alto horno, en realidad sería de radiador. Después, apunta el Dr. de Wesphalen, para calentar mejor el buen cuarto, la chimenea se alejó del aguilón para adosarse al tabique, y la taca, entonces, fue a colocarse en medio del hogar. Por otro lado, la abertura se ensanchó poco a poco hasta formar un amplio vano enmarcado por largueros de madera; luego, por puertas que —en la comarca de Metz— dieron el *aumare è tèque*, armario de taca (armario calorífico en el que los campesinos acabaron por instalar estantes para apoyar jarros de leche y "batir la nata", mientras que los burgueses hacían con ella un calientaplatos. Pero la taca, al no calentar lo suficiente el buen cuarto porque el hogar, pese a todo, quedaba alejado, el armario de taca fue reemplazado por un *horno de tacas*, cuya originalidad consiste en que esta estufa se cargaba partiendo de la cocina y directamente debajo de una o varias planchas superpuestas y laterales. Cuando aparecieron las grandes estufas de hierro colado, el horno de tacas y la taca misma se convirtieron uno, en alacena, y la otra en hornacina, donde gracias al calor ambiente se guardaron de nuevo los jarros de leche para hacerla cuajar. La lazada estaba ensortijada; las camas se podían destapar; los dormitorios se volvían tolerables, y la comodidad había incitado al Oeste a mirar hacia el este.

### Odiosos despertares

Se suele decir que durante mucho tiempo el mundo rural se complació en llegar tarde a las aglomeraciones; sucede que el tiempo horario tiene poco ascendiente sobre el tiempo natural, y no tiene la fuerza suficiente para imponerse como referencia. Las estaciones, la salida y la puesta del sol y la tarea que se ha de realizar miden la duración del trabajo, y no el reloj; las faenas del campo se imponen de un modo desigual: intensísimas en verano, en invierno se reducen y, junto con ellas, el tiempo de descanso se limita o se alarga. Frente a esto, la ciudad eleva el tiempo a exigencia social e inventa, paralelamente al tiempo laboral, la idea del no trabajo, y mide a uno y a otro con minuciosidad. Marcar el tiempo según una medida horaria y organizarlo

en momentos funcionales bien diferenciados es dominarlo y, para nosotros —asalariados que ya no tenemos tiempo, o, más bien que le hemos dado un valor comercial—, los relojeros inventaron un instrumento responsable y terrorífico: el despertador.

Gracias al colegio, sacados de la cama desde nuestra más tierna infancia por un timbre desgarrador, ya no sabemos lo que es no levantarnos a la hora fijada, y hoy seríamos muy incapaces de repetir lo que hacían los sibaritas: alejar a los gallos y a los ruidosos artesanos de la ciudad por temor a que los despertaran... El hombre de la ciudad, sordo a los pájaros despertadores, desde hace mucho tiempo se ha ido inventando medios más o menos ingeniosos para paliar el olvido del sueño. La clepsidra y el gnomón, que ya existían en el Egipto faraónico, si bien marcaban las doce horas de la noche y las del día, que iban desde "la derrota de los enemigos de Ra" a "la que ve la belleza de Ra" hasta antes de "la brillante", no obstante no despertaban al que dormía. Hubo que esperar a Roma y a sus *horologia ex aqua* que describe Vitruvio, relojes de agua provistos de flotadores automáticos que, en cada cambio de hora, lanzaban al aire guijas o huevos, o bien emitían silbidos de alarma para que el hombre se despertara mecánicamente... Esto no impide que Séneca apunte que era más fácil en Roma reconociliar a los filósofos que hacer concordar los relojes entre sí. La *vela despertador*, usada en sus comienzos en los conventos, parece haber tenido más éxito: una cuerda pasada a través de la base de una vela sujeta un peso. La candela acaba de consumirse y la cuerdecilla se incendia, se rompe y el peso, al caer, resuena sobre una copa de metal; el bedel, por lo general un fraile, entonces se despierta y va a tocar a maitines. Otra solución, la que Anthony Burgess dice que empleó en su infancia, en el norte de Inglaterra: darle medio penique por semana a un "despertador", *knocker up*, que llega a la hora fijada a golpear a la ventana con un largo bastón; o bien, atar una piola al dedo gordo y dejarla colgar de la ventana con una etiqueta; basta, pues, tirar de ella con suavidad para despertar al que duerme a la hora requerida. En lo que se refiere a los despertadores colectivos, el tambor o el clarín nunca han impedido a los colegiales y a los soldados, acostumbrados a los ruidos más incongruentes, seguir durmiendo. No: despertarse "es un problema muy delicado", me confió un día un padre capuchino en la desembocadura del Amazonas; "sí, muy delicado...". Hacía hincapié en la dificultad de retomar una actividad después del sueño, entrecortado por los monos aulladores, los loros avisadores; al menos es lo que creía entender antes que su hamaca se lo volviera a engullir...

El verdadero *despertador*, péndulo provisto de un timbre que despierta a la hora en la que se ha colocado la aguja correspondiente, data de 1440 y se atribuye a un francés, aun cuando desde el siglo XIV, en *La novela de la rosa* (1305), se menciona el *oriloge*. Lawrence Wright, en *Warm and snug (Tibio y confortable)*, refiere que el matemático Thomas Allen, nacido en 1542, poseía un reloj que un día se olvidó en el dormitorio; la criada, que llegaba para hacer la cama, oyó el tictac, creyó que en el objeto habitaba el diablo y lo

tiró por la ventana. En realidad, desde el siglo XVII, los *relojes de pared*, que suenan cada hora, se multiplicaron y dieron lugar, en 1752, a los *relojes con carillón*. La gente del siglo XVII y del XVIII se pirraba por los péndulos: ¿acaso no dicen que Luis XIII tenía pasión por los despertadores y que no se movía sin llevar varios consigo? Los acomodaba en su mesa de noche y pasaba parte de la noche ajustándolos unos a otros y no podía soportar que no estuvieran todos a la misma hora. Luis XIV, así como la corte, heredó las aficiones de su padre; no podía dormirse sin oír las pulsaciones de su reloj de su mesa y, como hombre progresista, le gustaba que el timbre lo despertara.

Con el desarrollo de los relojes de pared y los horarios obligados, el tiempo cobró un nuevo valor y el temor a un retraso estimuló a los hombres a refinarse el suplicio: era menester leer la hora en plena noche. Musy, relojero de París, en 1762 fabricó una lamparilla de noche que, además de dar una luz difusa, podía despertar a un enfermo para que tomara sus medicamentos. Un modelo mejorado de 1768 incluso permitía mantener caliente una taza de sopa. Más elaborado, aunque un tanto salvaje, es el invento de 1781 del marsellés Morgues, de un reloj que a la vez que sonaba un disparo a la hora exigida encendía una vela. Doy mi preferencia, si es que se la puede tener con alguno de estos crueles aparatos, el ingenioso sistema de R. W. Savage, que en 1851 perfeccionó, en el Crystal Palace, el *alarum bedstead*, somier despertador que tenía como consecuencia, en caso de que el timbre no hubiera sido suficiente, acelerar el despertar tirando de las sábanas; si aun este tratamiento no bastaba, volcaba a cuarenta y cinco grados y expulsaba al que dormía. Una variante más suave de este somier irascible se presentó en la Feria de Leipzig: luego de tres timbres, uno más fuerte que otro y sin resultado, un brazo mecánico sacaba el gorro de dormir al dormido, mientras otro brazo le esgrimía un cartel que le notificaba que ya era hora de levantarse. En última instancia, el somier tiraba al suelo al rebelde, a la vez que un tercer brazo articulado le mostraba una taza de café conservada al calor sobre la lamparilla de noche. Con el despertador telefónico, cuya violencia no tiene igual, uno de los dispositivos más traumáticos sigue siendo el despertador móvil, antiguo despertador de hojalata con doble campanilla, que, desde que se pone en funcionamiento, patalea y resbala en el mármol de la chimenea, a riesgo de caerse al suelo y romperse en mil pedazos (de tan mala calidad que tiene), si uno no interviene inmediatamente para sedar la crisis... Es así como nos encontramos de pie, un poco alelados y maravillados, una vez más, por haber evitado perder ese tiempo del que dicen que es oro...

# II

# HORIZONTAL

# 7

# Alcobas de hoy

*¡Maldito el padre de la esposa del herrero que forjó el hierro con el destral con el que el leñador derribó el roble con el cual se esculpió la cama donde engendraron al bisabuelo del hombre que condujo el auto en el que tu madre se encontró con tu padre!*
Robert Desnos

Armar una historia de la parte dormida o soñolienta de la humanidad no me ha resultado nada fácil, dado que no han sido tan corrientes los testimonios de quienes durmieron durante algunos milenios que nos precedieron ... Preparar una etnología de los dormitorios y de las camas en las que ya he pasado algo más de diez años de mi vida apenas me parece más cómodo, puesto que como usted he dormido, como usted he soñado y hecho muchas cosas...

*La cama arremete contra sus rieles de miel azul*
*liberando en transparencia a los animales de la escultura medieval*
*[...] la cama se salta un semáforo; no es más que uno de los tarros de peces de colores*
*lucha con rapidez con el cambiante cielo*
*nada en común, ya sabes, con el insignificante ferrocarril que se enrosca en la Córdoba de México para que nos cansemos de descubrir...*
*No: la cama de locas horas no se limita a desplegar la seda de los lugares y de los días incomparables*
*es el oficio en que se mezclan los ciclos de los que brota lo que se adivina con el nombre de música celestial*
*la cama se salta un semáforo; no es más que uno de los tarros de peces de colores*

*y cuando explora silbando el túnel carnal,*
*los muros se separan, el viejo oro en polvo para dejar de ver*
*se levanta de los registros civiles*
*en resumen, todo se reanuda con el movimiento del mar*
*no: la cama de locas hebras no se limita a desplegar la*
*seda de los lugares y de los días incomparables.*

Al cuidado de *Fata Morgana* y siguiendo a Andrés Breton *Por el camino de San Romano*, aprendí que "la poesía, como el amor, se hace en la cama" y que "sus sábanas deshechas son la aurora de las cosas".

Así como él, como usted, conocí los sueños livianos empolvados de estrellas; conocí los sueños cortados de los transportes colectivos; los musicales de los dormitorios comunes del liceo; sueños de plomo al regresar del campo; sueños agitados de enloquecidas urbes; los húmedos y envolventes de la selva amazónica; los sueños hinchados al volver de las tabernas muniquesas; los sueños llenos de mosquitos de la tundra lapona y, los más menesterosos, de las reservas indígenas... Hoy me despierto y nada: no sé nada del sueño de los demás; como a los científicos desconcertados, los sueños se niegan a revelarme su secreto. Mis veladas se suceden, pero el campo, siempre que puede, esquiva mis sentidos.

## Dormir es una técnica

Suelo practicar y refinar mi "técnica de dormir", acto tradicional por excelencia, que mis padres me transmitieron según la tradición; para repetir las palabras de Marcel Mauss, es una técnica corporal —"el primero y el más natural instrumento del hombre"— de la cual tomé las instrucciones para el uso de la educación que recibí, de la sociedad en la que vivo y del puesto que en ella ocupo.

Por las noches, preparado para imitar a los que me rodeaban, fui adquiriendo prácticas de descanso, de acostarse y de dormir especiales, que me diferencian de las mujeres y de los hombres de esos lejanos lugares que he podido frecuentar. Dormir en una cama, en una estera o en un coy; estar habituado a la almohada blanda, dura o no tenerla; dormir tapado o destapado, son todas prácticas que, al mismo tiempo, son técnicas corporales, profundas en repercusiones y en consecuencias biológicas. Necesitamos descansar, tanto como comer y respirar, a riesgo de "caernos de sueño", a menos que podamos "dormir —como dice Mauss, que asegura haber practicado alpinismo en su juventud para 'educarse la sangre fría'— de pie en el menor rellano, al borde del precipicio". Después de todo, el Africa del Nilo y una parte de la región de Chad, hasta el lago Tanganika, está poblado de hombres que en el campo se ponen como zancudas, apoyados o no en garrochas, para descansar; estas posturas se adquieren y se adaptan a su función de pastores-centinelas en la sabana.

En virtud de la necesaria armonía entre la forma de nuestro descanso y la de nuestras casas hemos inventado espacios y los hemos animado con la precisión de nuestros movimientos cotidianos. Cada uno según su costumbre —*habitus* que varía con las civilizaciones, las sociedades, los tipos de educación, las conveniencias, las modas y el prestigio—, moviéndose, trabajando, caminando o aun inmóvil, de pie, sentado o tendido en sitios construidos teóricamente a nuestra medida, recorre las distancias íntimas que nos vinculan con los seres y las cosas. Cercanos o lejanos, a derecha o a izquierda, adelante o atrás, arriba o abajo, ocupados o libres, conocemos el uso y el puesto de los lugares y de los objetos ajustados según referencias a nuestra civilización. El deseo, segregado desde adentro, de conseguirnos el espacio que creamos, al igual que la ropa que llevamos, los sentimos "demasiado grande o demasiado pequeño".

## Normalización

Los cuartos, nidos dispuestos en medio de nuestras referencias, son los ambientes en que pasamos temporadas interiores constantes y prolongadas. Por desgracia, si bien para Georges Perec estas *Espèces d'espaces* [*Especies de espacios*] bastan para "reanimar, volver a traer y refrescar tanto los recuerdos más anodinos como los más notables", nuestra sociedad moderna se enorgullece de la normalización de todo lo que afecta al hombre. Las normas NF-D 83-101 y 83-102, que definen las "áreas de servicios", dan "las cotas mínimas de volumen y de paso en los ambientes de una vivienda, y las amplitudes mínimas de los pasos en las salidas [...]; la medida 0,60 m aparece como unidad de paso para una persona con las manos libres". ¿Qué hacer? Nuestros sueños se vienen abajo a través de una medida higiénica: "la superficie del dormitorio no deberá ser inferior a 9 $m^2$; podrá tener sólo 2,50 m de altura bajo el techo; la superficie total de la parte que se abre de las ventanas no será inferior a 1/6 de la superficie del ambiente, que deberá estar provisto de un conducto de aireación o de otro medio de ventilación permanente y no calentarse a más de 16 ó 18°C". Resulta difícil juzgar normas de los años cincuenta, cuando se sabe que entonces, en Francia, más de doscientos mil obreros rurales dormían aún en cuadras o establos, y que al terminar la guerra, reinaba la indigencia más que nunca en los emplazamientos urbanos.

Ironías de la vida: los cuartos de baño, los retretes y la calefacción equipan hoy aproximadamente el 60% de los interiores, en Francia, pero el espacio de los dormitorios se ha limitado a 3,70 $m^2$ como promedio, en 1985, casi tres veces menos que hace veinte años. Paradójicamente, sólo el 13,3% de las familias en 1978 se consideraba "mal asentada", contra el 15,2%, en 1973, en proporciones desiguales del 8% en Alsacia y del 18% en Bretaña-Aquitania. En cuanto al porcentaje de familias que deseaban mudarse, éste se sitúa entre el 9% en Lemosín y el 31% en la región parisiense; en el primer

caso tal vez había deseo de cambio, pero había obligación debido a problemas de espacio, de alquiler, de gravamen y de impuestos en el segundo. Las viviendas se encogen como piel de zapa, al hacerse el espacio como el de una cartera y el paisaje, igual al valor de las imágenes de los billetes que contiene. ¿Para qué, entonces, habernos lanzado a lo conyugal, a la familia y a la intimidad, si sólo vemos nuestros cuerpos plegados, apretados, amontonados y humillados en jaulas de hormigón donde lo insoportable compite con la soledad? Quizá sea de tanto haber pensado nuestras vidas como instituciones y reducido a la familia a una simple organización social. Aldous Huxley, al examinar *La situación humana*, advirtió que las instituciones nunca duermen; "viven, por así decir, en un estado de insomnio crónico [...]. De todos modos, lo que tanto la Iglesia como el Estado concuerdan en hacer es en montar esas monstruosas armaduras de cama que son las Cámaras de los Comunes o la abadía de Westminster; lechos que, también, son por supuesto sepulcros".

Nunca el arte y la capacidad de dormir, en el hombre, han sido mejor favorecidas sino por el novelista de origen egipcio Albert Cossery, en *Les fainéants dans la vallée fertile* [*Los holgazanes en el valle fértil*]. Compara la holgazanería (*fainéantise*, 1321, de *fais*, "haces", y *néant*, "nada") con una planta cultivada sumamente escasa y valiosa, y opone al menor de una familia, que intenta trabajar, al mayor, defensor de la tradición familiar y considerado sensato luego de siete años pasados en la cama y de "no levantarse sino para comer e ir al excusado". Otro miembro de la familia incluso renunciará a casarse con la mujer que ama por temor a que ella le turbe "un estado de sueño establecido desde la eternidad" y le propondrá al tío, en su resistencia a cualquier acción, que se haga contratar en la radio para que sus suspiros tengan resonancia mundial.

...El esfuerzo de los hombres por intentar holgazanear, "pereza" que Julio Renard definía como "la costumbre adquirida de descansar antes del cansancio", es titánico. Pero no pararemos de trabajar hasta que no llevemos a cabo la extraordinaria mutación de poder dormir en paz...

## Colchones navegantes

El sueño es más sano cuando permanece consciente del movimiento de la Tierra, del paso de las estrellas y del flujo de los ríos, lo que los higienistas del siglo XIX tal vez comprendían aún más, ya que recomendaban dormir con la cabeza hacia el norte, "orientación favorable al flujo de las corrientes magnéticas". Nietzsche nos advierte: "Dormir no es una pequeña hazaña; hay que permanecer despierto durante todo el día". El día en que en lugar de estudiar el sueño nos pusimos a estudiar la cama fue fatal: el temor dio paso a la admiración, y el confortable adormecimiento de los hombres, a la vigilancia inventiva de los dioses.

Los guarismos se entretienen con agitarnos las ideas: piense que en Francia, bajos los cuerpos cansados, se acumulan sesenta millones de colchones, sin contar los de los hoteles, los hospitales, los liceos y los cuarteles... Son sesenta millones de colchones de los cuales más de la mitad, exactamente el 54%, son de dos plazas. (Lo que, llegado el caso en que de repente Europa se cayera de sueño, permitiría que noventa millones de personas se acostaran en territorio metropolitano...) Como las normas francesas fijan en 90 cm por 200 cm las camas de una plaza, en 140 por 200 las camas matrimoniales y en 10 cm de espesor, como promedio, los colchones, no me atrevo a imaginar la inmensidad del continente mullido que cubre a la Tierra y ahora entiendo mejor por qué tantos ríos, tantas cunetas, tantas aceras y tantos océanos están poblados de esos extraños moluscos vellosos o de esos chatos y gigantes insectos multiespiros con locas antenas amorcilladas.

Estos colchones han señalado al Premio Nobel de Literatura de 1974, Harry Martinson, en sus *Viajes sin objeto*; después de una tempestad atlántica, relata sus encuentros con los colchones oceánicos: "Estamos ahí, dos o tres, en la borda, tratando de adivinar dónde se compró el empalletado, pero antes que nos pusiéramos de acuerdo, había desaparecido en la bruma. Frente a Tobago, en las Pequeñas Antillas, encontré un colchón en perfecto estado. Estaba rodeado de tiburoncitos y tal vez lo habrían echado desde un yate de recreo. Estaba provisto de resortes de ballena legítima, magníficamente estriado; muy seco y limpio, se aproximaba por el mar calmo y soleado. Se hubiera podido dormir encima, tal y como flotaba; daba mucha pena dejarlo: ¿contedría tal vez dinero oculto? Un viejo marinero griego me contó que los pajarillos de mar picotean todas las pulgas de los colchones a la deriva, de manera que, en su opinión, no eran peligrosos. Naturalmente, no está bien; yo jamás saqué del agua un colchón y quizá nunca saque alguno, pero he visto a culis que capturaban colchones con sus bicheros y los ponían a secar al ardiente viento de Colombo. Sin embargo jamás olvidaré la magnífica cama de Cleopatra, que encontré frente a Tobago. No; mi avaricia nunca la olvidará. Colchones. ¡Colchones! Montones de colchones marinos andan rodando por los océanos. Desechados. En cada uno de ellos se ha acostado un ser humano con el corazón lánguido. ¿Nostalgia de la tierra? ¿Nostalgia del mar?".

Si bien el escritor sueco consiguió "entrar en el ardiente infierno de la refrigeración" "en un tosco colchón, en la ciudad de Brujas", el 60% de los franceses ha decidido en 1976 acostarse en colchones de resortes, la espuma sólo seducía al 18% de imprudentes, y la lana, que se perdía en los cimientos de los viejos lechos campesinos, no arrullaba más que al 7% de los aldeanos de más de cincuenta años. El resorte arrullaba a las parejas urbanas de la cuarentena ruborizada; la espuma de estos colchones, de los cuales sólo el 55% conocerá la suavidad de las armaduras de cama y el 37% los simples somiers con patas, a las parejas jóvenes y a los adolescentes.

Antes, la cantidad de colchones acumulados sobre un somier constituía el lujo y la comodidad de la cama. Hoy, la superposición de ambos elemen-

tos, colchón y somier, si bien no es ilógica ya no es una necesidad absoluta. El lenguaje de los consumidores de ropa de cama, forzados por los fabricantes de colchones, se ha independizado no sólo del pudor sino también de lo sagrado que lo rodeaban para hacerse más científico. La *reología* (del griego *rheos*, "corriente"), rama de la mecánica que estudia el comportamiento de la materia de acuerdo con la viscosidad, la elasticidad y la plasticidad, desde el punto de vista de las deformaciones y de las tensiones, demuestra que el cuerpo debe ser sostenido cuando el músculo se relaja y emplea un lenguaje anatómico adaptado que, en adelante, hace poco caso de los tabúes: un colchón es algo que se prueba y se mira por los cuatro costados; su relleno debe responder a "buenas condiciones de suavidad y de deformación momentánea como resultado de la presión, y su elasticidad, tener una suficiente calidad de absorción de los movimientos bruscos y de los pesos pesados, sabiendo que los resortes superbicónicos ensacados compensan la pérdida de flexibilidad de las fibras de la cara sobretérmica y que dormir de espaldas o de costado no presenta las mismas características de los grados de firmeza respecto del mantenimiento de la cabeza, al ser más acentuadas —de perfil— las sinuosidades del cuerpo y, el sitio del hombro, más difícil de colocar..."

La clientela "moderna" quiere un colchón duro que le alivie la columna vertebral, una cama amplia, baja, sana y oreada, para acceder a la posición de dilatación necesaria para una reconstitución: la marca misma del colchón contribuye a resucitarla (el 50% de los franceses nombra su colchón por la marca), justo retorno de la lógica clínica del tálamo, *kliné*, en griego antiguo, que significa "lecho"...

Marcel Noll, uno de los amigos surrealistas de Michel Leiris que viajaba con él en sus *Noches sin noches*, no hizo una industria de su único ejemplar de "colchón de treinta metros de largo que lleva siempre consigo en sus viajes", pero anticipó las estadísticas que en 1986 señalaban que el 42% de las parejas francesas de entre dieciocho y cuarenta y cuatro años prefería dormir en camas anchas, de 150 a 160 cm, anchura en realidad ridícula al lado de la de la cama del poeta, pero menos peligrosa, puesto que su usuario corría el riesgo «de perderse en el largo túnel de las sábanas», aunque menos útil: "Por el camino, este colchón sirve de valija; Noll envuelve su equipaje adentro y ciñe todo con una correa".

## Las ocupaciones en la cama

Los sueños soportados y poblados de colchones con los cuales, en cierto modo, tenemos el mismo tipo de intimidad lastimosa que la que se tiene con un servicial y viejo par de zapatos —se suelen conservar quince años como promedio— no han impedido al 20% de las familias francesas, en 1976, comprarse cuatro millones cien mil piezas nuevas, de las cuales nunca se sabrá en qué sueños cayeron junto con ellas. Las parejas latinas, enfrentadas

con los dramáticos problemas de la territorialidad y de la guerra de los sexos de los roncópatas (el 25% de los hombres ronca, frente al 15% de las mujeres), pese a endémicas ensoñaciones, no llegan a acostumbrarse —como en los países anglosajones— a las camas separadas (el 3% de los que tienen entre 25 y 44 años, y el 4% de los que tienen entre 45 y 59 años, en Francia, sí lo están). Respecto de la cama redonda, "lecho ideal" para muchos, demasiados y valientes precursores han perdido los estribos para que se la instalara de veras en el dormitorio. La cama, por siempre de cuatro puntas, incluso para Georges Perec, "es un espacio rectangular, más largo que ancho, en el cual o sobre el cual uno se acuesta comúnmente en sentido longitudinal". También es un mueble que se vuelve a preparar cada mañana, en menos de tres minutos respecto del 31% de los franceses; el 22%, entre los de más edad, supera los cinco minutos. Quizá sea lo que incitó a un fabricante a designar "Sultan Fast" a uno de sus lechos de ensueño. Aparte de dormir, lo que ante todo hace en la cama el 63% —dentro de cuyo porcentaje, el 84% de las parejas tiene entre veinticinco y cuarenta y cuatro años— es el amor. La lectura ocupa al 53% de los que guardan cama; escuchar música, al 31%; mirar televisión, al 26%; un 24% acepta desafiar las miguitas: tomar el desayuno. La "fonomanía" sólo afecta al 11% de los recostados, el 24% de los cuales tiene entre dieciocho y veinticuatro años y el 14% son mujeres. Por último, cuando usted sepa que al 86% de los franceses, entre ellos el 91% de las mujeres, no le gusta tener los pies fuera de la cama, tal vez vaya a reunirse con el 60% de franceses que todas las noches ven con terror extenderse el reino del colchón de pluma, y manifiestan el deseo de que no es más que una moda, al tiempo que rechazan la idea de que lo funcional predomina definitivamente en los dormitorios, como ya lo ha hecho en los hábitos alimentarios, a riesgo de que un día haya que preguntarse: ¿por qué perder el tiempo durmiendo cuando se podría producir?

## ¿Por qué dormir?

Sí: ¿por qué dormir? Los científicos no nos tranquilizan acerca de ese tema, y el insondable sueño, al cual se empiezan a arrancar algunas migajas de su misterio, se entretiene en recordarnos que nuestros cansancios y nuestras noches son lo que hacemos con ellos y no lo que él hace de ellos. El que de noche cree retirarse como quien no quiere la cosa de la comunidad humana cuando va a recobrar energías a su moderna antitumba, en lugar de abandonarnos se agrega al grupo humano de la urbe que ha vuelto a ser lo que era en un principio: una asociación de dormilones y de dueños de camas. Osar perder la vigilancia, "desinteresarse", como dice Bergson, para el mamífero omnívoro que somos implica que una comunidad, con sus guardias y molosos, vela por él durante las noches y lo deja arrobado en su lecho hipostático. Llegar a que el 13% de los franceses estén cansados de dormir demasiado, por-

centaje casi igual a los afectados de insomnio (en 1981 se contaban cinco millones de insomníacos regulares o no, que consumían cincuenta millones de cajas de hipnóticos), significa que hemos integrado totalmente la idea ecoetológica del "non-danger" o, en términos neurofisiológicos, que hemos aceptado borrar los fenómenos de "excitación del sistema de alerta mediante los telerreceptores" (oído, olfato, etc.).

Dejémosle a Homero la idea de que "el sueño es el hermano gemelo de la muerte", y al siglo XVIII la opinión —ya más cercana a nosotros— de que el cuerpo material soportaba la "muerte periódica" del sueño, mientras que el alma inmaterial se le iba de las manos, para acercarnos a los científicos que hoy están de acuerdo en reconocer que este sueño no es un fenómeno continuo semejante a sí mismo durante toda la noche. El electroencefalograma (EEG), para medir la actividad cerebral; el electrooculograma (EOG) para estudiar los movimientos oculares; el electromiograma (EMG), para registrar la actividad muscular, permitieron descifrar cinco estadios bien diferenciados: el sueño comienza con una fase de adormecimiento acompañada por sueños muy breves, llamado estadio 1 o "sueño lento", seguido por un "sueño liviano". El estadio 3 constituye el "sueño medio" y el estadio 4, el "sueño profundo". Durante estos distintos estadios, el organismo poco a poco se ha ido poniendo a media luz antes de tomar una actividad paradójica, fase 5, en la que se pueden verificar movimientos oculares rápidos, con desaparición total del tono muscular.

Este sueño paradójico ha intrigado en gran medida a investigadores tales como el profesor Michel Jouvet y el norteamericano William Dement; para ellos, ese momento es el del sueño, recientemente decretado como "tercer ciclo" de la actividad cerebral; los otros dos serían la alerta y el sueño. De este modo, si bien el sueño facilita el descanso muscular, nada aporta al descanso cerebral, dado que el cerebro consume más oxígeno durante ese lapso que en el momento de la alerta... Desde las experiencias efectuadas hasta ahora en hombres mediante "supresión del sueño", los científicos no han podido comprobar sino pequeños trastornos, cierta falta de atención o bien una hipersexualidad. En 1959, un *disc-jockey* de Nueva York apostó que permanecería despierto durante doscientas horas seguidas. Al final de su maratón, quedó afectado de una especie de delirio paranoico, pero su experiencia no sirvió para nada en el plano estrictamente científico: la falta de sueño no era una explicación suficiente. La reciente observación de pépticos del sueño y el actual intento de aislar las moléculas del sueño, teniendo en cuenta que sólo ocho mil de los cinco mil millones de neuronas de nuestro cerebro nos abren el camino hacia el sueño, esa "tormenta cerebral", tal vez traiga una respuesta a la pregunta de saber si necesitamos soñar, sí o no, para vivir.

Respecto de la tesis de Freud, que se remonta a Platón, que postulaba que "el sueño fuera el guardián del dormir", los neurofisiólogos, sin volver a acusar al sueño, han probado lo inverso: "El dormir es el guardián del sueño". Sueño y sexualidad están íntimamente unidos; sabemos que cuando el hom-

bre sueña, su sexo está en erección y que la mujer, por su parte, tiene una erección clitoridiana, fenómeno observado tanto en los bebés como en los ancianos, "reflejo" que no compartimos con los animales; el sueño paradójico en ellos no se acompaña con este tipo de manifestación. En un reciente artículo, el profesor Jouvet incluso expone la idea de que "no se sueña: se es soñado por la herencia", y propone la hipótesis de que "la función del sueño es mantener la herencia psicológica, sean cuales fueren las cosas aprendidas durante el día"..., a menos que, como el delfín de agua dulce de la Amazonía, en el que "el sueño, quizá, toma otro aspecto", no durmamos nunca o, por el contrario, siempre, según el principio del "sueño alterno": veinte minutos de sueño con el lóbulo derecho del cerebro y veinte minutos con el izquierdo... Ahora comprendo más el lúdico *dolphino* de boca roja, que durante tres días y tres noches acompañó a nuestra piragua por los ríos Miritf y Caquetá durante una temporada en la Amazonía; él no tenía opción: o bien respiraba y no dormía o dormía y no respiraba... En realidad, ¿también yo había dormido?

## Noches que varían

La inercia del dormir obliga al hombre a inventarse refugios, pero no lo obliga a dormir según una única postura.

En el planeta Tierra, la noche varía hasta el punto que en ciertas latitudes algunos días no tienen sol poniente y algunas noches no tienen sol naciente. Los hombres, entonces, están obligados a dormir de día en verano, y a trabajar en invierno de noche, la cual, como en el Polo, puede durar seis meses y sucede a un día de igual extensión. La lucha contra la oscuridad geográfica y temporal ha ganado terreno con la electricidad, pero pese a nuestro deseo no nos hemos vuelto nictálopes del todo. Así como personas, también hay pueblos que se acuestan temprano y pueblos que se acuestan tarde, lo mismo que para levantarse. Me resultaría difícil deciros cuándo duermen los españoles, dado que nunca logré acostarme después que ellos ni levantarme antes que ellos. En cambio, sus vecinos portugueses son de los que se acuestan temprano, lo que explica por qué los habitantes de sus ex colonias brasileñas y antillanas no hacen la siesta, mientras que sería bien recibida.

Marcel Mauss observó que había poblaciones que, para dormir, se apretujaban en círculo alrededor de una fogata, o incluso sin ella, como los fueguinos, que aunque vivían en un clima muy frío sólo se cubrían con las pieles de guanaco y sabían calentarse nada más que los pies. Esta disposición en forma de rayos en torno del hogar, debajo del *tipi* (de *ti*, "habitar", y *pi*, "usado para") se halla en los indios pawnees de América del Norte. Este modo de acomodarse para dormir no era propio de todos los sioux, cuyas literas hechas con piel de bisonte o de oso, extendidas sobre somiers de juncos trenzados, levantados en forma de cabecera en cada extremo, permitían a los hombres dormir pies contra cabeza, medio práctico para economizar el espacio de

una doble litera y permitirles a los que duermen envueltos en mantas calentarse a a la vez que brindan al cuerpo cierta comodidad. Cuando la familia era numerosa en un mismo *tipi*, este tipo de camas se disponían en forma paralela a la pared, lo que constituía una especie de gran banqueta circular. Sólo el sitio de honor, reservado para el jefe, se encontraba frente a la entrada oval del *tipi*. Hoy en día, os puedo decir, por experiencia en la cuestión, que estas especies de cama han sido reemplazadas por trozos de moqueta recuperados en los vertederos de la sociedad norteamericana, moqueta muchas veces blanda y cómoda, y a la que el tradicional hogar cavado en la tierra y bordeado por piedras ha dado lugar a los panzudos bidones de gasolina, cilíndricos, transformados en estufas que se llenan de noche. La forma redonda del tipi implica, naturalmente, cuando la familia es numerosa, que se haga un círculo alrededor de la fuente de calor, como los rayos de una rueda en torno del cubo. Han cambiado sólo la calidad de las pieles para dormir, que de naturales y calurosas se han vuelto sintéticas, y las costumbres de los aborígenes, más cercanas a las de los *cow boys*, con la diferencia de que se quitan las botas para dormir.

En Oceanía, se duerme en el mismo suelo, sobre una estera, una cama de leños o un tablón con patas, según se esté en Micronesia, en Polinesia, en las islas Salomón, en Madagascar o en Malasia, mas lo que parece haber asombrado más a Bengt Danielson, etnólogo de origen sueco aferrado a la comodidad dèl edredón, es "la costumbre" de "dormir con la cabeza sobre un pequeño taburete [...]. Pero si uno pasó una noche en los Trópicos, con la cabeza metida en una almohada, comprenderá mejor el interés que existe en dormir al estilo polinesio, con la cabeza despejada, al aire y al viento".

## Descanso africano

Comprobaciones exactamente opuestas a las de Danielson son las de Jacqueline Roumeguère-Eberhardt, que pasó once años entre los masaís, al sur de Kenia, y que en su testimonio tiene el mérito de plantear no sólo el problema de la cama tan pronto como nos "desplazamos" sino también el de la acusación constante del cuerpo del etnólogo cuando está aún en el mismo sitio. Con frecuencia los profanos formulan la cuestión, pero la ciencia la desdeña creyendo, equivocada, que esto no influye en la mirada... "He llegado a renunciar a todo salvo a una almohadita de plumas que, durante las migraciones, llevaba bajo el brazo y no me atrevía a colgármela de las pieles enrolladas a la espalda; tenía muchísimo miedo a perder ese irreemplazable objeto que me aseguraba buenas noches, aun cuando las pasaba en el suelo, sobre una piel de vaca desplegada en los refugios temporarios construidos apresuradamente con arbustos espinosos. Los refugios son tan pequeños que sólo se puede dormir con las rodillas replegadas. Por otro lado en una noche especialmente fría, me ocurrió estar tan entumecida por esa posición que al estirar

las piernas mi manta se incendió [...]. Al principio, el humo provocaba en mí una especie de bronquitis crónica y los ojos me lagrimeaban de manera permanente; después, al cabo de unas dos semanas, me acostumbré [...]. No obstante, este humo tiene la ventaja de alejar las moscas, tan abundantes fuera de las casas, y de proteger de los muchos insectos [...]; como se suele dormir encima de las pieles de vaca dispuestas en una cama de ramajes, y a los masaís les gusta untarse el cuerpo con ocre mezclado con grasa de cordero, las pieles se impregnan de esta mezcla, que se une con el olor del humo ambiente. Cualquier persona que se sienta en una de estas pieles, aun por un breve lapso, parece envuelta en el aroma de esas sutiles esencias".

Entre los mundang, en las fronteras entre Chad y Camerún, que según Alfred Adler "no son verdaderos pastores ni ganaderos", la casa, a la que el autor de *La mort est le masque du roi* [*La muerte es la máscara del rey*] califica de granja, constituye una totalidad en que personas y animales domésticos viven juntos, y comprende tantas edificaciones de terrazas como esposas hay. El dueño de casa señala la suya con un techo cónico de bálago y posee, además de la piel de vaca, tradicional "alfombrilla" de descanso, un sillón plegable con larguero de madera y asiento de cuero y, mobiliario prestigioso, una tumbona europea. Sin embargo, el elemento fundamental en la vivienda mundang es la casa de la mujer. Es una construcción de cinco o seis ambientes, cuya fachada sur está rodeada de una torre con cúpula que forma un desván; allí se encuentra el dormitorio *pe-pae*, espacio sombrío separado, entre dos ambientes circulares y casi totalmente cerrados, con una abertura hacia la fachada, provista de una cestería para preservarle su intimidad. A veces una pequeñísima tapia erigida sobre el umbral del *pe-pae* destaca aún más la separación entre el dormitorio y la recepción, que da al exterior. Si en la estación fría ocurre que la mujer mundang extiende su estera en el *wul-lii*, especie de reserva donde deposita sus objetos más valiosos, lo hace en el *pe-pae*, auténtico dormitorio de la esposa, de las muchachas y de los bebés, donde también recibe a los íntimos y —señala Adler— "incluso a sus amantes". Dicen también que en otro tiempo un criminal siempre podía refugiarse en el *pe-pae*. Las viudas mundang ocupan una cabaña aparte donde duermen solas, en una cama, *kpemé*, tallada en la sección de un tronco toscamente escuadrado, con el lado donde se apoya la cabeza levemente alzado por una piedra colocada debajo de la madera.

El mobiliario de descanso de los africanos —camas, asientos y cabeceras del tipo del reposacabezas y del respaldo—, a la inversa de nuestras camas, no constituye una serie de objetos de primera necesidad, como lo son para ellos las armas, los utensilios de cocina o los instrumentos de labranza. Suelen dormir sobre una piel extendida en una estera, una alfombra de hojas o de cortezas blandas; uno de los objetos de dormir más expandidos tanto en Africa como en Asia es el posanuca, necesario en las sociedades en que el peinado es un arte: el reposacabezas tiene por objeto evitar los estragos que podría provocar el sueño en los cabellos artísticamente trenzados, ornados con per-

las, cauris y alfileres varios de metal, de madera o de marfil. Puede ir desde un leño hasta el *diri* congoleño, combinación en un solo objeto de una caja de afeites y de un reposacabezas labrado. Los lechos más extendidos son los *lechos con postes*, que no se definen sólo por el sueño. Sobre cuatro patas, a menudo esculpidas y pintadas con una amplia hilera y empalmadas de a dos mediante una barra de madera, se disponen cuatro o cinco leños que de noche se recubren con una estera y de día sirven de tarima en la que se almacenan los barreños de la comida. El respaldo, el mueble africano más original, forma parte del mobiliario prestigioso reservado a la nobleza, los jefes y los notables. Siendo una obra maestra realizada por lo general en una sola pieza de madera, la dignidad que confiere a su propietario asegura la calidad de su descanso.

En Africa septentrional encontramos los colchones [*matelas*], de *matrah*, que así como *baldaquino*, *diván*, *sofá* y *taburete* proviene del árabe y significa "cosa echada al suelo". Apilados para servir de asientos o enrollados en un rincón durante el día, por las noches se acomodan en los ambientes y se reparten, en la medida de lo posible, según los sexos. Cuando el espacio lo permite, los colchones se disponen preferentemente en forma paralela y de modo que los que duermen estén frente a la entrada, las más de las veces entornada y no cerrada. Si bien la cama matrimonial desde hace algunos años ha irrumpido en los medios con renta suficiente como para darse el gusto de tener este objeto y reservarse una habitación, la cama es compartida, mientras sean posibles las relaciones sexuales de los esposos. La suspensión de las relaciones, que trae como consecuencia el regreso de la madre con sus hijas, corresponde casi siempre a la menopausia: el padre arguye su vejez y su prestigio para conservar el dormitorio. Para dormir, salvo alguna excepción o costumbre (adquirida en el extranjero) de usar sábanas, se cubren con una manta; los hombres se dejan los calzoncillos, la camisa o la camiseta; las mujeres, la ropa interior y la *gandura* que habitualmente llevan en la casa. En cuanto a la posición, los hombres duermen del lado derecho, con las rodillas replegadas, y con los brazos doblados bajo la cabeza, costumbre nómada de aumentar la comodidad de dormir de un modo rudo; las mujeres, por su parte, se tienden de espaldas, a lo largo, y no deben pasar los brazos detrás de la cabeza para no descubrir sus axilas, prohibido por la evidente connotación sexual.

## Sueños de banquisa

Nunca pasé más de un día en Laponia, adonde fui desde Francia un junio para regresar un mes después... Laponia, en pleno deshielo, sólo me brindó días interminables, baños de sol de medianoche y nubes de mosquitos ofensivos que a un mosquitero comprado en Nueva York antes de una temporada en la Amazonía (donde fue inútil) le costaba trabajo contener. En la ciudad,

ante la ausencia de postigos, el mayor servicio que me prestó fue el de volver difuso el infernal e incesante sol, que me lanzó a la calle sin ropas a las 2 o 3 de la mañana para tratar de conseguir un autocar previsto doce horas más tarde... Así como los renos, sólo hallé tranquilidad en la montaña, fuera del alcance de los culícidos, que son cargosos, pican y chupan, inmerso en la opacidad de las pequeñas chozas que marcan los senderos eternamente iluminados. A falta de una piel de reno, desplegué mi bolsa de dormir sobre los ramos hojosos de abedul o de sauce, que los usuarios del lugar estaban encargados de cuidar. Un viejo lapón que encontré al pie del Knabe-Kaise me invitó a dormir en su *kohte* y me explicó en inglés que "la buena higiene exige que cada sábado se vuelva a hacer la pajaza".

Hacer una cama lapona es un arte incomparable: "Se empieza por el *passjo*, apunta Ernst Manker, donde se enfrentan los extremos de las dos primeras hileras radiales de ramas. Se alfombra el suelo con el *luoito* de hileras radiales dando vueltas a la chabola; los extremos de las ramas se colocan debajo de los vértices de las ramas de la hilera siguiente. Las gruesas extremidades de las ramas de las dos últimas hileras se acaban en el *uksa*, donde se fijan bajo los troncos que lo delimitan". Sobre este colchón vegetal, en el momento de acostarse, se extienden una o varias pieles de reno; "un almohadón o una bata arrollada o algún otro objeto suave se coloca bajo la cabeza y, para cubrirse, uno se echa encima mantas y pieles de reno según las necesidades". Manker observa que en el Norte se emplea mucho un tejido comprado en Noruega, parecido a una manta para montar, llamado *rana*. En invierno no es raro que este tejido se estire entre las varas de la choza para aislarlo mejor del frío. Los lapones del norte de Suecia a veces emplean el *rakkas*, especie de baldaquino hecho, por lo general, con un lienzo o una tela de algodón, en forma de tejado con visera y aguilón, y fijado al techo y a los costados, de manera que se tape la cama. Además de la protección contra el frío, el *rakkas* también sirve para proteger la intimidad de la pareja durante el interminable día de verano. Por las mañanas (?), tanto el *rakkas* como la ropa de cama se ventilan, se doblan y se acomodan debajo de una piel de reno, con el pelo hacia adentro: "¡Qué agradable descansar sobre este suave fieltro! Lo saben todos los que alguna vez entraron cansados a semejante *kohte*, me dijo el viejo lapón.

Al no haber llevado mis exploraciones nocturnas de día hasta la banquisa, le encargo al autor de *Los últimos reyes de Thulé* la narración de sus largas noches esquimales: "El inuk duerme; no lo molestéis [...]. El esquimal duerme mucho. Más en invierno que en verano —inverna como el oso—, escribe Jean Malaurie, pero en total mucho si se considera que la mitad de su vida transcurre dormitando, en calma [...]. Pereza, marca de prudencia; así se protege físicamente una sociedad contra el agotamiento de una vida rigurosa". A continuos días de caza, a veces sesenta horas, corresponden lapsos de sueño que, en invierno, en la noche polar, puede alcanzar a doce o quince horas consecutivas. Jean Malaurie nos refiere una de esas noches en un iglú de tur-

ba o en una plataforma de alrededor de 1,40 m de profundidad, sobre una alfombrilla de maleza forrada con heno y recubierta de pieles de foca: "Los cuerpos quedan desnudos bajo las pieles. Con las cabezas vueltas hacia adentro y los pies contra la pared, sólo emergen mechones de pelo blanqueados por la escarcha y unos brazos musculosos y morenos. El iglú frío se despertará hacia las 11 para sacar provecho del sol en lo alto del horizonte [...]; el padre, acostado en medio del *iglerk* —es su lugar de día y de noche—, duerme del lado derecho [...]; mientras dormía se movió poco, pero con frecuencia se vio sacudido por los sueños que mascullaba. La mujer está a su derecha, cerca de la pared donde está situada, sobre un trípode, la lámpara de aceite, cuya llama vigila con movimientos casi inconscientes de vestal. Los niños de corta edad están entre ambos. El anciano está relegado a lo largo de la otra pared más fría —la de norte y al viento— junto con el adoptado tardío, si es que lo hay [...]. Los hermanos y hermanas de sangre duermen juntos hasta los siete u ocho años de edad; suelen acostarse frente a frente y se tocan las manos y permanecen abrazados [...]. La mujer, que se levanta la primera, se sienta en posición de loto, hierática, con el rostro grave y triste como en un sueño interior. Se pone la *kapatak* [traje de piel de zorro]; después, al aflojar las piernas, se pone las bragas de zorro. Lentamente se ata el moño [...]; aún sentada, llega con el brazo hasta sus largas botas blancas, cuya parte superior bordeada de pelo de oso le había servido de almohada [...]. Con una raíz reanima las mechas de flor de lino, y pasa una buena media hora en que cada uno disfruta como quiere de su propia pereza. Es el lapso en que el esquimal se ve y se evalúa. Por eso, nunca se levanta bruscamente".

Paul-Emile Victor, en *Boreal*, explica por qué los esquimales nunca se despiertan de golpe; como creen en tres clases de almas, *adek*, una de las cuales se sitúa en la base del cuello, "el alma de la vida", la otra en el costado, debajo del diafragma, "el alma del sueño", y una multitud de almas menores que se alojan en las articulaciones, tienen que respetarlas no haciendo nunca movimientos bruscos al despertar. Se provoca sueño cuando "el alma del sueño" abandona el cuerpo, y si uno quiere que lo reintegre, no hay que levantarse de manera precipitada. Para los que no ponen cuidado son grandes los riesgos de decir palabras incoherentes o de dejarse llevar por actos violentos; para los esquimales esto demuestra que "el alma del sueño", el alma principal, aún no ha recuperado su puesto. El esquimal, que atiende el ritmo impuesto por el *adek*, sabe que es el último guardián de la sabiduría humana, quizás en razón de la banquisa que, de todas las camas, es la que conserva mejor a sus yacentes.

# 8

# La alcoba aldea

*Mi hija juega*
*en el membrillo*
*y la hamaca que en él se mece*
*nada tiene de un mueble de jardín:*
*es amazónica.*

Jacques Meunier,
*Manifiesto por un mínimo de poesía*

## Hamaca

La *hamaca*, mueble fundamental de los aborígenes de los trópicos, excepto algunas tribus del oeste brasileño, "rectángulo de tela o red que se suspende horizontalmente mediante sus extremos", antes de que la adoptaran los europeos de las colonias, que la instalaron a bordo de los barcos para reemplazar las incómodas "guarderías", es muy utilizada, antes que nada, como cama. Los que la empleaban merecieron el sobrenombre de "cabeça chata", que tenían fama de apretar la cabeza durante el sueño. "Término de relaciones", como dijo Antonio de Furetière en su *Diccionario*, *hamac* —tal vez tomado del caribe *hamacu* por los españoles (*hamaca*)— llegó, al francés, italianizado mediante los relatos de viaje. Citado como término indígena en 1525 en el *Primer viaje en torno al globo*, de Francisco Antonio Pigafetta, que lo tradujo del latín con la forma *amache*, fue escrito *amacca* en 1533, en el *Extraict ou Recueil des isles nouvellement trouvées en le grand mer océan* [*Extracto del Libro sobre las islas descubiertas en el Mar Océano*], de A. Fabre, traducido según el mismo proceso que en la obra anterior.

En 1545 podemos leer *hamaca* en *Histoire de la Terre Neuve du Pérù en l'Inde occidentale* [*Historia de la tierra nueva del Perú en las Indias Occidentales*], de J. Gohory, resumen de un texto español; en 1568, *hamacque* aparece en la obra de Fumée, *Histoire générale des Indes occidentales* [*Historia general de las Indias Occidentales*], también traducido del castellano

para convertirse en *hamat*, en 1640, en la *Relation de l'établissement des Français depuis l'an 1635 en l'isle de la Martinique* [*Relación del establecimiento de los franceses desde 1635 en la isla Martinica*], de P. J. Bouton. La primera mención de *hamaca* en la ortografía francesa de hoy *hamac* dataría de 1659, en *Les desseins de son éminence de Richelieu pour l'Amérique* [*Los deseos de Su Eminencia Richelieu respecto de América*], de A. Chevillard.

La confección de la hamaca requiere las técnicas de la red o del tejido: se monta una escueta armazón y dos postes clavados en el suelo tensan horizontalmente las fibras de *tucum*, corteza de palmera o de algodón indígena, que constituyen la trama; las mujeres o los hombres entrecruzan, anudan y entrelazan, a intervalos regulares, los hilos de la trama para poder sacar la hamaca del marco, y habiendo pasado en cada extremo una cuerdecilla trenzada, la suspenden de vigas de parhilera de la casa. El hecho de subirse a una hamaca e instalarse en ella depende de la técnica del brazo puesto en cabestrillo: el cuerpo, bien erguido, va tendido a través de la hamaca y no en sentido longitudinal.

## Boda y muerte

La hamaca, mueble personal como la cama, en el que pueden caber cómodamente un hombre y una mujer, sirve para simbolizar el casamiento entre los indios urubu, estudiados por Francis Huxley: "Una vez bebido el *cahuén* —a veces hay bastante como para que dure dos o tres días— el jefe llama a la pareja a la cabaña de baile en el momento en que el sol llega al cenit, e instala a los esposos en la misma hamaca. La novia se sienta a la izquierda del marido, con el brazo derecho colocado alrededor del cuello de él y la mano sobre su cabeza; el brazo izquierdo del hombre, alrededor del cuello de la mujer y, la mano, sobre la cabeza de ésta. Entonces el jefe toma un trozo de género rojo, con el cual envuelve las cabezas mientras dice: 'Ahora estáis casados' ".

Entre los urubu, cuando un miembro del grupo ha fallecido, se envuelve el cadáver en una hamaca sostenida por lianas y se la lleva hacia un rincón de la *capoeira*. Luego de cavar un foso de unos 2 m de largo por 1,30 m de ancho y 1,60 m de profundidad, se plantan dentro de la tumba dos arbustos vigorosos y recién cortados, entre los que se fija la hamaca que contiene al cadáver. A continuación, junto al muerto, se deposita la mayor parte de sus bienes: su cuchillo preferido, sus arcos y sus flechas, una cesta con harina de mandioca, una calabaza llena de agua y, todavía vivo, el perro favorito del difunto, para que pueda seguir cazando en el cielo... Si bien antaño los aborígenes construían debajo de la tumba una pequeña choza, son muchas las tribus que, así como los urubu, abandonan la choza donde se ha enterrado a uno de los suyos; incluso a veces la incendian y reconstruyen otra en otra parte.

## La covada

Si bien para Furet "los caribes emplean la hamaca para protegerse de los animales feroces y de los insectos", Furetière agrega que "los caribes son tan supersticiosos que las trabajan con gran pompa. En el extremo del telar ponen paquetes de ceniza; en su defecto, cree que la hamaca no duraría. Creen que haber comido higos cuando tienen una hamaca nueva haría que se pudriera; y ni se atreven a comer pescado pensando en que sería el motivo por el cual su hamaca pronto se perforaría". Siendo desconocida la etnología en tiempos de Furetière (1619-1688), se le puede perdonar la ignorancia de un rito primordial entre los aborígenes (así como entre los franceses): la covada, en la cual los entredichos de los que habla no están en relación directa con la hamaca, pero sí con el hombre que, durante varios días seguidos, está tendido en ella.

La covada, en extremo extendida en las sociedades tradicionales de América del Sur y en el sur de los Estados Unidos, durante mucho tiempo asombró a los exploradores y a los etnólogos que tuvieron contacto con los indígenas. Esta costumbre, que exigía que un padre permaneciera en cama por cierto tiempo al nacer su hijo, si bien hoy ha ido perdiendo vigor, sólo persiste en la misma medida, tal como apunta Alfred Métraux, en que "de una manera general casi no hay sociedades indígenas en Sudamérica en las que no se hayan señalado restricciones y prohibiciones acerca de la actividad, el régimen alimenticio y la vida sexual de los padres en ocasión de un nacimiento".

Apolonio de Rodas señala la covada en el Ponto Euxino doscientos años antes de nuestra era; más tarde, Diodoro de Sicilia menciona este rito en relación con los corsos, y Marco Polo refiere su existencia en el Turquestán chino. Pero habrá que esperar el siglo XVIII para que Wafer, en sus *Voyages à la suite de Dampier* [*Viajes posteriores al de Dampier*] relate un testimonio sobre la covada en el Nuevo Mundo. El término mismo de "covada" fue instituido por el antropólogo inglés Eduardo Burnet Tylor en 1865, en su obra titulada *Researches into the early history of mankind* [*Estudios sobre la historia primitiva de la humanidad*], con motivo de la descripción de esta ceremonia entre los indios caribes de las Antillas. Parece que el término fue tomado de los folkloristas europeos que, como Quatrefages de Bréau en sus *Recuerdos de un naturalista* o A. Van Gennep en su *Manuel de folklore français* [*Manual de folclore francés*] señalaban la existencia de la "covada" —así escrita también entre los montañeses vascos o en el Béarn— como una costumbre "según la cual el marido ocupa, en la cama, el lugar de la parturienta, recibe cuidados en su lugar y desempeña este papel durante un lapso variable". Parece que los antropólogos del siglo pasado tuvieron cierta resistencia sexista en dar cuenta de este acto, en verdad paternal pero percibido simbólicamente como antiviril. Las sesiones que refieren los boletines de la Sociedad Francesa de Antropología en esa época son testigos de esto. En efecto, en

varias oportunidades se señala que, en ocasión de discusiones sobre este tema, "la duda había penetrado en algunas personas, y algunos otros no vacilaban siquiera en considerar el fenómeno de la cloquera como producto de la imaginación o de la credulidad de los viajeros..." Otros tiempos, otros padres y otros etnólogos, lo que explica la reciente floración de artículos con títulos reveladores, también, de la época, tales como *La couvade est un problème qui renaît* [*La covada es un problema que renace*]; *Temps de naître, temps d'être: la couvade* [*Tiempo de nacer, tiempo de ser: la covada*]; *L'homme enceint* [*El hombre embarazado*]..., etcétera. "Covada" no significa que el hombre reemplaza a la madre o desempeña su papel. El caso es que se desarrolla su paternidad, con toda su capacidad, al menos aquello en lo cual la ha fundado desde hace siglos, y transmite una dosis de esencia vital muy superior al simple engendramiento. Claude Lévi-Strauss, en *El pensamiento salvaje*, respecto de esta ceremonia, recuerda que "sería falso decir que en esto el hombre ocupa el lugar de la parturienta. A veces, marido y mujer están sujetos a las mismas precauciones porque se confunden con su hijo, que en las semanas o los meses posteriores al nacimiento está expuesto a graves peligros. Otras veces, como ocurre a menudo en Sudamérica, el marido está sujeto a precauciones aun mayores que las de su mujer, porque en razón de las teorías indígenas sobre la concepción y la gestación, más especialmente su persona es lo que se confunde con la del hijo. Ni en una ni en otra hipótesis el padre desempeña el papel de la madre: desempeña, pues, el papel del hijo".

En Centroamérica o en Sudamérica, los ejemplos de covada son en extremo abundantes y mucho más impresionantes que en los casos anteriores. Uno de los primeros testimonios de la covada en esas regiones fue relatado por un francés, Voisin, juez de paz de la Guayana, que hacia 1852 una noche recibió hospitalidad en una "taberna de indios galibis sobre el Mana". Cuenta que a la mañana del día siguiente se sorprendió al enterarse de que, detrás del tabique de hojas que lo separaba de sus huéspedes, había nacido un niño. La madre, agrega, no había dado ningún grito. El la vio ir bien temprano a orillas del río a ponerse de cuclillas, asearse, tomar al recién nacido, lanzarlo varias veces al fondo del agua para recibirlo en el momento en que volvía a subir y secarlo con sus propias manos. Pero mayor fue su sorpresa al ver al marido quedarse acostado en su hamaca, declararse enfermo y recibir, con la mayor seriedad, los cuidados que le prodigaba su mujer. Podemos entender el asombro de este hombre del siglo XIX ante esta extraña costumbre y felicitamos porque no haya asistido a la ceremonia que refiere Tylor respecto de la covada entre los caribes de las Antillas:

"Entre estos indios, luego del nacimiento la madre vuelve a su trabajo pero el padre comienza a quejarse; se estira en su hamaca y recibe visitas tal como si estuviera enfermo. Entonces se somete a un régimen que curaría la gota al más pintado de los franceses, por el cual se entrega a un ayuno que no lo hará morir. Con gran asombro para mí, pasaba algunas veces, los cinco primeros días, sin comer ni beber nada; sólo volvía a ponerse a beber *cuycu*, be-

bida tan nutritiva como la cerveza, al cabo del décimo día. Desde entonces puede volver a comer mandioca y beber, pero aun durante un mes sufre ciertas restricciones alimentarias. Por ejemplo, no debe comer sino el corazón de la galleta de mandioca, de manera tal que sólo quede el borde, que hace pensar en el ala de un sombrero hongo desfondado. Sujeta estos restos al techo, con ayuda de una cuerdecilla, y los reserva para la fiesta mayor. Al cabo de cuarenta días invita a sus mejores amigos y a sus padres que, apenas llegados e incluso antes de sentarse a comer, le arañan la piel con dientes de agutí. Chorreando sangre, el enfermo imaginario se convierte en verdadero enfermo. Los que ya le han hecho soportar este tratamiento toman, pues, sesenta u ochenta granos de pimiento chile o de pimienta y, luego de machacarlos y mezclarlos con agua, lavan las heridas del pobre padre, que sufre tanto como si lo hubieran quemado vivo. No obstante, si no quiere pasar por cobarde o miserable no debe emitir queja alguna. Una vez terminada esta ceremonia, sus amigos lo llevan hasta la cama, donde habrá de permanecer tendido varios días, mientras ellos jaranean a costa de él. Pero esto no es todo: durante seis meses más no debe comer aves ni pescado. El no respetar estos interdictos amenazaría con hacer sufrir al niño. Por ejemplo, si el padre comiera una tortuga, el hijo podría quedar sordo, sin sesos, o quedar con las piernas torcidas como ese animal; si comiera un manatí, el niño podría tener ojos pequeños, bien redondos, como esta criatura". A. L. J. Laborde agrega a esta lista, en 1886, las siguientes comprobaciones respecto de la covada entre los mismos aborígenes: "El comer loros amenaza con que se le haga al niño una nariz larga; comer cangrejos de mar, piernas largas ..."

En Brasil, entre los tupinambas, el padre —durante los tres días posteriores al nacimiento— debe evitar jugar, pescar, comer sal y trabajar, hasta que caiga el cordón umbilical; coloca al niño en una trampa en miniatura como si fuese una presa, le echa encima un arquito y una flecha pequeña y lo cubre con una red de pesca para hacer de su hijo un buen cazador y un buen pescador. En la misma tribu, el padre se acuesta en su hamaca y toma entre sus brazos al niño con mucha precaución, como si quisiera evitar que tomara frío. Recibe la visita de sus amigos, que le traen regalos. Cuando cae el cordón umbilical, el padre puede levantarse pero no hacer ningún esfuerzo violento, tal como cortar un árbol o llevar mucho peso.

La covada, en verdad, ha existido en todas las tribus tupí-guaraníes, pero la literatura antropológica sigue incompleta al respecto. Alfred Métraux refiere que después del nacimiento los padres guaraníes esperan en su hamaca que caiga el cordón umbilical. Durante ese lapso aflojan los arcos, no fabrican trampas, no cazan y no confeccionan herramientas ni armas. En las tribus caingua y chiriguana el padre hoy ya no se entrega sino a un sencillo ayuno. Los indios guarayos, por su parte, parecen muy conservadores dado que ocurre todavía que los padres jóvenes se hacen cortaduras en la piel con un diente de agutí, se pintan los pies y las articulaciones con *urucú* y permanecen en su hamaca tres días. Respecto de estos aborígenes, hay una creencia común

común que supone que el alma del niño sigue a su padre a todas partes: si éste se entrega a una acción demasiado violenta, el alma se lo recuerda causándole alguna equivocación. Por esta razón, entre los paliculares, un padre reciente debe llevar un arco y una flecha en miniatura, por temor a que el alma del hijo lo haga fracasar en la caza; además si está obligado a ir por los bosques, de noche, debe llevar un chal sobre el hombro izquierdo.

Siempre en Brasil, entre los bororoes, el padre y la madre observan algunas restricciones alimentarias y no fuman durante unos diez días después de un nacimiento; asimismo se cuidan de no peinarse, incluso ni se tocan el pelo con las manos a riesgo de verlos volverse canosos. Los padres carajas se quedan en la casa durante seis días: no deben comer pescado ni mandioca y, durante este lapso, están obligados a provocarse vómito cada vez para lavarse el estómago. Entre los galibis, el padre es sometido a unas sesiones de flagelaciones y escarificaciones para transmitirle al niño su valentía frente a las pruebas. Los acushis prohíben a los padres, durante cierto tiempo, rascarse con las uñas; por eso, para esto, emplean nervaduras de palmera.

En Bolivia, entre los sirionos, durante los tres días posteriores al parto, el padre y la madre no deben dejar la casa, salvo en caso de necesidades naturales. Son alimentados por los miembros de la familia grande, y el niño, una vez despierto, es amamantado. Primero, la madre se depila las cejas, se corta el pelo adelante y lleva el pelo restante, en una sola línea, hacia la parte superior de la cabeza. Comienza entonces una dolorosa experiencia acompañada con intensos gritos. El padre y la madre ya se han escarificado las piernas con un diente de rata; se decoran con motivos que representan un tucán o un halcón, pintados con *urucú* y se adornan con cintas de algodón, también teñidas con *urucú*, que se pasan alrededor de las piernas hasta debajo de la rodilla y alrededor del cuello. Luego de tres días de aislamiento, el padre toma el arco y las flechas; la madre pone al niño en un chal previamente cubierto de *urucú* y la pareja se dirige al bosque. Mientras se desplazan llevan a cabo un rito de purificación por el cual dispersan las cenizas de la última fogata, que transportan consigo en cestitas de palma. No muy lejos del lugar se detienen, recogen leña para el fuego y vuelven a su casa. Allí encienden un nuevo hogar y retoman la vida normal.

En las tribus de las laderas orientales de los Andes bolivianos, entre los chiriguanos y los chanás, se practica una semicovada; el padre permanece tendido por unos días y se abstiene de todo trabajo pesado. En las tribus de las montañas peruanas y ecuatorianas, tales como la de los záparos, los padres se quedan encerrados en su casa durante diez días y el padre evita cualquier trabajo. Entre los muratos, el padre se queda cuatro días en cama. Entre los awishiras, la pareja permanece en la hamaca durante dos semanas y observa ayuno. Entre los betoyas, al este de Colombia, al nacer un niño, el padre se acuesta y la madre cuida de él. Una creencia asegura que si se levantara para caminar correría el riesgo de caminar sobre la cabeza del niño; si cortara leña, el riesgo de decapitarlo, y si le disparara una flecha a un pájaro, el de alcanzar

al recién nacido. Entre los yaruros, los padres se abstienen de comer pescado, tortuga y cocodrilo durante unos meses. Desde el nacimiento, y durante diez días, el padre permanece tendido en su hamaca sin hacer nada. En el Gran Chaco, en ocasión de un nacimiento, el padre se mete en la cama, se cubre con esteras y pieles y observa ayuno. Debe evitar fumar, comer carne de capiraba, cabalgar mucho tiempo para no bañarse de sudor, probar miel y cruzar a nado el río. Entre los alacalufes, la madre y el padre observan un ayuno de dos días, y él lleva sobre el pecho un trozo de cordón umbilical para preservar al niño de una eventual debilidad.

La concepción, en las sociedades tradicionales y en especial entre los indígenas americanos, no es sólo de la mujer: también depende de la actitud del padre social. El acto mismo de procrear sólo desempeña un papel secundario en la función simbólica que le incumbe al padre respecto del hijo. La transgresión de la ceremonia de la covada es perjudicial no sólo para el recién nacido sino también para los padres. El estado de debilidad de un lactante parece que es más reflejo de la actitud de los padres —en especial, del padre— en lo que se refiere a los distintos tabúes. La observancia o el no respeto de la covada corresponden al equilibrio o al desequilibrio de una comunidad que halla su cohesión —no hay que olvidarlo— en los actos de la vida diaria, a menudo en los más discretos.

## Repudio

Helena Valero, que pasó veintidós años de su vida entre los yanaomas, en la selva amazónica, en la región del Orinoco, en un capítulo titulado "La mujer cedida", pone de manifiesto el papel primordial que desempeña la hamaca en las sociedades indígenas; el repudio se hace mediante la devolución de la hamaca antes de la de la mujer. Como una de las esposas de Fusiwe era imposible de encontrar, éste ordena a otra mujer: "Toma su hamaca, busca en todos los hogares sin mostrarte, y en cuanto escuches su voz, devuélvele la hamaca, esté con quien esté. Sea a mi hermano o a cualquier otra persona, entrégale la hamaca y dile al hombre con quien se encuentre: 'Mi marido te restituye la hamaca de la mujer para que quede siempre contigo, ya que os agrada hablar juntos. Que nunca más vuelva'. La mujer deshizo la hamaca, se fue y encontró a la otra que estaba hablando con el joven hermano de Fusiwe, delante del hogar. La mujer no tuvo coraje de restituirle la hamaca y se volvió a su lugar, lo cual encendió la cólera de su marido. Una vez arreglado el incidente, el hombre envió a otra de sus mujeres a llevar la hamaca, explicándole el motivo de tal actitud. '[...] irás a llevarle la hamaca para que viva siempre allí. Mi hermano tal vez no encuentre a otra mujer y estará siempre contento de vivir con ella'. Napagnuma (nombre yanoama de Helena Valero) tomó la hamaca y fue hasta el lugar donde se encontraba el hermano del marido, que estaba comiendo plátanos acostado en la hamaca. "'Aquí está su

hamaca', le dije, y mirando a la mujer, proseguí: 'El padre de su hijo te envía la hamaca para que ella [la mujer] viva siempre contigo y ya no vuelva a su casa. Allí dejó su paquete de pescado y ahora está aquí; que se quede'. La mujer trató de defenderse pretextando que sólo estaba allí para traerle leña, y después calló. El hombre se puso serio y exclamó: 'No la quiero'. Luego echó la hamaca al suelo y dijo: 'Llévasela [a él] y dile que no quiero a la mujer'. Levanté la hamaca y respondí: 'No, a ti te gusta ella; si no te gustara no te habrías quedado hablando con ella en voz baja; habrías dicho: Vuelve enseguida a tu casa, pues tu hijo está llorando'. Entonces le tiré la hamaca a la mujer."

## La hamaca en el cosmos

El sitio que ocupa la hamaca donde se recuestan los habitantes de una de estas grandes casas de aldea de la selva amazónica nunca se debe al azar. La mayor relación que reúne a las familias indígenas bajo un mismo techo es una relación de alianza; cada familia, de cada lado, tiene por vecinos —sistemáticamente— a aliados cuya presencia sólo se justifica a veces en relación con el territorio en el cual se ha construido la casa y solamente durará el lapso de vida de dicha casa; un individuo o una familia puede ocupar, pues, distintas posiciones en las casas entre las cuales vive como nómada. Roberto Jaulin y Solange Pinton, que vivieron varios meses entre los baris, más conocidos con el nombre de motilones, cuyo territorio se halla en la cuenca amazónica, entre la frontera que separa a Venezuela de Colombia, y fueron testigos de estas sociedades altamente "civilizadas" antes de su estado de vagabundez por la "paz blanca" —intrusión de la cultura occidental— nos brindaron una descripción ideal de la vida en un *bohío*. La casa bari, que desde afuera recuerda una gran hacina o una piña americana cortada en sentido longitudinal, y desde adentro la obra viva de un barco dado vuelta con aberturas, en cada extremo, de dos puertas y dos entradas enfrentadas en los costados, con los fogones en el centro y la leña de ahumadero para cada familia, y en el perímetro el "corredor de las hamacas", se halla inscrita en el universo, del cual ella sería el centro. El modo como las familias se despliegan en el espacio de esta casa y ocupan su volumen es tanto vertical como horizontal. Las hamacas mismas están fijas a alturas variables, y cada nivel indica a la vez la edad, el sexo, los vínculos familiares y los lazos simbólicos que unen tanto a los ocupantes entre sí como con la casa universo.

De día, las mujeres —más ligadas con la tierra— suelen dormir en esteras; los hombres, nunca. También sentadas en el suelo, *uktura*, las mujeres preparan la comida; las hamacas, que ellas usan de noche, están colgadas a unos 80 cm del suelo, en el nivel llamado *boshorora*. A 1 m, nivel *igbag-dara*, están las hamacas de los hombres. Arriba, al parecer sin que se designe el nivel, duermen los niños, a menudo de a dos. Por último, cerca del techo, en

el nivel *badura*, el cielo, a casi 2 m, duermen los muchachos solteros que acceden a sus hamacas trepando por una cuerda. Para Solange Pinton, "el alejamiento de los solteros respecto de la tierra, principio seguro de la feminei-dad, está vinculado con su situación momentánea al margen de una vida reproductora". A esta división cuadripartita de la casa en sentido vertical se añade una división tripartita de la casa en sentido horizontal. Cada familia tendría su lugar en una de las tres partes de la casa —este, centro u oeste— según la clase a la que pertenece (*isdora*, *agbara* o *dura*), a su vez en relación con el orden de sucesión que adoptan "a su paso" los jefes de familia. Se puede ser primero, segundo o tercero en el camino. Los "primeros en el camino", o *idoashina*, se establecen, en principio, en el extremo oriental de la casa; los segundos, *agbarashina* o *bokara*, cuelgan la hamaca en el centro, y los terceros, *duashina*, se agrupan en el tercio occidental. La función de *idoashina*, a menudo asociada con la de sobrestante de la casa, cuyo mito relata que Cassoro, el arquitecto de la casa materna, antes de ser muerto habría enseñado a los baris la técnica de construcción de la "casa encorvada".

## El pecho del yaguar

He podido imaginarme la extraordinaria complejidad de las grandes casas comunitarias indígenas en ocasión de una temporada que pasé entre 1980 y 1981 entre los yukunas y tanimukas, a orillas del río Miriti-Paraná, afluente del Caquetá, en la frontera entre Colombia y Brasil.

Cuando al cabo de varios días de piragua llegué donde los yukunas, mi mayor sorpresa fue que aun antes de saludar a los habitantes de la *maloca*, los indígenas con los que yo estaba entraron en la casa, desplegaron las hamacas y las fijaron a postes situados a la derecha de la puerta de entrada. Sólo una vez instalados fueron a saludar al "jefe de la maloca" y después a sus ocupantes. Al etnólogo colombiano Martín von Hildebrand, que vivió más de una década entre los tanimukas, se debe la comprensión, no sólo de la arquitectura extraordinaria que constituyen las *malocas* sino, así como entre los baris, la de todos los procesos del saber y de las actitudes humanas que esto implica.

Lejos de ser nada más que refugios, las *malocas* son auténticas casas cuya construcción y dimensión requieren, de parte del "jefe de la maloca", tanto conocimientos técnicos como míticos. Con frecuencia, el hijo mayor del "jefe" en ejercicio —especializado desde niño en esta tarea luego de un aprendizaje específico hasta los dieciséis años de edad—, futuro "jefe de la maloca", aprende las funciones del jefe actual: dirigir los asuntos, saber y contar los mitos en público, recibir a los visitantes y organizar las ceremonias con el fin de reglamentar la vida diaria de los habitantes de su futura *maloca*, basada en la armonía del grupo y en la abundancia de alimentos.

Guía más que jefe, antes de ser su "dueño", el *fanaka* (en tanimuka) es su instituidor y constructor; emplea las incursiones en la selva para examinar el lugar propicio para la erección de una futura *maloca*. Descubre un sitio arenoso, ligeramente con mayor altura, en las cercanías de una vía navegable y de terrenos que, una vez roturados, serán cultivables en un radio de una hora de camino del lugar elegido, como máximo. Entonces invita a su familia grande y a los vecinos cercanos a una *minga*, a una o varias jornadas de roturación que, unas semanas después, y luego de una limpieza mediante el fuego, permitirá plantar una *chagra*, un huerto, necesario para la alimentación de los futuros habitantes de la *maloca*.

Cuando llega el tiempo de construir, el "jefe", acompañado por los jefes de familia que vivirán en la *maloca*, luego de determinar la posición del sol al alba y en el crespúsculo, prepara cuatro postes, *bota*, de unos 8 m de altura, cuatro pértigas de 4 m y dos lianas con las cuales construirá el cuadrado central y sagrado del edificio, cuadrado que por extensión representa el centro del mundo y que los tanimukas llaman en ciertos casos "pecho de yaguar" o "el ombligo del cielo". A partir de ese cuadrado, a una distancia regular de 4 m de los *bota* y orientados según los puntos cardinales, se levantan ocho postes secundarios y otros cuatro, que en un total de doce forman lo que los aborígenes llaman las "piernas de la maloca". De estos doce postes secundarios partirán vigas hechas con una madera fuerte y flexible, *popay*, que deberán soportar a las vigas del techo, sucesivamente colocadas al sur, al norte, al este y al oeste. El techo, de 10 m en la parhilera y orientación este-oeste, desciende hasta 50 u 80 cm del suelo en su extremo y rebasa ampliamente el cercado del espacio habitado. El cercado, hecho con postes un tanto espaciados, impide que los animales entren pero permite que penetre la luz y que los indígenas se orienten, según la iluminación, en los distintos momentos del día.

Dicha valla, de unos 20 m de diámetro, levantada una vez cubierta la *maloca*, y que simboliza la boa, linda con el techo a todo su alrededor con casi 1,50 m de altura y sólo deja dos aberturas: al este, la puerta principal, *koferekа*; al sudoeste, la entrada de servicio o "femenina", *wanfokofea*. Esta simbólica, que los aborígenes tratan de respetar cada vez que edifican una *maloca*, es una referencia constante a los antepasados que en un tiempo vivieron allí, adonde nace el sol y acaban los ríos. Los hombres salieron de la *maloca* original, tronco del mundo donde se hallaron los cuatro antepasados (los cuatro postes) rodeados por la boa, protegida por el gavilán, con tigres de agua en las puertas, de donde se escaparon en los remolinos.

## Cada uno en su sitio

La *maloca*, cuyo centro está reservado para el "jefe", se divide en cuartos y comprende una zona colectiva y otra doméstica, delimitadas una de la otra mediante doce postes secundarios; al este, los hombres acomodan sus armas

y herramientas, cuelgan sus hamacas y, a la tarde y a la noche, se instalan a mascar coca, relatar cuentos y repetirse los mitos que, con su iteración, anulan el pasado y el presente para enunciar el futuro...

Al oeste están las mujeres, los niños y los fogones sobre los cuales cocinan la comida; también allí se guardan los utensilios domésticos: canastas, ralladores de mandioca, cacerolas, etc. Para acceder a este lugar, para evitar pasar cerca del sector de los hombres, se valen de la abertura practicada al sudoeste de la empalizada, cuyo nombre —"agujero"— tiene una evidente connotación sexual y femenina. Los cuartos norte y sur son polivalentes; sirven tanto para preparar la comida para las fiestas como para guardar las hamacas de los invitados solteros.

La posición del cuerpo y la suspensión de las hamacas indican la disposición de cada uno de los individuos respecto de los demás miembros del grupo que viven en la *maloca*, así como sus relaciones familiares. Si, por ejemplo, un hombre se sienta hacia el cuadrado central, expresa su disponibilidad; por el contrario, si se vuelve hacia el hogar —cada familia tiene su propio hogar—, significa que está absorbido por sus pensamientos o por sus tareas familiares. Los espacios domésticos, claramente delimitados dentro de la *maloca* mediante la ocupación de las familias que en ella comen y duermen alrededor de un mismo hogar, son privados e implican una gran discreción de los vecinos; un vecino sólo entrará si fue invitado por sus ocupantes.

Para dormir, cada jefe de familia suspende su hamaca entre dos postes secundarios, en la frontera entre lo colectivo y lo privado, mientras que su mujer y los hijos fijan las suyas, por un lado, a un poste secundario y, por el otro, a los postes del vallado, de modo que se delimita así una especie de triángulo del campo familiar, en torno del hogar. Superada la pubertad, los muchachos se reunirán con los otros solteros masculinos en la parte este, hasta que —ya casados—, ocupen su lugar en un costado, según el respeto y el equilibrio de alianzas.

## Etnocidio

Occidente, sus mercenarios y sus misioneros, ya cansados, surgieron en el corazón de la selva, y los futuros chamanes y los futuros chantajistas, los futuros oradores, los futuros guardianes del almidón, los futuros guardianes de la coca y los futuros jefes de las malocas perdieron no sólo su educación sino también su saber, sus grandes casas y sus familias, que fueron a dar, en cierto modo con coacción, a los internados de las misiones católicas.

"Cuando ya no somos libres de dormir en una gran casa colectiva, muy confortable, hecha con hojas, y en nombre del progreso tenemos que vivir en una casa pequeña, solitaria, hecha de cemento, resulta claro que hay destrucción de toda la estructura social asociada con esa casa colectiva", escribe el etnólogo Robert Jaulin. En realidad hay etnocidio; la destrucción progresiva

e insidiosa de los tipos de relaciones de residencia, consumo y producción en nombre de una cultura del progreso sostenida por una religión única inició, entre los indígenas del Amazonas y en otros lugares donde hay una presencia blanca, un proceso de descivilización y de aculturación cuyas consecuencias hoy podemos apreciar.

Los daños son tales que no sabría qué orden seguir. De la producción sólo diré que el tiempo pasado en los campos en provecho de los colonos impedía que los indígenas trabajaran sus propios campos; el reemplazo de las hermosas casas comunitarias por barracas calamitosas con piso de cemento y techumbre de chapa ondulada es, seguramente, una de las perturbaciones más graves. Robert Jaulin demostró de un modo cabal cómo "la civilización motilona puede encontrarse destruida por la sedentarización que ha implicado la construcción de casas con materiales duros, por la rotura del juego que especifica por completo, en una casa colectiva, un apartamento para cada familia mediante la supresión de funciones otorgadas muy a conciencia a los habitantes de un *bohío* cuando lo construyen, desempeños que en gran parte son simbólicos y que tienden a vincular a estos habitantes entre sí, así como los árboles "se trenzan y forman el cañamazo de la techumbre". En realidad, las casas levantadas las más de las veces sobre un terreno roturado en medio de un césped a la inglesa (cuando crece), con su techo de chapa y sus grandes aberturas para que pudiera entrar "la luz de Dios" y vigilar la promiscuidad de los "salvajes" que había que convertir, son exactamente lo contrario de la casa-sombrilla, oscura y liberalmente techada, que permitía a sus habitantes soportar los días tórridos, descansar en una relativa frescura y, en especial, dedicarse a sus negocios con la mayor discreción.

Los capuchinos (nombre español de los misioneros), contra los cuales no emito juicio como representantes de una religión y vehículos de una civilización, con frecuencia cometieron actos aberrantes, en nombre del "progreso", tales como introducir la electricidad en casas con ventanas amplias y abiertas de par en par a la selva ecuatorial. Podemos imaginar que, por las noches, al calor húmedo, a los olores inscritos en el hormigón y a la evidente incomodidad de un suelo duro se suman las nubes de insectos, de lo cuales los aborígenes habían sabido defenderse levantando los techos con palmas trenzadas que tenían la propiedad de apartar a ciertas especies; la limpieza del lugar se mantenía con barridos sucesivos e intervenciones constantes de uno u otro miembro del grupo, para quitar algún desperdicio raspando el suelo blando con el machete, meterlo en una hoja y echarlo al linde de la selva. Otro atentado contra la cohesión familiar: el suelo de hormigón hace desaparecer el tejido tradicional, y la ropa dada a los aborígenes, en las misiones, no suplen en nada esta desaparición sino que aceleran su estado de mendicidad, dado que nuestras ropas occidentales no están hechas para resistir el clima, el entorno selvático o sus trabajos. Sería larga la lista de inconvenientes catastróficos que nuestra tecnología ha introducido entre los "Demás"; para volver a nuestro dormitorio, agreguemos —siempre según el insidioso progreso del etno-

cidio— el lento avance de la cama en el país de las hamacas, relegadas bajo la armazón de las casas de tipo occidental, con el techo más alto que largo, situación que en absoluto fastidia a los jóvenes pero que parece intimidar a las parejas de más edad...

# 9

# Ruido en el vientre del elefante

*El murmullo de la paloma,*
*brotes de algodonero, brotes de la mostacera,*
*el canto de la flauta* siphung*;*
*otros tantos puentes hacia el amor,*
*decía mi madre.*

Nirmalprabah Bardoloi,
*Puente*

En Asia, de un modo muy notorio y evidente, aun para un simple visitante, la concepción del hábitat está vinculada con los modos de pensar y de creer, y en muchos casos determina la gestual y las relaciones cotidianas de los habitantes. En esta zona, que representa aproximadamente la mitad de la población mundial, muchas son las prácticas rituales y corporales, en torno del sueño y de la cama, capaces de desviar los riesgos de la noche. La casa no es un simple refugio; es también un perímetro sagrado destinado a proteger los cuerpos inertes e indefensos tanto respecto de lo exterior como de lo interior. En la India, donde cada gesto de la vida diaria se vincula con un dios o una diosa, los contrastes entre la vida mística del brahmán, miembro de la casta sacerdotal, obsesionado por los riesgos de la contaminación, y la de los miembros de una tribu aborigen, *adivasi* en hindú, como la de los murias, más preocupados por la sobrevida y la unidad de su grupo, son asombrosos.

## El descanso del brahmán

Para lo hindúes, todos los cuidados del cuerpo, que incluye al alma, se plantean en términos de protección contra la impureza, que puede surgir tanto en ocasión de una comida, del aseo, como del sueño. El día y la noche constituyen una oposición fundamental: uno se alimenta, viaja y se baña de día; de noche se duerme y se hace el amor. De día uno se afeita, frente al norte o al este, y, hacia el norte, se responde a las necesidades naturales; se reserva el sur

para las de la noche. El orden de las acciones del brahmán antes de acostarse, indicado en vigesimotercera posición en el *Reglamento que debe seguir el brahmán grahasta todos los días de su vida*, relatados por el abate Dubois, pone de manifiesto la consideración constante del espacio y del tiempo, en los cuales navega el cuerpo: "23. Después de liberarse de estos deberes religiosos vuelve a su casa, se alimenta observando las reglas ordinarias y *se acuesta a poco de haber cenado.*

"El brahmán debe purificar el lugar donde quiere acostarse frotándolo con boñiga y tratar de que este lugar no esté expuesto a las miradas de nadie.

"Para acostarse, nunca hay que elegir una montaña, un cementerio, un templo, un lugar donde se hace el *pudja*, un sitio dedicado a los demonios, la sombra de un árbol, una tierra trabajada, un establo para vacas, la casa del gurú, un sitio más elevado que aquel donde se colocaría la estatua de algún dios, los sitios donde hay cenizas, agujeros hechos por las ratas o en los cuales, por lo general, se alojan las serpientes. También hay que cuidarse de pasar la noche en las casas donde los domésticos son insolentes, por temor a alguna desgracia. Del lado donde se apoya la cabeza se colocan un jarrón lleno de agua y un arma; los pies se frotan; la boca se lava dos veces y a dormir. Nunca habrá que acostarse uno con los pies mojados, ni dormir bajo la viga que atraviesa el centro de la casa.

"Hay que evitar dormirse con el rostro vuelto hacia el oeste o hacia el norte. Si no se pudiese de otra manera, habría aun menos inconvenientes por estar vuelto hacia el lado del norte que hacia el lado del oeste.

"Al acostarse se hacen adoraciones a la tierra, a Visnú, a *Nandy-Kicchara*, uno de los demonios encargados de la guardia de Siva, y al pájaro garudah, a quien se le dice esta oración:

" «Ilustre hijo de Kachiapa y de Binata: eres el rey de los pájaros; tienes hermosas alas y pico bien puntiagudo. Eres enemigo de las serpientes: presérvame de su veneno».

"Quien recite esta plegaria, al acostarse, al levantarse y después de sus abluciones, jamás será mordido por las serpientes.

"Esta es otra oración de gran eficacia, que uno tendría que imponerse, por regla, decirla siempre antes de acostarse. Lleva el nombre de *kalassa* y está dirigida a los demonios, guardias de Siva. Al recitarla hay que poner la mano derecha en las distintas partes del cuerpo, a medida que se las nombra:

"«Bahirava me preserve la cabeza de cualquier accidente; Bichana, la frente; Buta-Carma, las orejas; Preta-Bahana, el rostro; Buta-Carta, los muslos; los *Datys*, que están dotados de una fuerza extraordinaria, los hombros; Kapalamy, que lleva en el cuello un rosario hecho con cráneos humanos, las manos; Chanta, el pecho; Ketrica, el vientre, los labios y los costados; Katrapala, la parte posterior del cuerpo; Ketraga, el ombligo; *Pattu*, los genitales; Chidda-Pattu, los tobillos, y Churacara, el resto del cuerpo, de la cabeza a los pies; Bidatta, la parte superior del cuerpo, y Yama, toda la parte inferior desde el ombligo. Y que el fuego, que recibe los homenajes de todos los dioses,

me guarde de todo mal dondequiera que yo me encuentre. Las mujeres de los demonios velen por mis hijos, mis vacas, mis caballos y mis elefantes. Vele Visnú por mi país. Y que el Dios que vela por todas las cosas vele también por mí, sobre todo cuando me encuentro en lugares que no están al cuidado de ninguna divinidad».

"El que recite esta oración todas las noches, al acostarse, no se expondrá a ningún acontecimiento funesto: basta llevarla atada al brazo, escribirla y leerla, para hacerse rico y vivir feliz".

## "Dormir sobre cuatro patas"

La vivienda india, por lo general de plano rectangular, construida ya "de fábrica", *pakka*, ya de adobe, *kacca*, mezcla de paja, tierra y bosta, con techo de bálago para los más pobres y de tejas redondas para los otros, resulta original no por su forma sino por las distinciones del espacio y su distribución en la totalidad del hábitat.

Organizada de modo que se filtren los conocimientos y los visitantes según varios niveles, se distinguen al menos dos partes: el locutorio (*veranda*, palabra de origen indio), habitación cerrada donde sólo se recibe a los que no son familiares; la cocina y, cuando existe, el cuarto al que sólo tienen acceso los miembros de la familia y los parientes. El patio, situado ya adelante o detrás de la casa, o bien en el centro, es uno de los elementos fundamentales de estas residencias, que con frecuencia desempeñan el papel de "casas sombrilla" durante el día; las noches tórridas del sur de la India impulsan a sus habitantes a dejar la casa y a instalarse afuera, en la acera, al pie de un árbol, y no por fuerza en el suelo sino en una cama fácilmente transportable.

El mobiliario indio, reducido a su menor expresión, se compone casi exclusivamente de camas. La cama, notoriamente uniforme en toda la India, se compone de una armadura de madera sostenida por cuatro patas, *carpai*, nombre tomado del hindú, y a veces por cuatro estacas clavadas en el piso, sobre las que se apoya un coy de bastidor de algodón o de juncos. Los lechos más elaborados están armados con cuerdas o fajas de algodón pasadas por agujeros que permiten sujetarlas. El colchón, que suele estar ausente en el sur, es muy delgado en el norte; además, no hay sábanas según nosotros las conocemos, sino una colcha de cotonada —en invierno, una manta— en la que uno se acuesta con la ropa de día y con la cual se envuelve de la cabeza a los pies y se tapa el rostro. Los hindúes duermen en la cama, pero en ella no deben ni nacer, ni hacer el amor, ni morir; para todos estos actos es necesario el contacto con el suelo, con la Madre Tierra.

## La casa de los niños

Entre los murias, una población tribal del antiguo estado de Bastar, en el sur de la India, un peculiar enfoque de la noche y la idea de que la sexualidad desempeña un papel de primera importancia en la vida social de la tribu han dado a luz una forma de dormitorio especial destinado a los niños.

El *ghotul*, tal vez más antiguo, no es sólo la gran casa comunitaria reservada para los funcionarios itinerantes en la provincia, ni un edificio destinado a conservar las tradiciones culturales y proteger a las muchachas de la tribu de las seducciones extranjeras. Para esta sociedad que ha edificado su moral sexual no ya sobre la represión y los entredichos sino sobre la domesticación, y hasta la sublimación de este "instinto", el *ghotul*, dormitorio mixto para niños y jóvenes, habría aparecido, dice un viejo muria, "porque no sabíamos qué hacer con estos productos de vagina de fierecilla. Estábamos cansados de arreglar sus camorras y no teníamos ninguna necesidad de oír el jaleo. Entonces les dijimos: «Idos a jugar y a pasar el tiempo juntos. Podéis hacer lo que queráis siempre que hagáis el trabajo que os pedimos: traer leña y agua, cuidar el ganado, cuidar a los lactantes». Al principio les dimos un lugar bajo la veranda de una casa, pero eran demasiados y no teníamos paz. Por eso, para que vivieran lejos de nuestro descanso, han llegado a tener su propia casa".

## Evitar la escena primitiva

Verrier Elwin, pastor anglicano que renunció a su condición sacerdotal en 1938 para volcarse a la etnología de los aborígenes de la India, por llevar más adelante su investigación acabó por aprender de los murias —a quienes trató mucho durante tres años— que la principal razón de la institución del *ghotul* se debía al hecho de que para los padres era un error dormir en presencia de los hijos, pasados los seis o siete años.

La verdadera razón de ser del *ghotul* es que es algo culposo dormir delante de la hija o del hijo, dijo un jefe de la aldea de Jakrii. Los niños nunca deben ver dormir a los padres en una sola estera, sea de día o de noche. Imaginad que una muchachita vuelve tarde a su casa, de noche, por cualquier razón, y encuentra a sus padres estrechándose sobre la estera; esto los pone furiosos y mientras la insultan le dicen: «¿Acaso no tenéis vuestro *ghotul* para vivir? ¿Por qué queréis venir aquí?». En otra aldea, en Malakot, Elwin refiere la declaración de un hombre, que decía: "En casa nos quedamos sólo con los chiquitos, mientras sean muy pequeños para atender el gozo y el dolor. Desde muy pequeñitos pueden dormir con la madre, pero después ya pueden ir a cualquier otra parte. Pero solos tienen miedo; por eso en cuanto se pueda los enviamos al *ghotul*".

Este deseo de impedirles a los niños que presencien la "escena primitiva" y la idea de la molestia no es sólo por parte de los padres sino que también pue-

de ser perjudicial para los niños se confirman en este último testimonio: "El *ghotul* se ha hecho sencillamente para impedirles a los niños que espíen a sus padres cuando tienen relaciones. Una vez que los varones y las niñas comprenden lo que es, los enviamos al *ghotul*. Es una gran vergüenza espiar a los padres en ese momento. «¿Qué están haciendo», se pregunta el niñito que se asombra. Se pregunta: «¿Por qué mi padre echa para atrás así a mi madre?» Los llevamos al *ghotul* y ya no preguntan. Pero yo, muria, me pregunto: ¿qué hacen los niños hindúes y los hijos de sahibs, que viven en una sola casa y no tienen *ghotul*?".

## El *ghotul*

El *ghotul* más común en las aldeas murias es un conjunto de edificios situado ya en el centro de la aldea, ya un poco aparte. Tras un cercado de madera o de adobe hay una casa central con una veranda bastante profunda y una espaciosa sala interior. A los costados, una cabaña para las reuniones o para dormir cuando hace calor y varios cobertizos. Para penetrar en el recinto y en estas casas reservadas a los jóvenes hay una amplia entrada y, para salir de allí discretamente, unas puertitas secretas que sólo conocen los iniciados y los enamorados. En materia de amoblamiento, los asientos y los taburetes son escasos, pero en muchos *ghotul* hay *kutul*, largos y estrechos trozos de madera que pueden servir de asiento o de almohada. Algunos están esculpidos con dibujos geométricos, representaciones de varones, de niñas o con representaciones groseras de la vagina y los pechos. En el mismísimo recinto del *ghotul* suele haber una provisión de bálago para reparar eventuales fisuras de los techos y, afuera, grandes montones de madera cuyo apilamiento en forma de cruz tiene algo de obra de arte.

Los miembros de este "círculo nocturno" que es, en realidad, el *ghotul*, son todos jóvenes solteros de uno y otro sexo; los varones se denominan *chelik* y las chicas, *matiari*. La autoridad queda asegurada por los más grandes, que se llaman *sirda*, en relación con los primeros, y *belosa*, en relación con las segundas. En el tiempo del *ghotul* llamado "antiguo", *ghotul* original, las muchachas y los jóvenes guardaban entre sí vínculos más o menos largos, semejantes a veces a auténticos matrimonios. En la forma actual, las relaciones largas se prohíben: más de tres días pasados con un mismo compañero generan sanciones.

La reforma del *ghotul* depende de la voluntad de los padres de conservar el orden social y tradicional del grupo. Las estadísticas, al respecto, son sorprendentes: Verrier Elwin, luego de estudiar dos mil uniones, comprueba que mil ochocientas veinticuatro de ellas se habían celebrado de acuerdo con la tradición, según el deseo de los padres, y sólo ciento dieciséis eran matrimonios irregulares. En cuanto a éstos, setenta y siete estaban relacionados con *chelik* que, después de vivir en un *ghotul* de tipo antiguo, se habían casado con sus "mujeres del *ghotul*". El tipo moderno del *ghotul* habría producido nada más

que treinta y nueve uniones irregulares. Esto significa que alrededor de uno de cada diez *cheliks* tendría conflictos con sus padres al salir del *ghotul* de "tipo antiguo", mientras que en el de "tipo moderno" sólo habría uno de cada treinta y dos. En cuanto a los setenta y siete que se casaron con sus "mujeres del ghotul", nueve se divorciaron posteriormente, es decir, en una proporción de 11,6%, lo cual es muy elevado en una comunidad reducida.

## Fracaso en el divorcio

En el *ghotul* moderno se organiza todo para evitar que se desarrollen "afectos" y para eliminar los celos. Ningún *chelik* puede decidir que una *matiari* es "suya", por respeto al ideal comunitario del grupo; por eso a este tipo de *ghotul* se lo denomina *mundi-badalva*, "porque allí cambiáis una muchacha por otra del mismo modo como pasáis un anillo de un dedo a otro". Los que se acuestan juntos más de tres veces reciben una advertencia de parte del *sirda* y de la *belosa*, y si persisten en eso son castigados. Ante cualquier demostración de propiedad respecto de una chica en especial, por parte de un *chelik*, por ejemplo "si su rostro se desfigura cuando la ve hacer el amor con otro, si él parece fastidiarse al verla acostarse con otro *chelik*, si se ofende porque ella se niega a frotarlo y se va con otro, sus compañeros le recuerdan con firmeza que ella no es su mujer, que no tiene ningún derecho sobre ella, que ella es el *mâl*, propiedad de todo el *ghotul*, y que si sigue mostrándose así será castigado". La sanción para este tipo de actitud no está reservada sólo a los varones. A la pregunta de por qué el *ghotul mundi badalva* ha reemplazado al *ghotul* primitivo, los murias respondieron que "de esta manera no se verán perdidos por el amor. Pues demasiado amor antes del casamiento significa demasiado poco después".

Esto quiere decir, en términos más claros, que en las comunidades reducidas los casamientos irregulares que provocan la pasión o el afecto de los hijos entre sí conmueven las viejas alianzas entre familias, contrarían el reintegro de las antiguas deudas y crean tensiones que no favorecen la seguridad del hogar y, por extensión, la de la aldea en su integridad. Los "enamorados" del *ghotul* suelen estar obligados a huir para escapar de las imposiciones tradicionales. En las aldeas donde se repiten estos incidentes de desobediencia, los *ghotul* de tipo antiguo se han modificado, y se han reestructurado y "modernizado" las reglas internas.

La otra explicación se refiere al hecho de que los murias piensan que la concepción sólo se produce si un mismo hombre y una misma mujer permanecen mucho tiempo juntos y tienen relaciones sexuales ininterrumpidas, sin que haya divergencia de interés. Esto significa que el embarazo, en la fantasía muria, exige una concentración a la vez psicológica y física en la fidelidad a un solo compañero. De este modo, las reglas modernas intervienen como una medida anticonceptiva. A decir verdad, las estadísticas no parecen dar razón

a este último método: los "accidentes" abundan tanto en el tipo antiguo de *ghotul* como en el nuevo.

## Amor para todos

En ningún caso habría que pensar ni imaginarse que los varones y las chicas se entregan cada noche a nuevas orgías o se comportan, como algunos curas se imaginaron el asunto, como "una manada de cabras". Los jóvenes murias, antes de enrojecer y bajar la frente, responden así a estas deliberaciones de misionero: "Cambiamos de pareja porque queremos que todos sean felices; si un varón y una muchacha estuviesen siempre juntos como si fueran marido y mujer, habría entonces quienes fueran más felices que otros; los mejores varones y las mejores muchachas serían propiedad de individuos en vez de ser propiedad del *ghotul*, y el resto sería miserable [...]; varones y chicas se aman unos a otros como aman los hermanos a sus hermanas, como aman los padres a sus hijos y como los maridos a sus mujeres".

Como en todas las casas comunitarias, la vida en el *ghotul* está estrictamente reglamentada; todo se desarrolla en el marco de una extrema decencia, lo cual excluye todo tipo de fornicación malsana. Esta "casa de los jóvenes", tal como la denomina Verrier Elwin, raras veces abriga a más de veinte miembros. Casi todos son parientes cercanos o provienen del mismo clan y se conocen desde su más tierna infancia. Por su parte, la regla de la prohibición de pasar más de tres noches con el mismo compañero obedece a una rotación organizada por los mayores y nadie, por lo general, está en condiciones de elegir a su compañero o compañera a voluntad. El *sirda* y la *belosa* son los que, luego de ser consultados, deciden el modo como se habrán de constituir las parejas y velan porque un *chelik* no pase demasiadas noches con la misma *matiari*. Tampoco habría que creer que las obligaciones aplacan toda espontaneidad y todo placer de los niños por reunirse.

## Ruido en el vientre del elefante

Dice un proverbio muria que sólo de noche hay "ruido en el vientre del elefante", lo que significa que el *ghotul* es, en primer lugar, una institución nocturna. De ordinario, durante el día, excepto los días festivos, el *ghotul* está desierto. Algunas veces puede haber una *matiari* que barre o limpia el piso de las viviendas con bosta de vaca diluida en agua para purificarlo. Sólo al final de la tarde, después de cenar en casa de sus padres, llegan los *chelik* con las esteras de dormir bajo el brazo y, algunos, con un tambor. Los varoncitos deben colocar su tributo diario —uno o dos trozos de madera— en el montón situado fuera del vallado. Los mayores se juntan en torno del fuego y comienzan a

contarse las cosas del día, a fumar pipa, a tocar la flauta o a frotarse las piernas entre sí. En un rincón del *ghotul*, en una casa o un espacio reservado, se reúnen las *matiari*, mientras esperan estar en pleno para ir a buscar a los varones junto al fuego. Allí, los jóvenes se cuentan historias y hacen pullas; algunas parejas se dispersan, otras discuten, los más chicos juegan entre sí y otros bailan al son del tambor y de la flauta. Hacia las 22 se instaura el orden ritual. Los novatos saludan a los veteranos y se produce una distribución de tabaco y de pipas de hoja. Las multas se pagan con alcohol y tabaco robados a los padres, y la *belosa*, al reunir a las muchachas, les designa el varón al que tendrán que atender.

## Los escalofríos del peine

Comienza, pues, la sesión de peinado y masaje. Ocurre que un muchacho se queda dormido en un rincón, extenuado por el día de trabajo; la *matiari* lo despierta, lo hace sentar, se arrodilla detrás de él para sostenerlo y empieza a peinarle el pelo. Esta sesión de peinado cumple una función importante en la seducción. Los peines, que los varones suelen ofrecer a las muchachas, indican, según el color y el arte con que están fabricados, el interés que ellos manifiestan por ellas. Como respuesta, según que la muchacha lo lleve o no en el peinado, el muchacho sabe a qué atenerse. También el modo de peinarse interviene como "señal". No hay que juzgar los golpes violentos que la *matiari* da en la cabeza de su *chelik*. No es sino la técnica *pitis pitis kiyāna*, cuyo objetivo no es hacer daño sino matar los piojos y quitar las costras. Este mismo peine puede servir para producir estremecimientos en la espina dorsal o en los brazos.

Luego de este primer contacto comienza el masaje. Previamente se untan los hombros y las piernas con los restos oleosos del grano de *mahua* o de *karengi*. Primero enérgicos, los movimientos se hacen suaves y, en ciertos casos, en extremo íntimos. Los muchachos, como buenos adolescentes que son, se observan uno a otro y se estimulan mutuamente con frases de este estilo: "¡Tómale los pechos!", "¡Sus pechos son grandes!", etcétera. Una vez terminado el masaje, por lo general cada uno sabe a qué atenerse según los acontecimientos. La *matiari*, entonces, pone las manos en la cabeza del *chelik* y le dice: "*Johar*". La mayoría de las veces, el masaje se produce en el lugar mismo donde van a dormir las parejas. El *sirda* y la *belosa* velan por que cada uno, tanto los pequeños como los mayores, duerma bien junto al otro; a veces es un niñito con una muchacha y otras, un muchacho con una niñita. Así se maternizan o se "paternizan", mientras algunos vuelven tórrida la benignidad de la noche...

## Juegos de seducción

En su esencia misma, la vida del *ghotul* debe ser "como la poesía, sensual y apasionada; debe rescatarse de la degeneración mediante el entusiasmo y una buena vitalidad sexual".

En realidad, parece que la vida en el *ghotul* tuviera, según se dice en nuestra lengua, una libido demasiado débil, sobre todo en el tipo llamado moderno, que antes que nada se basa en la voluntad de crear una unidad en lugar de amores exclusivos. Pero como los niños tienen talento y capacidad para apartar de sí toda institución, cualquiera que sea, y son ellos quienes inician la construcción y la decoración de su *ghotul*, esto significa que está concebido según su deseo y que su "deseo", como compensación, halla en él una fuente de inspiración; respecto de las reglas dentro del *ghotul*, son como cualquier regla dictada por los adultos: inventadas, como todos sabemos, para ser transgredidas.

La decoración misma del *ghotul*, con sus casillitas, algunos árboles, el fuego, las flautas, los tambores de los varones y las campanillas de las chicas, es en sí un poderoso estimulante romántico. El desenvolvimiento de la noche es, de hecho, una preparación para las relaciones sexuales y el establecimiento, en el lenguaje de la psicología, de "estímulos sensoriales para producir en forma gradual el estado fisiológico de tumescencia, con su acompañante psíquico de amor y deseo, más o menos necesario para el acto de apareamiento" (sic).

Dejemos a los psicólogos la propiedad de las definiciones, y démosles a los jóvenes murias cuerpo y palabras.

Tal como hemos visto con las sesiones de peinado y masaje, despiertan primero el sentido del tacto. El beso, medio de excitación sensorial poco usual en la India, sobre todo por ser la saliva contaminante, aparece a veces en el *ghotul* pero como una moda pasajera lanzada por uno de sus miembros. Los varones besan el rostro y los pechos de sus compañeras de una noche, pero nunca la boca; la práctica de la fellatio, por su parte, si bien su descripción no es chocante para nadie, parece no estar muy desarrollada dentro del *ghotul*. Los olores suelen intervenir, dado que son el comienzo de la excitación; de este modo, una muchacha cuyos cabellos huelen a lumbre de leña es "excitante"... El olor a establo corresponde a un olor de "salud" y "limpieza". "Deliciosa, dicen los *chelik*, es la frescura del bosque y de la colina al descubierto, pero más delicioso aun es el aroma de la respiración, del aceite, de la tierra mojada, de una gota de orina, todo mezclado con ese olor amargo y dulce del humo".

## La atracción de las jovencitas

La atracción erótica de las jóvenes depende del modo como llevan la ropa, de sus aderezos, y también de sus hombros, pues —como dicen los *chelik*— "la belleza de una muchacha está en sus pechos, pero sus pechos no persisten; sólo sus hombros jamás nos traicionan". Para las jóvenes, el hombre es seduc-

tor no por la perfección de sus rasgos o de su tez, sino por la vivacidad y su vigor. "Por más hermoso que sea el rostro, dicen las *matiari*, hay que saber si es buen trabajador. Desviamos la vista si es un holgazán."

En el aspecto general, importan los ornamentos: "Que la nariz sea lo que es; que los ojos sean lo que son; que la boca sea lo que es; Dios los ha hecho y serán lo que son. Pero nosotros fabricamos los ornamentos, y gracias a ellos un *chelik* puede hacerse tan elegante como desee". Un hombre tendrá tantas más mujeres si él mismo se hace los utensilios más que si los comprara en el bazar: "Un *chelik* que puede tocar el tambor de madera sabe bien cómo hacer palpitar el corazón de una muchacha enamorada".

## Cómo se inicia el amor

En la preparación de la tumescencia, la danza desempeña un gran papel. Un proverbio muria reza: "Si comenzáis cantando *Rela*, acabaréis por satisfacer un deseo". *Chelik* y *matiari* bailan unos para otros. En una de estas danzas, las jóvenes, curvadas hacia adelante, tienen cada una un bastón que representa un pene, y con movimientos bruscos de las nalgas simulan el acto sexual. La letra cantada también es muy equívoca:

*Pequeños, pequeños pelos de camarón,*
*larguísima espina,*
*¿adónde ha ido*
*el rajá de Nandpurhar?*

Un *chelik* y una *matiari* se suelen poner de acuerdo en ocasión de un masaje. Una jovencita, para instruir a un joven, le deja acariciar los pechos y estrecharla entre sus brazos. Luego ella abre y separa las piernas y hace que el muchacho se acueste sobre sus pechos. Ella le muestra cómo quitarse la ropa y ella misma introduce el pene. La primera vez, si el joven no sabe qué hacer, ella no le dice nada. A la mañana siguiente ella le declara: "La otra noche sólo me estrechaste, pero nada fue como tenía que ser. No sentí placer". El replica: "Hoy, en verdad, estoy listo: ahora sé lo que hay que hacer".

## Un deber para el hombre y un derecho para la mujer

La relación sexual "normal", en el *ghotul*, contada aquí por un viejo muria, debería suceder así: "Se acuestan juntos en la estera; él pone una mano en sus pechos, pero esto no quiere decir nada. Cuando todos duermen, él tiene que hacer una señal. No puedo decir qué señal, pero todos la conocemos. Ella dice: «Vete», pero él sabe que quiere decir «sí». El se levanta y le separa las piernas. Enseguida, ella se quita la ropa. Cuando él está sobre ella, ésta con la

mano pone el órgano en su lugar. Ella no dice nada; él tampoco. Están en total silencio. El debe sufrir; si usted no suda, si el calor lo abandona, no está satisfecho. Ella dice: «Empuja, empuja». No lo dejará irse antes de estar satisfecha. Por último, la palabra *Hai* sale de sus labios. Entonces dejan de estar embriagados. Cuando ya se siente saciada, ella ha calmado su humor".

Es raro que los jefes del *ghotul* intervengan en los asuntos de los muchachitos, puesto que su función, antes que nada, es la de velar por que reciban una educación y una instrucción sexual convenientes. "Tal como el buey joven se adiestra en el arado, se instruye un varón." Pero dentro del *ghotul* no se concibe que los muchachos grandes tengan relaciones con una *matiari* hasta tanto no haya tenido las primeras reglas. "La verdadera felicidad sólo llega cuando ambos ya se han formado. Los muchachos lo hacen; pero sin el salto de agua, el placer es pequeño; es como comer una fruta verde: no tiene ningún dulzor. Es como el arroz sin sal." Más gráfica aun es esta reflexión de un *chelik*. "No se debe cavar en los campos de una niña impúber, pues el *pulu* [palo - piqueta] se puede dañar."

Entre los murias, y esto es algo característico de ellos, la muchacha misma se quita la vestimenta pubiana, y afirma un proverbio que "cuando ve venir al pene, el clítoris sonríe". La mujer se considera un ser insaciable: "La mujer es la tierra: el hombre no puede trabajarla". En la India aborigen, la relación sexual es un deber para el hombre y un derecho para la mujer, que se le habría acordado como compensación por las molestias de la menstruación y de los dolores de parto.

## Vagina dentada contra pene

Los murias no tienen vocablos para la lujuria y el deseo, como tampoco para el amor; las alusiones de asunto sexual se hacen sin rodeos. Del mismo modo, si su conocimiento de los órganos genitales parece limitado, como compensación su mitología sexual es en extremo amplia y completa. Los *adivasi*, que parecen considerar los órganos sexuales, masculinos o femeninos, como seres vivos que llevan una vida independiente, con un humor abundante y en diversas formas, tienen una gran cantidad de leyendas, de las cuales las más famosas, *Vagina dentada* y *El origen del pene*, no carecen de sabor:

"Hace mucho tiempo las vaginas tenían el poder de abandonar los cuerpos mientras los propietarios dormían, para ir a alimentarse al campo. Como tenían una dentición que les permitía pacer, se quedaban toda la noche paciendo para volver, saciadas, sólo a la madrugada. A la larga, los habitantes de la aldea terminaron preguntándose quién era el que podía llegar de noche para comerse la cosecha. Tendieron trampas y esperaron. Ya de noche, cuando llegaron para comer, las vaginas fueron capturadas y al alba los aldeanos no tuvieron más que recogerlas en un inmenso canasto. Las encerraron en un cuarto secreto y fueron a relatar el asunto al rajá, que condenó a las vaginas a la horca.

"El enunciado de tal sentencia provocó gran terror entre los aldeanos, que se preguntaban cómo iban a poder vivir con sus mujeres si se les suprimían los órganos. Entonces decidieron volver a ver al rajá para solicitar perdón y comprometerse a devolver el dinero por los perjuicios causados a los propietarios de los campos devastados. El rajá dio su perdón pero añadió que ante todo había que quebrar y arrancarles los dientes a las vaginas, y prometió una recompensa para cualquiera que ejecutara ese trabajo. Nadie sabía cómo hacerlo, hasta que al fin un policía tuerto, que poseía un cuchillo nacido de su pene, declaró que se encargaría de la operación. Sin esperar más se puso manos a la obra; quitó todos los dientes y después, con un martillo y clavos, volvió a poner a cada vagina en su lugar. Ese es el origen del clítoris. Las vaginas, por su parte, maldijeron al hombre por haberlas remachado así al cuerpo, y los transformaron en cerdo, maldición cuyas consecuencias aún podemos ver: el sexo del cerdo tiene forma de cuchillo".

En lo que se refiere al origen del pene, los murias relatan: "Antaño era tan largo que cuando un hombre salía, debía rodear con él la cintura y arrinconarlo, hasta el día en que un hombre acostado sacó el pene por la ventana y derribó la pared de una casa situada a cien metros de allí. Penetró a la mujer que estaba ahí, le salió por la boca, le sumergió la cabeza en una marmita, se tragó toda la comida y, al retirarse, mató a la mujer. Las mujeres, al enterarse de esto, se precipitaron hacia este vecino descarado y peligroso para cortarle la verga. Como única defensa empuñó de su miembro lo que pudo. Las mujeres cortaron el resto, lo que explica que hoy el pene no tenga más que el largo de una mano".

## Alcobas comunes en todo el mundo

Si bien la originalidad del *ghotul* proviene de que es una alcoba mixta y educativa, reservada para los jóvenes de la aldea, y si bien existen otras grandes casas de carácter y finalidad semejantes en la India y en las comunidades de cultura austroasiática, los "dormitorios comunes", exceptuados los del tipo "caserón" que se relacionan más específicamente con Occidente, existen en una gran parte de las sociedades tradicionales del mundo. De un modo general, se suele hablar de "casas de hombres", lugares tabú para las mujeres y los no iniciados, que constituyen en muchos casos centros sociales, políticos y religiosos de la vida pública de los hombres de la comunidad.

Sea el *kwod* o el *ravi* de Nueva Guinea, donde los hombres comen, pasan el tiempo y donde los jóvenes duermen, o el *darimu kiwai* de la región de Fly River, asociado con ceremonias de iniciación e instrucción de los jóvenes, a los cuales se les enseñan los tótems y los misterios de la agricultura, lo propio de estas grandes casas reservadas es que están cargadas de un poder mágico que acompaña a los hombres de la tribu que se han ido lejos, en expedición o a la guerra.

Es larga la lista de estos dormitorios aldeanos: el *ti* de las islas Marquesas, que Herman Melville hizo famosas en *Taipi*; el *bai* de las islas Palaos; el *sopo* de los battack de Sumatra; el *loho* de la región central de las islas Célebes; los *romaluli* de la isla Flores; el *umalulik* de Timor; el *palangkan* de Formosa; y el *olag* —"casa de muchachas"— de los igorot de Luzón, en el archipiélago de las Filipinas, que se convierte en *pahajunan* para los hombres, a los que habría que agregar los de América, de Africa y, hasta no hace tanto tiempo, los de Europa.

# 10

# El arte de la alcoba

*[...] Al oeste se puso el sol y la oscuridad llenó la habitación con sus sombras. Había una fresca brisa afuera. Cayó la nieve y sus copos planeaban. Pero el cuarto estaba tranquilo y cerrado, y en él no se oía el menor ruido. Ella había preparado la cama y dispuesto objetos del lujo más desacostumbrado, entre ellos un incensario de bronce para perfumar las mantas. Bajó las cortinas de la cama hasta el piso. Los colchones y las mantas se acumulaban, sembrados con almohadas puntiagudas. Ella se quitó el vestido, la ropa interior y dejó al descubierto su cuerpo tan blanco, de fina osamenta y carne tierna.*

Se-ma Siang-Yu
*(muerto en el 117 a.C.),*
De una mujer muy hermosa.

Para los taoístas, el universo es una casa donde viven los hombres. Su cielo es el techo, y la tierra el piso. Bajo este techo, en los distintos ambientes de la vivienda, viven los pueblos, que se reúnen en torno de un centro organizador: el pueblo chino. Esta totalidad se llama *Ta Kia*, Gran Familia, que realiza la comunidad de vida (o al menos, de intereses) de todos los descendientes de un mismo antepasado. El antepasado, por encima del jefe de familia, con los ojos abiertos de par en par por la muerte que le ha procurado la iluminación, ve todo lo que se trama en las profundidades de la casa y, desde las regiones luminosas donde se encuentra, dirige el crecimiento y la prosperidad de los suyos. No pide otra cosa, a cambio de su bendición, más que el homenaje puntual de todos y, desde su altar situado en medio de la casa, realidad espiritual sensible, siente que suben hacia él los colores, los perfumes,

los sabores, los sonidos y las expresiones de la ternura y la veneración, todo lo cual mantiene su vida celeste.

## El sitio ideal

La casa china, templo a la vez que domicilio, al igual que la vietnamita o la japonesa, abrigaba tradicionalmente a la familia viva pero también —por no decir sobre todo— las tabletas de los antepasados y, en cada rincón, algunas representaciones de los dioses domésticos.

Campesinos o gente de la ciudad, ricos o pobres, los chinos parecen haber dado siempre extrema importancia a la vivienda. Si bien alrededor de ella y de su imagen se organiza el mundo, en cambio es estrechamente tributaria de su entorno. Para determinar los emplazamientos favorables se apela a un geomántico, *fong-chuei Siencheng*. La geomancia china consiste en determinar la organización secreta de un lugar, *Ti-li*, y la influencia que los elementos naturales —*fong-chuei*, "el viento y el agua"— ejercen en él. Los factores benéficos o maléficos de un emplazamiento se calculan con arreglo a la configuración del terreno, las imágenes que evocan los paisajes y las correspondencias que aquéllas sugieren con ciertos planetas bienhechores del cielo, ese cielo que interviene en todo lo que se hace sobre la tierra. Mediante la geomancia, reveladora de las fuerzas vitales ocultas de un paisaje, se prescriben los trabajos necesarios para una protección eficaz contra las influencias perniciosas latentes o accidentales del paraje: nivelación, muros, torres, canalizaciones, etc.

El arte de los geománticos, al cual aún muy recientemente se recurría para elegir el emplazamiento de una ciudad, de un palacio o sólo de una casa, consiste en delimitar, con la ayuda del compás geomántico, *Lo-pan*, y de los Números o Emblemas que sirven para "oponer" y "conciliar", el lugar donde el *Yin* y el *Yang* están en armonía. El *Yin*, principio femenino, evoca la idea de tiempo frío y cubierto, y de cielo lluvioso; se aplica a lo que es interior, *nei*, y calificará, por ejemplo, al lugar apartado; sombrío y frío donde en verano se conserva el hielo. *Yang* está asociado con el sol y el calor; se aplica a los días primaverales, en que el calor comienza a hacer sentir su fuerza y también al décimo mes del año, en que comienza la retirada invernal. El *Yin* y el *Yang*, fuerzas contrarias indispensables para realizar la armonía del cielo y de la tierra, señalan aspectos antitéticos y concretos del tiempo y del espacio. Se emplea *Yin* en relación con las laderas umbrosas de las umbrías (norte de la montaña, sur del río); *Yang*, en relación con las vertientes soleadas de las solanas (norte del río, sur de la montaña). El emplazamiento ideal será aquel donde los dos soplos opuestos que recorren la tierra —*Ts'ing hong*, el Dragón Verde, al este (soplo bienhechor), y *Pai hu*, el Tigre Blanco, al oeste (soplo perjudicial)— se neutralicen o se acerquen lo más posible a las fauces y al tronco del Dragón.

Una vez hecho el examen del *Yin* y del *Yang*, escogida la "buena exposi-

ción" y llegado el décimo mes del año —calificado de mes *yang* por el *Che King*, clásico chino en el cual, además de los rituales, se hallan los principios de conducta— se comenzaba la construcción, que iba acompañada de la colocación de una piedra fundamental, *T'ai-chau-che kan tang* ("la piedra del T'ai-chan que osa hacer frente"), encargada de contrariar los soplos adversos, y de ciertos ritos propiciatorios y libaciones en honor del genio carpintero, Lu Pan Chefu; la vivienda debía acabarse e inaugurarse en los primeros días de la primavera.

## Un techo

En el país de los contrarios se ha elegido la madera para la construcción de casas, aunque ausente de las planicies de loess donde nació la civilización china. El gran tratado de arquitectura, el *Ying-tsao fa-che*, del siglo XII, por sobre todas las cosas es un tratado sobre las construcciones de madera, y el tópico clásico para designar una construcción mayor era "gran empresa de tierra y madera". Cuando la China abunda en piedra de construcción; cuando la yuxtaposición, en la China del Yang-tse y la China meridional, de las piedras calizas y el carbón fácil de extraer permitía y sigue permitiendo la producción holgada de cales y cemento, y en otros lados la abundancia de granito, pizarra, arenisca, arcilla y carbón para cocerlos proporcionaba cualquier posibilidad para construir edificios con materiales duros, esta civilización —salvo excepciones locales, tales como el ladrillo— siempre ha dado su preferencia a los materiales vegetales, inhallables en las condiciones naturales.

Estructuradas por el maderamen, las casas extremoorientales —pues la China no es la única en haber hecho esta elección: desde la punta de Ca Mau hasta Hokkaido, las casas rurales tienen las mismas características fundamentales— no son sino un techo que se apoya en columnas que soportan su armazón. Los muros exteriores son de materiales diversos: tablones, entramados de bambú, adobe sobre el encañado, adobes, ladrillo cocido, y su función es rodear la casa. Las columnas de sostenimiento, erigidas delante de las paredes, se apoyan en dados de piedra para evitar el ascenso de la humedad; todas las armazones se construyen según los mismos principios: ni diagonales, ni estructuras en forma de X, y se componen de columnas verticales, de tirantes horizontales, de péndolas verticales y de alfardas oblicuas que dan pendiente al techo. Tales armazones, ensambladas mediante machos y muescas, sin clavos ni tornillos, ni pernos, ni tuercas, tenían la inmensa ventaja de ser fácilmente desmontables. Ese sistema permitía ya vender la casa pero conservando uno el terreno, ya, en ocasión de riesgos, de malestares o invasión, desmontar la casa con toda rapidez y hundir los postes en una charca para escapar de los pillajes (la madera era escasa) y sobre todo de los incendios.

## Armazones "irracionales"

Al lado del aspecto práctico, el aspecto irracional de estas armazones, por no decir "civilizacional", obedece a que las vigas, en vez de trabajar en el sentido de la extensión, suelen recibir, en la mitad de su largo, un pendolón que ejerce sobre ellas un empuje vertical y exigen, por eso mismo, un diámetro bastante considerable para las vigas de sujeción. Pierre Gourou propone una hipótesis para explicar esta disposición de la armazón china: respecto de la armazón de madera, sería la transposición de los imperativos que se imponen a la armazón de bambú, material que, dada la dificultad para ensamblarlo, resiste poco las estructuras en diagonal y en X. Jacques Pezeu-Massabuau confirma la tesis de las elecciones técnicas irracionales referentes a la casa extremooriental, agregando: "Si la casa no se deja llevar siempre por los ofrecimientos de la naturaleza en cuanto a los materiales y los emplea mediante procedimientos a menudo ineficaces, a veces hasta niega a sus habitantes la protección que podrían exigir de ella, y se multiplicarían con mucha rapidez los ejemplos de inadaptación a las agresiones más violentas del medio. La casa coreana, desprovista de elementos oblicuos, no resiste mucho a las masas de nieve que se acumulan en el tejado, e incluso habría que desterrar el mito de la casa japonesa 'liviana' y que se viene abajo con facilidad sobre la cabeza de sus ocupantes, en caso de sismo. Por el contrario, provista de una armazón maciza que descansa en un esqueleto demasiado delgado, sin estar entrecruzada y sólo apoyada en el suelo, se deforma y se derriba con rapidez cuando el fuego no la ha destruido antes".

## Casas protegidas

La mirada, al elevarse naturalmente hacia el techo, se pierde en las perspectivas de la armazón para descubrir toda su belleza y detenerse, en las casas más señoriales, en las alfardas y en los pendolones magníficamente esculpidos y decorados. La casa es invisible para el mundo exterior gracias a una pared, y se toman múltiples precauciones para alejar los riesgos de influencias nefastas. Para penetrar en el recinto hay que atravesar pórticos en zigzag, uno hacia el este y el otro hacia el sur, y dar la vuelta al *yin p'ei*, "muro umbroso", última cortina que oculta los lugares privados al visitante. Este sistema en zigzag es un medio de defensa más mágico que real: los chinos piensan que las fuerzas negativas sólo se propagan en línea recta; en caso de que esto no bastara, la presencia de terroríficos perros de piedra y de cencerros lúgubres refuerza la valla defensiva y, a veces, si la arista de una casa vecina "amenaza" la fachada, se instalan espejos mágicos para apartarla de ella.

## En torno del pozo del cielo

El plano tipo de una casa de aldea tiene forma de compartimiento; comprende tres habitaciones al fondo, que por lo general dan, por detrás, al huerto, al foso de estiércol y a la porqueriza. Una vez pasada la habitación de adelante, la habitacion central —polo simbólico que subsiste en el plano de la gran casa urbana— es un vestigio o un esbozo de la arquitectura de los templos y de los palacios; abarca la cocina y una parte abierta con un aljibe, *t'ientsing*, el "pozo del cielo". Hacia el fondo del edificio, el dormitorio o los dormitorios, separado(s) mediante delgados tabiques y, así como los otros ambientes, no tiene(n) techo.

El campesino dormía ya en el rincón sudoeste, donde se conservaban las semillas, sobre paja, con un montículo de tierra bien dura como almohada, o en una cama de junco sin trenzar, ya sobre esteras de juncos superpuestos, algunas de las cuales eran decoradas. Los más ricos poseían una almohada de asta.

Las casas chinas tenían mala iluminación; las ventanas, escasas y de pequeño tamaño, sobre la fachada sur, a veces no eran más que un agujero redondo, hecho con un gollete de botijo roto con una tela extendida, o una abertura sin cristal ni postigo, tallada en la pared y provista de barrotes de madera, que en invierno se obturaba con papel. Pero cuando era urgente ver qué pasaba afuera, para evitar abrir la puerta ante el viento glacial se agujereaba el papel con un dedo mojado...

El dormitorio, frío en invierno y mal ventilado en verano, puesto que la pared del fondo es totalmente cerrada, oscura y llena de columnas, con piso de tierra apisonada, sólo ofrece una mediana comodidad. Pero, del mismo modo que respecto de la armazón, no hay que engañarse: estas características son más producto del estilo de vida que de la pobreza: las condiciones para dormir —salvo la presencia de mantas de seda floreada y de algunos cofres de madera preciosa— no varían según la posición económica. A decir verdad, el aspecto exterior de las casas chinas varía según las regiones. En el norte, las paredes, con cimientos de ladrillo cubiertos con una capa de cañas destinadas a impedir el ascenso de la humedad, son de adobe y, pese a los cimientos —las aguas muy alcalinas favorecen la penetración de la sal—, se arruinan con mucha frecuencia. Pero es un inconveniente mínimo, dado que el techo cubierto de bálago es independiente de las paredes.

El *Che King* nos enseña que el techo era tan liviano que un gorrión con su pico podía agujerearlo y que las plantas trepadoras, en especial las coloquíntidas, amenazaban con aplastarlo.

En el centro y en el sur, las casas, más sólidas que en las regiones septentrionales, tienen techo de tejas y paredes, siempre independientes, de ladrillo. El Honán y el Chensí, zonas de la "tierra amarilla", cuentan con la mayor cantidad de trogloditas del mundo. Las galerías y los cuartos, cavados fácilmente con una azada, tienen la ventaja de no ser húmedos, de ser poco fríos

en invierno y más frescos en verano. Al norte de la cadena de los Ts'in-ling y en las cercanías del macizo que se alza en Chansí, lugar de contacto tectónico, los terremotos son en extremo frecuentes y violentos. Pero las sacudidas sísmicas que a veces aplastan a los habitantes en pleno sueño no los han desalentado y millones de vivientas troglodíticas siguen existiendo en esta región.

## El *K'ang*

En lo que se refiere a la comodidad, las casas campesinas del norte del Kiangsu disponen de un procedimiento de calefacción bastante eficaz: el *K'ang*. Como el *ondol* coreano que calienta íntegramente el piso de la habitación principal mediante conductos de humo habilitados debajo del suelo desde el hogar de la cocina, el *K'ang*, especie de banqueta ancha construida con ladrillos huecos y calentada mediante el aire caliente de la cocina contigua, es a la vez cama, salón y despacho termógeno. "El *K'ang* es una madre", dicen las campesinas del norte, contentas de poder escapar de las picaduras del frío.

El *K'ang*, creado para ahorrar el combustible que, en una buena parte de China, se compone sólo de caña, presenta el inconveniente de que queda inservible al cabo de tres o cuatro años: los ladrillos secos se agrietan y dejan pasar el humo. Su material relativamente efímero, construcción indispensable para resistir a los crudos inviernos del norte, permite —luego de calentar a los habitantes y de ser demolido y reducido a polvo— abonar los campos: los adobes saturados de hollín brindan un excelente fertilizante rico en potasa, fósforo y ázoe. El campesinado chino del sur no ignoraba el uso del calentapiés para las manos y los pies —armazón de bambú con una olla de brasas— ni el de los asientos termógenos, cilindros de madera con un brasero de arcilla. Empleaban en especial estos asientos las mujeres ancianas, encargadas toda la vida de vigilar, afuera, las verduras en proceso de secado y de protegerlas de la voracidad de los cerdos, los perros y las aves de corral.

Los campesinos pasan la mayor parte del día en el *K'ang*, habitación principal de la casa, ya taller doméstico, ya mesa, durante la temporada de calma. Por las noches se despliegan allí los elementos de dormir —esteras y colchones— y el suave calor que sube desde la tarima arrulla los sueños de toda la familia.

## La familia

A comienzos del siglo XX, se distinguían tres tipos familiares. La *familia grande* estaba representada, sobre todo en los medios rurales, por terratenientes, campesinos acomodados y medianamente acomodados, mientras

que se hacía más escasa entre los campesinos pobres y los obreros agrícolas. Con frecuencia, como consecuencia de una fragmentación, al irse los hijos mayores quedaba un solo hermano para mantener a los padres ya mayores; entonces la familia grande volvía a tomar una forma elemental: la *familia raíz*. Esta familia raíz no comprendía a más de dos familias, que simplemente aseguraban de una generación a la otra la permanencia de la gente de la casa, estado intermedio tanto en el ascenso social como en la caída; a decir verdad era el tipo de familia más extendido entre los campesinos, fuesen acomodados o pobres. En el extremo opuesto de esta familia ideal se encontraba la *familia conyugal*, que sólo abarcaba a una pareja con sus hijos sin casar, a los cuales se podían agregar a veces los hermanos y las hermanas solteros. Esta familia es el tipo familiar más corriente en la China.

La vida familiar estaba dominada por las actitudes convencionales de los miembros de la casa, de unos hacia los otros. En la familia conyugal, las relaciones sólo hacían intervenir a marido y mujer, padres e hijos, mayores y menores. En la familia raíz se añadía la relación suegros-nuera o yerno; dichas relaciones se hacían más complejas en la familia grande.

Las relaciones entre marido y mujer dentro de la familia conyugal ante todo estaban marcadas por una gran discreción: se consideraba indecoroso mostrar los propios sentimientos, con mayor razón el amor conyugal. El marido, que casi no podía apartarse de los cánones en vigencia en la familia grande, familia ideal, si quería que lo consideraran un hijo afecto y buen hermano, virtudes fundamentales, en todo momento debía mostrar que hacía más caso de su familia de origen que de su mujer. La armonía del hogar se apoyaba por completo en el buen entendimiento con los suegros de la mujer. Si el hijo debía aparentar indiferencia respecto de su esposa, ésta, como respuesta, no debía mostrar su amor fuera de lo secreto de las alcobas.

La niña china, criada como un objeto de intercambio matrimonial entre las familias, no recibía la misma educación que sus hermanos. Confinada desde los siete años en el gineceo, le inculcaban la dulzura y la sumisión y, en las familias acomodadas, se le vendaban los pies. Se le preparaba para la etapa decisiva de su vida —su salida de la casa paterna y su entrada en casa del marido—, y toda su educación tendía a hacer de ella una nuera agradable para los suegros.

## Ceremonia matrimonial

La sobredeterminación social de la pareja en la China tradicional, así como la elección del emplazamiento y la construcción de la casa, estaba en extremo simbolizada mediante un largo y complicado ceremonial; el recurso a los fallos del destino y los detalles cargados de significación no pueden disimular lo arbitrario del matrimonio.

Las familias que no podían permitirse los gastos de una boda habitual se esforzaban por comprar una niña que educarían y que, ya núbil, se convertiría en la esposa de su hijo. También sucedía que algunas familias no tuvieran descendiente varón; entonces se recurría a la fórmula del "marido yerno", muchacho que se escogía ya de su parentela, ya de una familia ajena y pobre, al cual se compraba y educaba según las mismas reglas seguidas para proveerse de una nuera.

Para un matrimonio tradicional, después que la madre de un varón en edad de casarse se hubiera enterado de los ocho caracteres cíclicos de la joven o de las jóvenes candidatas y comparado los horóscopos de los jóvenes, la larga negociación entre las familias ya podían iniciarse. Una vez resueltos los tratos comerciales, llegado el día la muchacha, disimulada en un palanquín y acompañada por un tío, por sus hermanos o por sus primos hermanos y un ruidoso cortejo, se presentaba en la puerta de la casa del marido. Cubierta con un velo de satén rojo para que no pudiese reconocer el camino, era conducida a los cuartos interiores donde, a su paso, recibía una manzana y pasaba por sobre un banco, símbolos de paz. Antes de ingresar en el cuarto matrimonial, la pareja se ponía delante del altar de los antepasados —a veces, también delante del genio de la cocina— para informarlos de que una mujer había sido introducida en la casa según las reglas y que en adelante sería una de las suyas. Mientras los padres del joven se colocaban en sillas delante del altar, una sirvienta de la casa les ofrecía, en nombre de la novia, té azucarado con dátiles y calabaza, que debían hacerlos favorables al matrimonio.

## La alcoba nupcial

Por último, en el cuarto nupcial, la novia se sentaba en una cama de madera y el novio en el lecho de ladrillo, y en el momento culminante para muchas parejas, al levantar el velo rojo de la mujer, se veían frente a frente por primera vez, compartían una colación traída por la novia y se desarrollaba en toda la casa una larga ceremonia de presentación-sumisión a la parentela reunida. Tal vez aprovechaban el momento para contarse una pequeña historia referente a su futura convivencia, como ésta:

"El corazón es una casa con dos dormitorios. En uno vive el sufrimiento y en el otro la alegría. No hay que reírse demasiado fuerte; si no, se despierta inquietud en el cuarto vecino.

— ¿Y la alegría? ¿Acaso se despierta cuando la inquietud es ruidosa?

— No, la alegría es dura de oído; no oye el sufrimiento del cuarto vecino..."

De regreso en el dormitorio, los esposos se sentaban uno junto al otro en el *K'ang* y, después de quitarse los trajes de ceremonia, eran presa de la curiosidad de los invitados y de los vecinos, que también iban a descubrir a la mu-

chacha desconocida. La joven pareja era el blanco de una liberación verbal en la que nada se les ahorraba, y que el joven y la muchacha, mudos y dignos, debían soportar. Al lado, en la gran sala, se desarrollaba un banquete en el que hombres y mujeres comían por separado, y que a veces comenzaba dos días antes de la celebración propiamente dicha. En el crepúsculo se encendían los *Long Feng*, velas de Dragón y de Fénix, símbolos de la prosperidad y, avanzada la noche, después que los visitantes se hubieran retirado del cuarto nupcial, se les traía a los esposos, que se habían quedado solos, verduras y una botella de vino de arroz, el vino de "la alianza". Los novios, como conclusión necesaria para la ceremonia pública, se entregaban a un brindis: eran marido y mujer y ya podía comenzar la noche de bodas.

## La cama: una habitación por sí sola

La cama era, por sí sola, un pequeño dormitorio. Un fragmento del rollo *Ku K'ai-che* nos da una idea de lo que era una cuja hacia el año 400 de nuestra era. Se trataba de una especie de jaula hecha con tablas de madera, cuya parte inferior era de madera maciza y la superior un enrejado. El conjunto de la armadura de cama, una tarima de madera laqueada, levantada y cubierta por una estera gruesa, se cerraba con un gran biombo de alrededor de un metro de alto, que daba a la parte delantera de la cama. Un estrecho y gran banco de madera corría a lo largo de toda la cuja; servía para sentarse a descalzarse y desvestirse antes de subir a la cama. Del dosel pendían cortinas que llegaban hasta los cuatro extremos y se sujetaban abajo por medio de "cuadrúpedos de incienso", *hsiang-chow*, incensarios de pie en forma de animales fabulosos, mitad león y mitad dragón, que por su aspecto debían alejar los malos vientos, perfumar y purificar la ropa de quienes pasaban a su lado. La cama, mucho más que un simple lugar para dormir, es en verdad una pequeña habitación donde, entre sus cuatro largueros de madera enrejada forrada con cortinas, se encuentran un perchero para colgar ropa, un estante con un espejo y artículos para el aseo. El baldaquino, así como la pantalla del fondo, por lo general estaba bordado con un motivo de ramas de ciruelo en flor: este árbol acabó por simbolizar los placeres sexuales y a las jovencitas. Más tarde, señala Van Gulik, se llamará *mei-tu*, "veneno del ciruelo", a las enfermedades venéreas.

El ciruelo es símbolo de fecundidad y de poder creador a causa de sus ramas nudosas que, en la primavera, mientras que se las creía secas, producen ramillas florecidas que hacen pensar en la esencia vital que opera su rebrote después del invierno.

Algunos utensilios llegaban a mejorar la comodidad de los que dormían; de este modo, la "esposa de bambú", *chu-fu-jen*, armadura cilíndrica de bambú de alrededor de un metro de largo que se colocaba entre las piernas durante las cálidas noches de verano para atenuar los inconvenientes de una trans-

piración excesiva. Los emigrantes chinos exportaron a las Indias holandesas la "esposa de bambú", así como al resto de Asia sudoriental, donde se convirtió en *dutchwife*, "esposa holandesa". *T'ang-p'o-tze*, "la anciana caliente", tenía otra utilidad: era un hervidor de cobre que se llenaba con agua caliente para calentar la cama en invierno. Sus hermanitas se llamaban *Kiue-p'o-tze*, "ancianas para pies" que servían en especial para calentar los pies. Las "almohadas cornudas", *Kiue-chen*, almohadas en forma de media luna, cuyas puntas pinchaban como un par de cuernos, eran más bien decorativas. La mayoría de los reposacabezas eran de bambú barnizado y exquisitamente decorados, en forma oblonga y dura, cilíndrica o cuadrada.

## De la estera a la silla

Durante la dinastía Song (960-1279) van a producirse grandes cambios en los hogares chinos. Mientras que durante la T'ang (618-907), la vivienda burguesa consistía en salitas abiertas, compartimentadas con tabiques amovibles, la casa song fue dividida con muros sólidos en piezas autónomas. Habiendo aumentado la superficie de las paredes, el rodillo enganchado se convirtió en uno de los elementos importantes de la decoración interior. El suelo, antes de tierra apisonada, fue embaldosado con piedras y cubierto de alfombras en invierno. Las personas ya no se sacaban el calzado para entrar en la casa ni se sentaban en el suelo; desde entonces se valían de mesas altas y de sillas de madera esculpida.

El paso de los biombos bajos a los biombos más altos, atestiguado en la época T'ang, y del cofre para guardar al ropero confirma un cambio en el estilo de vida que se va generalizando. El primer asiento levantado, adoptado en los medios cortesanos, llamado *huchuang*, "asiento bárbaro", silla de tijera, parece remontarse al reino de Ling-di (168-188), monarca cuya afición a las modas bárbaras suscitó la crítica de los historiadores confucianos. Esta silla de tijera, en la que uno se sentaba con las piernas colgantes al estilo occidental, se difundió primero entre los militares y los nobles, en la caza, de viaje; por regla general, fuera de la casa, donde no era cómodo transportar una cama y en situaciones no oficiales; la cama, trono de los emperadores, persistió como sitio de honor y de prestigio.

A comienzos del siglo VII, la silla de tijera ya no será llamada "asiento bárbaro" sino *jiaochuang*, "asiento cruzado", denominación que hace hincapié no ya en el origen un tanto olvidado sino en la forma. En efecto, la silla de tijera, empleada desde hacía cuatro siglos, se generaliza tanto dentro de la casa como fuera de ella. Casi en la misma época, la forma de la silla de marco rígido y del taburete se vuelve específicamente china. Sabemos que en 823, el emperador Muzong da audiencia en un trono llamado "gran asiento imperial cordado", detalle importante que revelaba que en adelante el trono imperial deja de ser la cama para ser la silla. Dos tumbas decoradas de la época

T'ang, halladas en 1959 y 1960, muestran, una, a un personaje sentado al estilo occidental y la otra, sillas y mesas representadas en altorrelieve sobre ladrillo; esta última, fechada entre 831 y 858, es tanto más interesante cuanto que los dueños no eran personajes de jerarquía elevada; este hecho confirma que la silla, tal vez reservada a la alta sociedad del siglo VIII, a mediados del siglo IX, constituye un mueble al cual la clase media considera de buen tono traerlo de sus antepasados.

El nuevo mobiliario se estandariza y se diversifica en el siglo X, para desembocar en el florecimiento de formas de los siglos XI y XII, en que el inventario del mobiliario chino ulterior ya aparece completo. A comienzos del siglo XII se agrega un respaldo redondeado a la silla de tijera. Esta silla plegable con respaldo de casco prolongado en brazos constituye tal vez, junto con la silla de respaldo inclinado, la contribución mayor de la China en el arte de la silla. Sin embargo, la estera no se abandonará del todo; reemplazada por la silla como sitio de honor, subsistirá con una nota de arcaísmo y refinamiento como tumbona o cama de relajación, usada por los letrados ya en el jardín, ya en la propia casa, para la intimidad y los ratos libres.

## El goce supremo

En la China, el acto sexual se reduce a una sola palabra: *K'in*, literalmente "ser íntimo", es decir, relaciones internas. El efecto benéfico del acto, traducido por la expresión *ting-mo*, "calmar las venas", o *ting-k'ing*, "calmar la pasión", era reconocido por los antiguos chinos como un regulador de la circulación sanguínea y una relajación para el sistema nervioso. No asombra en absoluto que en aquellos tiempos se hayan empleado manuales ilustrados, verdaderas guías sexuales desprovistas de toda frivolidad, que enseñaban al dueño de casa el arte de vivir viejo y feliz manteniendo relaciones sexuales armónicas con las mujeres y lograr con ellas una prole con buena salud.

El *Ensayo poético sobre el goce supremo de la unión sexual del Yin y del Yang y del cielo y la tierra*, de Po Hsing-kien (muerto en 826), poeta de la época T'ang, proporciona una profusión de datos sobre el significado cósmico del acto sexual, "supremo júbilo del hombre, al lado de las altas funciones y honores de este mundo que sólo traen pesadumbre". En este ensayo, el autor, decidido a hablar de las satisfacciones del comercio sexual, no omite ningún detalle y señala de antemano que "si se presentan en él algunos pasajes obscenos es porque eran necesarios para describir crudamente las delicias de la unión sexual".

Al anochecer de un luminoso día de primavera bajo la candela roja, Po Hsing-kien, tal como lo anunció en el capítulo IV, describe de un modo crudo y a manera de lección para las generaciones venideras la noche de bodas: "[El novio] saca su Pájaro carmesí y desprende el pantalón rojo de la novia. El le levanta las piernas de blancura resplandeciente y le palpa las nalgas, se-

mejantes al jade. La mujer toma con una mano el Tallo de Jade y se llena de regocijo. El hombre chupetea la lengua de la mujer y su alma se agita. Entonces, con su saliva le baña totalmente la vulva, que ella con mucho gusto le da a rastrear; La "cubierta" fue forzada antes que ella lo advirtiera: él hunde su miembro en un acometimiento vigorosamente impelido... pronto su "niño", abierto, chorrea semen en abundancia. Luego de esto se secan las partes con los Seis Cinturones, que se hallan colocados en una cesta. En adelante ya es una pareja casada. Lo que se llama unión del Yin y del Yang continuará, en lo sucesivo, sin interrupción.

Una vez vencido el principio masculino por el principio femenino, la lucha solapada entre los compañeros, a los que enardecen los sentimientos del honor familiar y los contrarios; del honor sexual, finaliza y pone el sello a la vida de la pareja.

La regla general pretendía que cualquier contacto físico entre marido y mujer se limitara estrictamente a la cama conyugal. Una vez levantados debían evitar cualquier contacto directo o indirecto y esforzarse por no tocarse las manos al darse algo ni usar la misma taza o la misma fuente al comer y al beber. En cuanto a la intimidad del lecho conyugal, si bien el amor se practicaba como un arte, el esposo y la esposa no debían llamarse por su nombre, regla válida no sólo para el marido y su esposa principal sino también para todas sus otras mujeres y concubinas.

## La señora del gineceo

La madre de familia noble trata a su marido de "señor", pero si bien debe ser sumisa y hábil en los trabajos femeniles, ante todo es la "señora" del gineceo. Su poder depende del prestigio de sus padres y de la autoridad que sabe ganarse sobre el marido y los hijos cuando organiza con prudencia su vida sexual. Con frecuencia mucho más joven que el marido, auténtica sirvienta desde la época en que era nuera y mujer, ya viuda reina en la casa. Sin embargo, una mujer sólo adquiere y aumenta su prestigio y su autoridad pasándose la vida recluida en el gineceo. Lejos de la calle y esmeradamente vigilada por eunucos, la residencia de las mujeres es inviolable para los hombres. El *Li-ki* precisa que los hombres no deben penetrar en ella, al menos con ropa de hombre, pues sucede que si se disfrazan, se recibe a los amantes.

No obstante era en este lugar tan estrechamente cerrado y vigilado donde se solían tramar las intrigas y preparar la conjuraciones. Lo cierto es que una esposa, cuidadosa de su prestigio, estaba atenta a no salir sino velada y acompañada por una señora de compañía, que procuraba que ella conservara la izquierda del camino para que ningún hombre (que caminara a la derecha) amenazara con rozarla con el codo; de noche se ocupaba de iluminarse con una luz. En total, lo importante era respetar la etiqueta; en otros términos, conservar la imagen: el resto era asunto de ella y sólo de ella.

Marcel Granet refiere la historia de la princesa Nan-tse, a la que los campesinos trataban de marrana porque se acostaba con su hermano, "para darle placer", al haberlo convocado a la corte su marido. Esta princesa deseó encontrarse con Confucio, que pese a la reputación de esta mujer, no tuvo motivos para estar disgustado: Nan-tse lo recibió, según la costumbre, "oculta detrás de las colgaduras" y, ante su prosternación, respondió de acuerdo con los ritos, saludando dos veces, de modo que pudo juzgarlos al oír el sonido de jade de sus brazaletes y colgantes. Confucio no tuvo nunca que ponerse colorado por este encuentro: la princesa había dado pruebas de "virtud, modestia ritual y buenos modales".

El tipo de emoción que suscita tanto la belleza como la sexualidad está marcado por el amor que esta civilización brinda a lo vegetal: los hombres desplegaban por la mujer las atenciones de un jardinero. En el *Che-king* se encuentra uno de los retratos más prestigiosos de una dama de la alta nobleza: "Cuando Cuang-kiang aparece con sus dedos delicados como nuevos retoños, su piel blanca como afeite, su cuello fino como un gusano, sus dientes semejantes a las semillas de calabaza, su frente ancha como la de las cigarras, sus cejas parecidas a las antenas de los gusanos de seda, el poeta pide a la gente que se retire muy pronto y no canse con su presencia al afortunado señor de esta hermosa mujer de talla imponente".

## La cuestión del dormitorio

"El arte del dormitorio" o "La cuestión del dormitorio", que "constituye la suma de las emociones humanas, encierra el Camino Supremo (*Tao*). Por eso, los reyes sagrados de la Antigüedad regularon los placeres exteriores del hombre para refrenar sus pasiones interiores e hicieron reglamentos detallados del comercio carnal. Un viejo documento dice: "Los antiguos crearon el placer sexual para pautar de ese modo todos los asuntos humanos". El que regula su placer sexual, ése, se sentira en paz y alcanzará una edad avanzada. Si, por el contrario, se abandona a su placer ignorando voluntariamente las reglas enunciadas en los tratados susodichos, caerá enfermo y dañará su vida".

Esta nota del compilador de la *Historia dinástica de los Han anteriores*, al pie de la bibliografía de la sección *Fang-chong*, traduce la preocupación de los chinos, más especialmente del jefe de familia, de gobernar sus relaciones con las mujeres de su casa con ayuda de las enseñanzas consignadas en los "manuales de sexo". Existen estos libros desde hace más de dos mil años en la China y, según Robert Van Gulik, fueron muy estudiados hasta casi el siglo XIII de nuestra era, "período en que la separación de los sexos no tenía nada riguroso y en el que se hablaba y escribía libremente sobre los placeres sexuales", afirma el autor de *La vida sexual en la China antigua*. Más tarde, el puritanismo confuciano fue restringiendo de a poco la circulación de este

tipo de literatura y, después del advenimiento de la dinastía Ts'ing (1644), intensificado con diversos factores políticos y afectivos, condujo a los "secretillos sexuales", que ya no dejarían de obsesionar a los chinos.

Los taoístas reconocían que la mujer era sexualmente más vigorosa que el hombre, "como el agua sabe que es más fuerte que el fuego", y se entregaban a técnicas de retención con el fin de armonizar Yin y Yang y conocer los "cinco placeres celestes". El hombre que dispersaba sus potencialidades corría el riesgo de morir antes de tiempo. Una vez en concordancia las almas y conmovidos el "Pilar del Dragón Celeste" y la "Flor de Peonía Abierta", según un ritmo creciente 3-5-7-9 de los movimientos penetrantes, el marido contiene bien su deseo mientras que la mujer cambia de actitud...

"Entonces se ponen los pantalones, abren los cofres de flores y se ponen trajes nuevos. Ella toma el precioso espejo y se retoca el maquillaje, se calza los zapatos rojos y baja de la cama incrustada con plata. Con una tierna sonrisa y una mano temblorosa acaricia a su marido. Jamás olvidarán el gozo de esos momentos, hasta el fin de sus días."

## Las "treinta posiciones"

De una atenta investigación del maestro Tong-hsuan resulta que sólo existen treinta posiciones principales para consumar la unión sexual, entre ellas cuatro fundamentales: la Unión Estrecha, el Afecto Inalterable, los Oídos Destapados y el Cuerno del Unicornio; dejamos al lector la tarea de descubrir los significados profundos. Respecto de las otras posiciones, variantes múltiples de nuestras uniones de bípedos, el misterio y la poesía planean detrás de las imágenes evocadas: el Devanado de la Seda, el Dragón que Se Enrosca, el Pez de Cuatro Ojos, la Pareja de Golondrinas, la Unión del Martín Pescador, los Patos Mandarines, las Mariposas Revoloteantes, los Patos Voladores Invertidos, el Pino de las Ramas Bajas, los Bambúes junto al Altar, donde "el pico vigoroso pesa con tanta fuerza sobre el Torrente de Cinabrio que al final ingresa en el Bancal Yang"; la Danza de los dos Fénix Hembra, el Vuelo de las Gaviotas, el Brinco de los Caballos Salvajes, el Caballo Piafador, el Tigre blanco que Brinca, la Cigarra Castaña Pegada a un Arbol, el Megápodo o Pájaro de la Jungla, Simios en la Tercera Luna de Primavera, Perros que Corren en el Noveno Día de Otoño, y Gato y Ratón en el Mismo Agujero...

## Los pies vendados

No se podría hacer referencia al erotismo chino sin hablar de la omnipresencia de esos puntos blancos que, junto con la desnudez de los actores y la crudeza de los detalles, resaltan en las pinturas eróticas: los pies vendados de

las mujeres, en forma de cascos. Todo se ha dicho y escrito sobre el sufrimiento de las chinas, el fetichismo del pie y de los zapatos y sobre los modos de "tomarse el pie"... Me parece útil, pues, hacer una aclaración referente a este arte doméstico, por no decir moda. El asunto es saber por qué se infligían a las niñas, en ciertas épocas de la antigua China, estos sufrimientos crueles.

El vendaje de los pies consiste en encorvar el dedo gordo del pie y en replegar los otros cuatro dedos contra la planta del pie. Gradualmente se aumenta la presión del vendaje hasta obtener un ángulo agudo del tarso y del metatarso. El resultado es que el pie, en la prolongación del tobillo, se reduce a una especie de muñón que se encierra en un calzado exiguo. Por su parte, el tobillo hipertrofiado se disimula bajo polainas cuyo estilo variará de un modo considerable según los siglos y las modas. Las polainas y los zapatos son las únicas ropas que conserva una mujer desnuda, enigma para los autores occidentales que se desvelaron por establecer una relación entre los pies vendados y las partes íntimas de la mujer, al afirmar que el modo de andar que se imponía mediante esta lisiadura, además de su connotación erótica —"el animal herido no puede huir"—, provocaba un desarrollo especial del monte de Venus y una gran vivacidad de los reflejos vaginales: visión puramente fantasiosa que, por supuesto, no tiene nada de científico. Otros pensaron que los confucianos favorecieron esta costumbre, dado que restringía los movimientos de las mujeres, les impedía alejarse de la casa y fortalecía la modestia femenina.

En la tradición china, la costumbre de vendar los pies se remontaría al emperador Li Yu (937-978), segundo soberano de la dinastía T'ang del sur, que parece que fue un político ruin pero uno de los más grandes poetas del amor. Los documentos song, dinastía que derribó y encarceló al emperador Li Yu, y yuan se valen del vendaje de los pies como de una costumbre muy divulgada y asentada. Por el contrario, no se encuentran indicios en la época T'ang, que precedió al reinado de Li Yu, ni en las imágenes anteriores. Para explicar el origen de este hábito, los chinos citaban la historia de Li Yu y de una de sus esposas favoritas, Yao-niang. Li Yu había construido para ella una gran flor de loto, de más de dos metros de altura. Para que la extremidad de los pies de esta mujer parecieran las puntas de una media luna, se los hizo comprimir con fajas de género y la hizo subir a la flor de loto para que ejecutara sus danzas favoritas. Estas "puntas", revolución en el arte de la danza, fueron admiradas tan universalmente que todas las damas imitaron a Yao-niang.

Se puede dudar de que la moda provenga de Yao-niang; no obstante, los testimonios literarios y arqueológicos sitúan el nacimiento de la costumbre de vendar los pies de las mujeres de origen noble en el intervalo de unos cincuenta años que separan a la dinastía T'ang de la dinastía Song; habrá de caer en desuso con la instauración de la República Popular China en 1949... Sin embargo sigue siendo difícil determinar por qué razón los pies femeninos han desempeñado un papel tan especial en la vida sexual de los chinos y por

qué desde hace más de mil años "los pies puntudos de excesiva pequeñez" han figurado como un artículo indispensable en la lista de los atributos de una mujer hermosa, hasta convertirse en el símbolo mismo de la femineidad y en el centro más poderoso de su *sex appeal*, más poderoso que el sexo mismo, aunque descrito y dibujado con todos sus detalles.

Todo lo que los artistas jamás revelaron sobre este atributo femenino se reduce a la representación de una mujer que comienza a enrollar o a desenrollarse las bandas del pie. De ahí se extendió el tabú a los pies normales de las mujeres, que en las representaciones del acto sexual siguen conservando medias y zapatos. Las preliminares tradicionales, principal atracción sexual desde la época Ming (1368-1644), se realizan mediante caricias del hombre en los pies de la mujer.

En cuanto a los perjuicios que podía causar en la salud de las chinas el uso de los pies vendados, pese a los sufrimientos prolongados (más intensos, sin duda, pero tan absurdos como la costumbre que tenían las mujeres en Occidente, de ajustarse cruelmente el talle), hay que creer que parecían secundarios, si nos fiamos de la indignación que en 1664 despertó la prohibición para las mujeres manchúes de vendarse los pies a la manera de las chinas: la conservación de la tradición, la exigencia de la moda y de la seducción, en comparación con los sufrimientos físicos, se aprobaban ante todo...

## Del nacimiento a la muerte

En la tradición aristocrática, el embarazo, lejos de acercar a los esposos, los aleja. Desde el momento en que el embrión está perfectamente formado, *ch'eng*, tres meses antes del parto, el marido y la mujer se separan hasta el tercer mes después del nacimiento, momento en que el niño puede ser presentado a su padre; el hecho de la paternidad no es, pues, por sí mismo, generador de vínculo alguno. El padre, al no poder asistir al alumbramiento, no obstante se va con el pesar de la madre haciéndose traer novedades, imponiéndose ayuno los últimos días y mandando como representantes para el momento del parto, a la puerta de la casa de la mujer, el maestro de música y al jefe de cocina, encargados de vigilar a la madre, sometida a cierta cantidad de prohibiciones referentes a la alimentación y a los aires que ordena que le ejecuten. También ellos son quienes observan los primeros movimientos de los recién nacidos, sobre todo el maestro de música, que con la ayuda de una especie de diapasón determina el tono en que el niño lanza sus primeros gritos. Toda la familia está al acecho: el niño desempeña un gran papel para el porvenir. Cuentan que en el 604 a. C., luego que Tse-wen de Cheng hubiese tenido un hijo cuya voz parecía la de un lobo, su hermano mayor pidió que al niño le dieran muerte. La voz también podía salvar a un recién nacido marcado con una señal funesta y abandonado: al gritar tanto aumentaba la simpatía de la gente que lo oía de lejos, y la madre volvió a buscarlo y le dio un nom-

bre. Tal fue la suerte, dicen, de Heu-tsi, antepasado de los reyes Cheu.

Aun en el caso de un nacimiento normal, el niño debía pasar los tres primeros días sin comer y en el mismo suelo; para esta "alma vital y este aliento sin fuerza", sólo en contacto con la Madre Tierra podía confirmarse en él la vida.

Según la teoría china, los niños que ven la luz no tienen todavía sino un alma inferior, el alma *p'o*, alma de la sangre: por eso está "desnudo, sin pelos y colorado" (lo colorado caracteriza a la vez a los recién nacidos y a los seres lampiños). El *Che-king* precisa el modo como están sujetos los niños a su padre y a su madre; a ésta están unidos por el vientre y a aquél por los pelos; fisiológicamente, los pelos participan de la naturaleza del hálito *k'i*, alma inferior, que se manifiesta con el grito del recién nacido, que prueba su vitalidad.

Luego, respecto sólo de los varones, como primera habilitación sucesoria, se los ponía en la cama paterna y se tiraban flechas hacia todas las direcciones, emblema de virilidad, para dispersar lejos las manchas del nacimiento. El niño sólo está en condiciones de pasar a un alma superior, *huen*, cuando es capaz de reírse. Una vez presentado al padre, que lo saluda con una sonrisa, él le enseña a reírse y le da su nombre personal, *ming*, cuyos ritos muestran que es idéntico al alma superior, al destino y a la vida misma. Pero nunca se establece intimidad alguna entre el hijo y su padre; "vinculado a la manera como un amigo lo está con un amigo", seguirá hasta los siete años en el gineceo, fuera de la influencia paterna. Sólo el hijo mayor le será presentado cada diez días con el fin de renovar el acto de la palmada: el padre lo toca con la mano derecha y crea con el un parentesco artificial.

## Tres metros cuadrados

¿Qué sucedió con el dormitorio en la China del siglo XX, transformado en sus estructuras por la revolución y la creación de la República Popular en 1949?

Basándonos en testimonios recientes de viajantes y residentes en China, parece que para conseguir un piso en la ciudad hay que pasar por fuerza por el Servicio Gubernamental de la Vivienda: solamente el 10% de las viviendas tienen aún propietario privado. Ahora bien para solicitar un piso hay que suministrar la superficie de aquel en que uno se ha instalado y pensar que si ya se dispone de más de 3 $m^2$ por persona, espacio del que dispone un habitante chino de la ciudad para alojarse, el pedido legal se hace inútil, puesto que es superior a las normas y no será tomado en cuenta. Entonces se puede recurrir a un cartelito fijado en una farola, de este tipo: "Busco cambiar piso dos ambientes 11,8 $m^2$, calle Andingmen 125, por vivienda cerca de Quianmen, trayecto trolebús Nº 7".

La intérprete de Fox Butterfield, que fue corresponsal del *New York Times* en Pekín en la década de 1980, le explicó que estando casada desde

hacía tres años seguía viviendo en casa de los padres y del hermano de su marido, una vieja casa con patio al mismo nivel, con tres habitaciones pequeñas, una de las cuales construyó con su esposo, "lo suficientemente grande como para contener la cama y un gran mueble con cajones"; la cocina y los baños se compartían con vecinos. Según la agencia de noticias China Nueva, el 35% de las familias urbanas tienen un "problema de vivienda", y el 5 ó 6 % no tiene "vivienda decente". Butterfield presenta el caso de un maestro de cuarenta y cinco años, que habiendo tenido confiscado su piso durante la revolución cultural dormía en el aula, sobre un escritorio.

Desde luego, el gobierno señala muy precisamente que los comunistas lograron mantener el precio de los alquileres a un nivel muy bajo, por lo que las viviendas se hacían accesibles para todos, pero olvida agregar que la política edificatoria no está en relación con la expansión demográfica, por una evidente razón económico-dialéctica: los alquileres son tan bajos que esto no le reporta nada al constructor, que es el Estado, y este "artículo de bajo consumo" debe dejar prioridad a las construcciones de los edificios administrativos y a la industria pesada. Desde 1979, los sucesores de Mao se han esforzado por corregir este error fundamental y han puesto en marcha casi cien millones de metros cuadrados de viviendas, o sea, un sexto de todo lo que se había construido desde 1949.

## Contra el lujo burgués

Si se consigue un departamento con los papeles, no por fuerza la instalación es inmediata. Por ejemplo, un inmueble llamado de lujo, construido para los ejecutivos y los científicos que trabajan en la Academia de Ciencias, así como para los chinos de ultramar llegados a China por propia voluntad, llevó un año de retraso en su entrega; los obreros del edificio se habían declarado en huelga, por ver que el interior de los departamentos era demasiado burgués, con los pisos de símil granito, papel pintado en las parades y la separación de cristal amartillado entre el cuarto de estar y el rincón del comedor. Respecto de los muebles, para proveerse de los tres artículos esenciales —una cama, una cómoda y una mesa a menudo plegable— hay un cupón especial del gobierno, que por lo general se da a los recién casados. Este cupón de racionamiento, consecuencia de una extrema penuria de la madera, debe ser presentado con el certificado de matrimonio, en cuyo dorso se anota el nombre del vendedor de muebles, lo cual no impide, según el *Periódico del Pueblo*, un término de espera de seis meses.

En 1957, para seiscientos millones de habitantes, el plan preveía cuatro millones de metros cúbicos de madera de carpintería, que permitían realizar cuarenta millones de muebles. En 1979, para casi mil millones de habitantes, el plan no preveía más que dos millones de metros cúbicos de madera de carpintería, con los cuales sólo se produjeron veinte millones de muebles, o sea,

una disminución de producción del 50% en dos decenios. Los que no siendo recién casados, y a fuerza de contacto, suerte y sutileza conseguían la dirección y la autorización para hacer cola en uno de los negocios estatales, debían armarse de paciencia y estar ahí desde las 6 de la mañana el día de una entrega, con el riego de encontrar la entrada cerrada ante un comercio vacío. Tal vez esta dificultad explique los frecuentes y ensordecedores ruidos de martillo que provienen de los departamentos vecinos; la chapucería de una cama con planchas y resortes encontrados en un lado y en otro son moneda corriente cuando se quiere abandonar la estera por un mobiliario más burgués.

Los ahorros de energía, debidos a la escasez de fuel-oil en la China, y a la ausencia —por claras razones de seguridad— de los *K'ang* tradicionales en los inmuebles, no agregan nada a la comodidad ya muy restringida. El consumo de agua caliente está planificado para cada uno de los habitantes con arreglo al sexo, y la calefacción, cualquiera que fuere la época, sólo se autoriza a partir del 15 de noviembre, mientras por ese período la temperatura, en Pekín, suele descender por debajo de cero.

Por cierto no nos corresponde a nosotros, occidentales garantizados, juzgar la calidad de vida de una población de 1,2 millones de habitantes ni el sistema *bao-xiao* (literalmente: "poner esto en la cuenta de los gastos de la administración"), que se podría traducir por sistema 0 (orden). Como hemos optado por una historia de la humanidad en descanso, el *xiu-xi* se nos presenta como uno de los ritos más importantes y más satisfactorios de la vida de los chinos desde 1949, inscrito en el artículo 49 de la Constitución, con la fórmula: "Los que trabajan tienen derecho al *xiu-xi*". La siesta, instituida para los habitantes de la ciudad, que le dedican dos horas en invierno y tres durante los días cálidos de verano, sigue despertando el entusiasmo de los trabajadores, que la muestran como una de las grandes realizaciones socialistas en la sociedad industrial. Si bien los obreros duermen en el taller, a la sombra de un árbol o al calor de una maquinaria, muchos empleados de oficina, cuando como en el *Periódico del Pueblo* no tienen equipada la oficina con una cama traída de su casa, duermen en los *shafá* (del árabe *soffah*, una de las pocas palabras que los chinos han tomado de una lengua extranjera).

## La sexualidad, nervio de la guerra

Apenas tenemos testimonios para saber si en la intimidad, en las horas más cálidas del verano, el *xiu-xi* se desarrolla de manera lasciva o no... Sabemos que durante el decenio que duró la revolución cultural, el amor fue atacado por no ser sino "una concepción sensual, inútil, decadente y burguesa" y desterrado de toda discusión pública, actitud que tal vez esté cambiando, si creemos en los testimonios de los periodistas sobre "libritos amarillos" pornográficos que circularían hoy a escondidas, y en la reedición semitolerada de la obra erótica del *Jin Ping Mei Cihua.*

El "Arte del dormitorio" se ha tambaleado de manera considerable en ocasión de la lucha armada que duró cerca de un cuarto de siglo, entre chinos del Kuo-min-tang y comunistas.

Desde sus primeros intentos por movilizar a los campesinos, los "colectivistas" fueron acusados de querer introducir no sólo la colectivización de las tierras sino también la de las mujeres, y cuando Mao Tse-tung creó el sóviet del Kiang-si, una revista de Nankín afirmó que poseía pruebas absolutas de la colectivización de las mujeres, realizada por los "bandidos rojos". La propaganda del Kuo-min-tang, el partido de Chiang Kai-shek, se esforzó por hacerles creer a los chinos que los comunistas habían instaurado la libertad sexual puesto que habían desterrado las mismas palabras de marido y mujer para adoptar el término único de "amante", *aijen*, para designar a la pareja. También circularon rumores según los cuales Mao, en cada aldea por la que pasaba, exigía una joven virgen, propaganda perfectamente organizada que los aviones del ejército blanco llevaban a cabo lanzando en las aldeas miles de panfletos que ponían en guardia a la población contra el caos sexual que engendraban la ideología y las tropas comunistas. La población crédula con frecuencia prefería abandonar las aldeas al acercarse las tropas "rojas", lo que explica en parte las dificultades reiteradas del Ejército Rojo, que marchaba durante muchos días sin encontrar a nadie. Por último, paralelamente a la gran ofensiva de la quinta campaña de cerco, que debía lograr el sóviet del Kian-si (y que provocó la Larga Marcha, en definitiva victoriosa, de los comunistas), Chiang Kai-shek lanzó en 1934 el "Movimiento de la Vida Nueva", que exaltaba los valores tradicionales del confucionismo, movimiento que constituía uno de los factores esenciales del éxito de esta última campaña.

## Mao y las mujeres

Mao, casado cuatro veces —la primera de las cuales fue un matrimonio sin consumar arreglado por su padre, cuando él tenía trece años, con una mujer seis años mayor que él— toma por esposa en segundas nupcias a Yang Kaihui, hija de su profesor favorito, casamiento acelerado resultante de una atracción intelectual, muy pronto seguido por un embarazo. La interpretación oficial es que Yang fue la esposa preferida del presidente, pero que fue capturada y decapitada por el Kuo-min-tang. En realidad, por entonces Mao vivía con He Zizhen, que lo acompañó durante la Larga Marcha y que, gravemente herida, debió ser transportada en camilla. Entonces la atención del Gran Timonel se dirigió hacia una joven y bonita comediante de Shangai que se había aventurado hasta Yanán; él envió a He Zizhen a curarse a la URSS. A su regreso a China, en 1939, vivió en un hospital psiquiátrico hasta su reciente muerte, y Mao se casó con la comediante, que tomó el nombre de

Tiang King, hoy "viuda de Mao", cuyo talento extraordinario se pudo apreciar en momentos de los juicios de la "banda de los cuatro".

La historia amorosa de Mao no hace a la China, aun cuando haya contribuido a ella, pero así como las necesidades que tenía Napoleón de divorciarse han marcado el Código Civil francés, ella explica ciertos rasgos de la legislación, concerniente al matrimonio, en la China de hoy. Mao Tse-tung, hijo del 4 de mayo de 1919, así como en Francia se dice "hijo del 68", que en la China se llamó Revolución de las Luces, se nutrió de las lecturas del *Xin Kingniam*. "La nueva juventud", revista iconoclasta marxista-occidentalizante, dirigida por Chen Duxiu, que será el gran profesor del PCC y de Mao antes de convertirse en su enemigo jurado. Uno de los grandes temas del *Xin Kingniam* era el "problema de las mujeres", que con este vocablo falsamente anodino, englobaba cierta cantidad de temas tocantes a los fundamentos mismos de la sociedad china confuciana y patriarcal. Mao expresaba públicamente su rechazo de la sexualidad (debido a su odio feroz por los "matrimonios concertados". Según él, la unión carnal, en vez de ser la búsqueda de la armonía del Yin y del Yang, se había convertido en una monstruosidad que "envilecía a la mujer y, por eso mismo, alienaba al hombre"); se transformó en lírico defensor de los derechos de la mujer. En la *Revista del río Xian*, que creó en el Hunán (artículo titulado "La gran unión de las masas populares", de principios de agosto de 1919), y atiende el problema de las mujeres en el doble enfoque de la guerra de los sexos y del conflicto que opone el individuo a la sociedad, lanzó un llamado a una gran unión de las mujeres contra la hegemonía masculina que acusaba a todos los hombres sin distinción; él se situaba en el campo femenino: "Los hombres desvergonzados, los hombres malintencionados, nos transforman en juguetes al obligarnos a prostituirnos indefinidamente en su provecho. Los hombres, esos diablos que destruyen la libertad del amor [...]. Por todos lados hay diseminados templos consagrados a las mujeres virtuosas, pero ¿dónde están las pagodas erigidas en honor de los hombres castos? [...]. Todo el santo día, los hombres hablan de las "madres beneméritas y de las esposas fieles". ¿Qué significa esto, salvo que nos enseñan a prostituirnos indefinidamente con un mismo hombre?".

Unos meses más tarde, en ocasión de un suceso trágico y relativamente frecuente en la China tradicional —el suicidio de la señorita Zhao, el 14 de noviembre de 1919, obligada a casarse con un hombre a quien no amaba—, Mao reafirmó sin ambigüedad la libertad de amar en el marco de la igualdad de los sexos y publicó no menos de nueve artículos sobre este asunto, entre el 16 y el 30 de noviembre de 1919, en el *Da Gong Bao*, diario de Shangai. En estos artítulos apasionados y provocadores condenaba el suicidio, la doctrina del matrimonio predestinado, la superstición en su totalidad, las "costumbres feudales tragahombres" y a la "sociedad de los diez mil vocablos".

Hubo que esperar a 1927, a su regreso al Hunán, para descubrir, por un lado, el papel revolucionario del campesinado chino y, por otro, que el sexo era una fuerza cósmica cargada de potencialidad revolucionaria que se podía

captar para servir a la causa de la revolución social. Señalamos en su *Relación sobre el Hunán*: "[...] Desde el punto de vista sexual, las campesinas pobres disponen de bastante libertad. En las aldeas, las relaciones triangulares y multilaterales son casi universales entre el campesinado pobre". Da a entender que esta libertad sexual de las campesinas, que se agrega a las luchas políticas y económicas, podría derrumbar por completo el conjunto de la ideología y de las instituciones feudales y patriarcales, y llama a los campesinos a echar abajo los templos consagrados a las mujeres que no han querido sobrevivir a su marido, así como los arcos levantados en honor de las esposas castas y de las viudas fieles.

## Una mujer para cada uno

A comienzos de los años treinta, en el soviet establecido en el Kiangsi, Mao desapasionó su visión de la sexualidad y del papel de las mujeres para teorizarla: al volver a situar la cuestión sexual en el contexto de la lucha de clases, pasó de la lucha por la igualdad de los sexos a la lucha por la igualdad ante la sexualidad. Resumió, según sus famosas *Investigaciones en el campo*, en algunas cantidades secas pero significativas, la situación sexual en el Kiangsi: el 100% de los terratenientes y de los campesinos medios tienen una mujer, así como el 70% de los artesanos y de los campesinos pobres. Pero sólo el 10% del proletariado lumpen y el 1% de los obreros agrícolas logran tener una mujer.

El decreto publicado, por instigación de Mao, por el gobierno soviético del Kiangsi en agosto de 1930 podría hacer sonreír por su ingenuidad y el tono, si en efecto no se tratara de uno de los problemas más cruciales de millones de individuos privados de sexualidad: "Que los hombres sin mujer tomen la libertad de encontrar una mujer lo más rápidamente posible, y que las mujeres sin marido tomen la libertad de encontar un marido lo más rápidamente posible". La experiencia agraria llevada a cabo en el laboratorio experimental que era el sóviet del Kiangsi y la investigación de la institución de nuevas relaciones entre hombre y mujer eran los pilares sobre los cuales los comunistas chinos contaban con edificarse la nueva sociedad.

Mao estaba tan orgulloso de "su" reforma que en el informe que presentó en el II Congreso Chino de los Soviets en 1939 declaró que el sistema matrimonial adoptado por la República Soviética china era "conforme a la naturaleza humana" y constituía "una de las grandes victorias de la historia de la humanidad".

## Aprender a abstenerse

Si bien la campaña *Yu laogong, yu laopo* ("procurarse libremente un marido, procurarse libremente una mujer") era impulsada por campesinos que

de manera confusa acababan de descubrir un derecho que jamás habían conocido, Mao, aun pregonando una mayor libertad sexual para las masas, no vacilaba en predicar abiertamente la abstinencia de las "cuestiones de alcoba" cuando la necesidad sexual se encontraba en conflicto con la causa de la revolución. En su discurso del II Congreso Chino de los Soviets, el 27 de enero de 1934, Mao declaró: "En nombre de los intereses de nuestro país y de nuestra clase, la edad del matrimonio no se debe fijar debajo de los veinte años, respecto de los hombres, ni de los dieciocho respecto de las mujeres. Hay que entender que el matrimonio precoz es en extremo perjudicial. Camaradas: ¡paciencia! En el pasado, bajo el dominio de los propietarios y de la burguesía, algunos obreros y campesinos pobres no podían casarse a los cuarenta y cinco años. ¿Por qué ahora, acaso, no se podría esperar siquiera un año o dos?".

Esta decisión fue impugnada, por un lado, por una gran cantidad de dirigentes comunistas que ejercieron presión para una disminución de la edad para casarse, y por otro lado por los campesinos; siendo más conservadores que lo que Mao pensaba, tenían miedo de que las muchachas, con esta educación, se vieran desviadas de las tareas domésticas y entraran en conflicto con sus suegros o pidieran el divorcio. El PCC debió fortalecer la idea de que el honor quedaría protegido, por ser también los miembros del personal dirigente femenino "madres merecedoras, esposas fieles e hijas dilectas"; el divorcio fue limitado. Este movimiento retrógrado estaba en el orden de los acontecimientos, si se tienen en cuenta las exigencias estratégicas, las realidades sociales del momento y la comprobación de una expansión demográfica catastrófica.

## Limitar los nacimientos a toda costa

De los 59.600.000 de chinos contabilizados por el primer censo del año 2 d.C a los 412.000.000 de 1840, a los 540.000.000 de 1949 y a los 1.200.000.000 previstos desde ahora hasta el año 2000, el gobierno quisiera ver reducida la población a 700.000.000 para que gradualmente se ponga fin a las restricciones de todo orden. La política del control de la natalidad es hoy en China la mayor preocupación.

Según el *Periódico de Kingdao*, pueblo situado al sudeste de Pekín: "El problema es que en la actualidad algunos camaradas no llegan a entender que la política de limitación de la natalidad es difícil y de larga duración. Piensan que, al haber progresado mucho la economía, se pueden tener unos hijos más. En especial después de la autorización del segundo hijo en el caso de los padres de hijo único en el campo, los miembros del personal dirigente han disminuido la presión". Este mismo periódico, fechado en setiembre de 1986, anuncia que la provincia de Shansi reconocía haber "perdido parcialmente el control de la población" en veintiocho circunscripciones rurales. En efecto, la reglamentación había sido flexibilizada desde fines de 1985 para tener en

cuenta la profunda reticencia de los campesinos a tener nada más que un hijo, en especial si era una niña: los infanticidios de niñas aún no han cesado en ciertas zonas alejadas.

La ley prohíbe a las mujeres de las ciudades casarse antes de los veinticinco años y a los hombres, antes de los veintiocho, edad tardía, lo que tiene como consecuencia teórica reducir el índice de natalidad, así como problemas habitacionales, pero no resuelve los concernientes a la sexualidad. Algunos jóvenes que esperan la edad autorizada para casarse duermen juntos en el piso de los padres de uno u otro, según el arreglo llamado *chuli*, que significa "asistido" o "alojado"... Esto explica por qué, pese a todas las presiones oficiales, se empiezan a encontrar casos de chinas, en especial adolescentes, embarazadas antes del matrimonio. Las juntas callejeras velan, sin embargo, por el respeto a la ley hasta en el dormitorio; tales juntas tienen como tarea vigilar a los chinos en sus casas y cuya discreción no parece ser la cualidad principal. Su autoridad, que representa a las masas, pues en teoría es nombrada por éstas, en el plano local es superior a la de la policía puesto que pueden hacer pesquisas, sin orden, en las viviendas, tomando, por ejemplo, el pretexto del *hu-hy*, certificado de registro de la pareja, a cualquier hora del día y de la noche. Respecto del control de la natalidad, una representante de la junta local sigue de cerca el ciclo menstrual de las mujeres de una calle, y si advierte que una de ellas está embarazada cuando no tenía ese derecho, le pide que aborte. En la China, las parejas que aceptan tener un solo hijo reciben una pensión de cinco yuans por mes por cada padre, o sea, el 8% del salario medio de la ciudad, hasta que el niño tenga catorce años. El hijo único tendrá, hasta la edad escolar, el derecho de elegir un buen colegio y los padres tendrán, además de la pensión, acceso a una vivienda habitualmente reservada a las familias de cuatro personas. Según los objetivos del plan quinquenal, se estima que la cantidad de hijos por familia debería pasar, hasta 1990, de 2,2 a 1,5, pero por ahora, a pesar del sistema de control y de estímulo a la disminución de la natalidad, más bien parece haber en la China una subida rápida de los nacimientos, que los especialistas explican, en especial, por la relativa prosperidad que en la actualidad vive el país.

**El beso, no; el sexo, sí**

Si bien en el campo las posibilidades de aislamiento permiten a las parejas legítimas y a los amantes "ocultarse en pequeños cuartos", en la ciudad, la gazmoñería ambiente y la cruel falta de intimidad (los solteros no pueden tener vivienda propia y apenas hay automóviles para ponerse a cubierto) arrojan a las parejas jóvenes a los parques, únicos lugares donde pueden aislarse un poco. Para muchos chinos, besar a una mujer joven es pedirla en matrimonio o estar muy próximo a hacerlo, pues el beso no sólo se considera inmoral sino también antihigiénico, lo que hizo que se escribiera en un artículo del

*Periódico de los obreros*: "Adultos y niños: todos nosotros debemos sacarnos la costumbre del beso".

Por otro lado, a los chinos nunca les molestó el concepto occidental de pecado. La sexualidad les parecía que era una necesidad natural, tal como comer, dormir o defecar; como dijo el filósofo confuciano Mencio, a esa necesidad hay que "dar satisfacción a la hora y en el lugar que convienen". La expresión "hacer el amor" para calificar el acto sexual en Hong Kong o en Taiwan, en China Popular se considera una grosería. La prensa comunista, cuando quiere mencionar las relaciones sexuales, habla de "relaciones incorrectas entre los hombres y las mujeres" o de "relaciones entre los hombres y las mujeres, llevadas de un modo indecoroso", lo que parece que no es el caso de los ciudadanos que usan el *"argot"*, que se valen de un ideograma evocador compuesto del signo "penetrar" y del signo "carne"...

## El buen matrimonio

Pero las necesidades de la sociedad comunista deben tener preferencia por la búsqueda del amor individual vulgar, mezquino y burgués, y el puritanismo rígido es un requisito indispensable para la vigilancia de la sociedad. En realidad, los sentimientos fueron reemplazados por conceptos muy "antirrevolucionarios": actualmente, las diez condiciones para un buen matrimonio en la ciudad consisten en que el esposo sea capaz de proporcionar el mobiliario, alejar a sus padres, dar las "tres cosas que van con él" (un reloj pulsera, una máquina de coser y una bicicleta), "llevar buenas telas durante las cuatro estaciones", es decir, estar bien vestido; tener "las cinco extremidades en forma", lo que se traduce por buena salud y buen aspecto físico; no tener una parentela pobre a cargo, ganar setenta yuans por mes (salario muy por encima del medio), ser "dócil de ocho maneras", lo que significa ser agradable y diestro, evitar el alcohol y, por último, las "diez partes": obedecer a la esposa en todo y para todo...

# 11

# La disciplina del *tatami*

*A los pies, las esteras de madera flexibles: el bambú, hecho elástico, espeso, fresco al caminar pone algo sinuoso en los pasitos apresurados y rezagados de todo el pueblo, aquí. Todo se ensordece sobre este colchón amarillo claro con bordes negros. Y uno pasa con otro placer por estos pisos laminados con fajas flexibles, ceñidas y libres como lengüetas, y vibrantes, y zumbadoras como ellas, que tocan los pulgares que las hacen plegar con pequeños gritos... Un poeta, aquí, ha comparado este zumbido con el canto del ruiseñor...*

Victor Segalen
"Le culte du bois", en *Briques et tuiles*
["El culto de la madera", en *Ladrillos y tejas*]

Para la casi totalidad de los japoneses, desde el Estrecho de Soya hasta más allá de Okinawa, el marco de la casa tradicional moldea los gestos y las intenciones de quienes la habitan y las formas de la construcción guían con flexible rigor la conducta y las actitudes de cada uno.

Del mismo modo que en la edificación de la casa china, la elección del emplazamiento y la orientación según procedimientos geománticos son, junto con el predominio del techo —*yan*, que en japonés significa "la raíz de la casa"—, la madera y la sobreelevación de la construcción sobre cortos pilotes, la base de las construcciones en Japón. Si bien existen diferencias entre las casas rurales y urbanas —las primeras ofrecen mayor diversidad, una vez pasado el umbral, ya en Hokkaido, ya en Kyushu o en Tokio—, se encontrarán invariablemente la entrada con suelo de tierra apisonada, el *doma*, donde se pierde la mirada en las viguerías aparentes del saledizo del techo; un corredor

entarimado, lustroso y sombrío, la *itamoma*, elevado entre 20 y 50 cm, por el cual se accede, una vez superado un fino tabique, a la parte cubierta, un salón con esteras claras, el *tatami*, que por las noches hace las veces de dormitorio, y se abre en ángulo a un estrecho jardín, verde y complicado.

## El *tatami*

El *tatami* es el símbolo de la casa japonesa; hecho con cañas de arroz que datan de un año al menos, reunidas en haces de 2 cm de diámetro, dispuestos en capas invertidas y atados con hilo de cáñamo hasta alcanzar un espesor de 6 cm, un largo de 180 cm y un ancho de 90 cm, en sus largos costados está bordeado por una estrecha faja de género más o menos costoso, y por lo general de color oscuro. Sobre este montón se extiende una delgada estera, dura y brillante, de *igusa, juncus effesus*. Si vamos a ver los rollos pintados que ilustran las antiguas crónicas nacionales, esta estera sería el *tatami* original (el verbo *tatamu* significa "plegar" y hace referencia a una estera blanda, fácil de enrollar, más que al bloque extendido actualmente en el suelo). Antaño, para trabajar o sentarse, los japoneses usaban haces de paja, almohadones hechos con soga de paja enrollada o burdas esteras de paja de arroz, mushiro, o finas, las *goza*. Todos estos elementos tienen en común una característica primordial: ser movibles y plegables. El asunto es saber cómo los *tatami* se han transformado en esos bloques movibles con gran dificultad.

Desde la época del shogunado de Kamakura (1192-1333), se observan esteras logradas por superposición de varias capas de arroz, cosidas y en forma de rectángulo, de tamaño estándar y correspondientes a la superficie ocupada por dos personas sentadas o en una sola tendida. Esta estandarización de 0,90 m x 1,80 m, es un elemento en extremo importante en la generalización del *tatami*, como revestimiento fijo del suelo y como medida habitable; el largo y el ancho de las habitaciones, antes de convertirse en las de toda la casa se designan por la cantidad de esteras que contienen: cada estera es una unidad de superficie inmediatamente visible. Pero sólo hacia la época de Muromachi (1338-1573), se comenzó a recubrir totalmente con eso a ciertas habitaciones. El *tatami* se transformó en elemento característico de la casa hacia fines del estilo *shwen* en la totalidad del hábitat.

## La batalla de la estandarización

La uniformidad y la estandarización del hábitat japonés son tales nada más que para los extranjeros, pues en realidad existe una gran diversidad en la dis-

posición interior de las casas; esta diversidad no depende del entorno ecológico, cuya unicidad ya hemos señalado, sino del marco estrecho de una reglamentación fundada sobre todo en las diferencias de clase. La estandarización de las construcciones data de la época feudal, y su razón fundamental era la voluntad de indicar la situación económica de cada una de las familias expresada según la renta en arroz, y su jerarquía, en la superficie de las residencias y en muchos detalles de construcción, que iban desde la extensión de las vigas, pasando por la decoración externa, hasta los tipos de orla de los *tatami*.

Jacques Pezeu-Massabuau, en su estudio sobre la casa japonesa, explica que así, sólo recorriendo las calles de un barrio en Edo, se podía adivinar el nivel exacto de riqueza de cada uno, según la apariencia estrictamente codificada de la entrada, la arquitectura y la superficie de la parcela. Estas leyes, contenidas en libros que el gobierno publicó desde comienzos del siglo XVIII, estaban dirigidas a todas las clases sociales: nobleza cortesana, *daimyo*, vasallos de inferior jerarquía, agricultores y comerciantes. Por otro lado, no regulaban sólo la construcción de las casas sino también la ropa, considerada aun más expresiva que la vivienda y, para la cual, según la jerarquía, el sexo y la edad, se prescribían la índole del tejido, el corte, la forma de los nudos y los pliegues.

El deseo de uniformar las medidas de todas las construcciones del país, se oponía, pues, a las opiniones de la feudalidad, y también a los trastornos que el empleo del *tatami*, como medida que habría acarreado en las costumbres de los carpinteros de obra, que medían según el viejo sistema del entrepaño, y en los circuitos comerciales; las únicas regiones productoras de *tatami* estaban al oeste. Con la expansión de la burguesía, en el siglo XVIII, que se hizo construir viviendas más grandes y rescató las residencias de los señores que dejaban las ciudades, poco a poco se fueron aplicando los procedimientos de construcción aristocrática, primero en la casa urbana común y después en la casa rural. Esta lenta penetración de las formas de la gran arquitectura civil hasta en el campo, operada aprovechando un deseo general de ascenso social, modificó, a costa de inevitables degradaciones, no sólo la casa tradicional en su apariencia y en su disposición sino la vida misma de sus habitantes.

El uso del *tatami*, que es el más tardío de todos los aportes, se extendió en el siglo XVIII, con restricciones locales, como por ejemplo la prohibición —mediante un edicto del señor de Fukushima en la comuna de Soma— de emplear la estera fina que normalmente lo recubre. En las casas menos ricas, y esto es así aún hoy, no se usan los *tatami* corrientemente; sólo se sacan para Año Nuevo y para los funerales se los guarda en un rincón.

## Inconvenientes de los *tatami*

El derecho al *tatami* para todos, por razones sociales que acabamos de evocar, presenta un inconveniente mayor en la organización de la comodidad de la casa japonesa. El poder aislante de los *tatami*, que refuerza un piso cuidadosamente ensamblado, es considerable y suprime cualquier posibilidad de frescura al nivel del suelo, aunque elevado para dejar circular el aire bajo la casa durante la estación caliente y húmeda del verano. Lo más asombroso es que la idea teórica que tienen los japoneses sobre la comodidad, así como toda la organización de la casa, se centra en la voluntad de escapar de la extraordinaria humedad del clima estival. Ahora bien, el *tatami*, por lo general tibio y húmedo en esta estación, se hace más cálido aún por su relativa blandura; respecto del cielo raso, obstáculo para el calor que llega del techo cuando hay suficiente aire que circule por encima, en el momento en que el sol se pone y en que se atenúa la circulación de aire transversal, corre el riesgo de dejar descender a la casa las calorías encerradas en el techado. Todos los que vivieron en Japón en verano nos han contado los momentos que pasaron buscando el contacto con una pared o de un suelo más fresco, ya de noche, y el mínimo soplo bajo esos cielos rasos bajos que procuran una ligera sensación de opresión. No obstante, todo está concebido para combatir el calor y sobre todo la humedad del aire, que los japoneses en especial parecen sufrir, al proporcionar óptimas condiciones de ventilación "de modo que se aproveche la influencia de una velocidad del aire elevada por sobre la comodidad". Jacques Pezeu-Massabuau señala la gran ventaja de las paredes finas, "que absorben poco calor solar si están bien protegidas de la radiación directa, mientras que una construcción "pesada", aun con generosas aberturas, tiene una "memoria" térmica temible. Con el sistema de los tabiques corredizos, en efecto, basta un simple movimiento para que el aire circule y la temperatura, en el interior, sea igual a la del exterior.

Sin embargo, para el arquitecto, lo fundamental es captar el viento de un modo conveniente, orientando hacia el viento dominante la fachada principal, elevando el nivel habitado lo más posible y dándoles a los orificios de salida una abertura total, igual, al menos, a una vez y media aquellos por los cuales penetra el aire en la casa. Ahora bien, la casa japonesa proviene de órdenes formales aparentemente independientes del medio natural y de creencias sobre el valor benéfico de ciertas direcciones: la fachada principal siempre está vuelta hacia el sur. En verano, por fortuna, las fachadas este y oeste son las más soleadas; el sur lo es, pero casi tan poco como el norte debido a la altura del sol al mediodía y gracias a la protección de la veranda. Pero el techo y la reflexión de la tierra se oponen a la frescura, y esta reflexión es notoria cuando uno se encuentra a menos de dos metros del borde de la veranda, delante de la cual,

por tradición, se colocan piedras y arena que almacenan el calor. Respecto de los pilotes, si bien impiden que la humedad se estanque bajo el piso y pudra las vigas, demasiado bajas, sólo ejercen en el entorno ecológico una acción limitada a la cual contribuyen los *tatami*, por las razones que acabamos de ver.

De este modo, pese a sus apariencias "tropicales", si bien ofrece una buena protección contra las lluvias y los problemas de putrefacción dentro de su estructura, la casa tradicional japonesa no brinda, a quienes la habitan, una protección suficiente contra ciertos elementos del clima estival.

## Cuartos fríos

Si bien el calor es un verdadero problema para los japoneses, su resistencia al frío se manifiesta como totalmente excepcional y explica en parte la precariedad de los medios que emplean para preservarse de él. En Japón, en la costa oriental; donde el invierno es seco y soleado, la veranda —cuando es de vidrio— desempeña un papel importante en el recalentamiento diurno de la casa, pero cuando está recubierta con el papel translúcido tradicional, *shogi*, que no almacena el calor, sólo interesa por las noches: el papel conserva mejor el calor por las noches que el vidrio. Respecto de los sistemas de calefacción, si bien son eficaces en el plano individual, las precauciones que se han de tomar en estas casas de madera son tales que su uso es limitado. Su eficacia supone, de parte de quien desea calentarse, cierta inactividad: el brasero inmoviliza las manos y, el hogar o el *totatsu*, los pies. A decir verdad, desde que uno se aleja de la relativísima difusión de las fuentes de calor, se encuentra un aire ambiente cercano a la temperatura exterior. En Japón, desde las orillas siberianas de Hokkaido hasta las cercanías del trópico en Okinawa, el aire interior de la casa se halla prácticamente en cualquier estación a la temperatura exterior; ninguna forma de adaptación construida, tal como el *ondol* coreano o el *K'ang* chino, logra corregir las intensas variaciones térmicas entre las estaciones de dicho país.

Siendo la mayor preocupación la ventilación de la casa durante los períodos húmedos y cálidos, la "toma de vientos", de efecto positivo en verano, se transforma en problema en invierno. Por fortuna, la dirección de estos vientos no es la misma en verano y en invierno: soplando desde el sur en verano, en Tokio, y desde el oeste en Osaka, el viento del norte predomina en invierno en ambas ciudades, y es cierto que con mucha frecuencia la pared norte se cierra cuidadosamente y no sólo en la zona septentrional donde sopla un viento helado desde ese lado durante el invierno, sino también en las latitudes más meridionales. Esta pared norte, verdadero fondo de la casa donde suele encontrar-

se el espacio para dormir, a menudo está cerrado por completo por armarios empotrados y a veces hasta por un tabique de mampostería.

Se comprenderá que además de protecciones técnicas específicas de la casa, durante los grandes fríos, los hombres y las mujeres se ponen muchas y variadas capas de ropa interior a la cual cubre el kimono. En lo referente a los pies, relativamente poco cubiertos, se los calienta en posición sentada pegándolos al cuerpo.

Jacques Pezeu-Massabuau hace resaltar la profunda desigualdad que acarrea la falta de comodidad de la casa entre los hombres y las mujeres de familias tradicionales en invierno. Mientras que el marido, sea en el campo o en la ciudad, suele trabajar fuera de la casa para regresar a su casa sólo de noche para tomar un baño y retirarse al brasero y al *kokatsu* antes de ir a dormir, la mujer pasa casi todo el día en la casa, en el *oku*, literalmente "el fondo" (una mujer casada se llama *okusan*), y en la cocina, por lo general orientada al norte y al noroeste, que es el ambiente más frío en invierno.

De este modo, el entorno ecológico de la casa japonesa, pese a la apariencia indiferente de sus habitantes, presenta cierta cantidad de inconvenientes: el ambiente frío en invierno, hogueras encendidas a alta temperatura, con radiación débil, que implican grandes riesgos de incendio y desprenden gases tóxicos (Co), en habitaciones que se vuelven insalubres, donde uno es inducido a encerrarse al máximo. El resultado de todo esto es que las estadísticas sobre la mortalidad invernal, alcanzan en Japón un índice desigual a los demás países: el 39% de los decesos, entre el 1º de diciembre y el 31 de marzo. Esta clara sobremortalidad de las estaciones frías acentúan las críticas hechas acerca de la falta de adaptación del hábitat y pone de manifiesto el pleito que tienen los usuarios mismos, no nosotros, y los especialistas en materia de bienestar material.

### Tomar un baño

Hacia las cinco de la tarde, la familia ya se encuentra en la casa. Lo primero que hace el dueño de la casa es tomar un baño. Este no tiene mucho que ver con lo que, entre nosotros, no es más que un acto higiénico; el *furo*, muy caliente, tranquilizador, relajante, en invierno cumple la función primordial de acumular calorías en el cuerpo y permite que la que o el que se sumerja en él, como el sauna finlandés, quede casi insensible al frío durante dos o tres horas, es decir, el tiempo que uno pasa comiendo o hablando antes de acostarse.

Las formas secundarias de la actividad volcánica, siempre copiosas en el Japón y más especialmente en la mitad septentrional de Honshu, donde prime-

ro se difundieron los baños, tal vez sean el origen de la costumbre japonesa de tomar baños casi ardientes y sobre todo de esa técnica peculiar de calentamiento de la piel más que del aire ambiente de la casa. La palabra *furo*, que en un comienzo parece haber designado el baño de vapor, confirmaría esta hipótesis; antes la gente se cubría con una camisa de lino sólo reservada para este uso, ritual que desapareció a partir de Meiji, época en que el baño individual al mismo tiempo que los pozos privados comenzaron a difundirse, y hoy todas las casas individuales tienen su *furo*, a veces en el *doma*, a veces en una cabaña diferenciada de la casa en razón de los riesgos de incendio.

## El baño del ombligo

En lo que respecta al acto del aseo, éste ocurre en un sitio diferenciado, el *nagashi*, situado en un hueco de la cocina, con el suelo cubierto de un enrejado de bambú iluminado por una ventana alta.

Al lado se encuentra una tinaja o un balde de madera lleno de agua caliente, que se saca con una cuchara de madera. La poca agua utilizada y el aseo mínimo, "mojar las partes sexuales", descrito por las mujeres de Kimmuroshi, o *heso-buro*, "baño del ombligo", que se encuentra en el Kansai, se explican —en muchas aldeas montañosas o costeras— por falta de agua y combustible, penuria que los habitantes compensaban empleando la aspersión más que la sumersión del cuerpo para lavarse: esta aspersión aún hoy, en Japón, es un acto habitual.

## La disciplina del *tatami*

Una vez calentado el cuerpo mediante el baño ardiente, hay que ponerse el *yukata*, "salida de baño", y estando ya seco, el *nemaki*, "bata de noche", que por los grandes fríos los japoneses forran con un *tanzen*, especie de bata enguatada.

El uso del *tatami*, supone una educación previa del cuerpo y el aprendizaje riguroso de movimientos precisos. La posición de sentarse en los talones, transmitida a Japón por la China, vía Corea y el budismo, habría sido codificada y ritualizada durante el gobierno del Zhu occidentales (siglos X y VIII antes de Cristo), que habrían hecho de ella la única posición correcta, decente y civilizada, que dejaba para los otros pueblos y los no chinos la posición sentada; con las piernas extendidas, o en cuclillas. Aun cuando esta posición fuera anterior a la generalización del *tatami*, algunos movimientos que ponía

en marcha en éste, apenas pudieron propagarse y generalizarse en la totalidad del país.

Tal disciplina contiene a todas luces elementos estéticos, expresados por las posturas que requiere el teatro no y el kabuki, y propone —al pedirle a la persona arrodillada así, en los talones— que fije la vista alrededor de un metro del suelo y, contiene también una peculiar aprehensión del mundo exterior.

## La casa es una guía

La casa japonesa enseña una determinada concepción del espacio, definida por el lugar que el cuerpo debe ocupar en él y las obligaciones que le impone. Esta auténtica educación de los movimientos se observa en el ejercicio de la vida cotidiana, estandarizada con rigor, y revela la extraordinaria adecuación entre el cuerpo y la casa que lo resguarda. La vivienda japonesa, verdadera escuela de autodominio, facilita sin duda alguna el autorrecogimiento de cada uno y su inserción en el grupo, en la medida en que la importancia misma que se da a las técnicas corporales se fundamenta en la creencia de que el espíritu es superior al cuerpo y de que éste puede ser llevado a un inimaginable punto de cansancio, sin perjuicio real para el individuo. Esta casa, guía silenciosa —pero estricta— de las conductas individuales y colectivas, contiene enseñanzas sobre las relaciones entre el arte y la técnica y sobre determinada concepción del espacio y del tiempo, que cumple una función de primera importancia en las actitudes mentales de sus habitantes.

## El aislamiento imposible

Por las noches, los postigos corredizos se cierran hacia las partes que no están protegidas; las aberturas de la fachada que da a la calle se cierran con finísimos dinteles, *koshi*, dispuestos en forma paralela, o con encañados verticales de bambú o en forma de cuarto de círculo, *inuyarai*, que disimula el ángulo formado por el suelo de la calle y la pared, e indica la preocupación —quizá muy antigua— de proteger contra los animales la base de los muros (*inuyarai*, compuesto de *inu*: "perro"), así como la necesidad casi obsesiva de escapar de las miradas indiscretas. Esta preocupación, con seguridad legítima, por preservar la intimidad de la gente de la casa contrasta con la concepción esencialmente "abierta" del aprovechamiento del espacio material. En el interior, los únicos límites, en realidad, son los que marcan las diversas obligaciones colectivas, límites simbólicos de los cuales el individuo no puede salirse

y que explican también, quizás en parte, la deficiente distinción que hacen los japoneses entre el interior y el exterior. Circular por la calle con kimono de entrecasa y zoclos, e incluso con ropa interior, no tiene nada chocante.

El aislamiento, además de la ausencia de llaves y de puertas "de fábrica" dentro de la casa, es casi imposible; esto pone de manifiesto que cada uno, en todo momento, debe permanecer virtualmente a disposición del grupo. La facilidad con la cual se invita a la gente en Japón a pasar la noche en la propia casa sin que esto constituya un acontecimiento ni una molestia refuerza la idea orgánica del grupo de que éste no puede emprender nada, basada en la existencia muy fuerte y profunda de las obligaciones mutuas heredadas de la época feudal.

## El cuarto escamotable

El ceremonial del momento de acostarse, aun en el Japón moderno, está muy alejado del nuestro. Gracias a la reducidísima cantidad de muebles, mesas livianas y bajas, almohadones que sirven de asiento, *zabutu*—la colocación en orden se hace en alacenas puestas a lo largo de las paredes macizas—, y a la extrema ligereza de los *fusuma*, tabiques móviles de papel, las habitaciones de la casa y su función son fácilmente transformables. El dormitorio no existe, pues, sino merced al juego de tabiques y durante la noche, cuando se despliegan los *futon* sobre el *tatami*, si bien antaño fue un sitio de honor, el *tokonoma* —pequeña tarima reservada para los amigos después de ser el emplazamiento del *daimyo*, el señor feudal— existía en la casa, y hoy es la casi totalidad del *tatami* lo que se expone para dormir.

De este período, las "grandes casas" sólo han conservado los pequeños armarios destinados entonces a recibir las cabezas de los enemigos vencidos por el *daimyo*...

Los *futon*, edredones fabricados desde fines de la Edad Media gracias a la importación de las cotonadas de China, parece que fueron el origen de los armarios empotrados que las guardaban durante el día. Es una ropa de cama indispensable que, por extensión, significa tanto el delgado colchón sobre el cual, desde hace unos años, se extiende una gran toalla como el colchón de pluma, curiosamente envuelto en una funda que deja ver en la parte de arriba un gran cuadrado del precioso edredón. Para la cabeza, siempre orientada hacia el norte, si bien la almohada ya existía, tradicionalmente se trataba más bien de un apoyanuca, muy pequeño, simple cilindro de cestería, de cerda o de estopa; para las mujeres había una especie de trípode de madera o de porcelana, destinado —como en las sociedades antiguas— a evitar tener que desarmar cada noche y rearmar cada mañana un peinado complicado.

Si uno se tiende en el *tatami*, somier incorporado definitivamente a la arquitectura, poderoso remedio para los dolores de espalda —aseguran los viajeros—, es costumbre no dormir nunca a oscuras.

Hasta la época Meiji (1868-1912), la única fuente de luz en la casa era el hogar; para los más pobres, antorchas de pino o velas de resina, y lámparas de aceite de pescado para la aristocracia —hasta el siglo XVIII, en que fue reemplazado por aceite de colza, de olor menos pegajoso—, que gozaron de estima hasta la aparición de la electricidad, en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. La introducción de la electricidad y el uso posible de lamparillas de noche individuales produjeron un cambio radical en el modo de dormir e hicieron posible la dispersión de quienes dormían dentro de la casa y, por extensión, del modo de pensar de los japoneses.

## El piso de los ruiseñores

La noche, para los japoneses, es un momento peligroso; a los fantasmas y a los aparecidos se suma el temor de ver surgir a uno o varios enemigos; por eso los samurais o los *hatamoto*, auténticos guerreros, dormían con el sable muy cerca del *futon*. Para terminar con los riesgos de ataques o de visitas nocturnas, los carpinteros eran maestros en la fabricación de los entarimados cantarines. El "piso de los ruiseñores", alarma refinada que sólo podían comprarse los más ricos, era una verdadera obra de arte; debía chirriar ligeramente con los pasos de un hombre, según una forma melódica, y advertir al que dormía sobre el tipo de visita que se le hacía, cuando en la noche sombría no podía distinguirla...

Los tabiques de papel intentan nada más que asegurar un aislamiento visual: el silencio dentro de la vivienda no era ni deseable ni algo para tener en cuenta. Por la índole misma de sus viviendas, los japoneses están acostumbrados desde su más tierna infancia a seguir su curso sin molestias, en medio de los más diversos ruidos, que provengan tanto del interior como del exterior. Sin siquiera prestar oídos, todos conocen las conversaciones y los movimientos de cada uno, que condicionan la armonía de la vida familiar, al asegurar una vigilancia de cada uno de sus miembros y un constante respeto por el otro. Esta permeabilidad no es sólo sonora; también se nota con crudeza cuando se trata de olores, que pese al alejamiento de los retretes, lugares semisagrados de conservación más que de evacuación por razones culturales como agrícolas no llegan a hacerse olvidar...

## Estampas japonesas

El erotismo japonés, aun hoy vivido por todo un pueblo, permanece inseparable de una mitología familiar impregnada en la leyenda de la creación del mundo: la primera isla surgió con la forma de una salpicadura, de la lanza que penetraba la cloaca máxima. Izanagi e Izanami se valieron, pues, del pene gigante, clavado en el vientre de la Tierra, para descender a este bajo mundo, divirtiéndose, cada uno en un sentido distinto, en girar alrededor hasta que se encuentran y engendran, para empezar, a otras islas. Pero cuando, luego de varios embarazos, Izanami se acostó con el dios del fuego, murió, con el sexo acabado por su último hijo. *El imperio de los sentidos* y la referencia occidental a las tórridas "estampas japonesas", famosas por el refinamiento de los rasgos y el realismo un tanto espectacular de la anatomía y de la fisiología íntimas de los protagonistas, contrastan con las relaciones tan civilizadas de la vida cotidiana del Japón. El amor o su expresión siempre era inoportuno y expulsado de las relaciones conyugales. Otras tantas reglas separan por tradición a los esposos: prohibido sentarse al lado del marido o de la mujer, incomodidad que puede traicionar a los propios sentimientos en público y delante de los demás miembros de la familia, etcétera. El arte de agradar y de hacerse amar, en la época Edo (1600-1867), fue atribuido a las famosas *geishas*, cuya vocación es más la de distraer a los hombres que la de satisfacer su deseo sexual. Las *warans*, cortesanas, pensionistas de las "casas verdes" que reciben una educación en todo semejante a la de las *geishas*, menos su finalidad, son las que casi siempre son heroínas de los libros de cabecera y modelos, ya cerca del siglo XVIII, de artistas tales como Utamaro y Hokusai. Como ilustradores de *Las doce horas de las casas verdes*, de *El canto de la almohada*, y de *Los tiernos brotes de pino*, inspiraron a Edmond de Goncourt algunas descripciones líricas sobre la "furia de las copulaciones, como encolerizadas", y a su amigo Rosny, joven, a su vez conquistado, el descubrimiento de las "afinidades innumerables entre el arte y el erotismo" y también, tal vez, de las cuarenta y ocho posiciones prescritas en *La almohada de Yoshiwara*, el barrio de los placeres de Edo, hoy Tokio, y que el emperador mandó cerrar en 1957, después de tres siglos de reinado absoluto sobre los sentidos...

# EPÍLOGO

Ninguno de estos temas —el insomnio, la siesta, acostarse, levantarse, el costo energético del sueño, las técnicas modernas para combatir el frío o los mosquitos y los tipos de lucha contra la oscuridad— han podido ocupar un lugar en este libro. Me faltó tiempo (demasiadas noches por dormir), dinero (demasiadas noches para gastarlo) y quizá también informaciones (demasiados testigos comatosos). ¡Qué importa! El dormitorio no ha terminado aún de confiarnos sus secretos, ni el sueño —su aliado— de cautivarnos. No he hecho más que entornar la puerta...

Me encontré con ella durante un largo viaje. Necesité la Amazonía para habituarme a su presencia y apreciar sus servicios. En verdad la conocía, pero jamás me hubiera atrevido a dirigirle la palabra; si ella lo hubiese hecho, no la habría escuchado. Tampoco nunca la hubiera autorizado a acompañarme adonde yo iba, sin embargo, poco a poco, lejos de los teléfonos, de las citas y de los anfiteatros, fui descubriendo sus cualidades y sus exigencias. Se reveló como una compañera insaciable, que me empujaba sin interrupción a no hacer otra cosa más que lo que tenía que hacer en el momento justo, en extremo atenta, se preocupaba por mis pequeñeces y me enseñó que sólo yo llegaría a vivir y a encontrar la felicidad según el modo que tuviera de ser huésped de mí mismo.

Después de una noche de baile y de bebida en la gran *maloca*, recuerdo que mientras me recuperaba, remolón, en la hamaca, ella se divertía en sorprenderme en el linde de un sueño. Al acariciarme con ternura y amorosamente me insufló su fuerza. Me encanta la dulzura con que me invadió por completo, y su manera tierna de pisarme los talones, el cuerpo, la cabeza...

Es la que me consuela en cada esfuerzo que realizo. ¡Cuántas veces me ayudó a resistir, me incitó a no aceptar sino la vida, a no ser más que un ser simple y a no preocuparme de otra cosa que no fuese mi propio sosiego! Tal vez muchas veces le he sido demasiado infiel, pero qué hay: ella, magnánima, me lleva y yo la sigo; voy donde ella quiere. Raras veces vamos muy lejos: una cama basta para nuestros arrebatos... Entérate de que eres la única que de verdad me preocupa, y no puedo olvidar que por ti y nada más que por ti hombres y mujeres trabajan sin cesar y yo he hecho este libro. Sí, sólo por ti nosotros nos apresuramos a concluir nuestras tareas. Eres tú mi urgencia, eres nuestra urgencia, Pereza.

Hizo falta tiempo y hubo que pagar el precio del esfuerzo de los hombres para que yo me decidiera a mirar de cerca los lugares de su descanso; hizo falta tiempo para descubrir a ese tercio dormido de la historia de la humanidad. ¿Por qué hemos construido casas, dispuesto camas, domesticado el fuego? ¿Por qué? Para entregarnos a nuestros ritos favoritos, que pese a las moralejas, siguen siendo el sueño y lo que se denomina amor. En el fondo de las antiguas *kamara*, cuartos oscuros donde se elaboran los claros de la memoria, la humanidad se olvida al imaginar su herencia animal. En estos lugares propicios, una vez desarmados, desvestidos, desinteresados y con la conciencia en la linde del sueño, aprendemos, pues, los ademanes de las estatuas yacentes.

# Referencias bibliográficas

## I

## Vertical

Pessoa, Fernando: *Poemas*, Buenos Aires, Cía. Gral. Fabril Editora, 1961. Selección, traducción y prólogo de Rodolfo Alonso.

*1. Nuestros primeros lechos*

Abelanet, Jean: *Signes sans paroles*, París, Hachette, 1986.
Arnaud, Daniel: *Le Proche-Orient Ancien, de l'invention de l'écriture à l'hellenisation*, París, Bordas, 1970.
Danchin, F. C. y Ducatez: *Mémorable aventure de Kaar-Ohline au rougenez*, París, 1945.
Daumas, François: *La vie dans l'Egipte ancienne, Paris*, PUF, 1968.
Eliade, Mircea: *Histoire des croyances et des idées religieuses*, París, Payot, 1978.
Erman, A., y Ranke, H.: *La civilisation égyptienne*, París, Payot, 1963.
Hamy, E. T.: *Notes sur le chevet des anciens Egiptiens*, París, 1883.
*La Santa Biblia*, Madrid, Ed. Paulinas, 1981, 12ª edición.
Leroi-Gourhan, André: *Les chasseurs de la préhistoire*, París, A. M. Métailié, 1983.
—: *Le fil du temps*, París, Fayard, 1983.
Lacarrière, Jacques: *En cheminant avec Hérodote*, París, Seghers, 1981. [Hay versión castellana: *De paseo con Herodoto*, México, Fondo de Cultura Económica.]
Maspero, Georges: *Les contes populaires de l'Egipte ancienne*, París, 1915.
Montet, Pierre: *La vie quotidienne en Egypte au temps des Ramsès*, París, Hachette, 1946.
Nougier, Louis-René: *Premiers éveils de l'homme*, París, Lieu Commun, 1984.
Oppenheim, Léo: *La Mésopotamie, portrait d'une civilisation*, París, NRF, 1970.
Rosny Aîné: *Romans préhistoriques*, París, Laffont, 1985.

*2. Las civilizaciones del lecho*

Aristófanes: *Lysistrata*, París, Les Belles Lettres, 1958.
—: *Comedias*, Valencia, Prometeo, s/f., t.II. Traducción de R. Martínez Lafuente. Contiene *Los caballeros*, *La paz*, *Las avispas* y *Pluto*.
Homero: *La Odisea*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1976, 4ª ed. Traducción de Luis Segalá y Estalella, con prólogo y edición cuidada por Pedro Henríquez Ureña.
Bayet, Jean: *Histoire politique et psychologique de la religion romaine*, París, Payot, 1969.
Carcopino, Jerôme: *La vie quotidienne à Rome à l'apogée de l'empire*. París. Hachette, 1939.
Duby, G. y Wallon, A.: *Histoire de la France rurale des origines à 1340*, t. I, París, Seuil, 1975.
Eger, Jean-Claude: *Le sommeil et la mort dans la Grèce antique*, París, Sicard, 1966.
Etienne, Robert: *La vie quotidienne à Pompéi*, París, Hachette, 1977.
Flacelière, Robert: *La vie quotidienne en Grèce au siècle de Périclès (450 à 350 a JC)*, París, Hachette, 1973.
Haudricourt, A.G.: "Les moteurs animés en agriculture. Esquisse de l'histoire de leur emploi à travers les âges", en *Revue de botanique appliquée et d'agriculture tropicale*, París, 1940, t. 20, nº 230-231.
Le Glay: *La religion romaine*, París, Armand Colin, 1971.
Pognon, Edmond: *La Grèce, sa littérature, son génie, son histoire*, París, Club Bibliophile, 1959.
Veyne, Paul: "L'homosexualité à Rome", en *Sexualités occidentales Communications*, París, Seuil, 1982, nº 35.
—: "L'empire romain", en *Histoire de la vie privée*, t. I, París, Seuil, 1985.

*3. A la sombra de los torreones*

Barthélemy, Dominique: "Les aménagements de l'espace privé aux XIe et XIIIe siècles", en *Histoire de la vie privée*, t. II, París, Seuil, 1985.
Bloch, Marc: *La société féudale*, París, Albin Michel.
Brandenburg, A., y Heitz, C.: "Mérovingiens", en *Encyclopedia universalis*, vol. 10, París, 1973.
Comte, Suzanne: *La vie en France au Moyen Age*, París, Minerva, 1981
Delumeau, Jean: *Le péché et la peur. La culpabilisation en Occident*, París, 1984.
Duby, Georges: "Situation de la solitude XIe-XIIe siècle", en *Histoire de la vie privée*, t. II, París, Seuil, 1985.
Enlart, Camille: *L'architecture civile et militaire*, París, Picard, 1904.
Fourquin: "La nuit barbare", en *Histoire de la France rurale*, t. II, París, Seuil, 1975.
Hubert, Henri: *Les Celtes et l'expansion celtique jusqu'à l'époque de La Tène et la civilisation celtique*, París, Albin Michel, 1974.

Levron, Jacques: *Le château fort et la vie au Moyen Age*, París, Fayard, 1963.
*Le roman de la rose*, Guillaume de Lorris, Jean de Meung, París, NRF, 1984.
Le Roy-Ladurie, Emmanuel: *Montaillou, village occitan*, París, NRF, 1975. [Hay versión castellana: *Montaillou, aldea occitana*, Madrid, Taurus.]
*Le ménagier de Paris (XIVe. siècle)*, París, 1846.
*Les mille et une nuits*, París, Garnier, 1960. [Hay versión castellana: *Las mil y una noches*, ediciones varias.]
Pirenne, Henri: "Le char à boeufs des derniers Mérovingiens", en *Mélanges à Paul Thomas*, Brujas, 1930.
Platt, Colin: *Atlas de l'homme médiéval*, París, Seuil, 1981.
Richard, Jean: *Saint Louis*, París, Marabout, 1986.
Rouche, Michel: "Haut Moyen Age occidental", en *Histoire de la vie privée*, París, Seuil, 1985.
*Tristan et Yseult*, París, Livre de Poche.
Viollet-le-Duc: *Dictionnaire raisonné de l'architecture française du XIe au XVIe siècle*, 10 vol. París, 1868.

*4. El tiempo de los sentimientos*

Alberti, L. B.: *I libri della famiglia*, Turín, Terrenti, 1969.
Ariès, Philippe: *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, París, Seuil, 1973.
—: *L'homme devant la mort*, París, Seuil, 1977.
Bologne, Jean-Claude: *Histoire de la pudeur*, París, Olivier Orban, 1986.
Contamine, Philippe: "Les aménagements de l'espace privé, XIVe-XVe siècle", en *Histoire de la vie privée*, t. II, París, Seuil, 1985.
Delumeau, Jean: *Naissance et affirmation de la Réforme*, París, PUF, 1968.
Febvre, Lucien: *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle*, París, Albin Michel, 1968.
Flandrin, Jean-Louis: *Familles, parenté, maison, sexualité dans l'ancienne société*, París, Seuil.
—: *Les amours paysannes (XVIe-XIXe)*, París, Julliard, 1975.
—: *Le sexe et l'Occident, évolution, attitudes et comportements*, París, Seuil, 1981.
Gohin, Ferdinand: *Œuvres poétiques d'Héroët*, París, 1909.
Labé, Louise: *Œuvres*, París-Ginebra, Ressources, 1981.
La Roncière, Charles de: "La vie privée des notables toscans au seuil de la Renaissance", en *Histoire de la vie privée*, París, Seuil, 1985.
Lefranc, Abel: *Rabelais*, París, Albin Michel, 1953.
Montaigne, Michel de: *Essais*, París, Livre de Poche.
Rabelais: *Œuvres complètes*, París, Seuil, 1973.
Rossiaud, Jacques: "Prostitution, sexualité, société dans les villes françaises au XVe siècle", en *Sexualités occidentales*, Communications, París, Seuil, 1982, nº 35.
Vigarello, Georges: *Le propre et le sale. L'hygiène du corps depuis le Moyen Age*, París, Seuil, 1985.

*5. En torno de la alcoba*

Aumont, Roger: *Le style Louis XIV*, París, Larousse, s/f.
Barthes, Roland: *Sade, Fourier, Loyola*, París, Seuil, 1977.
Benedicti, J.: *La somme des péchez et le reméde d'iceux comprenant tous les cas de conscience et de résolution des doubtes...* París, 1601.
Bluche, François: *La vie quotidienne au temps de Louis XIV*, París, Hachette, 1980.
Darmon, Pierre: *Le tribunal de l'impuissance*, París, Seuil, 1979.
Du Colombier, Pierre: *Le style Henri IV-Louis XIII*, París, Larousse, s/f.
Elias, Norbert: *La société de cour*, París, Calmann-Lévy, 1974.
Flandrin, Jean-Louis: "La vie sexuelle des gens mariés dans l'ancienne société", en *Sexualités occidentales, Communications*, París, Seuil, 1982, nº 35.
Foucault, Michel: *La volonté de savoir*, París, NRF, 1976.
Guerrand, Roger-Henri: *Les lieux, histoire des commodités*, París, La Découverte, 1985.
Goubert, Pierre: *L'Avènement du Roi-Soleil, 1661*, París, Julliard, 1967.
Guillou, Edouard:*Versailles, le palais du Roi-Soleil*, París Plon, 1963.
Lambton, Lucinda: *Chambers of Delight*, Londres, 1983.
La Porte, Pierre de: *Mémoires contenant plusieurs particularités des règnes de Louis XIII et de Louis XIV*, París, 1939.
Laget, M. y Morel, M. F.: *Entrer dans la vie, naissances et enfances dans la France traditionnelle*, París, Julliard, 1978.
Lorenzoni, Pietro: *L'érotisme français*, París, Solar, 1948.
Maistre, Xavier de: *Voyage autour de ma chambre*, París, José Corti, 1984.
Marion: *Dictionnaire des institutions de la France aux XVIe et XVIIIe siècles*, París, 1923.
Méthivier, Hubert: *Le siècle de Louis XIV*, París, PUF, 1968.
Meyer, Jean: *La vie quotidienne en France au temps de la Régence*, París, Hachette, 1979.
Reinharez, C.: "Bonne nuit, les petits, ou les rituels du coucher", en *Dialogue*, nº 82.
Taveneaux, René: *La vie quotidienne au temps des jansénistes*, París, Hachette, 1973.
Tarczylo, Théodore: *Sexe et liberté au siècle des Lumières*, París, Presses de la Renaissance, 1983.

*6. El culto de la alcoba*

Andersen, Hans C.: *La princesse au petit pois*, París, Livre de Poche, 1963. [Hay versión castellana: *La princesa del guisante*, ediciones varias.]
Bogros Dr.: *A travers le Morvan*, Château-Chinon, Dudragne-Bordet, 1883.
Boileau, Abbé: *Histoire des flagellants*, informe de Claude-Louis, Combet, París, Jérôme Millon, 1986.

Bruley, Joseph: *Le Morvan, cœur de la France*, París, La Morvandelle, 1966.
Burgess, Anthony: *Sur le lit*, París, Denoël, 1982.
Céleste, Patrick: " La chambre à coucher et l'histoire de son architecture dans les inmeubles à loyer", en *Dialogue*, nº 82.
Chastenet de Puységur, A. M. J.: *Les fous, les insensés, les maniaques et les frénetiques ne seraient ils que des somnanbules désordonnés?*, París, J. G. Dentre, 1812, repro. Analectes.
Châtelain-Courtois, Martine: *Les mots du vin et de l'ivresse*, París, Belin, 1984.
Claverie, E. y Lamaison, P.: *L'impossible mariage, violence et parenté en Gévaudan, XVIIe, XVIIIe siècles*, París, Hachette, 1982.
Corbin, Jacques: *Le miasme et la jonquille*, París, Aubier-Montaigne, 1982.
Culioli, G. X.: *La terre des seigneurs, un siècle de la vie d'une famille corse*, París, Lieu Commun, 1986.
Dauzat, Albert: *Le Village et le paysan*, París, NRF, 1941.
David, M. y Delrieu, A.M.: *Aux sources des chansons populaires*, París, Belin, 1984.
Deffontaines, Pierre: *L'Homme et sa maison*, París, NRF, 1972.
Diderot, Denis: *Regrests sur ma vieille robe de chambre*, París, NRF, 1951.
Doyon, Jacques: *La Recluse*, París, Laffont, 1984.
Dupin: *Le Morvan*, 1853.
Freedman, Henry: *Les fantaisies sexueles des animaux et les nôtres*, París, Stock, 1980.
Gari, Margit: *Le Vinaigre et le fiel*, París, Plon, 1983.
Gaignebet, Claude: *Le Carnaval*, París, Payot, 1974.
Guillaumin, Emile: *La Vie d'un simple, mémoires d'un métayer*, París, Nelson, 1935.
Havard, H.: *Dictionnaire de l'ameublement et de la décoration, s/f.*
Haudricourt, A. G.; *L'homme et la charrue*, París, NRF, 1955.
—: *L'homme, le pou et la puce; ethnozoologie*, París, 1975.
Hélias, Pierre-Jakez: *Le Cheval d'orgueil*, París, Plon, 1975.
Herzliche, C., y Pierret, J.: *Malades d'hier, malades d'aujourd'hui*, París, Payot, 1984.
Huysmans, J. K.: *A Rebours*, París, Garnier-Flammarion, 1978.
Jeanne des Anges (hermana): *Autobiographie d'une hystérique possédée*, París, Jérôme Millon, 1985.
Lacroix, J., y Viard, J.: *L'homme et son corps*, Marsella, CNRS, 1985.
Le Clère: *La Vie quotidienne dans les bagnes*, París, Hachette, 1973.
Lhoste, Jean: *Des insectes et des hommes*, París, Fayard, 1979.
Loux, F., y Richard, P.: *Sagesses du corps*, París, Maisonneuve et Larose, 1978.
Loux, Françoise: *Le corps dans la clef des songes*, Marsella, CNRS, 1985.
Martin-Fugier, Anne: *La place des bonnes, la domesticité féminine à Paris en 1900*, París, Grasset, 1979.
Navailles, Jean-Pierre: *La famille ouvrière*, París, Champ Vallon, 1985.
Olivier, Lucie: *Reconnaître les styles régionaux*, París, C. Massin, s/f.
Pepys, Samuel: *Journal (1660-1669)*, París, NRF, 1948.
Pexeu-Massabuau, Jacques: *La maison, espace social*, París, PUF, 1983.

Propp, Vladimir: *Les racines historiques des contes merveilleux*, París, NRF, 1983.
Rambaud, Placide: *Société rurale et urbanisation*, París, Seuil, 1969.
Segalen, Martine: *Mari et femme dans la société paysanne*, París, Flammarion, 1980.
Thuillier, Guy: *L'Imaginaire quotidien au XIXe siècle*, París, Económica, 1985.
Troyat, Henri: *La vie quotidienne au temps des derniers tsars*, París, Hachette, 1959.
Varagnac, A.: *Civilisation traditionnelle et genres de vie*, París, Albin Michel, 1948.
Van Gennep: *Manuel de folklore français*, París, Chemin Vert, 1983.
Verdier, Yvonne: *Façons de dire, façons de faire*, París, NRF, 1979.
Westphalen de: *Petit dictionnaire des traditions messines*, Metz, 1934.
Wright, Lawrence: *Warm and snug. The history of the bed*, Norwich, 1962.
Zeldin, Théodore: *Histoire des passions françaises, 1848-1945*, París, Seuil, 1981.

## II

## Horizontal

*7. Dormitorios de hoy*

Adler, Alfred: *La Mort et le masque du roi*, París, Payot, 1982.
Breton, André: *Fata Morgana*, París, NRF, 1948.
Boulware, Marcus: *Ne ronfle plus, s'il te plaît! Nouvelles réponses à un vieux problème*, París, 1978.
Chouard, C. H.: *Vaincre le ronflement et retrouver la forme*, París, Ramsay, 1986.
*Consommation des ménages en 1985*, INSEE, Séries de la Comptabilité Nationale, 1985.
Cossery, Albert: *Les fainéants dans la vallée fertile*, París, Folio, 1964.
Cresswell, Robert: *Les concepts de la maison: les peuples non industriels*, Zodiac, 7, 1960.
Deffontaines, Pierre: *Enquête sur l'habitation rurale en France*, SDN, 1939.
—: "Introduction à une géographie du sommeil et de la nuit", en *Géographie Générale*, París, NRF, 1966.
—: *L'homme et sa maison*, París, NRF, 1972.
Demangeon, A., y Weiler, A.: *Les maisons des hommes*, París, Bourrelier, 1937.
Dément, W. C., y Guilleminault, C.: "Les troubles du sommeil", en *La Recherche*, 1974, nº 42.
Guetta, Pierre: "Les Français et leur lit", SOFRES, en *Dialogue*, nº 82.
Huxley, Aldous: *The Human Situation*, Londres, s/f. [Hay versión castellana: *La situación humana*, Barcelona, Edhasa, 1980].
Jouvet, Michel: "Le rêve", en *La Recherche*, junio de 1974, nº 46.

Juin, Hubert: *Le Lit dans l'art*, París, 1980.
Kelen, Jacqueline: *Sommeils, la matinée des autres*, ORTF, 12 de junio de 1982.
Deiris, Michel: *Nuits sans nuit et quelequesjours sans jour*, París, NRF, 1961.
—: "Le lit en questions", CIRES, en *Maison et jardin*, noviembre de 1986.
*Lits, Usines Nationales de Literie*, Le Pré-Saint-Gervais, 1918-1939.
Malaurie, Jean: *Les Derniers rois de Thulé*, París, Plon, 1976.
Manker, Ernst: *Les Lapons des montagnes suédoises*, París, NRF, 1954.
Marchand y Felder, C.: *Les Conditions de logement des ménages dans les régions, en 1973*, INSEE.
Martinson, Harry: *Voyage sans but*, París, Stock, 1976.
Mathieu, Jocelyne: "Essai de typologie: les lits", en *Ethnologie française*, 1978.
Mauss, Marcel: "Les techniques du corps", en *Journal de psychologie*, XXXII, 1936.
Merpillat, Marcel: *Lits et décors*, París, 1963.
Michaux, Henri: *Façons d'endormi, façons d'éveillé*, París, NRF, 1969.
*Mobilier de repos et de parade*, Museo de Ginebra, agosto de 1965.
Neymann, Hubert: "La taxe d'habitation: un nouvel éclairage", en *Economie et statistique*, nº 174, febrero de 1985.
Perec, Georges: *Espèces d'espaces*, París, Galilée, 1974.
—: *Un homme qui dort*, París, Denoël, 1967.
Régent, Claude: "Les dauphins ne dorment que d'un oeil", en *Le Monde*, miércoles 5 de noviembre de 1986.
Rapoport, Amos: *Pour une anthropologie de la maison*, Dunod, 1972.
Roumeguère-Eberhardt, Jacqueline: *Les Masai*, París, Berger-Levrault, 1985.
Thévenin, R., y Coze, P.: *Moeurs et histoire des Peaux-Rouges*, París, Payot.
Victor, Paul-Emile: *Boréal*, París, Grasset, 1938.

*8. El dormitorio aldea*

Aristófanes: *Obras completas*, Buenos Aires, El Ateneo, 1947. Traducido directamente del griego por Federico Baráibar y Zumárraga.
Biocca, Ettore: *Yanoama*, París, Plon, 1968.
Clastres, Pierre: *Chronique des Indiens Guayaki*, París, Plon, 1972.
—: *Recherches d'anthropologie politique*, París, Seuil, 1980.
Hildebrand, Martin von: *Cosmologie et mythologie tanimuka*, tesis del tercer ciclo, Universidad París VII, 1979.
Huxley, Francis: *Aimables sauvages*, París, Plon, 1960.
Jaulin, Robert: *La Paix blanche, introduction à l'ethnocide*, París, Seuil, 1970.
—: *Gens du soi, gens de l'autre*, París, UGE, 1973.
—: *La décivilisation*, Bruselas, Complexe, 1974.
Lery, Jean de: *En la terre du Brésil*, París, 1957.
Lizot, Jacques: *Le cercle des feux*, París, Seuil, 1976.
Peal, S.E.;*The Communal Barracks of Primitive Races*, JASB, vol. LXI, 1893.

Pinton, Solange: "Les travaux et les jours", en *Gens du soi, gens de l'autre*, París, UGE, 1973.
Pouillon, Jean: "Manières de table, manières de lit, manières de langage", en *Revue de psychanalyse*, nº 6, 1972.
Rivière, P.: *La Couvade est un problème qui renaît*, Londres, 1974.
Métraux, Alfred: *Les Indiens de l'Amérique du Sud*, París, A. M. Métailié, 1982.
Menget, Patrick: "Temps de naître, temps d'être", en *La fonction symbolique*, París, NRF, 1979.
Meunier, J.: *Manifeste pour un minimum de poésie*, Lachenal et Ritter, 1987.
Meunier, J., y Savarin, A.-M.: *Le Chant du Silbaco, massacre en Amazonie*, París, Editions Spéciales, 1969.
*Mythes et croyances du monde entier*, París, Lidis Brépols, 1985.
Nordenskjold, E.: *La moustiquaire est-elle indigène en Amérique du Sud*, París, Société des Américanistes, 1922.

*9, 10, 11. India, China, Japón*

Busquet, G., y Delacampagne, C.: *Les Aborigènes de l'Inde*, París, Arthaud, 1981.
Butterfield, Fox: *La Chine*, París, Presses de la Cité, 1982.
Chi-hsi-hu: "Mao Tsé-Tung, la révolution et la question sexuelle" en *Tel Quel*, nº 59, 1974.
Dubois, Abbé: *Mœurs, institutions et cérémonies des peuples de l'Inde*, París, Métailié, 1985.
Dunzhen, Liu: *La Maison chinoise*, París, Berger-Levrault, 1980.
Elwin, Verrier: *Maisons des jaunes chez les Muria*, París, NRF, 1959.
Gourou, Pierre: *La Terre et l'homme en Extrême-Orient*, París, Flammarion, 1972.
Gernet, Jacques: *La Vie quotidienne en Chine à la veille de l'invasion mongole, 1250-1276*, París, Hachette, 1959.
—: *La Pensée chinoise*, París, Albin Michel, 1968.
—: *La Civilisation chinoise*, París, Albin Michel, 1968.
Herrenschmidt, Olivier: "L'Inde et le sous-continent indien", en *Ethnologie régionale*, París, NRF, 1978.
Jan, Michel: *La Vie chinoise*, París, PUF, 1976.
*Jin Ping Mei Cihua*, París, NRF, 1985.
Larre, Claude: *Mao et la vieille Chine*, París, Epi, 1972.
Lemoine, Jacques: *L'Asie orientale. Ethnologie régionale*, París, NRF, 1978.
Kristeva, Julia: *Des chinoises*, París, Des Femmes, 1974.
Mao Tse-Tung: *Œuvres choisies*. [Hay versión castellana: *Obras escogidas*, 5 vols., Madrid, Fundamentos, 1974 a 1978.]
Pézeu-Massabuau, Jacques: *La Maison japonaise*, París, Orientaliste de France, 1981.
Segalen, Víctor: *Briques et tuiles*, Montpellier, Fata Morgana, 1975.

Smedt, Marc de: *L'Érotisme chinois*, París, Solar, 1984.
Snow, Edgar: *Étoile rouge sur la Chine*, París, Stock, 1965.
Soulié, Bernard: *L'Érotisme japonais*, París, Solar, 1984.
Van Gulik, Robert: *La Vie sexuelle dans la Chine ancienne*, París, NRF, 1971.

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales

Etnografía

# ETNOLOGIA DE LA ALCOBA

La gran aventura del reposo de los hombres es una odisea pocas veces investigada desde la original óptica con que Pascal Dibie aborda el tema.

Una gran cantidad de referencias tomadas de la arqueología, la literatura y otras fuentes diversas dan una idea de la evolución de las costumbres de dormir relacionadas con cuestiones como las diferencias sociales, económicas y, por otro lado, con dos tipos específicos de placer, el del descanso y el de las actividades eróticas.

Así, pues, el autor evoca a los emperadores romanos que gobiernan desde la cama, rehabilita a los reyes holgazanes, sorprende a la Iglesia en medio de la cama, y asimismo, nos enseña que dormir es una técnica y el dormitorio, un lugar de cultura. La alcoba se convierte, desde esta perspectiva, en el centro de la vida palaciega, familiar... y hasta de la historia de la humanidad.

En resumen, una obra bien fundada, de fácil y amena lectura, que nos dice todo lo que siempre hemos querido saber sobre el dormitorio.

**Pascal Dibie** enseña etnología en la Universidad París VII y dirige la colección *Traversées* en Editions Anne-Marie Métailié.

CC BY NC ND

ISBN 84-7432-369-X

gedisa editorial

Código: 2.347

9 788474 323696

Colección Hombre y Sociedad

Serie CLA·DE·MA

$13200